IR TIRANDO

Philip K. Dick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Era la primera vez que hacía ese viaje. Había vivido en Los Ángeles durante casi nueve años, pero nunca había tomado la Autopista 99, la ruta interior más rápida a San Francisco, casi ochocientos kilómetros al norte. Tan pronto como dejó atrás las últimas estaciones de servicio, los cafés y algunas casas aisladas, la autopista se dirigió en línea recta hacia las montañas; de repente, se encontró inmersa en una compacta aglomeración de coches y camiones que circulaban a toda velocidad -una ojeada al velocímetro la informó de que corría a unos ciento cuarenta kilómetros por hora- a través de una brecha practicada en las primeras estribaciones montañosas. Ante ella se alzaban las montañas; su aspecto era triste y desolado. Seguro que nadie vivía allí. Los camiones Diesel la adelantaban por ambos lados; los conductores, desde lo alto de su cabina, le dedicaban el acostumbrado vistazo desdeñoso e indiferente que tanto la enfurecía. Y después doblaban la curva y se perdían de vista.

«Señor», pensó. Sus manos, aferradas al volante, estaban blancas y húmedas. El estruendo de los camiones aún resonaba en sus oídos.

-Corren bastante -le dijo a Gregg, que se sentaba a su lado.

-Sí -respondió él con el mismo tono.

Ambos eran conscientes de su insignificancia. Habían sido reducidos al tamaño de motas de polvo. Tres camiones más les adelantaron mientras compartían su inquietud.

-No puedo hacerles la competencia -le dijo a Gregg-. Podría, pero no lo haré. Por Dios, vamos a ciento diez. Algo ridículo para esta autopista. Esos camiones van a ciento cuarenta.

«¿Te imaginas -pensó- qué pasaría si al doblar una curva se encontraran un coche atravesado en el camino?» Los periódicos abundaban en noticias de esta índole, pero nunca había sido testigo de algo semejante; si bien, por cierto, una vez contempló cómo un camión de reparto de leche había arrollado a un taxi. Vidrio y leche se desparramaron en todas direcciones, así como fragmentos del taxi.

-Es increíble -le comentó a Gregg- que haya gente capaz de conducir de esta forma todos los días de nuestra vida.

-No iremos muy lejos, ¿verdad?

Las manos de Gregg se retorcieron sobre su regazo con movimientos lentos y nerviosos que le ayudaban a relajar la tensión, al igual que hacía su padre. Una arruga se formó en el entrecejo del muchacho, aleteó y murió, alcanzó su nariz y luego su boca hasta concretarse en una leve expresión de preocupación. Ella sujetó el volante sólo con la mano izquierda y alargó la derecha para darle una palmada tranquilizadora; su hombro era duro y rígido como el hueso. «Hueso», pensó. Sí, se había atrincherado en sus huesos como si quisiera ver pasar las cosas desde un refugio seguro. Una mirada distraída de vez en cuando, y nada más.

-No está muy lejos. Sólo iremos por la autopista un ratito. Luego nos desviaremos. Abre el mapa.

Desdobló el mapa con un crujido de papel.

-Mira -dijo ella sin apartar los ojos de la carretera-, ¿sabes dónde estamos? La ruta está marcada con lápiz sobre la Autopista 99, ¿lo ves? Con lápiz rojo.

-Sí.

-¿Ves esa desviación? -Fijó la vista por un instante en el plano-. Creo que es la Autopista 126.

-Sí.

-Dime si hay alguna ciudad por ahí.

-Me parece que no -contestó Gregg tras una larguísima pausa.

Un coche deportivo, negro como una pasa, les adelantó y los dejó atrás.

-Detesto esos trastos -dijo Virginia.

-Son divertidos. -Gregg se incorporó para verlo mejor-. ¡Caray!

Virginia recordaba que para tomar la desviación necesitaba situarse en el carril más a la izquierda, del que le separaban otros tres. No veía ninguna señal, y empezó a pensar lo peor. El tránsito que circulaba a su izquierda era denso, constante, como si los coches y los camiones acelerasen sin cesar en un intento de cortarle el paso. Puso el intermitente de la izquierda, pero los coches lo ignoraron. O quizá lo fingían. Escrutó los rostros de los conductores: serenos, bien afeitados, intachables.

-Saben que quiero salir -le dijo a Gregg-. ¿Cómo puedo salir si no me dejan? -La desviación venía a continuación de la siguiente curva, a menos que ya hubiera pasado de largo-. Mira el plano; comprueba cuándo viene la próxima salida.

Gregg agitó el plano.

-¡Rápido!

-No lo encuentro -dijo el muchacho con su voz gangosa e insegura.

-Dámelo. -Aferró el volante con la mano izquierda y trató de mirar el plano; pero no podía mantener la vista fija. Un claxon sonó a su izquierda y se vio obligada a mantenerse en su carril-. Déjalo -dijo al chico apartando el plano de un manotazo-. No entiendo por qué no me dejan paso.

Gregg se acurrucó en el asiento y se hundió en sus pensamientos. Esa actitud la sacaba de quicio; se sentía aislada. ¿Y a quién le importaba? Pero de repente se abrió un hueco en la circulación, pasó al carril contiguo y llegó por fin al que quería. Era el más rápido y, sin darse cuenta, adelantó a todo el mundo a tal velocidad que apenas podía mantener los ojos abiertos.

-No sé si ha servido de algo -murmuró.

-Creo que hay tiempo de sobra -dijo Gregg, que añadió-: la desviación.

Su voz sonó tan humilde y tímida que se sintió avergonzada.

-No estoy acostumbrada a conducir por autopistas -le dijo al muchacho.

«Las colinas», pensó; tan desiertas, tan faltas de vida. ¿Cómo era posible que fundaran una escuela en esta tierra desolada? Las colinas del este; otra gente había vivido allí antes de los actuales habitantes, y otra más antes de la anterior. Estaba claro que alguien siempre había vivido en la zona. Los indios antes que los ingleses. Y antes que los indios... nadie lo sabía, pero sin duda alguna otra raza, alguna forma de vida, de inteligencia, de conciencia. Los animales, tal vez. Los había oído moverse, ágiles, alerta. Bastaba con esta forma de vida. Aquí, las colinas parecían vertederos, carecían de color; el suelo era basura, las plantas, manchas de hierba separadas entre sí, sembradas de latas de cerveza y papeles caídos desde lo alto de los cañones. «Esto es un cañón -se dijo-, no una hendidura.» Y el viento soplaba con fuerza, y el coche se escapaba de su control.

La ciudad estaba más lejos que nunca. De vez en cuando divisaba una casa, una valla publicitaria, una estación de servicio, aisladas unas de otras. «Incomunicadas», pensó. Destellos lejanos en la noche, a un lado de la autopista.

-Ahí está -indicó Gregg.

Ante ellos había un edificio, rótulos y una carretera; Virginia vio señales luminosas y señales blancas en el pavimento. El color anaranjado de un semáforo parpadeó; aminoró la velocidad, aliviada de que nada malo hubiera ocurrido.

-Menos mal -murmuró.

Antes de que el semáforo se pusiera en rojo viró a la izquierda, y un momento después se hallaban fuera de la autopista. El tránsito continuó en la otra dirección, y pensó para sí: «Ahí os pudráis».

-Conseguimos encontrarla -comentó Gregg.

-Sí. Bueno, la próxima vez ya sabremos dónde está. No tendremos de qué preocuparnos.

El chico asintió con la cabeza.

La carretera, mucho más estrecha que la autopista, se adentró en un huerto de árboles altos de aspecto curioso. Ella los señaló con aire complacido.

-¿Qué son? No parecen árboles frutales.

-No lo sé.

-Quizá impidan que la tierra se disgregue; o dispersen los vientos.

A su derecha sobresalía una lejana columna de detritus secos y rojizos apelotonados como la pared de una cantera, rematada por una línea de follaje grisáceo, pese a que el conjunto en sí era estéril.

-¿Falta mucho? -preguntó Gregg.

-Creo que no. Iremos por Santa Paula. Tú llevas el plano; si lo miras, sabrás cuánto nos falta.

Abrió el mapa y buscó Ojai.

-No está muy lejos -dijo ella. Vio árboles más pequeños, de ramas estrechas y muy agrupadas-. Naranjos -comprobó con alegría. El campo era fértil; los tractores se habían aposentado en medio del terreno-. Ésta es tierra de cultivo. -Y la tierra, gracias a Dios, era llana-. Creo que hemos llegado arriba de todo. Estamos en las montañas.

Gregg contempló los tractores y los hombres que trabajaban en las cercanías.

-Oye, son mexicanos.

-Tal vez sean peones ilegales.

Los naranjos eran tan pequeños que le daba la sensación de haber irrumpido en un mundo en miniatura; no le hubiera sorprendido pasar frente a casas de azúcar hilado y pisotear a viejecitos minúsculos de barba cana con zapatos de punta vuelta hacia arriba. Su tristeza y nerviosismo se evaporaron y pensó que la escuela tal vez no le iría mal del todo.

-Pero ¿qué haré en la escuela? -dijo Gregg.

Se dio cuenta de que el chico aún no se había hecho una idea exacta de lo que le aguardaba; pensaba en el colegio como si fueran unas colonias de verano.

-Y... -añadió Gregg algo agitado, removiéndose en su asiento-... ¿y cómo haré para volver a casa?

-Vendremos a recogerte.

-¿Cuándo?

-El fin de semana. El viernes por la noche. Ya lo sabes.

-¿Y qué pasa si me pongo enfermo?

-Tienen una enfermera. Ahora, escúchame, eres lo bastante mayor para arreglártelas solo, no me necesitas cada minuto del día y de la noche.

Al oír esto, Gregg empezó a hacer pucheros.

-Para -dijo Virginia.

-Quiero volver a casa -lloriqueó el chico.

-Ya hemos hablado de esto. Sabes que aquí curarás del asma. Y estarás en una clase mucho más pequeña, con sólo cinco o seis niños.

Así se lo había expresado la señora Alt, propietaria de «Los Padres Valley School», en sus cartas.

-Quiero volver a casa -repitió Gregg, pero ambos sabían que la frase carecía de sentido; los dos sabían que la determinación de Virginia era inquebrantable.

La ruta que buscaban se desviaba a la derecha, atravesaba una densa arboleda y ascendía una cuesta alejada de las tierras de labor, los huertos y los campos. La vegetación era enmarañada. Penetraron en una zona abandonada que les produjo escalofríos. La carretera se hizo estrecha y tortuosa, y ella fue una vez más consciente de la desolación y el vacío que separaba las ciudades. En una ocasión divisaron a un cazador. Por doquier había letreros con la advertencia:

PROHIBIDO EL PASO
PROPIEDAD PRIVADA
PROHIBIDO CAZAR O PESCAR

Las colinas, pensó, desprendían un fuerte efluvio a venganza. Advirtió los restos de alambradas que colgaban de los árboles; supuso que habían sido destrozadas para permitir el paso de los cazadores.

-Veo el río -dijo Gregg.

La pendiente y los árboles habían ocultado el río. Cuando el coche cruzó el puente, unos cuantos troncos atados precariamente, Virginia vio por un instante un grupo de pescadores con los sedales dispuestos. Habían aparcado sus coches a un lado de la carretera, lo que le obligó a disminuir casi hasta el límite la velocidad para sortearlos. Ninguno de tos pescadores levantó la mirada.

-Vaya -dijo Gregg-. Mira... están pescando. -Los contempló durante largo rato-. ¿Podré ir a pescar? ¿Estamos cerca de la escuela? -Luego dijo-: Nunca he ido a pescar, pero Patrick Dix fue a pescar con su papá un día, cerca de una playa, creo, y agarraron un pez muy grande, de veras que muy grande. Me parece que era un tiburón.

La carretera giró de repente a la izquierda y se empinó de tal manera que el coche emitió ruidos sordos y las marchas de la transmisión automática cambiaron por sí solas. Puso la primera. Dos coches que venían en fila detrás de ellos se perdieron de vista.

-Menuda subida -dijo ella, lamentando no haberse informado acerca de las montañas-. Estamos subiendo mucho.

Continuaron la ascensión, curva tras curva, hasta llegar a la cumbre de la cadena montañosa. Bajo sus pies se extendía el valle de Ojai; ambos dejaron escapar una exclamación ante la panorámica.

-¡Qué llanura! -gritó Gregg poniéndose de pie para ver mejor.

-Allá vamos -dijo ella haciendo rechinar los dientes y aferrándose al volante.

Cada curva le recordaba que debería recorrer muchas veces la carretera, a veces de noche. «¿Cómo lo aguantaré? -pensó-. Más de noventa kilómetros cada vez...»

-¡Mira! -le advirtió Gregg-. ¡Un autobús!

Un achaparrado y viejo autobús se arrastraba penosamente hacia ellos; algunos niños alborotaban y brincaban en su interior. La estrechez de la carretera apenas permitía el paso del vehículo, que ya empezaba a hacer sonar el claxon. Sin saber qué hacer, Virginia se preguntó si circulaba en dirección correcta. El autobús emitió un segundo bocinazo y ella se apartó a la cuneta; algunos fragmentos de basura y ramas entraron por la ventanilla. Las ruedas de la derecha patinaron sin que el coche avanzara un centímetro; se había metido en un barrizal. Presa del pánico, forzó el motor y el coche volvió de un salto a la carretera. El autobús, justo enfrente, se desvió y la reprendió con otro toque de claxon; pasó junto al desvencijado armatoste al tiempo que del montón de basura se desprendía una parte.

-Dios mío -murmuró por fin.

Siguió conduciendo con un estremecimiento.

-¡Caray, nos faltó poco! -comentó Gregg.

El terreno se fue aplanando; habían dejado las montañas y alcanzado el valle. La carretera se hizo más recta; en el límite opuesto, a lo lejos, se veía la ciudad de Ojai. «Gracias a Dios», suspiró. Una ojeada a su reloj la convenció de que sólo había conducido por espacio de una hora y media. Hasta era posible que llegaran a tiempo de comer.

«Da igual», pensó. Al menos podría tomar una taza de café.

Al entrar en la escuela repararon en la presencia de más naranjos. El aire era cálido; el polvo, empujado por el viento, se deslizaba entre los árboles y se arremolinaba en el sendero. A ella le gustaba caminar después de tanto rato encerrada en el coche. Pero más allá de los edificios de la escuela se alzaban las montañas, las temidas montañas.

-¿Estás mareado? -le preguntó a Gregg. El chico había aminorado el paso y rebuscaba algo en el bolsillo de la chaqueta-. Olvida el *spray,* no te estás ahogando; no lo has hecho desde que salimos de L.A. No cabe duda que era la contaminación. ¿Cómo te sientes?

-Muy bien -pero apretó en el puño el *spray* de adrenalina.

Lo había usado antes de bajar del coche, manchándose los pantalones. Su temor había aumentado, y en cuanto ella dejó de caminar, la imitó.

-Imagino que tienen los caballos en esa cuadra -dijo para confortarle-. ¿No hay alguien cabalgando por allá? -Le obligó a mirar hacia una ladera cubierta de árboles y de hierba al otro lado de los terrenos de la escuela. Una estela de humo se interponía entre los arbustos de las colinas y el campo deportivo de la escuela-. Por lo que veo, juegan al fútbol.

Un limonero de hojas oscuras y lustrosas crecía al pie de los peldaños en que concluía el sendero. Gregg desgajó una mata; fruta, flores y hojas cayeron de sus manos mientras Virginia subía los peldaños. Su rostro

expresaba un resignado empecinamiento. De repente se sintió deprimida y se preguntó si la escuela, la idea concreta de alejarle de casa, iba a funcionar.

-Depende de ti, querido. Si no te gusta esto, puedes volver a casa. Ya lo sabes. Pero queremos que lo intentes.

Sin dignarse responder, contempló el edificio principal, los ojos entrecerrados y los labios apretados firmemente. En su frente se agolpaban de nuevo surcos, arrugas y pliegues de preocupación, como si le oprimiera la magnitud del edificio. Los terrenos de la escuela, a esta hora, estaban desiertos; el semestre había terminado y los niños gozaban de una semana de vacaciones en su casa. Ni siquiera vio algún profesor. «Dentro de uno o dos días», pensó. Entonces todo recobraría el ritmo habitual.

-Hay una senda que se adentra en las montañas. Puedes ir a pie, acampar, encender un fuego y dormir en una tienda, como hizo tu amigo Bob Rooley en las colonias de verano. -Al recordar las fotos del folleto adjunto en una de las cartas de la señora Alt, dijo-: Piensa en los conejos, la cabra y los caballos..., perros, gatos, toda clase de animales. Hasta una zarigüeya. Enjaulada.

El asco se reflejó en el rostro del chico.

Las puertas de cristal del edificio que tenían enfrente estaban abiertas. Gregg se coló entre ellas. El vestíbulo, oscuro y silencioso, le recordó a Virginia un hotel pasado de moda. También había una recepción. Y todo tan silencioso. Para aparentar dignidad, decidió; para impresionar a los padres. Unos peldaños conducían al segundo piso. Y, al fondo, el comedor.

-Voy a ver si consigo una taza de café -le dijo a su hijo.

Ni siquiera un conserje había aparecido para darles la bienvenida.

«¿Qué haremos ahora?», se preguntó.

A su derecha, en un hueco que hacía las veces de biblioteca, dos amplias ventanas se abrían sobre el valle. La escuela había sido construida en un terreno elevado a propósito, concluyó, mientras se dirigía hacia las ventanas. La ciudad de Ojai se destacaba en primer término; edificios de estilo español que había visto de pasada. La hiedra crecía incluso en las paredes del aparcamiento. Un parque se extendía a casi todo lo largo de la única calle importante de la ciudad. En la acera opuesta, una serie de tiendas adosadas unas a otras le hizo pensar en una misión. Todas con su arco de adobe. Y la oficina de correos de la esquina tenía forma de torre. Ocupaba la planta baja, coronada por algo similar a un campanario.

El parque, que divisaba a la perfección, disponía de varias pistas de tenis. Sí, ahí irían a jugar los partidos. Y también asistirían a los conciertos al aire libre. Más allá de la ciudad, el valle se extendía hasta las montañas, superficies perpendiculares que formaban ángulos rectos. Pero el valle era ancho; no se sentía constreñida, a pesar de que las montañas se alzaban en todas direcciones. La única forma de salir era por arriba. Según el mapa, había dos carreteras, ambas peligrosas y empinadas.

-¿No es maravilloso? -preguntó, dirigiéndose a Gregg, que había vuelto a su lado.

-Sí.

-Estábamos en aquellas montañas. Las hemos atravesado en coche. ¿A que es emocionante?

-Sí.

Empezó a caminar sin rumbo fijo, inquieta, de la biblioteca al vestíbulo, de allí a la recepción, y volvió sobre sus pasos. La puerta de un despacho estaba abierta. Pilas de libros cubrían el suelo, el mismo libro repetido una y otra vez, un libro de texto. Le trajo a la memoria su propia infancia: curiosear en un aula por primera vez, el aroma del barniz y del papel, una despensa parecida a ésta.

Una mujer apareció por una puerta lateral, la vio y dijo:

-¿Puedo ayudarla?

Era una mujer de mediana edad, con una fuerte y pronunciada nariz, que vestía pantalones y una camisa de lona. Su enérgica mirada y el paso firme le proporcionaban el aura de autoridad que Virginia recordaba tan bien: aquella mujer gozaba de la vitalidad característica de las maestras profesionales, un espécimen que había puesto en cintura a los jóvenes desde los tiempos del Imperio Romano.

-Soy Virginia Lindahl.

-¡Oh, sí! -La mujer extendió la mano-. Soy Edna Alt. -Llevaba el pelo cepillado hacia atrás y atado (por supuesto) con una cinta de goma. Sus mejillas, aunque firmes, tenían un tono grisáceo, probablemente obtenido a base de excursiones y de supervisar trabajos de artesanía al aire libre-. Me tomaré la libertad de llamarla Virginia.

La señora Alt le dedicó una sonrisa que suscitó en ella el siguiente pensamiento: «Así te sonríen en el momento de afiliarse a un activo partido revolucionario».

-¿Éste es Gregg? -preguntó la señora Alt.

-Sí. Ojalá me hubiera advertido alguien de lo duro que es el camino, señora Alt. Todas esas curvas y revueltas...

-Si un autobús escolar puede recorrerlo, un viejo autobús con veinte años de servicio a sus espaldas, usted también puede hacerlo -dijo la señora Alt, en cuya sonrisa vibraba aún el mensaje subliminal dirigido a potenciar la confianza en las propias posibilidades; era un mensaje afable, incluso optimista.

Virginia no se lo tomó a mal; aplaudía la teoría de la señora Alt de conferir a todo el mundo grandes capacidades. Era el mismo tono que había notado en las cartas de la señora Alt, una de las razones que la habían impulsado a elegir la escuela «Los Padres» entre varias.

-Creo que me crucé con su autobús -dijo Virginia.

Pero ya la señora Alt había trasladado su atención a Gregg.

-Caramba -dijo la mujer sin que la expresión sonara fatua o extraña en sus labios, sino más bien entusiasta y espontánea-. Así que éste es el muchachito con problemas respiratorios. ¿Tienes ahí tu *spray* de adrenalina? -alargó la mano para cogerlo-. ¿Sabes, Gregg? Apuesto a que no lo vas a necesitar aquí.

«Es fácil hablar así cuando puedes pasarte sin él -pensó Virginia-, y espero que gane la apuesta, señora Alt, porque la broma me va a costar doscientos cincuenta dólares al mes.»

-¿Te gustaría ver tu habitación? -preguntó la señora Alt a Gregg, que la miró sin decir nada-. Si quieres, puedes hacerlo. -Cogió el spray y le guió resueltamente hacia la escalera. Gregg se rezagó-. O puedes ir afuera. Creo que James está herrando los caballos. ¿Has visto alguna vez cómo lo hacen?

Su voz adoptó un tono susurrante y misterioso, como si fuera a revelarle algún secreto. A Virginia le recordó los programas infantiles radiofónicos;

aquellas damas hablaban de la misma forma. Tal vez se había convertido en un dialecto de la profesión. Pero Gregg, poco a poco, empezó a reaccionar.

Sin moverse de donde estaba, contempló como la señora Alt conducía a Gregg al exterior, a la terraza de piedra, y luego bajaban un tramo de escalera.

«Y ahora -pensó Virginia- te meteré en la olla, jovencito. Ahí cocinamos a los chicos nuevos. Pero -se dijo- conoce su oficio. No es nada tonta. Mi madre y la señora Alt; podrían ir de la mano. Vaya par.»

La señora Alt regresó a toda velocidad, resoplando como si hubiera caminado durante kilómetros.

-Nos hemos parado un momento para ver cómo montaban las tiendas -dijo-. Cuando hace calor dormimos al aire libre. Tenemos una atmósfera excelente.

-Está mucho mejor del asma -dijo Virginia.

La señora Alt la asustaba un poco.

-Sí, me he dado cuenta de que respira con absoluta normalidad. ¿Desde cuándo tiene esas dificultades? Me da la impresión de que podría deberse a una situación emocional en el ambiente familiar más que a la contaminación, ¿no le parece? Venga a la oficina y sacaré su carta del fichero.

La señora Alt se encaminó resueltamente hacia el vestíbulo.

El despacho olía a jabón. Virginia descubrió que el olor provenía de los lavabos mientras se colocaba la chaqueta sobre el regazo. Una imagen se formó en su mente: la facultad, profesoras de gafas sin aros y sonrisas animosas que se lavaban las manos con regularidad, tal vez cada hora, tal vez nada más sonar el timbre. Pero el ambiente de la escuela parecía cálido, no severo; el entusiasmo imperaba aquí.

-Los doscientos cincuenta pesarán mucho en nuestra economía -dijo Virginia encendiendo un cigarrillo-, pero creemos que vale la pena.

-Ah. -La señora Alt la miró de soslayo-. Entiendo.

Luego; silencio. La señora Alt encontró la carta y la releyó; terminó, la dejó a un lado, se reclinó en la silla y examinó a Virginia.

-¿Por qué quiere que ingrese en la escuela?

-Porque... será bueno para él -respondió Virginia cogida de improviso.

-¿Porqué?

La señora Alt hizo girar la carta de Virginia con gesto displicente.

-Pues... la situación en casa no es muy buena; tensiones y...

-Lo pregunto -interrumpió la señora Alt- porque deseo estar segura de que no está tratando simplemente de eludir la responsabilidad de educar a su hijo.

-Ya veo.

-¿Gregg es feliz en casa?

-Bueno...

La humillación ahogaba sus palabras.

-¿Qué opina el chico de venir a vivir aquí? Nunca había vivido antes fuera de casa, ¿verdad? Siempre ha estado con ustedes.

-Creo que las tensiones que soporta en casa están socavando su equilibrio emocional. La culpa no es suya.

Fijó la vista en algún punto indeterminado del suelo. ¿Qué demonios estaba haciendo aquí?

-Ya Veo -dijo la señora Alt.

-Por Dios, no desconozco mis motivos.

La señora Alt cruzó las manos sobre el escritorio y dijo:

-¿Qué opina su marido?

-Él... no está del todo de acuerdo, lo admito.

-¿Cómo son las relaciones de su marido con Gregg?

-Buenas. En la medida de lo posible. Quiero decir que a Roger lo absorbe mucho su trabajo. Como ya le mencioné en mi carta, es el propietario de una tienda de venta de televisores. Ocupa la mayor parte de su tiempo. Suele volver a casa cuando Gregg ya se ha ido a la cama. Como comprenderá, la tienda está abierta también los sábados, así que sólo lo ve los domingos, aunque algunos los dedica a repasar la contabilidad en la tienda.

-¿Cómo se llevan ustedes dos?

-Oh, bien.

Cuan humillante le resultaba aquella conversación.

-¿Y esas... tensiones?

Virginia emitió un leve gemido.

-¿Preferiría no hablar de eso conmigo? -insinuó la señora Alt.

-No. No me importa, pero parece un poco gratuito. -Tras una pausa aclaró-: En todo caso, creo que ya le expliqué en mi carta que acudo a una terapia de baile que me da la oportunidad de profundizar en algunos aspectos psicológicos míos y de mi marido. Y también en la situación de casa.

-Ya lo mencionó -dijo la señora Alt evasivamente; no parecía sentirse impresionada.

-Es importante que comprenda que Roger y yo tenemos historias radicalmente diferentes.

-¿Y qué demonios me quiere decir con eso? -estalló la señora Alt. Se me acaba la paciencia... -Se puso en pie, paseó arriba y abajo de la habitación con los brazos cruzados en torno de su cuerpo y volvió a sentarse-. ¿Cuántos años tiene, Virginia? Veintitantos, ¿no? Bien, digamos treinta. Y habla como cualquier psiquiatra decrépito de... ¿cómo lo llamaría usted?... pongamos por caso de la época del Frente Popular. Me refiero a sus... términos. ¿No puede dejarse de disimulos y hablar con claridad? ¿Es necesario que se exprese con juegos de palabras?

-Sospecho que todas las profesoras están acostumbradas a tratar a los demás como niños desobedientes.

Virginia estaba enfadada, aunque también algo divertida, con una mezcla de amargura e ironía; al fin y al cabo, había clasificado a la señora Alt sin errar demasiado en su apreciación.

-¿Es eso lo que estoy haciendo? No, sólo intento que ponga los pies en el suelo. Salgamos de aquí, dejemos este despacho sofocante y vayamos a tomar el sol.

Dando ejemplo, se levantó y la miró por encima del hombro, como instándola a seguirla. Virginia apagó el cigarrillo, recogió la chaqueta y el bolso y salió fuera, al cálido y resplandeciente sol. La señora Alt la condujo a lo largo de un sendero lleno de lodo; las placas de barro seco se quebraban bajo sus pies. Virginia tropezó una vez. La señora Alt, por supuesto, llevaba zapatos de tacón bajo. El aire quemaba la garganta de Virginia y pensó de nuevo en una taza de café, aunque se iba alejando del comedor y las cocinas en dirección a una serie de edificios de madera con aspecto de barracones.

-Podría ayudarnos a montar las tiendas -dijo la señora Alt.

-No con esta ropa.

-Bien -sonrió la mujer-, entonces supervise. -Aminoró el paso y Virginia consiguió alcanzarla-. Le sentará bien, Virginia. ¿Qué pensaría si le dijera que montar tiendas bajo el sol es mucho mejor que la terapia de baile o cualquiera de las llamadas terapias psicológicas creativas?

-No lo sé -dijo Virginia con humildad.

-Entonces no la obligaré.

Un grupo de niños, vestidos sólo con pantalones conos de color caqui, se hallaba sentado sobre la hierba desplegando tiendas de campaña. Casi todos parecían mayores que Gregg. Éste no formaba parte de la pandilla.

-Magnífico -les felicitó la señora Alt.

-Señora Alt -dijo uno de los chicos-, he encontrado un sapo dentro de una de las tiendas. ¿Me lo puedo quedar?

-¿Está vivo?

-Bueno, se mueve un poco. Creo que si le doy algo de hierba para comer se pondrá bien.

Virginia, que observaba sus movimientos sin perder detalle reparó al instante en que las niñas (había tres, de unos ocho o nueve años de edad) no llevaban sostén, sólo los pantalones cortos. Claro que eran muy pequeñas... No importaba, pero en su mente se debatían dos formas de pensar. Los niños tenían la piel bronceada y un saludable aspecto. Era difícil imaginar que alguno tuviera asma, pensó. Resfriados y asma, váyanse a otra parte. Los chicos parecían felices, pero dóciles.

-Examina con atención tu sapo -decía la señora Alt- y vigila que no tenga una piedra preciosa en la cabeza.

Verificada esta carencia, la señora Alt volvió junto a Virginia. -¿Me disculpa si emito un rápido juicio sobre usted, Virginia, una descripción improvisada? Diría que es usted inteligente, muy educada, básicamente bondadosa, pero impregnada de lo que llamaría ignorancia. Ignorancia arrogante, para ser exactos. Cuanto más hablo con usted, más convencida estoy de que a Gregg le conviene quedarse con nosotros. Tiene usted toda la razón.

La rodeó con el brazo y la apretó contra sí, gesto que horrorizó a Virginia.

-Bien, señora Alt -respondió con la mayor serenidad posible-, me lo pensaré de nuevo y le comunicaré mi decisión.

-¿Me comunicará su decisión?

-Sí. Aún faltan dos días para que empiece el semestre... La telefonearé o le escribiré.

En lo que a ella respectaba, todo había terminado. Ya había aguantado bastante.

-¿Así que es capaz de experimentar cólera? Lo adiviné. Virginia, usted vino aquí con la intención de matricular a Gregg en la escuela. Y yo sé que es lo bastante mayor y lo bastante inteligente como para no cambiar de idea si sus sentimientos han sido un poco lastimados.

-Mal si lo haces, mal si no lo haces -exclamó desesperada-. ¿Qué se supone que debo hacer?

-Calmarse. -Sin soltarle el brazo, la señora Alt volvió sobre sus pasos-. Cuénteme algo acerca de sus historias radicalmente diferentes.

-¿Podría tomar una taza de café?

-Comeremos. Al menos son las doce, ¿no? Los niños ya han comido... hay muy pocos, de modo que no abrimos el comedor; les permitimos comer en la

cocina. ¿Le importaría comer con alguno de los profesores? Me parece que ya están dentro.

-No me importa.

Dos mujeres y un hombre estaban sentados en la cocina, ante una mesa de madera amarilla, comiendo y charlando. La cocinera, una enorme mexicana de unos sesenta años, freía algo en el fogón, y una mujer más joven, de expresión dulce, también mexicana, preparaba los platos. La cocina era más amplia de lo que Virginia había imaginado; era como un auditorio. Los fogones ocupaban todo un lado; los vasos y los platos, inmaculadamente limpios, estaban apilados sobre estantes. La señora Alt le presentó a los profesores, pero olvidó sus nombres de inmediato. Se había sumido en un hosco estado de ánimo y sólo podía pensar en tomar una taza de café.

-¿Desde cuándo vive en California? -le preguntó la señora Alt, que se había colocado junto al único varón del grupo, al otro lado de la mesa.

-Desde 1944. -El café hervía. Lo encontró a la temperatura adecuada y exquisito-. Antes vivíamos en Washington, DC. Nos mudamos aquí.

-¿No es un poco bajo Gregg? ¿Tiene ocho años?

-Siete y medio.

-Como ya sabe, realizamos un examen físico de todos los niños en el curso de su primer mes en la escuela. Damos por sentado que se producirán las enfermedades habituales, para eso tenemos una enfermera, pero, después de todo, esto es una escuela y no un hospital. Si los ataques de Gregg se suceden, no podremos cuidarle. En cualquier caso, pienso que no se reproducirán.

El *spray* le es de mucha utilidad, y sabe cómo usarlo. Si empeora, tiene un inhalador, pero en este caso, necesitaría su ayuda; quiero decir que debería calentarlo primero, mezclar las hierbas y todo eso. -Una gran desgana se apoderó de ella-. Nunca lo ha necesitado. Ni siquiera recuerdo dónde lo puse. Y, de cualquier forma, si no mejora no queremos que se quede aquí. No nos gusta la idea de enviarle lejos de casa. Pero, como empecé a explicarle, no estamos de acuerdo en muchos puntos básicos... me refiero a Roger y a mí. Él tiene sus ideas, y no suelen coincidir con las mías.

Sorbió su café.

-¿Nacieron los dos en Washington?

-Yo nací en Boston. Roger nació en el Medio Oeste.

-¿Por qué no me dice el lugar exacto?

-Creo que en Arkansas. -Se encogió de hombros. Siempre que lo decía se le ponía la piel de gallina-. Tuvo una infancia pobre y dolorosa. Durante la Depresión vivieron de la caridad y la beneficencia. Creo que era bastante frecuente. Una familia vecina les cedía las pieles de patata. -El tópico le producía horror; recitó la información mecánicamente -. A mi familia le fue mejor, pero también sufrimos las consecuencias, por supuesto. -Se irguió y apoyó los codos sobre la mesa, manteniendo la taza a la altura de la barbilla-. A causa de su infancia problemática (a él no le gusta hablar mucho sobre el particular, así que me ando con mucho tiento), Roger se preocupa de un montón de cosas que a mí me son indiferentes. La cuestión financiera, por ejemplo. La comida. Nunca comieron todo lo que quisieron, aunque no creo que pasaran auténtica hambre. Siempre teme que algo vaya a salir mal... no sé si me comprende. Siempre está tenso. Se pasa todo el tiempo en

la tienda, sin hacer nada, como una especie de... -Hizo un gesto vago-. Como si la vigilara. Para estar seguro de que sigue en su sitio.

-¿Incrementarán su ansiedad los doscientos cincuenta mensuales?

-Supongo que sí -admitió-. Pero Gregg no estará con él, de lo que deduzco que no le afectará demasiado.

Aunque los tres profesores sostenían una conversación aparte, también la escuchaban.

-No veo que su situación pueda mejorar si su economía se resiente.

-No lo hará -dijo con sequedad.

-Podría solicitar una beca. Algunos niños la han recibido. Los padres pagan parte de la mensualidad, y grupos privados otra.

-Saldremos adelante. Si decidimos continuar. -Bebió más café-. No coincidimos en temas básicos, como la religión. Roger carece de convicciones religiosas; de hecho, es contrario a la educación religiosa. No quiero que Gregg crezca en una atmósfera semejante. No quiero que crezca donde se desprecian la educación y la cultura.

-¿Qué piensa su esposo acerca de esa terapia de baile? -preguntó la señora Alt.

-Oh, le es indiferente.

-¿Tienen algún interés común?

-Pues claro que lo tenemos -respondió Virginia sin dudarlo un momento.

La señora Alt intercambió algunas frases triviales con los profesores durante unos minutos. Virginia se comió el bocadillo que habían colocado ante ella, terminó el café y encendió un cigarrillo. Nadie le ofreció fuego. El profesor, vestido con jersey, pantalón ancho y corbata, conversaba animadamente. Virginia echó una ojeada a su reloj. «La carretera», pensó. El espantoso viaje de vuelta. Su gran temor consistía en sufrir algún tipo de retraso y verse obligada a conducir de noche.

-Debería ir a recoger a Gregg -le dijo a la señora Alt-. Se está haciendo tarde.

-Tráigale aquí para que coma también. No ha comido, ¿verdad?

-No -admitió.

-No querrá que se vaya con el estómago vacío; le dejé con James. Reconocerá enseguida la cuadra... quizá se fijó en ella después de aparcar el coche. Está al final del campo de deportes. ¿Quiere que la acompañe?

Ya había concluido su conversación con el profesor, referente a los programas de las clases.

-Tenemos que irnos, de veras -dijo Virginia poniéndose de pie-. Gracias por la comida.

-¿Por qué ha de marcharse ahora mismo?

-El viaje.

-Le molesta, ¿verdad?

-No me importaría hacerlo a menudo -terció el profesor, joven y de aspecto agradable-, pero sí les sucede a algunos padres. Cuatro veces cada fin de semana. Si matricula al chico en la escuela, ¿vendrá a recogerlo los fines de semana?

-Sí. Es lo que le prometí. Lo asumo como un deber. Forma parte del trato que hicimos.

-Los niños no pueden salir hasta las tres del viernes, así que no podrá recogerle antes de esa hora -dijo la señora Alt-. Y tienen que estar de vuelta el domingo a las seis de la tarde. En invierno se verá obligada a conducir de

noche. Por lo que me ha dicho deduzco que no es una buena idea; iría atemorizada y le transmitiría esta sensación a Gregg, induciéndole la idea de que no deseaba recogerle.

-Todo esto no son más que suposiciones... -empezó Virginia.

-Tal vez alguno de los otros padres se brindaría a recoger a su hijo -sugirió una de las profesoras-. Cada uno conduciría un rato.

-Liz Bonner recoge a sus dos hijos casi cada viernes -dijo el profesor-. Tal vez podría llegar a un acuerdo con ella.

-Es una buena idea -asintió la señora Alt-. Mañana traerá a sus hijos. Si viniera usted se la presentaría, a menos que sólo confíe en su propia manera de conducir.

-La señora Bonner es una buena conductora -terció el profesor.

-Al estilo de Los Ángeles -puntualizó una de las profesoras, y todos estallaron en carcajadas.

-¿No le importaría? -preguntó Virginia, a quien la idea le agradaba-. Le pagaría una parte de los gastos. Valdría la pena.

-Liz no tiene otro remedio que hacer el viaje -aclaró la señora Alt-. Haremos esto: hablaré con ella cuando venga y después la telefonearé. Si ella está de acuerdo, viene usted y acaba de concretar los detalles. Como ustedes viven en Sepúlveda y ellos no muy lejos, en dirección a San Fernando, no tendría que desviarse mucho. Incluso podría llevar a Gregg a su casa y usted recogerle allí.

-¿Y por qué no llama ahora a la señora Bonner? -dijo el profesor-. Así se evitaría volver mañana.

-Prefiero que hable con Liz en persona para que todo quede claro. Ya sabe cómo es Liz.

Virginia se excusó, salió de la cocina y se dirigió a la cuadra.

«Dios mío -pensó-. Asunto zanjado. Decidido.» El peso de la responsabilidad había desaparecido.

«Te gustará la escuela -dijo para sí-; lo que yo te diga, jovencito. Te ha de gustar la Escuela de los Padres porque a partir de la semana que viene será tu hogar. Y Edna Alt, tu amiga.»

2

Pete Bacciagalupi introdujo la cabeza en el despacho de la tienda y dijo:

-¿Todavía andas por aquí? Pensé que te habrías ido a casa. -La puerta principal de «Modern TV Sales & Service» estaba cerrada con llave y la persiana bajada; era hora de dar por finalizada la jornada. Las luces de neón del techo parpadearon y se apagaron cuando Olsen, el especialista en reparaciones, apretó el conmutador-. Tu mujer te está buscando. Aparcó en zona amarilla y fue a comprar algo.

-Muy bien -dijo Roger Lindahl. Guardó los libros de contabilidad y se puso en pie. Virginia habría vuelto probablemente a casa después de su viajecito a Ojai. Atravesó la tienda acompañado de Pete y fue comprobando que todos los interruptores estuvieran cerrados-. El sistema de intercomunicación. Verifícalo.

-Ya lo hice -dijo Pete-. Todo está conforme; ya puedes ir a casa. Encenderé las luces nocturnas. -Encajó la llave en la caja registradora y cambió el rollo-. Has retirado el dinero, ¿no? Es lo principal.

-Una señora quiere entrar -anunció Olsen desde la entrada-. ¿Quién le va a decir que hemos cerrado?

-Es Virginia -dijo Roger-. Yo abriré.

-Hola -dijo ella-. Te llevaré a casa. -Le besó y Roger aspiró los diversos olores de la carretera: cigarrillos, calor, polvo y el cansancio de luchar con el tránsito. Abandonada, incluso extrañamente emocionada, apretó su cuerpo contra el de él y luego dio un paso atrás sin soltar la puerta-. ¿Preparado para marchar?

-Espera, he de llevarme algunos trastos del despacho.

Volvió sobre sus pasos y Virginia le siguió en la oscuridad. Al entrar en el despacho, ella hizo lo mismo con un movimiento rápido y se le quedó mirando con la cabeza inclinada en un ángulo que él ni conocía, como si tratara de examinarlo desde una perspectiva inédita.

-¿Tengo monos en la cara, o qué? -preguntó Roger.

-Sentémonos un momento. -Virginia se subió de un salto al escritorio, cruzó las piernas y se quitó los zapatos-. He conducido con tacones. Así descanso un poco. Tres horas de carretera y luego... atrapada en el barro.

Limpió la suciedad adherida a los zapatos.

-Ah, sí -dijo él sin ocultar su aversión-. Los campamentos del CCC[1].

[1] *[Civilian Conservation Corps (1933-1942). Organización impulsada durante la época del New Deal con el propósito de aliviar el desempleo mediante tareas destinadas a la conservación del medio ambiente. (N. del T.)]*

Pete se detuvo en el umbral de la puerta y se despidió.

-Buenas noches, señora Lindahl. Buenas noches, Roger. Nos veremos mañana.

-Buenas noches -dijo Roger.

Virginia no se había dado cuenta; rebuscaba algo en el fondo del bolso.

-¡Buenas noches! -gritó Olsen desde el extremo opuesto de la tienda.

La puerta se cerró con estrépito cuando salió.

-¿Dónde está Gregg? -preguntó Roger cuando Pete se hubo marchado.

-En casa, con Marión.

Marión era su madre, la señora Watson.

-¿Encontraste alguna escuela que te gustara? -permitió que las palabras transmitieran su deseo.

-Sólo visité una -respondió con las facciones tensas-. La Escuela de los Padres. Comimos allí. Y vimos cómo herraban un caballo.

-¿Y ahora, qué? ¿Volverás mañana?

-No. Mañana tengo una cita con Helen.

Helen era la responsable de política local del Partido Demócrata; Virginia estaba bastante comprometida en ciertas áreas de actuación.

-Y pasado mañana tienes danza.

-¿Cómo quieres que te lo explique?

Ante esta respuesta, Roger comprendió que Virginia se había liberado de un peso, de una responsabilidad.

-¿Les diste un cheque?

-Sí.

-¿Por cuánto?

-Lo que sacamos en un mes: doscientos cincuenta dólares.

-Puedo impedir que lo cobren.

-No lo hagas.

-Claro que lo haré.

«Mañana por la mañana, sin la menor duda», pensó.

-Es una mujer maravillosa. La señora Alt.

-¿Así es como... pretendes tener más tiempo libre? ¿Dedicándote sólo a las clases de terapia y al PTA?[2] Joder, pues se terminaron las sesiones del PTA. Si lo sacas de la escuela pública, las pierdes. ¿Qué ganas a cambio? -Virginia mantenía la misma postura, sonriente, con la cabeza inclinada-. Necesitas mi permiso. Iré a un abogado y ya veremos qué pasa.

[2] *[Parents and Teachers, National Congress of. Asociación de Padres y Profesores de las escuelas públicas. (N. del T.)]*

-Hazlo -respondió en tono risueño.

Se miraron fijamente.

-Sé que tengo razón -afirmó ella, encogiéndose de hombros-. Ni siquiera has visto la escuela.

-Enséñame el recibo.

Tendió la mano y esperó.

-¿Irás a verla? Es lo mínimo que podrías hacer.

-La veré cuando vaya a recuperar el cheque.

-Ésa es la razón por la que quiero que se vaya. Tú y yo no...

Se interrumpió y tragó saliva, los ojos abiertos de par en par. Un destello de humedad se agolpó en sus pestañas, vibró y se apagó. Pero eso fue todo.

-Les llamaré esta noche. -Descolgó el teléfono-. Así no lo ingresarán.

Pidió a la operadora el número de teléfono de la Escuela de los Padres, en Ojai.

-Te voy a dejar -dijo Virginia.

-¿Por qué? -preguntó mientras anotaba el número en una libreta.

-Quedaré... en ridículo. Es obvio. ¿O no te importa? -Su voz se endureció, pero la reserva, el largo adiestramiento continuaban presentes. Algo seguía reprimido-. Subo allí, lo arreglo todo para que Gregg ingrese en la escuela, repaso las listas con la señora Alt para asegurarme que tendrá cuanto necesite, etiquetas en las prendas de vestir, medicinas... hasta me detuve en la farmacia para adquirir medicamentos de cuatro recetas distintas; me he tomado el trabajo de explicar nuestros motivos a Gregg y lograr que lo comprendiera; he recorrido dos veces en el mismo día esa maldita carretera, un trayecto que mataría a cualquiera, incluido tú. Espera a verla, sabrás lo que es tener dificultades.

Sacó un pañuelo del bolsillo de su vestido, se sonó la nariz y se secó los ojos.

Roger descolgó el auricular y marcó el número. Pidió el de Ojai. Mientras aguardaba, Virginia tiró el pañuelo a un lado, bajó del escritorio, se calzó los zapatos, cogió el bolso y salió a la carrera del despacho. Él oyó el repiqueteo de sus tacones, el chirrido de la puerta al abrirse y el golpe con que se cerró.

-Escuela de los Padres -dijo una suave voz de mujer al otro lado de la línea.

-Me gustaría hablar con la señora Alt.

-Yo misma.

-Soy Roger Lindahl. -En ese momento se sintió confundido-. Mi esposa habló hoy con usted.

-Oh, sí, Virginia. ¿Llegaron bien a casa ella y Gregg?

-Sí.

-Me contó lo mucho que le disgustaba conducir. -La voz de la señora Alt sonaba plácida pero indiferente-. Supongo que acaba de enterarse de que Virginia ha matriculado a Gregg en la escuela, ¿no es así? No me lo confesó, pero me dio la impresión de que estaba actuando por cuenta propia.

-Sí.

-Se halla en un estado de gran tensión, pero creo que sabe lo que hace. Bien, ¿quiere venir aquí y discutir el asunto conmigo? Retendré el cheque hasta que haya hablado con usted. Si lo prefiere, puedo hacerle una visita; iré a L.A. mañana por la tarde para ver a una sobrina.

-Iré ahí. Así podré ver la escuela.

-Bien. ¿A qué hora? Sería mejor por la mañana.

-A las diez.

-Estupendo. ¿Puede traer a Gregg? Cuanto más vea la escuela antes de que usted decida, mejor. Lo ideal sería que se quedara una semana, pero el semestre empieza dentro de pocos días y nos urge completar el cupo de matrículas. Le veré, pues, a las diez. Si se pierde y no sabe encontrar la escuela, pregunte en la ciudad.

La comunicación se cortó. Desconcertado, colgó el auricular y se levantó para apagar la luz del despacho. «Una verdadera artista -se dijo para sus adentros mientras se ponía la chaqueta-. Capaz de vender cualquier cosa.»

Después de echar el cerrojo advirtió que el Oldsmobile continuaba aparcado en la zona amarilla. Virginia no se había marchado; estaba sentada al volante, esperándole.

-La llamé -dijo mientras abría la puerta y se deslizaba en el interior-. Iré mañana a las nueve con Gregg.

Virginia puso en marcha el motor sin hacer el menor comentario y enfiló la calle.

Virginia seguía sin hablar a la mañana siguiente, pero al menos no había cumplido la amenaza de abandonarle. Roger llamó a Pete y le pidió que abriera la tienda; luego se afeitó y se duchó, y se puso traje, corbata y una camisa limpia. Virginia, que se movía por la casa con el mayor sigilo, desapareció en la cocina cuando Gregg y él se disponían a salir. No les dijo adiós.

-¿Está enfadada mami? -preguntó Gregg cuando se dirigían hacia la autopista.

-Sólo conmigo -respondió Roger.

El recorrido hasta la autopista fue como un baile: disfrutó con cada maniobra. Después de entrar se detuvo en un parador y pidió cerveza y gambas fritas para él, y huevos revueltos con bacon para Gregg;

-Caray, papi, eres fantástico, hay que ver cómo adelantaste a aquel camión. -El chico se había quedado fascinado con el gran despliegue de ráfagas luminosas-. ¿Te acuerdas del camión?

Pasaron junto a una hilera de árboles bajos y redondeados.

-¿Ves esos árboles? -preguntó Roger a su hijo-. Te diré lo que son: pacanas.

El viaje levantó sus ánimos. Cuando cruzaron el riachuelo y vieron a los pescadores, frenó el coche y bajaron.

-Vamos.

Descendieron desde la carretera por una senda. Ayudaron a los pescadores durante media hora; a Gregg le permitieron asir una caña y sacar un pez fuera del agua. Era pequeño y descolorido, pero todos los pescadores lanzaron gritos de júbilo. Uno afirmó que era el único pez de esa especie capturado en aquella zona del condado de Ventura. Entregaron el ejemplar a Gregg como si se tratara de un regalo, envuelto en papel de periódico; lo metieron en la parte trasera del coche y continuaron el viaje, acelerando en las pendientes y en las rectas para ganar tiempo.

-Eso es Ojai -dijo Roger al dejar las montañas atrás.

-Mamá lo llama *Oai* -rió Gregg.

Bajaron del coche y recorrieron a pie la distancia que separaba la ciudad de la escuela. Roger llevó el coche a un garaje para que le hicieran el cambio de aceite de los mil quinientos kilómetros; no tenía ni idea de cuántos kilómetros había conducido Virginia sin efectuarlo.

-Ahí está la escuela -indicó Gregg al cabo de poco rato.

Frente a ellos, a la derecha, empezaba un cercado de baja altura que delimitaba un huerto, tras el que se veían edificios, altos abetos y lo que parecía una bandera.

-¿Qué te parece? -preguntó Roger.

-No lo sé -respondió Gregg. Aminoró el paso-. Tienen una zarigüeya enjaulada. Le di un nabo para comer.

-¿Te gusta esta escuela? ¿Te gustaría vivir aquí?

-No lo sé.

-Sólo podrías vernos a mí y a mamá los fines de semana.

Gregg asintió con la cabeza.

-¿Te gusta la escuela?

A veces extraía una respuesta a base de repetir la pregunta.

-Sí.

-¿Los chicos son simpáticos?

-Aún no han vuelto.

-¿Y los profesores?

-Me parece que sí. James lo es. Tiene la piel muy bronceada, como Louis Willis. Herró un caballo.

Mientras ascendían penosamente la carretera, Gregg se extendió en aclaraciones sobre la forma de herrar un caballo.

«Un negro -pensó Roger-. No puedes ganar.»

Penetraron en los terrenos de la escuela. La tierra se hizo más llana. Gregg se adelantó a la carretera y gritó:

-¡Ven, papá, te enseñaré la zarigüeya! ¡Aquí está! -Se alejó a grandes saltos. Su voz se perdió en la distancia-. ¡Zarigüeya...!

-Cristo -masculló Roger.

Su hijo le ponía nervioso. Se detuvo para buscar un cigarrillo. Se los había dejado en el coche, debajo de la chaqueta. Echó un vistazo alrededor y observó los escalones que llevaban al mayor de los edificios. Una mujer había salido a la terraza y le observaba, una mujer enjuta, de mediana edad, con gafas y el pelo peinado hacia atrás; llevaba téjanos y comprendió en el acto que se trataba de la señora Alt y que era una mujer de convicciones firmes.

Su temor aumentó. ¿Por qué? «Como un niño», pensó. Se quedó parado y sintió el temblor de sus rodillas. «Por Dios», suspiró, transpirando. Podía desmayarse de un momento a otro.

-¡Eh, papá! -gritó Gregg volviendo a la carrera, con la cara enrojecida y sin aliento-. ¿Puedo subirme a un caballo? ¿Puedo subirme a un caballo? ¿Puedo subirme a uno de los caballos? Por favor, ¿puedo subirme a un caballo? James dice que sería estupendo; por favor, ¿puedo subirme? -Bailoteó alrededor de Roger, se aferró a su mano y tiró de él-. ¡Por favor, papá, por favor ¡Déjame cabalgar, por favor! ¡Papá, por favor! ¡Vamos, papá! ¡Déjame subir a un caballo! ¿Puedo? ¿Puedo?

La mujer de aspecto duro contemplaba la escena desde la terraza. El sol, el calor que abrasaba su cara y su cuerpo, hacían sudar a Roger.

-¡Por favor, papi!

Vio árboles. Un caballo piafaba a lo lejos. «Caballos -pensó Roger-. Malditos sean.» Era hermoso. Una bonita grupa. El aire olía a hierba reseca y hacía calor, mucho calor.

«Dios -pensó-. Cuántos años.»

Se secó el sudor del cuello y avanzó un par de pasos. Sudor en los ojos. Se secó los ojos. Un olor que mareaba. Olor a granja.

-¡Mira ese caballo!

-Sí.

El olor a granja se intensificó: estiércol. Paja.

La mujer continuaba vigilando desde la terraza. Se puso las manos en las caderas. «¿Por qué me siento tan débil? -pensó Roger-. ¿Por qué?»

-¡Roger! -le llamó la mujer con voz aguda.

-Sí -dijo-, ya voy.

El hedor a caballo.

Dio un paso. Otro.

-Por favor -dijo.

Por favor. Divisó la cuadra. Mierda bajo sus tacones. Un montón de alambradas destrozadas. Una línea de colinas verdes y cubiertas de árboles.

Una suave elevación de malas hierbas detrás de la cuadra. La mierda descendía hacia las rocas. El silencio de un mediodía de verano. Una mosca negra zumbó y se lanzó sobre él.

Agachó la cabeza.

-Por favor -suplicó asustado de ella-, ¿nos podemos marchar?

Tanto él como Stephen temblaban. La mujer asintió con la cabeza.

Stephen y él atravesaron a toda velocidad la maleza y la mierda, alejándose de ella y de la casa, y dejaron atrás el camión herrumbroso. Los cerdos se revolcaban en la porqueriza. Uno de los animales, alarmado, salió corriendo, con las orejas bajas, resoplando y bamboleándose, hasta llegar a la cerca.

Entraron en el cobertizo, cerraron la puerta de golpe y la aseguraron con el alambre para que nadie pudiera abrirla. Así su madre no podría atraparles.

-Hace frío -dijo Stephen-. Oye, no puedo ver. ¿Tú ves?

Al poco rato recuperaron la visión.

-Éste es el sitio -le dijo a su hermano.

Habían ido a aquel lugar apartado y recogido para comprobar quién meaba más lejos.

-Tú primero -dijo Stephen.

-Tú.

-No. -Stephen se acuclilló nerviosamente-. Fue idea tuya.

El suelo del cobertizo se había hundido bajo el peso de los excrementos y de la hierba podrida. Tarros de conservas con las tapas corroídas se agolpaban en las esquinas. Una araña muerta se balanceaba en medio de su propia tela, impulsada por la corriente de aire que penetraba a través de los resquicios entre las tablas.

Meó en un extremo del cobertizo.

-Fantástico -le dijo a Stephen.

Stephen meó a su vez. Una vez efectuada la medición, descubrió que había superado a Stephen por casi treinta centímetros.

-Pero yo meé más -dijo Stephen.

-Eso no cuenta.

-¿Por qué no? Vamos a ver quién mea más rato.

-Yo ya meé -dijo Roger-. Y tú también.

-Entonces vamos a beber algo.

-Tardaríamos horas.

-No -dijo Stephen-. Sale en seguida. Si bebes leche, meas leche a los cinco minutos.

El frescor les adormeció. Se sentían a salvo. Éste era su refugio; aquí evitaban las preocupaciones. Roger se arrojó sobre unos sacos de arpillera que había cerca de una trilladora. Stephen se le unió tras algunas vacilaciones.

-Bajemos al cagadero -dijo Stephen.

Se refería a la cloaca que partía del retrete y corría paralela a los campos de remolacha. Enormes avispas revoloteaban sobre la cloaca, y era divertido capturarlas. O a veces él y Stephen cavaban cloacas perpendiculares. Al menos era un sitio en el que pasaban cosas.

Mientras yacían sobre los sacos de arpillera, una gallina se coló por un resquicio y entró en el cobertizo.

-Es muy vieja -dijo Stephen.

-¿Qué estará haciendo aquí?

La gallina, al advertir su presencia, dio media vuelta y huyó hacia fuera.

-Tendrá el nido por aquí -aventuró Roger. Se sintió repentinamente interesado y agregó-: Oye, debe de merodear todo el día por aquí para poner los huevos.

-Vamos a buscarlos -propuso Stephen poniéndose en pie.

Buscaron sin localizar su objetivo.

Su hermano y él yacieron durante mucho rato en el húmedo, frío y oscuro cobertizo, sobre los sacos de arpillera. En una ocasión, una rata se deslizó sobre el pie de Roger; lo sacudió para quitársela de encima. Una multitud de ratones se escabullía, chillaba y correteaba por las vigas que sostenían el techo.

La gallina se introdujo de nuevo por la misma abertura, oscureciendo la luz del sol. Stephen clavó los dedos en el brazo de su hermano.

La cabeza, de la gallina dio una sacudida, giró y penetró. El ave de corral se abrió paso por el hueco y posó las patas en el suelo del cobertizo.

Se acurrucó con rapidez en un ángulo del cobertizo, ahuecó las plumas, emitió un sonido de triunfo y de un brinco se marchó por donde había venido.

-Mira esa malvada y vieja gallina -observó Stephen -. Poniendo huevos donde nadie podrá encontrarlos.

Roger y él se precipitaron hacia el rincón. Una de las vigas estaba rota y dejaba un hueco no mayor que la entrada a una ratonera. La basura acumulada y pedacitos de madera formaban una masa esponjosa; ambos hermanos exploraron con los dedos la masa y encontraron en su interior muchos huevos, algunos rotos, otros podridos, y unos pocos en buenas condiciones. Siguieron hurgando y hallaron otra capa de huevos, mucho más antiguos, tan viejos que parecían piedras.

Los sacaron todos y los pusieron en fila. Contaron hasta veintiséis huevos.

Era el mayor hallazgo de huevos que podían recordar. Los metieron en una bolsa y se los llevaron a casa.

Roger Lindahl cruzó a pie varias calles, dejó atrás la licorería y llegó frente a la casa de Massachusetts Avenue en la que había vivido desde el día de su boda hasta el fracaso de su matrimonio.

La sala que daba a la calle era una confusión de cajas de cartón atadas, maletas y cajas llenas de libros. Había separado sus cosas de las de Teddy, pero aún no las tenía empaquetadas. A la luz de una lámpara colgada del techo, Teddy daba de comer a la niña en el comedor. Un olor ácido impregnaba la casa; la cocina y el comedor olían a platos sucios y a comida rancia. El suelo estaba cubierto de polvo y de juguetes de la niña. Los dos gatos siameses de Teddy le contemplaron con hostilidad desde el sofá, con las patas dobladas bajo el cuerpo.

-Hola, amiguito- le saludó Teddy mientras introducía guisantes hervidos en la boca de la niña, que ya había derramado el biberón sobre sus manos y su estómago-. Quiero que eches un vistazo a la lámpara y las alfombras que hay en la otra habitación, por si te las quieres llevar. Si no, tengo un amigo que podría aprovecharlas.

La luz le cegó y cerró los ojos. Los gatos no se dignaron hacerle sitio en el sofá. Dejaban pelos por todas partes; los costados del sofá mostraban, a la luz de la lámpara, arañazos grisáceos, desgarrones y pelos, y los brazos colgaban hechos jirones. Su olor, el hedor rancio a animales encerrados, dominaba sobre el resto de los olores de la casa.

Su esposa -aún no habían iniciado los trámites del divorcio- alargó la mano y conectó la radio. Sonó *My devotion.* Sus movimientos cansinos le hicieron sentir lástima por ella. Trabajaba en el Departamento de Agricultura y, al salir, recogía a la niña en la guardería, iba en coche a hacer las compras, preparaba la cena para ella y para la niña y, por supuesto, procuraba atender a los gatos. «Los gatos», pensó; cada vez se aferraba más a los animales. Los gatos le miraban desde el sofá y en sus ojos podía leer la advertencia: «Acércate y te destrozaremos. Ya sabemos cómo te comportas». Los gatos, con las patas recogidas bajo el cuerpo, velaban por su integridad física. Incansablemente, velaban por sus vidas.

-¿Querrías hacerme un favor? -dijo Teddy-. Enciende la estufa.

Encendió la estufa de gas con una cerilla y abrió la puerta del vestíbulo.

-¿Has cambiado de opinión? -preguntó Teddy-. ¿Quieres quedarte a dormir esta noche?

-Sólo he venido para recoger algunas cosas.

-¿Cómo están Irv y Dora?

-Bien.

-Son muy amables al permitir que te quedes con ellos una temporada. ¿Dónde dormirás? ¿Tienen sitio? Creía que sólo había un dormitorio, ¿no?

Eso le hizo pensar en un anuncio que había escrito de pequeño para un programa infantil radiofónico: «Querido tío Hank, te envío un dibujo de mi hermanito Stephen dormido sobre un piano».

-¿Vas a responderme? -dijo Teddy con entonación de odio.

Balanceó hacia él su rostro picudo; resplandecía bajo la bombilla. Leyó anhelo en su expresión, y también miedo.

-Me gustaría quedarme.

-¿Qué pensarías -dijo ella con voz tensa- si dejara mi trabajo y me fuera contigo a California?

Sus ojos, con aquella intensidad que tanta inquietud le producía, parpadearon y le enfocaron de nuevo. Pero el embrujo había perdido eficacia. Nada dura eternamente. Hasta las piedras se convierten en polvo. Hasta la Tierra.

Al principio, Teddy había sido la novia de su amigo Joe Field. Joe, Irv Rattenfager y él vivieron tranquilamente durante años en el seno de la WPA.[3] Ninguno tenía dinero en aquellos días. Compartían un minúsculo apartamento de madera terciada con un cuarto de baño cubierto de azulejos. Una vez al mes iba a comer a un restaurante italiano.

[3] [Works Progress Administration. Organización encargada de proporcionar trabajo y/o ayuda a los desempleados. (N. del T.)]

-Hablé con un abogado y puedes ser arrestado por abandono de domicilio conyugal en cuanto te denuncie -dijo Teddy.

-No tengo dinero.

-¿Y cómo vas a ir a California?

-Tengo algo de dinero. Cogeré el coche de Irv. He conseguido una etiqueta de tipo C -añadió con orgullo.

Ya la había pegado en el parabrisas junto a la antigua B de Irv. Le daba derecho a obtener cuanta gasolina necesitara.

-¿Por qué no vas en autocar? ¿No te saldría más barato? Si esa vieja carraca de Irv se estropea, no conseguirás recambios; te quedarás tirado en cualquier parte, en medio del desierto, solo, sin que nadie te ayude. Es un mal coche, lo conduje una vez. Cualquier día se caerá en pedazos.

-Quiero hacerlo a mi manera.

-¿Estás seguro de que podrás?

Necesitaba el coche por si encontraba algún buen negocio en el curso del viaje.

-Si me escribes pidiendo dinero, no te contestaré. -Secó la boca de la niña con un paño húmedo-. ¿Qué harás cuando llegues allí? ¿Te mantendrás en contacto conmigo? Si consigues un empleo en alguna de esas fábricas de aviones que hay alrededor de Los Ángeles... ¿qué harás? Ganarás mucho dinero. Entonces te sentirás muy solo. Te conozco, no tardarás en buscar a alguien que te haga compañía. -Hablaba en tono rápido y monótono, con toda su atención concentrada en la niña-. Te conozco, víbora. Siempre necesitas a alguien a tu lado, eres como un crío. Nunca crecerás. Mírate bien, no mides ni dos palmos.

-Dos palmos de lo que cuenta.

-¿Eso? Hazte un nudo; sólo sirve para mear.

Acercó la cuchara a la niña. Las manos de Rose se alzaron instintivamente y las agitó con brusquedad.

-No me la quitarás -dijo.

Su mirada le avergonzó; fue a examinar las alfombras y la lámpara. Le permitiría que se quedara cuanto quisiera. Su matrimonio había durado cinco años, y en ese tiempo habían acumulado toda clase de objetos, que se almacenaban en el sótano, los armarios y las estanterías. Lo más importante para él eran los trajes, sus herramientas, el oboe, que tocaba desde muy pequeño, y unos ceniceros de cobre que su familia le había regalado cuando se casó. Y otras cosas de menor importancia, como el cepillo del pelo, los gemelos, fotografías y demás recuerdos. Y también las sábanas y utensilios de cocina, de modo que podría dormir y comer en él coche mientras durara el viaje.

-¿Cuándo te vas? -preguntó Teddy.

-En cuanto reciba el cheque.

El gobierno retrasaba el envío de su último pago; había percibido una pensión durante varios meses por una lesión en la espalda ocasionada por una caída mientras trabajaba en un centro de la Marina, en Richmond. Los médicos del gobierno insistían en que estaba perfectamente bien. Tuvo que elegir entre volver a trabajar en tareas de guerra o entrar en filas.

-Salgamos -dijo Teddy-. Vamos a divertirnos un poco; es posible que recibas el cheque mañana. -Dejó la comida de la niña en la nevera y se lavó las manos en el fregadero-. Me cambio y vamos a bailar o a un espectáculo. O si quieres nos quedamos aquí, como hacíamos antes de que te marcharas.

Ya había empezado a desabrocharse la blusa; se quitó los zapatos de tacón bajo y avanzó hacia él. Su cabello, su largo, recio y ajado cabello flotaba de la forma habitual. Tenía una larga y estrecha nariz y, a medida que se aproximaba, parecía bizquear como un pájaro. Sus piernas no eran esbeltas -unas chatas extensiones de hueso y músculo- y los pies golpeaban ruidosamente el suelo. Sus ojos centelleaban y su aliento entrecortado producía una especie de silbido.

-No tengo ganas de divertirme; acabo de estar en una fiesta. -Entonces recordó el motivo de su visita-. Quiero llevarles una botella de vino, algo especial.

-¿Puedo ir? -preguntó ella casi jadeando-. Déjame acompañarte.

-No.

-Vete a la mierda. No te daré ni un centavo; quieres un par de pavos para presumir con tu botella de vino, ¿eh?

-Se lo prometí.

-Peor para ti.

Por un momento, ninguno de los dos habló. Ella se mantenía pegada a su cuerpo, acercándose y alejándose como el oleaje. Cómo le hubiera gustado clavarle las uñas, desgarrarle la piel. Sus manos se separaron de la blusa y arañaron el aire, convulsas. Y sus ojos no dejaron de observarle fijamente todo el rato.

Pasó junto a ella sin tocarla y entró en el comedor, donde la niña seguía sentada en su silla. Al verle, su expresión cambió y le sonrió. Fue entonces cuando decidió que se llevaría a Rose con él. ¿Por qué no? Se sentó a la mesa junto a ella, en el mismo sitio que Teddy había ocupado para darle de comer. Cogió una cuchara limpia y la movió frente a la niña lentamente, hasta que abrió la boca como fascinada. La luz se reflejaba en la cuchara y la niña gritó. Luego rió.

Los dos gatos siameses miraban la cuchara desde el sofá con odio y codicia. Presintió su ansia de destrucción y giró la silla para darles la espalda.

3

-Hola, Gregg -dijo la mujer desde la terraza-. Veo que te has decidido a volver a visitarnos.

-Hola, señora Alt -contestó Gregg, aferrado todavía al brazo de su padre.

La señora Alt descendió los escalones y se aproximó a Roger con la mano tendida.

-¿Cómo está? Encantada de conocerle, señor Lindahl.

-Más tarde -murmuró mientras se deshacía de la presa de su hijo. Su confusión le impidió mirar a los ojos de la señora Alt-. Lo siento. Quiere montar a caballo.

-Su esposa es una persona sorprendente, señor Lindahl -dijo la señora Alt mientras se estrechaban las manos-. Impresionó a todo el mundo.

Se inclinó para hablar con Gregg.

-¿Qué te gustaría hacer? ¿Quieres jugar al fútbol con los otros chicos? Me parece que están todos en el campo. ¿Quieres que te acompañe?

-Ya sé donde está. Estuve ayer. -Corrió unos cuantos metros, se detuvo, dio media vuelta y volvió a toda prisa-. ¡Adiós! ¡Voy a jugar al fútbol!

Corrió hasta rebasar los árboles y desapareció.

-¿Estará bien allí? -preguntó Roger-. ¿Llegará sin problemas?

-Ya ha llegado. Está al otro lado de la colina.

-No sabía que tuvieran tanta extensión de terreno -comentó Roger-. Parece una granja.

-Oh, sí. Procuramos que los niños vivan al aire libre el mayor tiempo posible. Tenemos animales... de hecho, antes había una granja aquí. Un grupo de jubilados la compró y pusieron el ganado en venta. Luego, uno de ellos murió.

-Los cerdos se cotizan muy alto en el lugar de donde provengo.

-Sí, lo sé. Viví en el oeste de Arkansas durante un año, más o menos. En Fayetteville.

-Se crían muchos cerdos allí.

-¿Creció en una granja?

-Sí.

-Entonces esto debe parecerle... -La señora Alt rió-... familiar. Los edificios y el olor. Algunos padres olfatean el aire y piensan «¿qué demonios puede ser esto? Algo poco saludable»... Lo sé por la forma en que merodean.

-Me gusta este olor.

-Guardo el cheque de su esposa en el despacho -dijo la señora Alt cruzándose de brazos-. Se lo devolveré cuando quiera.

-Gracias.

-¿Le dijo su esposa que discutimos y que no llegamos a ningún acuerdo? Desde el primer momento y sobre todo tipo de temas.

-Lamento tener que marcharme en seguida, pero soy propietario de una tienda. Si me da el cheque, recogeré a Gregg y nos iremos cuanto antes.

No deseaba perder el tiempo; la escuela, el olor a heno, animales y estiércol, la visión de la cuadra, la suciedad y la hierba seca le estaba afectando demasiado.

-Como quiera.

La mujer se dirigió con paso rápido hacia el edificio principal.

La siguió con las manos en los bolsillos. La perdió de vista, incapaz de seguir su paso; se encontró en medio de un vestíbulo solitario, frente a una sala de espera y un escritorio. Una niña leía un libro sentada en una silla; no levantó los ojos ni reparó en él.

-Tenga su cheque.

La señora Alt apareció y le tendió el cheque, que él aceptó y guardó en el bolsillo de la camisa. El tono de la mujer era seco.

-¿Se dan con frecuencia estos casos? -preguntó Roger.

-Muy de vez en cuando. Son gajes del oficio.

No parecía irritada, sólo impaciente. Tuvo la impresión de que la mujer había aprendido a no juzgar; le disgustaba aprobar o condenar. Probablemente tenía cosas más importantes de las que preocuparse, detalles y pequeños asuntos que exigían toda su atención. Le apetecía charlar un rato con él, pero ahora que el trámite había concluido, estaba ansiosa de volver al trabajo.

-No la molestaré más rato. Muchas gracias por no... -Sus pensamientos eran confusos-... por sacarme del aprieto.

-La próxima vez quizá sería conveniente que usted y su esposa se pusieran de acuerdo antes. -Le dedicó una sonrisa, una amigable pero controlada sonrisa-. Me alegro de haberles conocido. Su hijo es muy cariñoso. Confío en que se recupere de su asma. Estoy segura de que lo conseguirá. Parece muy despierto e interesado en lo que le rodea. Me formuló un número inusitado de preguntas.

Volvieron a estrecharse las manos, salieron del vestíbulo en tinieblas y bajaron la escalinata. El sol le dio en los ojos y los cerró. Cuando se acostumbró a la luz, caminó en la dirección que Gregg había tomado.

La impresión. Olores, tan identificados con su hermano; la terrible, falsa y estremecedora sensación de la cercanía de su hermano, el fin de la soledad. El heno podrido, la proximidad de la cuadra, la tierra seca que crujía bajo sus pies... muy cerca, al alcance de su mano.

-Stephen -murmuró.

Huevos rotos, calcificados. Grietas negras de las que surgían olores y limo; él cargaba con el saco.

«-Cielos -exclamó mamá con voz clara y firme-. ¿Se puede saber qué es eso? Sácalo de la cocina; no lo traigas aquí.»

Guardamos los huevos. Veintiséis huevos.

Dos rotos.

La vieja gallina huía a través del patio; entraba y salía del cobertizo. Metía y sacaba la cabeza entre las tablas.

Ja, ja.

Un hombre adulto se puso en pie, le dijo algo a la mujer que estaba a su lado y caminó hacia el campo de fútbol. Hizo formar cuidadosamente a los niños.

-Jerry, te quiero allí. Walt, allá. ¿Cómo te llamas? ¿Gregg? Allí, Gregg. Mike, aquí. Así está bien. Preparados. -El hombre se dispuso a lanzar el balón entre sus piernas abiertas-. ¡Ya!

El balón recorrió una distancia de varios metros y cayó en la hierba; los niños se lanzaron en aquella dirección chillando, con los brazos tendidos y los dedos crispados.

El hombre esbozó una sonrisa, salió con parsimonia del campo y tomó asiento entre sus compañeros.

Un sendero descendía por la cuesta hasta el campo de fútbol. Roger empezó a bajar después de un momento de vacilación. Se situó cerca de los adultos, que advirtieron su presencia; una de las mujeres giró la cabeza para examinarle y una hilera de rostros la imitó.

Los ignoró y observó a los chicos. «Profesores», decidió. No estaba en buena posición. Había sobrepasado la línea. Gregg no tenía derecho a corretear por su campo de fútbol, a jugar con su balón. La situación le desazonaba. Deseaba coger a Gregg y largarse cuanto antes.

«Pero es un lugar estupendo para un chico», pensó. Nadie podría negarlo.

Continuó mirando a los chicos, procurando calmar su inquietud, hasta que uno de los adultos se levantó, cambió unas palabras con los otros y se acercó hacia él.

-Es usted el señor Lindahl, ¿verdad? ¿El padre de Gregg?

-Sí.

-Soy Van Ecke, el profesor de matemáticas.

El hombre le estrechó la mano; exhibía unos modales tan afables e informales que debía de tratarse de una deformación profesional. Tanto él como otro hombre llevaban camisas hawaianas de manga corta y pantalones de hilo. Como las mujeres, parecían relajados, simpáticos y le sonreían. Se habían traído una radio portátil, sintonizada en una emisora musical, un cántaro y vasos.

-¿Por qué no nos acompaña? -dijo Van Ecke-, ¿Ha venido con su esposa? La conocí ayer, cuando vino con Gregg. Comimos juntos.

-Pero no solos -señaló una de las mujeres. Todos rieron-. La señora Alt no les dejó ni un momento.

Incapaz de rechazar la invitación, Roger siguió a Van Ecke. El profesor de matemáticas le presentó a los demás.

-Ésta es la señora McGovern, la profesora de ciencias. La señorita Tie, maestra de lengua y educación física. El señor y la señora Bonner, padres de alumnos, como usted. Sus hijos están jugando con el de usted.

-Siempre un grado por debajo -dijo la señora Bonner-. Primero, los profesores; luego, los padres.

-Y después los niños -añadió su marido.

-En el punto más bajo de la escala -dijo Van Ecke.

-¿Y la zarigüeya?

-Al final de todo; rectificación.

-¿Ha venido la señora Lindahl? -preguntó Van Ecke.

-No. -Roger se sentó con torpeza-. Sólo Gregg y yo.

-¿Cuántos años tiene su hijo? -preguntó la señora Bonner.

-Siete y medio. Es un poco bajo para su edad.

-Cuando haya pasado un tiempo aquí -aseguró la señora McGovern-, medirá casi dos metros.

Todos rieron de nuevo, excepto el señor Bonner, que le miraba con fijeza. Parecían cordiales, salvo quizá Bonner. A pesar de todo, su sensación de incomodidad aumentaba. Se vería obligado a explicarles la situación y quedaría en ridículo.

Los profesores abandonaron la conversación y volvieron su atención hacia los niños. El señor y la señora Bonner eran de su edad, mayores que los profesores, a los que veía como estudiantes universitarios. Van Ecke, desde luego, tenía veintipocos. El rostro de la señorita Tie era descolorido, fláccido; llegó a la conclusión de que había obtenido el título justo después de terminar la guerra. La señora McGovern destacaba de entre todos los demás por su aspecto de madurez y capacitación. Bonner tenía los brazos rollizos y peludos, la cara sonrosada y el cabello corto y escaso; su esposa se sentaba con los brazos rodeando las rodillas, el mentón echado hacia delante y retorcía entre los dedos una brizna de hierba. A diferencia de las profesoras, que llevaban téjanos, vestía falda y blusa. La cinta que ceñía su cabello le daba una apariencia más juvenil que la de su marido y los profesores, pero cuando levantó los ojos para mirarle comprendió de inmediato que había rebasado los treinta. Tenía una bonita cara redonda y unos hermosos ojos; le gustaron sus ojos.

-¿Es con usted con quien debo hablar de los viajes? -le preguntó ella.

-Creo que no.

-La señora Alt dijo algo referente a que yo me encargaría de llevarle a su hijo a casa los fines de semana.

-No, que yo sepa.

-Tal vez se trataba de otra persona -dijo la señora Bonner tirando al aire la brizna de hierba y cogiéndola al vuelo-. Pensé que sería usted; se lo volveré a preguntar. -Se volvió hacia su marido-. ¿No dijo Lindahl? Estoy segura de que sí.

-Si no recuerdo mal -dijo Van Ecke-, fue la señora Lindahl quien mencionó el tema. Estábamos comiendo. Comentó lo mucho que le molestaba hacer ese viaje.

-Sí -dijo la señora McGovern-, fue la señora Lindahl.

Todos aguardaban expectantes.

-Lo siento -se disculpó Roger-. No lo mencionó.

Bonner giró la muñeca hacia fuera para ver la hora; la correa de piel oscura del reloj ceñía su abundante vello.

-Quizá sería mejor que se lo preguntaras, Liz. Nos marcharemos dentro de poco.

-Estará en el despacho -dijo la señora McGovern.

-Iré a averiguarlo -dijo Liz Bonner-. Dijo que quería arreglarlo hoy -añadió. Cogió el bolso, se levantó y empezó a ascender por la senda que conducía a lo alto del montículo. A mitad del camino dijo por encima del hombro-: Seguro que fue alguien.

Luego desapareció.

«Sería mejor que me fuera», pensó Roger.

-Me alegro mucho de haberles conocido. Es posible que nos veamos de nuevo. -Se irguió-. Ya es hora de regresar a L.A.

-¿Gregg se quedará aquí? -preguntó Van Ecke.

-No. Lo traeré dentro de unos días. -Se adentró en el campo sin mirar atrás-, ¡Gregg! ¡Vámonos a casa!

-¡Aún no! -chilló Gregg-. Por favor, un poquito más, ¿vale?

Le dio la espalda y se mezcló con los otros niños hasta perderse de vista.

-Ven aquí ahora mismo -masculló Roger encolerizado. Fue detrás de su hijo, le agarró por la muñeca y lo arrastró lejos de sus compañeros de juego. Gregg parpadeó de sorpresa y dolor, y su rostro se nubló de aflicción. Abrió

la boca y empezó a sollozar. Los demás niños se quedaron paralizados, mirando como Roger sacaba a su hijo fuera del campo-. Espera a que estemos lejos -le dijo al niño-. Verás qué paliza te voy a dar. No estoy bromeando, te juro que no estoy bromeando.

Gregg tropezó y estuvo a punto de caer; le obligó a mantener el equilibrio y a remontar el sendero. La tierra crujía y caía rodando bajo sus pies; un torrente que depositaba en el fondo hierbas y piedrecitas. El grupo de adultos contempló la escena sin hacer comentarios.

Entre lágrimas y gemidos, Gregg acertó a decir:

-Por favor, no me pegues. -Sólo le habían pegado una vez-. Lo siento, no lo haré nunca más. -Lo más probable es que sólo tuviera una vaga idea de lo que había hecho-. Por favor, papá.

Pasaron frente a los edificios de la escuela y llegaron a la carretera que conducía a la ciudad.

-Muy bien -dijo Roger-. No te pegaré. -Volvía a controlar sus nervios-. Pero la próxima vez quiero que me obedezcas, ¿me oyes?

-S-sí.

-Te dije que vinieras.

-¿Cuándo volveremos?

-Oh, Cristo -exclamó con desesperación.

-¿Volveremos mañana?

-Está muy lejos.

-Quiero volver.

Caminaron a paso lento por la carretera. Roger sujetaba el brazo de su hijo. Ambos sudaban, ambos callaban.

«Menuda jugarreta -pensó Roger-, menudo golpe bajo.»

-Mamá dijo que podría -insistió Gregg.

-Está muy lejos.

-No, no lo está.

-Lo está, y es muy cara. Así que deja de hablar de ello.

Siguieron andando, sintiéndose cada vez peor, sin saber dónde estaban ni qué hacían. No veían nada; giraban cuando la carretera giraba. Al llegar a terreno llano pararon para que Gregg se anudara el zapato.

-Te invitaré a una gaseosa -ofreció Roger.

Su hijo sorbió por las narices y ni tan siquiera le miró. Se irguió y echó a andar.

-Está bien. Tú te lo pierdes.

Entraron en la ciudad, atravesaron las manzanas residenciales y llegaron a la zona comercial.

-Mira qué parque -dijo Roger-. ¿Quieres ir al parque?

-No.

Recogió el coche en el garaje, pagó el cambio de aceite y luego dio marcha atrás para salir a la calle. Su hijo se removía en el asiento contiguo.

-He de ir al lavabo, papá.

Echó el freno de mano, abrió la portezuela, ayudó a bajar a su hijo y lo acompañó hasta los servicios del garaje. Cuando volvieron, el coche había desaparecido.

-Nos han robado el coche -dijo Gregg.

-No -respondió Roger al tiempo que llamaba a uno de los empleados.

-¿Dónde está mi coche? Lo dejé aquí con el motor en marcha.

-Uno de los chicos lo ha aparcado en la calle. Bloqueaba la entrada. ¿Lo ve allí?

Señaló con el dedo y lo vieron aparcado junto a un buzón.

-Gracias -dijo Roger.

Se dirigieron hasta el cruce y esperaron a que el semáforo se pusiera en verde. Mientras cruzaban la calle, una camioneta Ford paró a su altura y una voz de mujer les llamó:

-Señor Lindahl, espere un momento, por favor.

La camioneta aceleró, giró a la derecha y frenó frente a un *stop.* Roger no podía imaginar de quién se trataba; ni la veía, ni reconoció la voz. El vehículo le resultaba absolutamente desconocido.

La puerta de la camioneta se abrió y salió Liz Bonner, quien, tras cerrarla, se acercó hacia ellos.

-Oiga -dijo sin aliento-, ¿tienen que volver a L.A. ahora mismo? ¿Le importaría esperar unos minutos? La señora Alt me explicó que había cambiado de opinión, que no va a matricular a Gregg en la escuela. ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido? Tenían la intención de hacerlo. ¿Alguien se ha entrometido? -Se acercó hasta casi rozarle el cuerpo y le miró fijamente. La mujer olía a sol, tela y sudor-. ¿Es por la forma en que mis hijos le acosaban cuando jugaban al fútbol? Chic, mi marido, dice que nos vio gritarle y eso le ofendió. ¿Es verdad?

Roger tuvo la impresión de que era el ser más despreciable de la creación.

-No. Ya lo había decidido. Ustedes no tienen nada que ver.

-Oh, ¿de veras? -Su tono era dubitativo-. Pero le trajo hasta aquí desde L.A., y su mujer hizo las gestiones para que yo le bajara cada fin de semana. Y confeccionó con Edna la lista de lo que necesitaba; ¿no le pagó la primera mensualidad? No lo entiendo; Edna se muestra disgustada y no consigo aclarar la historia. -El flujo de palabras cesó en este punto. Subió el tirante de la blusa y de pronto pareció darse cuenta de su extraño comportamiento-. Creo que estoy haciendo el ridículo -murmuró-. Sabía que al final metería la pata. Bueno, en fin... la intención era buena.

Los dos se quedaron indecisos.

-Hola -le dijo Liz a Gregg sacudiéndole el pelo de la frente.

-Hola -respondió Gregg.

-¿Cómo volverán a L.A.? Ah, claro, tienen coche. No hace falta que les acompañe.

-Gracias -dijo Roger.

-Bueno, es una pena. La escuela es excelente. Tal vez en otra ocasión. -Sonrió con timidez-. Me alegro de haberle conocido. -Se removió, inquieta, y añadió-: Pensamos... pensamos que era uno de los nuevos padres, con esa visión idealista sobre la escuela, que acaba de traer a su hijo, y luego se nos escapa. Y nos preguntamos por qué. Da igual. Entonces pensamos que a Edna le había molestado nuestra actitud. De todas formas, nos veremos. Algún día.

Regresó a la camioneta, abrió la portezuela, se introdujo en el interior y, tras comprobar el tránsito, tomó la dirección de la escuela. La camioneta necesitaba un buen lavado; estaba cubierta de polvo y suciedad. La siguió con la mirada hasta el extremo de la ciudad, hasta la cumbre de la colina por la que habían descendido.

-Podríamos haber vuelto con ella -dijo Gregg.

Subieron al Oldsmobile. El motor estaba en marcha; el empleado no lo había parado.

-Volvamos a L.A. -dijo Roger. Rebasó la curva y se encaminó en dirección opuesta a la que había tomado la camioneta Ford roja-. Vaya lío -le dijo a Gregg-. ¿Has visto qué lío?

Conducía a poca velocidad. con ambas manos sobre el volante.

«¿Cómo me metí en esto? -se dijo-. ¿Cómo es posible que me haya metido en semejante situación?»

El resplandor le cegaba. Todo el camino de vuelta con el sol de cara.

«Dios», pensó. Las cosas ya iban bastante mal en casa. «Basta -se dijo-, ya basta.»

4

El sábado a mediodía, cuando Virginia recorría la distancia que separaba la parada del autobús de su apartamento en la zona este de Washington, un coche viejo y sucio dobló la esquina; el cristal de la ventanilla descendió y una voz varonil la llamó por su nombre.

Al principio pensó que se trataba de Irv Rattenfanger; el coche era también un Buick del 34, pero cargado de cajas y bultos y con una baca en el techo que rebosaba de carga. Se paró, retuvo el aliento y reconoció por fin a Roger Lindahl, el tipo que se había bebido su botella de vino en la fiesta de Rattenfanger. Iba constreñido entre las cajas que ocupaban también la parte delantera del coche. La saludó con la mano, aparcó el Buick, salió corriendo y dobló la esquina sin disminuir la velocidad. A pesar de que mostraba un excelente estado de ánimo, Virginia retrocedió. Uno de esos presagios irracionales, fruto de su niñez y de la mala suerte, la invadió tan pronto como lo reconoció.

-Hola -le saludó-. Pareces muy contento.

-Acabo de recibir el cheque del gobierno. He estado dando vueltas sin parar. Tu compañera de piso me dijo que llegarías a casa en cualquier momento. Has terminado de trabajar hace poco, ¿verdad? -La arrastró hacia el coche-. Sube y te llevo a casa.

-No hay sitio -dijo con recelo.

-Claro que sí. -Abrió la puerta y le enseñó el espacio que había habilitado junto al asiento del conductor-. Mira, ¡me voy a California!

-¿Con este cacharro?

La idea no le parecía excitante.

-Me iré en cuanto anochezca. Ya he cargado todo y he conseguido una etiqueta de tipo C. Oye... -Hizo una pausa y adoptó una expresión solemne- ... no puedo irme hasta que el tránsito disminuya. ¿Quieres venir conmigo?

Pensó por un momento que Roger se refería literalmente a recorrer una pequeña distancia para comprobar que el coche, sobrecargado de peso como iba, respondía a los requerimientos del conductor.

-Quiero decir si quieres que vayamos hasta Rock Creek Park o algo por el estilo, un par de horas. -Consultó la hora-. Sólo son las tres.

-¿De veras que te marchas?

-Claro.

Su rostro se iluminó. Las arrugas y los pliegues se difuminaron.

-No viniste anoche. A la fiesta.

-Llegué muy tarde -dijo vagamente-. Ya te habías ido a casa. -Arrastró los pies-. ¿Qué tal estuvo? Hay muchos animales por allí. Una vez estuve paseando en coche.

Procuró eludir el asunto del vino, que había prometido reponer. Ella intuyó, sin motivo alguno, que jamás lo haría.

-De acuerdo -asintió Virginia.

El parque no se encontraba lejos de su apartamento y le encantaba pasear por él, especialmente cerca del río. La familiaridad disipaba sus dudas. Y, en cualquier caso, era amigo de los Rattenfanger. Hasta conducía su viejo coche, en perfecto estado de conservación.

Las puertas del automóvil apenas se cerraron con los dos en su interior. Se vio obligada a transportar en su regazo una caja de cartón llena de ropa. Al principio le inquietó su modo de conducir; se saltaba los semáforos y tomaba las curvas sin disminuir la velocidad. Pero era un experto conductor.

-¿Qué cheque? -preguntó, incapaz de pensar en otra cosa.

-Una indemnización del tío Sam.

-Oh -musitó pensando en su propio trabajo en uno de los hospitales militares de Washington-. ¿Estabas enrolado?

-Sí -asintió-. Fui herido en las Filipinas, combatiendo contra los japoneses... un submarino nos evacuó a mí y a un puñado de guerrilleros.

-¿Dónde te hirieron?

-En la pierna. Un ametrallador japonés me destrozó casi todo el hueso. Pero me lo cargué. Con un cuchillo filipino.

La miró de reojo y ella comprendió que estaba bromeando.

-Es mentira.

-No, es verdad. Me pusieron una placa de plata.

-Enséñamela.

-La llevo dentro. -Bajó la voz-. Ya está curada.

-Trabajo con militares heridos; no andarías tan bien como lo haces.

Roger inició una tímida protesta, y a continuación adoptó una breve y estudiada expresión maliciosa que fascinó a Virginia a su pesar. Pero no admitió que había mentido; aún continuó unos segundos afirmando con la cabeza.

-He de parar en la estación de servicio -dijo al entrar en la zona comercial.

Sin más palabras, se desvió hacia los postes de la Texaco. Luego dio marcha atrás hasta situarse en la parrilla de engrasado y paró el motor. Pero no salió; siguió sentado y se embarcó, sin más explicaciones, en una larga historia contada de forma rápida y nerviosa;

-Teníamos aquel lechero y solíamos dejarle una nota en el porche, clavada en la puerta con una chincheta, cuando no queríamos leche. Un día miré por la ventana y vi que no subía hasta el porche; cuando vio la nota aceleró y pasó de largo para ganar tiempo. Así que me dediqué a escribir cosas diferentes, cosas como «déjeme veinte litros de nata, tres kilos de mantequilla y tres litros de leche». Clavaba notas como ésta y él, al divisarlas desde la cabina, pasaba de largo. Pero un día vino un conductor nuevo, subió al porche, leyó la nota y cumplió el encargo al pie de la letra. Veinte dólares de mantequilla, nata y leche. Hasta un litro de zumo de naranja.

Terminó y guardó silencio.

-¿Cuándo ocurrió? ¿De niño?

-Sí.

Pese a la afirmación, ella notó la evasiva. Cuando era niña -y era más joven que él- los camiones de leche iban tirados por caballos. Recordaba el clop-clop de los cascos al amanecer mientras todos estaban aún en la cama. Pero tal vez había sucedido en otra ciudad.

-¿No me dijo Dora que estabas casado?

-Demonios, no -contestó horrorizado.

El empleado de la gasolinera, embutido en su uniforme de color pardo, se acercó a ellos secándose las manos con un trapo.

-¿Qué desean?

-¿Qué posibilidades habría de utilizar un par de segundos su gato hidráulico? -preguntó Roger.

-¿Por qué?

-Porque mi gato no puede levantar todo el peso que he cargado en el coche. -Su voz adquirió un tono servil y zalamero que ella nunca había detectado-. Vamos, sea buen chico.

El empleado se encogió de hombros y se alejó. Roger saltó al instante del coche y corrió hacia el gato hidráulico, que ya había localizado. En seguida estuvo de vuelta, arrastrándolo tras él.

-Lo alzaré por la parte trasera izquierda -le explicó a Virginia-. Sólo serán unos segundos, ¿de acuerdo?

El gato desapareció bajo el coche. Ella abrió la puerta y se quedó de pie sobre el pavimento.

Guió a cuatro patas el gato bajo el eje trasero. Ella tenía la extraña convicción de que, por estúpido que pareciera, estaba haciéndolo todo deliberadamente para deslumbrarla, no porque necesitara de veras cambiar el neumático. Quería comunicarle algo de forma indirecta.

Quizá intentaba demostrarle su habilidad, aunque, pese a su limitada experiencia, comprendió que no lo estaba haciendo bien. En primer lugar, no conseguía colocar debidamente el gato, desconocía el funcionamiento del aparato y, por fin, cuando la parte trasera del coche empezó a levantarse, fue incapaz de sacar el tapacubos. Se hizo con un destornillador que pertenecía a la gasolinera y lo utilizó para desencajar el tapacubos, que cayó al suelo con gran estrépito. Mientras efectuaba estas manipulaciones, el empleado de la estación se acercó para observar. Ella y el hombre se miraron en silencio, denotando el mismo escepticismo. Se sintió complacida de que alguien más compartiera su opinión.

No obstante, Roger seguía animado. Hizo girar rápidamente la llave inglesa y fue sacando uno a uno los pernos, las tuercas o lo que fueran, amontonándolos a un lado. La rueda se desprendió; la apoyó contra el parachoques y se dispuso a colocar la de recambio. Acuclillado con sus huesudas rodillas dobladas bajo el cuerpo, sudando y gruñendo, luchó con tenacidad hasta que el empleado se acercó para echarle una mano. Una vez introducido el primer perno, el hombre se alejó y Roger terminó el trabajo solo.

-¿Crees que llegaré a California? -preguntó risueño a Virginia.

-Yo diría que sí.

Dio las gracias al empleado (con exagerada cortesía, pensó ella) y se pusieron en camino. Roger se extendió en detalles sobre la vida que habían llevado Irv y él en los años treinta, pero Virginia no le prestó atención; estuvo reflexionando hasta que de repente comprendió que Roger, con aquella penosa demostración de torpeza, había intentado

confesarle que no podría llegar a California, que era un incompetente. Se trataba de algo imposible de expresar con palabras y que quizá ni siquiera entendía así.

Estos pensamientos trajeron consigo una oleada de emoción, una especie de ternura que le reveló qué maleable podía llegar a ser. Sentado al volante, aguardaba a que ella le dirigiera, no tenía la menor intención de conducirla al Rock Creek Park. Carecía de planes, de ideas; sentía simplemente que quería estar con ella. De modo que dobló esquinas y se detuvo en los semáforos y habló sin cesar, por más que no dijera nada. Ocultaba todo lo realmente importante sobre sí mismo, pensó Virginia. Esfuerzo estéril formularle preguntas directas, porque respondería con fantasías o cuentos, como lo de sus hazañas en el Pacífico. No trataba de impresionarla, no presumía; rellenaba huecos. Y a pesar de todo, le gustaba. Ni por un momento pensó que la estaba engañando. No había ningún mal en seguirle la corriente.

-¿Conoces a alguien en California?

-Sí, conozco a mucha gente en la zona costera de L.A. Seguro que habrán prosperado; allí se puede ganar mucho dinero.

-¿Has ido allí otras veces?

-Claro.

-Yo no.

-Vendrás conmigo.

Ella no respondió, ni él volvió a repetirlo. De repente, experimentó la misma sensación que la había embargado cuando lo vio por primera vez, bebiendo vino en la fiesta.

-Deberías ver a alguno de esos veteranos -dijo temblando como estremecida por algún oscuro ultraje moral-. Esas heridas y esas quemaduras tan horribles... Hay que enseñarles a mover de nuevo los brazos y las piernas como si fueran niños; tienen que empezar por el principio. La gente que no lo ha vivido no lo puede comprender. Cada día ingresan más, procedentes de las diferentes islas del Pacífico. Los noticiarios sólo exhiben cañones disparando y el desembarco de las tropas, y la gente ignora la verdad. Piensan que es excitante, como en los tebeos, como en las revistas. No ven el lado desagradable.

-Sí, es terrible -asintió Roger sin convicción-. La gente no tiene ni idea.

-Los veo cada día.

Ésas fueron sus últimas palabras durante mucho rato. Se calló y dejó que él guiara su destino. Tenía cierta curiosidad por saber si de verdad iban a California o si era una argucia para explicar lo del coche tan cargado. A fin de cuentas, cabía la posibilidad de que sólo estuviera cambiando de apartamento, o de que trasladara los bultos al hogar de los Rattenfanger. Él iba de paso... caminando de puntillas y con calcetines por el apartamento de los Rattenfanger, vaciando su despensa, comprando su coche y cargando con sus escasas pertenencias. Quizá había topado con un vagabundo, un don nadie. De niña, en Maryland, había visto cómo su madre cerraba el paso a los vagabundos que acudían a su puerta; les daba un bocadillo y una taza de café, que tomaban en el patio trasero, fuera de la vista, y proseguían su camino. Una vez, un vagabundo dejó intacto el bocadillo; su madre la llamó y le ordenó que lo tirase al cubo de la basura y que se lavara al instante las manos, pero acabó dándoselo a un perro.

Librodot

«Sí -pensó-, es un vagabundo.» Pero en su mente se confundía la imagen del vagabundo con el rostro luminoso de Tom Sawyer mientras se escapaba de casa con un fardo a la espalda, metidas sus pertenencias en un -¿qué era?- pañuelo rojo de grandes dimensiones, como el de los hombres que tomaban rapé. Bailando en la carretera... ojos azules y mirada inocente. Cantando, charlando y soñando mientras avanzaba a saltos.

«Y el perro -se dijo- no se murió.» No le había quitado ojo de encima, por si el vagabundo había envenenado el bocadillo. ¿O llenado de microbios? «Hace demasiado tiempo», pensó; ya no estaba segura.

Roger Lindahl, aprisionado entre sus cajas, inició una conversación sobre algo. Escuchó; se refería a la televisión. La televisión iba a convertirse en una gigantesca industria una vez terminada la guerra, y Roger estaba muy interesado en la ingeniería electrónica y el diseño aplicados al medio; un colega suyo, del que no citó el nombre, había diseñado un sistema con más líneas o con menos... le resultaba difícil no perder el hilo porque hablaba muy rápido, como si las palabras se atropellasen unas a otras. La conclusión del discurso sobrevino en seguida; había hablado hasta perder el aliento, como si hubiese corrido para decírselo, como si hubiera experimentado una gran sorpresa. Le vio haciendo cabriolas sobre la nieve; vio sus largas y delgadas piernas midiendo a grandes zancadas las tierras de Maryland. El hombre frágil y febril sentado a su lado se fundió en su mente con el paisaje que atravesaban. Miró por la ventanilla y se dio cuenta, con un sobresalto, de que se habían adentrado en la ciudad y estaban llegando al Dique de la Marea. Lanzó un gritito de júbilo. Él dejó de hablar en el acto, como si le hubiera interrumpido con brusquedad. Virginia concedía al Dique de la Marea y a los árboles una misteriosa cualidad; mantenían la presencia del campo en el centro de la ciudad, como si se resistiera a ser absorbido. No obstante, el Dique de la Marea le aterraba. El agua se había abierto camino en la tierra por la parte de la costa, formando canales, ríos y corrientes; Rock Creek, por ejemplo, y el Potomac, desde luego. Cada vez que se acercaba al Potomac creía que había sido arrebatada del presente; no aceptaba el hecho de que el Potomac existiera en el mundo moderno.

A lo largo del Potomac crecían matorrales, zarzales y arbustos enmarañados que se amontonaban desordenadamente; la tierra llegaba al pie del agua. No había orillas ni terraplenes. El agua se había ido extendiendo hasta las mismas raíces de los árboles; incluso las aves planeaban a la altura de los ojos cuando sobrevolaban la costa en dirección al Atlántico o a los bosques del interior. Una vez había corrido por la orilla de un canal seco que llevaba un siglo sin funcionar. Habían brotado hierbas en las vigas de madera y millares de pececillos, nacidos allí en su opinión, se removían en las aguas estancadas. Qué distante parecía todo, incluso entonces. Desolación. Sólo sobrevivían las criaturas más pequeñas; arrendajos, una rata que nadaba con la cola tiesa como un timón. Y ninguno hacía ruido, salvo quizá el arrendajo, que esperó a sentirse a salvo entre las zarzas para graznar. Y ella caminaba, en compañía de su madre, sobre la plataforma agrietada del canal. Cuando llegaron a la vía del tren (disimulada por la hierba hasta que los zapatos tropezaban con las traviesas), su madre le dio permiso para andar sobre los raíles; apenas pasaban trenes, tal vez ninguno. Y si se aproximara uno, se le oiría llegar una hora antes. La vía corría bajo árboles deformes y después sobre un

riachuelo. El agua era del color del barro, espesa, quieta. Si viniera un tren, le explicó su madre mientras la guiaba sobre el caballete, podrían lanzarse al agua. Su madre la pasó de un salto al otro lado, y de nuevo empezaron los árboles.

«Aquí combatieron», dijo su madre. La frase carecía de sentido para ella (tenía ocho o nueve años). La misma idea de combatir era imprecisa; no que la gente combatiera, sino la idea de combatir entre las zarzas. Entonces, su madre le habló del ejército del Potomac. Uno de los abuelos había servido en el ejército, el ejército de McClellan, en el valle del Shenandoah. Vieron las montañas Blue Ridge y el propio valle; recorrieron en coche el fondo del valle. Las montañas se afilaban como conos, cada una de ellas separada de las restantes. Desde abajo divisaba los coches que ascendían las laderas, curva tras curva, girando hacia la cumbre. Tenía miedo de que la llevaran hasta allá arriba, como así sucedió. La familia de su madre había venido desde Massachusetts y advirtió en el rostro de su madre una fría mirada mientras atravesaban el valle; los ojos de su madre encerraban una decidida y terrible maldad, y se negaba a hablar. Todos los demás disfrutaban del viaje, los campos y los mapas extendidos sobre los regazos y las bebidas, pero su madre permanecía sentada en un obstinado silencio. Su padre fingía no darse cuenta.

Y, sin embargo, su madre se había establecido en Maryland, adquirido una casa de ladrillo rojo con dos plantas y hogar, y se consideraba parte de la comunidad. La ciudad era tranquila. Una banda de la Guard Armory desfilaba al atardecer por las calles, seguida por un coro de escandalosos niños, incluida Virginia. Su madre se quedaba en casa a leer, bebiendo y fumando. Era una mujer de Nueva Inglaterra, fornida y algo reservada, que vivía en una ciudad del sur entre mujeres de menor talla, más volubles y demasiado chillonas. Virginia reconocía la voz suave de su madre entre las estridentes voces de Maryland, y en los casi veinte años que llevaban viviendo en Maryland hasta el momento -el otoño de 1943-, su madre no había variado sus costumbres un ápice.

-Paremos -le dijo a Roger Lindahl.

-Éste es el Estanque de los Reflejos.

-No, no lo es.

Se rió porque estaba equivocado.

-Por supuesto que sí. Mira aquellos cerezos. -En sus ojos brilló una chispa de astucia-. Claro que lo es.

La quería engatusar; le estaba pidiendo de una manera amistosa que aceptara su palabra. ¿Y qué importaba?

-¿Vas a ser mi guía? -preguntó ella.

-Claro. -Se sintió halagado, pero continuó bromeando-. Te lo enseñaré todo:

Virginia consideraba el Dique de la Marea como una propiedad particular. Una parte de su niñez. Su madre y ella adoraban Washington. Tras la muerte de su padre iban cada fin de semana a Washington en autobús y caminaban por la Avenida de Pennsylvania y visitaban el Instituto Smithsoniano o el monumento a Lincoln o el Estanque de los Reflejos o el Dique de la Marea; especialmente el Dique de la Marea. Iban a la capital cuando florecían los cerezos y, en cierta ocasión, para comer rollos de primavera en el césped de la Casa Blanca.

-Los rollos de primavera -dijo en voz alta mientras Roger aparcaba-, los suprimieron, ¿verdad?

-A causa de la guerra.

De niña, cuando su padre aún vivía, la llevaron a un desfile de veteranos de la guerra civil, y los había visto, los frágiles y arrugados viejecitos impecablemente uniformados que marchaban a pie o empujados en sillas de ruedas. Al verlos pensó en las colinas y zarzales que bordeaban el Potomac, el caballete del tren abandonado, el arrendajo que pasó volando por su lado sin el menor ruido. Cuánto misterio encerrado en aquellas imágenes.

La brisa les refrescó mientras caminaban; pequeñas olas se formaban en el Dique de la Marea y la niebla procedente del Atlántico invadía la ciudad y depositaba una capa gris sobre las cosas. Las flores de los árboles, por supuesto, habían desaparecido mucho antes de la época habitual. El suelo se hundía bajo sus pies y en algunos puntos el agua cubría el sendero. Pero el aire olía bien; a Virginia le gustaba la niebla, la proximidad de la tierra y el mar.

-Hace un poco de frío -dijo Roger, con las manos en bolsillos y la cabeza gacha.

Andaba despacio, dando patadas a fragmentos de grava.

-Estoy acostumbrada. Me gusta.

-¿Viven aquí tus viejos?

-Mi madre. Mi padre murió en 1939.

-Oh -asintió con la cabeza.

-Mi madre tiene una casa en Maryland, al otro lado de la frontera. Sólo voy a verla los fines de semana. Se pasa la mayor parte del tiempo cuidando el jardín.

-No hablas como la gente de Maryland.

-No, nací en Boston.

-¿A que no adivinas de dónde soy? -preguntó mirándola de soslayo.

-No.

-De Arkansas.

-¿Es bonito?

Nunca había estado en Arkansas, pero una vez que fueron en avión con su madre a la Costa Oeste había echado una ojeada a las colinas y bosques que sobrevolaban y su madre, tras examinar el paisaje, dictaminó que era Arkansas.

-En verano. No hace el bochorno de aquí. El peor verano de todos es el de Washington. Prefiero pasarlo en cualquier otro lugar.

Virginia asintió por cortesía.

-Claro que hay muchas inundaciones y ciclones. Y lo peor son las ratas que, cuando ha dejado de llover, salen de entre los desperdicios. Recuerdo que cuando era pequeño una rata intentó entrar en casa por la chimenea.

-¿Qué ocurrió?

-Mi hermano la mató con su 22.

-¿Dónde vive tu hermano?

-Murió. Cayó y se rompió la espina dorsal. En Waco, Texas. Se enzarzó en una pelea con un tío...

Bajó el tono de voz y arrugó el entrecejo. Su cara expresó desaprobación. Se irguió y meneó la cabeza con un gesto vago, como si un

anciano hubiera movido la cabeza de un lado a otro en una pantomima sin sentido. Apretó los labios.

-¿Qué? -dijo Virginia sin escucharle.

Surcos de preocupación cubrían el rostro de Roger; se encorvó, aminoró el paso y miró fijamente al suelo. Luego recuperó los ánimos; esbozó una sonrisa y mostró algo más de alegría.

-Bromeaba -dijo.

-¿Sobre tu hermano?

-Vive en Houston. Tiene familia y trabaja en una compañía de seguros. -Sus ojos chispeaban detrás de las gafas-. Me creíste, ¿verdad?

-Cuesta saber cuándo dices la verdad.

Dos mujeres desocuparon un banco. Roger fue a sentarse y ella le acompañó. Unos pasos antes de llegar, echó a correr como un chiquillo, dio una voltereta y cayó de un salto sobre el banco, con las piernas abiertas y los codos hacia atrás. Mientras ella se sentaba sacó un paquete de tabaco del bolsillo de la camisa y encendió un cigarrillo, arrojando nubes de humo en todas direcciones con un suspiro de satisfacción, como si agradeciera el hecho de haber encontrado un banco libre. Cruzó las piernas, inclinó la cabeza a un lado y dirigió a Virginia una sonrisa llena de afecto, una brecha en su coraza, como si, pensó ella, se hubiera hinchado hasta estallar y, por un momento, contemplara lo mismo que ella, los árboles, el agua y la tierra.

-No hace falta que vaya a California -dijo Roger.

-No, supongo que no.

-Podría quedarme aquí. La televisión se extenderá por todas las grandes ciudades... Nueva York, pongamos por caso. Pero esos chicos me esperan. Cuentan conmigo.

-Entonces será mejor que vayas.

La estudió durante un largo rato.

-En el caso de que les dijeras que ibas -añadió al cabo.

Ante esta observación adoptó una expresión tan circunspecta que Virginia adivinó su astucia; se había comportado con timidez y algo de inseguridad mientras la ponía a prueba y trataba de averiguar lo que deseaba de ella, pero el paso de las horas le había proporcionado la información que necesitaba; las bromas, baladronadas y tonterías se esfumaron. Controlaba la situación. Ahora se parecía más al hombre que recordaba haber conocido en la noche de la fiesta: silencioso, melancólico, incluso depresivo. Pero muy astuto. Podía hacer casi cualquier cosa. Al principio se había sentido indefensa porque se había bebido todo su vino, y ahora volvía a experimentar una pizca de esa sensación; sentado a su lado, en el banco, parecía tan lleno de recursos, tan experimentado, aparte de que era mayor que ella. Y apenas le conocía; ni siquiera podía confiar en sus palabras, o en lo que veía. Como si mantuviera un absoluto control de sí mismo. Podía llegar a ser lo que quisiera.

Poseía una cualidad perdurable, algo relacionado con el tiempo, que no comprendía en absoluto.

Una visión global, quizá.

-He de marcharme -anunció de súbito.

Arrojó el cigarrillo a la hierba húmeda y se puso en pie.

-Sí, pero no ahora mismo.

-He de pensar en muchas cosas.

Pese a la afirmación, no se movió ni un centímetro.

-Sería mejor que te fueras y lo hicieras.

-¿Y tú?

-¡Oh, vete al infierno!

-¿Qué? -exclamó estupefacto.

-Lárgate. Haz lo que tengas que hacer -prosiguió todavía sentada.

Se habían sorprendido y enfurecido mutuamente. Por su parte, ella sabía que tenía razón. Miró un objeto que flotaba en el centro del Dique. Siguió su curso mientras subía y bajaba.

-No tienes por qué molestarte -dijo él.

Roger recobró la serenidad y Virginia pensó otra vez que sólo le hacía falta tiempo. A pesar de su talla -era unos dos centímetros más bajo que ella-, conseguía hacerse respetar; en el pasado había considerado a los hombres de baja estatura ridículos en alguna medida, con sus contoneos, sus poses, sus explosiones de orgullo, pero no sucedía lo mismo con él. Su capacidad para adaptarse la impresionaba. Y, mientras contemplaba todavía la boya que flotaba en el agua, Roger volvió a reír entre dientes.

5

Una figura que se movía al otro extremo de la calle le recordó a su hija. Una chica alta y flaca, embutida en un abrigo, que caminaba con tal rapidez que los cabellos ondeaban tras ella, unos cabellos tan difíciles de peinar y rebeldes como los de Virginia. Atravesó la calle sin mirar, con el mismo ímpetu, la cabeza altiva, sin pararse a pensar dónde ponía los pies. Le daba un cierto aire de torpeza, como a Virginia; la muchacha no se movía femeninamente, carecía de gracia y ni siquiera coordinaba bien. Parecía no saber qué hacer con los brazos, aunque sus piernas eran largas y esbeltas (las minifaldas de moda las descubrían hasta las rodillas) y la espalda, recta. Cuando se encaminó con paso decidido hacia el último edificio, la señora Watson comprendió que era Virginia. Por Dios, ¿había venido en autobús? Siempre la traía alguien en coche.

-No te reconocí -dijo Marion Watson.

Virginia se detuvo ante la cerca, se ruborizó y respiró por la boca, un zumbido asmático que parecía deberse más al alcohol que al esfuerzo. No hizo el menor movimiento para abrir la portezuela y entrar en el patio, como si estuviera a gusto en la acera. Tras una pausa, la señora Watson prosiguió su tarea; arrancó una excrescencia de la mata de rosas de té sobre la que estaba inclinada.

-¿Qué haces? -preguntó Virginia alegremente-. Las cortas hasta reducirlas a la mínima expresión; parecen palos.

-No esperaba verte aparecer caminando. Buscaba el coche de Carl.

Carl era el chico que acompañaba habitualmente a su hija; habían salido de forma intermitente durante un año.

Virginia abrió el portal y se agachó bajo el emparrado de rosas, rozando las ramas sin prestarles atención. Algo que tenía que pasar por alto, como tantas otras cosas de su vida. El golpe brusco de la mano, la impaciencia... llegó junto a su madre, se detuvo un momento y empezó a subir la escalera trasera.

-He de acabar esto -dijo la señora Watson-. Es la época ideal para podarlas. -Continuó arrancando las ramas; las había dispuesto en montoncitos por diversos lugares del patio y frente a la fachada de la casa-. Casi he terminado ya.

Virginia inspeccionó el patio desde los peldaños, balanceándose de un lado a otro, con las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta. El sol del mediodía, que le daba de lleno en el rostro, le hacía brillar la piel algo reseca sin maquillaje pero, pensó su madre, muy bonita. La boca fina y llena de color, algunas pecas en las mejillas, el cabello rebelde de color arena. Falda y blusa de colegiala, los habituales zapatos de tacón bajo... un par de gastados zapatos que habían comprado juntas varios años antes.

La señora Watson se puso en pie (le dolían los músculos de tanto trabajar) y dijo:

-Ahora quiero barrerlas hacia la parte de atrás para que Paul las queme.

-¿Quién es Paul?

-El hombre de color que me ayuda en las tareas más pesadas. -Sacó del garaje el rastrillo y empezó a empujar las ramas cortadas del rosal-. ¿A que hablo como una de esas damas del sur?

-Ya sabes que no lo eres.

-Lo soy. No estaría en este... -Dejó de trabajar y abarcó el patio con un gesto-. Claro que ahora es patriótico -la mayor parte del terreno se había convertido en un magnífico huerto en el que remolachas, zanahorias y rábanos alzaban sus copas en filas perfectamente ordenadas-, pero seamos realistas.

-No puedo quedarme mucho tiempo hoy. Quiero estar de vuelta en el apartamento a la hora de cenar. Es posible que me llame alguien.

-¿Del hospital?

-No, un amigo que se va a California.

-Bueno, ¿y cómo podrá llamar si se marcha a California?

-Si no se marcha, llamará.

-¿Es alguien a quien conozca?

-No. -Virginia abrió la puerta y entró en casa-. Es un amigo de los Rattenfanger. Celebraron una fiesta para mí...

-¿Cómo fue?

Virginia ya le había mencionado lo de la fiesta para celebrar que llevaba un año en el trabajo.

-Bastante bien. Pasamos la mayor parte del tiempo sentados y charlando. Todo el mundo tenía que levantarse temprano al día siguiente para ir a trabajar.

-¿Qué clase de persona es?

Una vez, en la ciudad, había coincidido con los Rattenfanger en el apartamento de Virginia. No le impresionaron tanto como a ésta, pero tampoco le disgustaron; al menos parecían simpáticos y no trataban de aparentar lo que no eran.

-Es difícil de explicar. No lo sé. ¿Cómo son las personas?

Depende mucho de las circunstancias, del humor del momento.

-Bien, ¿qué hace? -Como su hija no respondía preguntó-: ¿Está en el Ejército?

-Le dieron de baja. Fue herido en las Filipinas o algo así. En cualquier caso, lo declararon inútil total. Parecía agradable. Es probable que ya haya llegado a California o esté en camino.

El tono de su voz indicaba abatimiento. Desapareció en el interior de la casa y la puerta se cerró de golpe detrás de ella.

Se sentaron a la mesa de la cocina y liaron cigarrillos en la vieja maquinita que la señora Watson había comprado en el People's Drugstore. Enrollaba el papel y el tabaco de pipa -casi el único tabaco todavía disponible- en pitillos más o menos decentes, preferibles en cualquier caso a los peculiares petardos de diez centavos que se exhibían en los estantes de las tiendas y que sabían como si hubieran sido recogidos del suelo de un establo.

-Ya no me acordaba -dijo Virginia-. En el bolso tengo algunos bonos de racionamiento para ti. No te olvides de pedírmelos.

-¿Te va bien dármelos? -preguntó con voz en que vibraba la alegría.

-Claro. Como en el trabajo. Si el carnicero te pregunta por qué no están pegados a la cartilla, le dices que los cambiaste por manteca.

-Detesto quedarme con los tuyos, pero los utilizaré sin dudarlo. Oye, querida, compraré una pierna de cordero para el próximo domingo; te invito a cenar conmigo.

-Quizá lo haga -respondió Virginia como si no la escuchara.

Su atención estaba puesta en otras cosas y se sentaba sin decir palabra, tiesa y en una postura incómoda, con la silla muy alejada de la mesa, como extenuada, con las mejillas hundidas, los ojos sin vida, los brazos desnudos apoyados en la mesa. Mientras hacía funcionar la máquina, sus dedos esbeltos, dotados de una fuerza poco usual, tamborileaban sobre la mesa, hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo y se detuvo.

-Pareces hambrienta -dijo la señora Watson algo alarmada.

-¿Hambrienta? No...

-Hambrienta. La personificación de los campos de concentración nazis.

-No seas tonta.

-Te estaba tomando el pelo.

-No; es tu forma de sugerir algo.

-Podrías maquillarte alguna vez, o arreglarte el pelo. Has dejado de cuidártelo, ¿no?

-No tengo tiempo. Hay una guerra ahí fuera, ¿sabes?

-Tu pelo es lodo un espectáculo. Si te miras al espejo me darás la razón.

-Sé cuál es mi aspecto.

Hubo un momento de silencio.

-Bien -matizó la señora Watson-, no quiero quitarte mérito a tu belleza.

Virginia no respondió. Terminó de liar cigarrillos.

-No te tomes las cosas tan en serio -agregó la señora Watson.- Es una de tus tendencias, y sé que lo sabes.

Virginia levantó la cabeza y le dirigió una dura mirada.

-¿Cómo está Carl? -preguntó la señora Watson en seguida.

-Bien.

-¿Por qué no te ha traído a casa?

-Hablemos de otra cosa.

Recogió hebras de tabaco, y al hacerlo se las metió entre las uñas. A pesar de toda su firmeza, había un límite para su energía.

-No lo han enviado a ultramar, ¿verdad? -Prefería a Carl entre todos los demás chicos; siempre parecía estar en su lugar, abriendo puertas, estrechando manos, inclinando su elevada estatura-. Hay tan poca estabilidad durante la guerra... ¿Cuánto crees que durará? Me alegraré cuando termine.

-Pronto abrirán el Segundo Frente.

-¿De veras lo crees? ¿Piensas que los rusos podrán resistir? Les hemos aportado tanta ayuda... Aunque me sorprendería que aguantaran tanto tiempo.

Siempre había pensado que los rusos se rendirían; en cuanto conectaba la radio esperaba la noticia de que rusos y alemanes habían firmado un tratado de paz.

-Ya sé que no estarás de acuerdo conmigo, pero pienso que la guerra es buena por los cambios que produce. Cuando termine, el mundo será mucho mejor, gracias a la guerra.

Su madre gruñó por lo bajo.

-Los cambios son necesarios -añadió Virginia.

-Ya he visto bastantes cambios. -En 1932 había votado por Hoover. Los primeros meses de la administración Roosevelt la horrorizaron. Su esposo había fallecido en la misma época, y en su mente se mezclaban ambos acontecimientos, la muerte y la pérdida, con la consiguiente subversión del orden, los emblemas de la NRA[4] y, en las calles, los símbolos de la WPA-. Espera a tener mi edad -agregó.

[4] *[National Recovery Administration. Agencia gubernamental de la época de Roosevelt, creada para estimular un relanzamiento de los negocios. (N del T)]*

-¿Te molesta ignorar dónde estaremos dentro de un año? ¿Por qué? Es maravilloso... Así debería ser siempre.

-¿Cómo es ese chico? -preguntó la señora Watson, invadida por un profundo recelo y una poderosa intuición.

-¿Qué chico?

-Ése que te va a llamar. El que se va a California.

-Oh -sonrió Virginia, sin responder.

-¿Es un minusválido? -Le horrorizaban las personas lisiadas; nunca permitía que Virginia le hablara de sus pacientes del hospital-. No será ciego, ¿verdad?

La ceguera le asustaba más aún que la muerte.

-Creo que se le incrustó un trozo de metralla en la espalda.

-¿Cuántos años tiene?

-Unos treinta.

-¡Treinta! -Era algo similar a sufrir una mutilación; la imagen de Virginia casada con un hombre de mediana edad, incipientemente calvo y con tirantes irrumpió en su mente-. Oh, Dios mío.

Entonces recordó el momento en que más la asustó su hija; sucedió durante una temporada de vacaciones en Plumpoint, en una cabaña de la bahía de Chesapeake. Los niños recogían botellas de Coca-Cola vacías abandonadas por los bañistas, las vendían a dos centavos la pieza y, con

el dinero obtenido, menuda pandilla, corrían al parque de atracciones de Beverly Beach. Una tarde, con el dinero de las botellas, Virginia alquiló los servicios de un hombre para que la paseara por la bahía en un bote de remos, un cascarón de nuez agujereado, cubierto de percebes y que hedía a algas. El bote se había agitado sobre las olas durante casi una hora ante la desesperación y la furia de ella y su esposo, que contemplaban la escena desde la playa; en cuanto se hubo agotado el tiempo estipulado por cincuenta centavos, el hombre dio media vuelta.

-No tiene aún los treinta -precisó Virginia-, pero es mayor que yo. -Continuó liando cigarrillos con la máquina-. Ha tenido muchos problemas, pero no parece que haya aprendido mucho; sigue vagando sin rumbo.

-¿Qué... qué quiere? De una mujer, quiero decir.

-En apariencia, nada. Quizá un poco de conversación. Quiere ser ingeniero electrónico cuando acabe la guerra.

-¿Cuándo me lo presentarás?

-Nunca.

-Quiero conocerle.

Su voz adoptó un tono suspicaz.

-Creo que se ha ido a California.

-No, no lo crees. Tráelo para que lo conozca. ¿O no quieres que lo conozca?

-Eso no importa.

-Pues sí, me gustaría mucho. ¿Tiene coche? Que te acompañe la próxima vez. ¿Qué te parece el próximo fin de semana?

-Deseaba que pasara por su casa antes de que ocurriera algo-. Es tu vida, por supuesto, las dos estamos de acuerdo en ese extremo.

Virginia soltó una carcajada.

-¿No es así? -preguntó la señora Watson-. ¿No es tu vida?

-Sí.

-No trates de endosarme tus responsabilidades. Has de tomar tus propias decisiones; tienes un trabajo, eres adulta y consciente de tus actos.

-Sí -repitió Virginia con entonación seria.

Virginia se marchó a las dos y su madre la acompañó hasta la parada del autobús. Cuando llegó a casa sonó el teléfono.

-¿Está Virginia? -dijo una voz al otro extremo.

-No -respondió la señora Watson sin aliento. Era Penny, la compañera de piso de Virginia-. Acaba de irse hace un momento.

La puerta de la entrada se había quedado abierta. Un chico que vendía periódicos cruzó la acera, echó una ojeada al interior, titubeó y luego arrojó un ejemplar al porche.

-Hay alguien aquí que quiere verla -explicó Penny-. Si acaba de salir no creo que tarde mucho.

-¿Quién es? ¿Es el que se iba a California? Pregúntaselo.

-Sí. Al final no se marchó.

-Dile que quiero hablar con él. Que se ponga al teléfono.

¿Sabes cómo se llama?

-Roger algo. Espere un momento, señora Watson.

Siguió un largo silencio y aguzó el oído, apretando el auricular contra la oreja. Captó un murmullo de voces lejanas, una voz de hombre, la voz de Penny, pasos y ruidos del teléfono.

-Hola -dijo la señora Watson.

-Hola -respondió una voz de hombre, una voz amortiguada.

-Soy la madre de Virginia. ¿Es usted el hombre que se iba a California? No lo ha hecho, por lo visto. Se va a quedar una temporada, ¿no es así? -Esperó conteniendo la respiración tanto como pudo, pero él continuó mudo-. Le dije a Virginia que le invitara a cenar, así que le espero el próximo fin de semana. ¿Vendrá? ¿La acompañará en coche? Tiene coche, ¿no?

Un susurro. Y luego dijo con su voz apagada:

-Sí, creo que sí.

-Tengo ganas de conocerle. Se llama Roger, ¿no? ¿Y el apellido?

-Lindahl.

-Muy bien, señor Lindahl. Telefonearé a Virginia esta semana y le especificaré el día de la cena. Me alegra haber hablado con usted, señor Lindahl.

Colgó y atravesó el pasillo hasta la puerta para recoger el periódico que el chico había tirado.

Sacó las gafas de su estuche y extendió el diario sobre la mesa de la cocina. Preparó una taza de café instantáneo, encendió uno de los cigarrillos que había liado con su hija y empezó a leer las noticias.

«¿De veras me parece tan estúpida?», pensó apartando el periódico.

Desde la ventana de la cocina divisó las pilas de ramas cortadas que no había terminado de barrer. Salió al patio trasero con el cigarrillo entre los dedos y cogió el rastrillo. Hizo un solo montón y lo aplanó; llevaba el cigarrillo colgado de los labios. «Ahora -pensó- estoy escandalizando al vecindario, indignando a las damas sureñas por fumar en mi propio jardín.»

En menos de diez minutos terminó el trabajo. Recogió las tijeras y miró en derredor por si podía hacer algo más.

«No me importa que sea así de estúpida -pensó-; lo único que me interesa es verle a él, saber qué pinta tiene.»

El deseo de obtener una impresión visual exacta de aquel hombre le impedía pensar en otra cosa. Los detalles: el color del pelo, la estatura, el tipo de indumentaria, las palabras que utilizaba. Por lo demás, todo era posible; todo tipo de relación se podía desarrollar entre ellos.

Sus ojos tropezaron con la vistaria; abrió y cerró las tijeras y se dirigió hacia la planta resueltamente.

6

-¿Recuperaste el cheque? -le preguntó Virginia cuando regresó de Ojai.

-Sí -lo agitó ante ella-. Esa maldita escuela... ¿Sabes lo que consiguió? Que me acordara de Arkansas. No me dijiste que era una granja; un lugar para que la gente rica se paseara a caballo.

-Papá no me dejó jugar al fútbol -dijo Gregg cuando entró en casa-. Me hizo volver porque le desobedecí. Y se puso como loco.

Librodot

Avanzó hacia su madre, con los ojos secos, y rodeó su cintura con los brazos.

-Hasta hay una cuadra -insistió Roger-, y un poco de todo: una vaca, conejos, un puñado de gatos. Esa mujer es una campesina, sólo has de mirar sus brazos. Por Dios, una campesina. ¿Te lo puedes creer?

-¿Comisteis algo en el camino? -preguntó Virginia.

-No. -Volvió sobre sus pasos, irritado, y se encaminó hacia el coche-. He de ir a la tienda, no puedo quedarme aquí como un pasmadote. ¿Qué hora es? ¿La una y media? ¡Jesús! Llama a Pete y dile que voy enseguida. Ni siquiera habrá podido ir al lavabo.

Mientras telefoneaba, Roger deambuló por la casa como una fiera enjaulada. Lo encontró en el cuarto de baño, cambiándose la camisa y la corbata.

-Apesto como un mexicano por culpa de conducir y del maldito calor.

-Dúchate. -Nunca lo había visto tan fuera de sí, tan exaltado-. ¿Te encuentras bien?

-Fue como estar allí de nuevo. Esperaba verle en cualquier momento. Todo igual, excepto él. -Se lavó la cara en el lavabo-. Como el día en que encontramos los veintiséis huevos. Igual que entonces. Fue la última vez que nos divertimos un poco; nos echó a gritos de la cocina por culpa de los huevos. ¡Mierda! -Tiró la toalla y se encaró con Virginia-. Era natural que los lleváramos a la cocina, porque nos habían enseñado a entregar los huevos cuando terminábamos de recogerlos en el gallinero. ¿Sabes lo que hay en los jodidos nidos del gallinero? Pomos de puerta y porquerías por el estilo, uno en cada nido. Para engañar a los pollos. Cristo, buscaba a tientas en la paja y me equivocaba; pensaba, «vaya, he cogido un huevo». ¡Y era un pomo de puerta!-Miró fijamente a su esposa. Ella no supo qué decirle-. ¿Alguna vez viste los huevos en el interior de una gallina destripada? -La siguió hasta la cocina sin abandonar la conversación-. ¿Antes de incubarse? Hay de todos los tamaños... una cosa muy rara. Nunca vi algo igual. Me ponía la piel de gallina. Y luego nos comíamos las gallinas. ¿Te imaginas?

-Si no recuerdo mal, me dijiste que tu hermano estaba vivo.

Nunca había conseguido arrancarle una foto de su familia, de su hermano, su madre o su padre.

-Saltó desde la parte trasera de un camión (aquel montón de chatarra que había en el patio) y cayó sobre un trozo de metal afilado. Le seccionó prácticamente el dedo gordo del pie. Nos pareció divertido. Recuerdo que no podía parar de reír. Luego, enfermó del tétanos y murió.

Roger se desplomó sobre la mesa de la cocina y ocultó la cabeza bajo el brazo.

-Así que está muerto.

Roger se quitó las gafas y la miró inexpresivamente.

-Hace años me dijiste que vivía en Texas -dijo con indignación.

Volvió a mirarla de aquella forma vacua, con las gafas entre las manos. Asintió con la cabeza. Y luego hubo en su rostro tal abatimiento que Virginia se sentó de inmediato a su lado y apoyó la cabeza en la suya.

-Me alegro de que hayas vuelto.

-¿Se puede saber qué hiciste? ¿Liaste a esa mujer para que recogiera a Gregg los fines de semana?

-La señora Alt lo insinuó.

-Los conocí, a ella, a su marido y a sus hijos. Gregg jugó al fútbol con ellos. Liz y Chic Bonner. Creo que viven por aquí cerca.

-En San Fernando, me parece.

-Tengo que ir a la tienda.

Se puso en pie, la besó en la boca (el cuerpo de Roger olía al Arrid que se había puesto) y salió de la casa. Sentada en la cocina, oyó el motor del Oldsmobile ponerse en marcha y alejarse calle abajo.

Por la noche, después de cenar, mientras Virginia enseñaba a Gregg cómo utilizar los diferentes lápices de colores, Roger le dijo:

-Vamos a nuestro cuarto. Quiero hablar contigo.

-Espera un momento.

Terminó de pintar en el álbum para colorear de Gregg y siguió a su esposo hasta la habitación.

Roger se recostó contra la pared, con las manos en la nuca. Parecía de buen humor, lo que la alegró.

-¿Quieres hacerlo? -le preguntó.

-¿Hacer qué?

Por un momento imaginó que se refería a un acto para el que no utilizaban un nombre determinado; solían practicarlo en el dormitorio. Permaneció expectante, sorprendida y aturdida. Pero no se refería a eso.

-Lo de allá arriba.

-¿La escuela? ¿No es un poco tarde? -dijo. Pero rápidamente calculó la jugada: ambos, ella y Roger, harían acto de aparición en la escuela con Gregg, todo lo que necesitaba y el cheque. Sin telefonear. Sin más preliminares-. Deberíamos ir mañana y preparar todas sus cosas esta noche.

-Has hecho la lista -sonrió Roger.

-¿Me ayudarás?

-Claro.

Hicieron las maletas juntos, sin perder un minuto, hasta pasada la medianoche. Gregg no sabía nada; no querían que se pusiera nervioso y perdiera el sueño.

-La señora Alt pensará que estamos locos -comentó Virginia-. Me intriga saber lo que dirá. Probablemente se quedará pasmada. Podemos fingir que resulta de lo más normal para nosotros, en plan de broma. Nos limitaremos a decir «hola, aquí estamos, les traemos a Gregg. Por cierto, aquí está el cheque».

-Le diremos que eran imaginaciones suyas.

-Eso, le diremos que se lo inventó, mirándola con descaro a los ojos.

A pesar de que estaban cansados y soñolientos, se divertían preparando las maletas; era como un cambio de aires, una tímida transformación de su existencia. Señalaba el fin de un período y el comienzo de otro, y ninguno de los dos lo aguardaba con nerviosismo o preocupación.

A la una terminaron. Reunieron las maletas y cajas frente a la puerta de entrada. Luego, en la cocina, tomaron una copa.

-Podrá venir a casa siempre que quiera -dijo Virginia.

-Me parece que no querrá. Se lo pasó en grande allí arriba.

-Pero podrá.

-No; sólo los fines de semana.

Por la mañana temprano vistieron a Gregg con su mejor traje, cargaron el equipaje en el Oldsmobile, cerraron con la llave la puerta de la casa y partieron para Ojai.

Roger se puso al volante. Llegaron al valle a las ocho y media; la luz del sol era fría y pálida, y de todos los árboles se desprendía el rocío. El aire olía bien y el viento les empujaba.

Gregg, desde el momento en que comprendió adónde se dirigían, no cesó de relatar lo que iba a hacer: quería ir a caballo, herrar el caballo, escalar la cumbre de las montañas y plantar en ellas las banderas de Estados Unidos y de California, dar de comer a la zarigüeya, ganar todos los partidos de fútbol, ayudar a montar las tiendas, averiguar por qué James tenía la piel oscura, cambiar su habitación por una caverna subterránea equipada con armas atómicas impulsadas por motor de relojería, invitar a la señora Alt (a la que continuaba llamando señora Ant (hormiga)) a cenar en casa, invitar a todos los amigos a que vieran la escuela y lo bien que se integraba en ella, invitar a los nuevos amigos a visitar L.A. y ver su antigua escuela, y así sucesivamente. Además, catalogaba y comentaba cada lugar y objeto que veía al pasar; daba largas y falsas explicaciones acerca de los árboles, las casas, el estado de la carretera, la marca de los coches y a propósito de cuantas personas divisaba en los campos o junto a la carretera.

-Está bien -cortó Roger por fin-. Cálmate.

-Estamos a punto de llegar -dijo Virginia abrazándole.

Se estaba poniendo sentimental, al borde de las lágrimas; sacó un peine del bolsillo y peinó el cabello de Gregg, que no interrumpió su monólogo.

-Y entonces corrí y corrí y nadie me pudo atrapar; corrí tan rápido que ni siquiera sabían dónde estaba. Todos dijeron, ¿adónde fue? ¿adónde fue? Y ya había llegado a la fuente de donde manaba el agua. A lo mejor nadé un trozo. Me parece que nadé un trozo, en aquel sitio lleno de ramas. Y nadie sabía dónde estaba.

-De acuerdo -dijo Roger-. Cierra el pico.

Esta vez aparcó en los terrenos de la escuela. Nada había cambiado, excepto que había coches por todas partes. Otros padres, acompañados de sus hijos, ocupaban los senderos y espacios abiertos entre los edificios. Un olor a desayuno llenaba el aire.

-Me parece que no somos los únicos -dijo Virginia. Qué elegantes iban los padres. Las mujeres exhibían abrigos de pieles y los hombres llevaban traje-. Es un gran día. Parece una boda o algo así, todos tan de punta en blanco.

Salieron del coche sin descargar el equipaje. Al ver a los otros padres con sus hijos, Gregg guardó silencio con una especie de temor reverencial.

-Sería divertido -murmuró Roger mientras los tres subían la escalera del edificio principal- que el cupo estuviera completo. En ningún momento lo hemos pensado.

El vestíbulo del edificio estaba abarrotado de padres y niños, todos comportándose con la mayor formalidad. Se habían formado pequeños grupos que conversaban en voz baja. El aroma a cigarrillos, perfume y tabaco de pipa se infiltraba por todas las estancias.

-Sería mejor que la buscáramos -dijo Virginia-. No debe de andar muy lejos.

-Cruza los dedos -le dijo Roger a su hijo.

-De acuerdo.

Gregg cruzó los dedos.

Encontraron a la señora Alt charlando con varias parejas. En cuanto les vio, se dirigió directamente hacia ellos. No aparentaba la menor sorpresa, sino más bien el talante de una activa mujer de negocios.

-¿Así que por fin han traído a Gregg? -Estrechó la mano de Virginia-. Me alegra verla de nuevo. Han llegado justo a tiempo. ¿Han traído sus cosas? En cualquier caso, todavía queda un día, más o menos. Hay niños que irán llegando a lo largo de todo el primer mes.

-Hola, señora Ant -saludó Gregg.

-Hola, Gregg -sonrió ella-. Bienvenido. -Empujó a los Lindahl hacia su despacho y cerró la puerta; el murmullo de las voces se perdió a sus espaldas-. El día en que llegan los niños es siempre un día frenético. Y continuará siéndolo en adelante.

-Sacó el capuchón de la estilográfica y se puso a escribir-. Le diré a James que lleve las cosas de Gregg a su habitación. La compartirá con otros cinco niños. Algunos de sus compañeros ya están aquí; ahora mismo se los presentaré. Menudo follón.

Le entregó un recibo a Roger y éste le devolvió el cheque que Virginia había extendido.

-Perfecto. ¿Les apetece un café? Vayan al comedor; las puertas están abiertas. Cuando tenga ocasión les presentaré a algunos de los padres, en especial a los de sus compañeros de cuarto. -Se incorporó y los acompañó hasta la puerta del despacho-. Intentaré que uno de los profesores les muestre las instalaciones.

¿O las han visto ya? De todos modos, pueden ir por donde quieran; hoy es un día de puertas abiertas.

Un profesor se acercó. La señora Alt se despidió de los Lindahl y salió a toda prisa.

-Bueno -dijo Virginia-, ya está. -Se sentía un poco aturdida-. Hecho.

Roger llamó desde el teléfono del vestíbulo al almacén y le dijo a Pete que llegaría tarde. Al colgar observó que su esposa y su hijo se hallaban conversando con un grupo de padres.

-...oh, es una escuela maravillosa. Éste es el tercer año que Louis y Bárbara estudian aquí. Cuando todos los niños están presentes, la proporción de sexos es casi idéntica. Ahora se ven más niños; por alguna razón que desconozco, son los primeros en llegar. Algunos chicos se quedan entre trimestre y trimestre, y también lo hacen unas cuantas chicas. Los vigilan muy bien, no se preocupe. Le escribirán cada semana para informarle de su evolución. Usted misma les señala el límite de tolerancia; y no olvide que el lavado de ropa va aparte. Le enviarán la factura...

La conversación prosiguió en términos parecidos.

Roger se apartó y vagó sin rumbo fijo, acertando a oír otras conversaciones y fijándose en los diferentes padres. La mayoría eran jóvenes. Todos vestían muy bien. Las mujeres solían ser altas y delgadas, de rostros angulosos; alzaban la voz más que los hombres y parecían llevar el peso de la charla. Los varones fumaban, escuchaban, asentían y cambiaban algún comentario entre ellos. Habían sido relegados a un segundo plano.

Librodot

Van Ecke, el joven profesor de matemáticas, pasó por su lado con su jersey y sus pantalones anchos; Roger le saludó.

-Ah, hola -dijo Van Ecke, obviamente sin reconocerle-. ¿Cómo va?

-Bien.

-Éste es el día en que los padres vienen a examinarnos y comprobar si vale la pena gastarse el dinero. La mayoría no vuelve hasta el final del trimestre. Siempre hay algunos que suben de vez en cuando, por supuesto, pero son los menos -miró a Roger con detenimiento-. Veremos.

-Me llamo Lindahl.

-Oh, claro. ¿Cómo está su chico? Dígame, ¿ya lo aclaró todo? ¿Lo de la habitación y las ropas?

-Sí, todo está en orden.

-Veo a su esposa allá al fondo. Una mujer muy atractiva. La señora Alt dice que baila. ¿Qué tipo de baile? ¿Ballet?

Roger se lo explicó.

-Ah, como Cyd Charisse. Sí, muy típico de la ciudad. Arte experimental y todo eso... me temo que es demasiado profundo para mí. ¿A qué se dedica usted, señor Lindahl?

-Soy propietario de una tienda de televisores en L.A.

-Caramba. Creo que la televisión lo impulsará todo en el futuro: juegos, deportes, comedia, todo.

-¿Ha visto a los Bonner?

-No -Van Ecke negó con la cabeza-, se han ido esta mañana temprano. Se quedaron a dormir la pasada noche. Sus hijos están aquí. Me parece que son mayores que el suyo; tienen once o doce años. Bien, espero verle de nuevo, Lindahl.

Eran las nueve y media. Roger entró en el comedor, atraído por el aroma a café. La mayoría de las mesas estaban vacías, pero en un extremo de la pieza habían dispuesto tazas, jarras de crema de leche, azucareros, una vajilla de plata y servilletas. Una mujer gruesa, de tez oscura, probablemente mexicana, entró empujando un carrito de dos pisos cargado con jarras de cristal llenas de café. Comenzó a verterlo en las tazas y a distribuirlas en las mesas. Hombres y mujeres no tardaron en arremolinarse en torno al desayuno. Todo parecía tan agradable... Atravesó la estancia y cogió una taza.

Llevaba sentado unos minutos, paladeando el café, cuando un hombre ataviado con un traje azul se sentó junto a él, le miró de soslayo, consiguió una taza, pidió a otra persona el azúcar y por fin dijo:

-Usted no es profesor, ¿verdad?

-No. Soy un padre.

-Bonita escuela ésta. -El hombre apoyó la frase con un movimiento de cabeza. Probó el café, intranquilo-. Una buena cuesta. Vaya curvas.

-Limítese a no frenar en las curvas -aconsejó Roger-. Mantenga el pie en el gas.

-¿Y no se corre demasiado entonces?

-Nunca frene en una curva -repitió-. Así no sufre el motor. Pise el freno antes de entrar en ella. De lo contrario se la puede pegar.

-Entiendo -el hombre siguió sorbiendo su café y luego murmuró-: Disculpe.

Se levantó y buscó otro lugar.

«No lo estoy haciendo muy bien», pensó Roger. Se sentía solo, pero no le apetecía reunirse con su esposa.- Otras personas se sentaron a su mesa, le saludaron con un gesto o un «hola», permanecieron un rato y se fueron marchando.

Finalmente dejó la taza sobre la mesa y abandonó el comedor. Por una puerta lateral salió a la terraza. Estuvo unos minutos fumando y disfrutando del panorama. Después bajó un tramo de escalera que conducía a la carretera, atravesó un bosquecillo de abetos y desembocó en la montaña de basura que dominaba el campo de fútbol.

No había niños a la vista.

De pie, con las manos hundidas en los bolsillos, meditó sobre nada en particular, desprovisto de sensaciones. Eran casi las diez y empezaba a hacer calor. En el fondo del valle divisó un camión que renqueaba por una carretera. El humo del motor diesel flotaba detrás como una cola.

Oyó pasos a su espalda. Se volvió. Un negro cargado con periódicos doblados avanzaba hacia él.

-¿Es usted el señor Rank?

-No.

-Perdone -dijo el negro, que luego giró rápidamente sobre sus talones y desanduvo el camino.

«Ése es James -decidió-. Hola, James. Adiós.» En su interior creció el miedo, el omnipresente recuerdo de ellos, y palpitó en su boca.

Al cabo de un rato se puso a andar sin rumbo de nuevo. Enfrente se alzaba un pequeño edificio cuadrado de hormigón del que sobresalía una chimenea. «Parte del sistema de calefacción de la escuela», se dijo. Dejó atrás el edificio y ascendió una cuesta empinada hasta llegar a un risco. No lejos se alzaba otro edificio, éste en lamentable estado; de él se desprendía un olor a comida, estiércol y animales, pero no era un olor familiar. «Por lo menos no huele a caballos», pensó, mientras se acercaba.

El edificio carecía de puerta. Estaba a oscuras. Una fila de jaulas... nada más. Formas inciertas se revolvían y husmeaban en las jaulas. Conejos. Se detuvo ante la primera jaula. El conejo, de color ocre oscuro, le miró fijamente, tembloroso. El olor era intensísimo, pero no le importaba. Examinó cada una de las jaulas. Algunos conejos advirtieron su presencia; otros tenían los cuartos traseros apoyados contra los alambres y se hurgaban el pelaje por zonas. Tocó con la yema del dedo a uno de los animales; éste se movió con suma agilidad y se apartó de los alambres. Y los hocicos de los conejos no cesaban un instante de agitarse. Sus grandes ojos húmedos le vigilaban.

Salió del cobertizo y caminó al azar. En una ocasión vio a un grupo de padres con sus hijos. Escaló un montón de cantos rodados -el lecho seco de un riachuelo- y trotó hacia el lado opuesto. Ni un sonido. Ni un movimiento.

Se abrió paso entre unos matorrales y se encontró en la parte más alejada del campo de fútbol.

Cruzó el campo a pasos lentos, con la cabeza gacha, pisando la hierba. Se detuvo en el lugar donde habían estado. «Aquí», pensó. A la sombra de la colina. Lejos del sol. Deambuló a la ventura, dando puntapiés a las protuberancias del suelo.

Encontró una larga brizna de hierba y varias colillas pisoteadas en el suelo removido. justo allí había tirado la señora Bonner la brizna de hierba cuando fue a reunirse con la señora Alt.

Se inclinó, recogió la brizna de hierba y se la guardó en el bolsillo.

«Debo de estar chiflado», se dijo.

Después continuó andando, sin apartarse del camino, hasta la cumbre de la colina. «No -pensó-, me he equivocado.»

«Estoy chiflado de verdad.»

Anduvo hasta su coche aparcado. Abrió la portezuela, entró, se sentó y abrió los cristales de las ventanillas. Puso la radio y cerró la puerta otra vez. Los malditos cristales. No los había subido. Volvió a abrir la portezuela y se estiró sobre los asientos para subir el cristal del lado opuesto.

Una vez hecho esto, se dirigió hacia el edificio principal de la escuela.

Encontró una silla vacía en el vestíbulo y se acomodó. Algunos padres habían subido al piso superior para examinar las habitaciones de los niños, o merodeaban por las clases, o paseaban por los jardines. En el vestíbulo no había casi nadie.

La señora Alt advirtió su presencia, se acercó y se desplomó en la silla de mimbre contigua a la de Roger.

-Estoy rendida.

-Vaya follón -asintió Roger.

-Sabe, estoy contenta de que cambiara de opinión.

Roger movió la cabeza en un gesto afirmativo.

-¿Puedo hacerle un comentario sobre su esposa?

-Claro.

-Creo que es muy fría con los niños. Arisca. No creo que se entienda muy bien con ellos. Es mi juicio inapelable del día. Se lo dije a ella, de no ser así no se lo diría a usted. Le dije que por ese motivo yo quería que Gregg entrara en la escuela.

-Es verdad... me parece.

-¿Ella quería tener un hijo?

-No me acuerdo.

-¿Qué tal es como madre?

-Fatal -sonrió entre dientes.

-Me dijo que su madre vivía cerca de la casa de ustedes.

-Demasiado cerca. Nos siguió la pista desde el este.

-Pienso que está haciendo lo correcto. Su esposa transmite una sensación de amenaza a Gregg.

-Yo también.

-Sí. Usted también.

-Pero es Virginia quien no le cae a usted bien.

-Cierto. Ese tipo de personas me atrae muy poco.

-Me sorprende que lo exprese con tanta claridad.

-¿Por qué? Virginia lo presiente.

-Virginia piensa que usted es maravillosa.

-Es lógico.

No alcanzaba a comprender el significado exacto de sus palabras.

-Supongo que lo que más me exaspera es su esnobismo, su sentimiento de superioridad. Procedo de Iowa; es algo que me tomo muy en serio.

Se rió con una profunda y sonora carcajada.

-Sí, pensé que era del medio oeste.

-¿Ha estado alguna vez por allí?

-Una, en mi niñez. Mi padre nos llevó de viaje. Fuimos a comprar maquinaria para la granja. Teníamos un camión.

-Usted trastornó con toda certeza a Liz Bonner. Se largó de aquí a toda prisa... pero es su forma normal de comportarse. Tiene una capacidad infinita para entender mal lo que la gente le dice; lo hace todo al revés y nadie puede arreglar sus estropicios. Es una de esas personas amables y formales que se aferran a cada palabra y luego... sólo Dios sabe lo que ocurre en sus cerebros. Si lo tienen. Por ejemplo, nos vemos obligados a comprar una pasta de dientes especial para sus dos hijos porque leyó en alguna parte que la pasta normal, las marcas habituales, quiero decir, contienen restos de tierra que destruyen los dientes. Yo diría que no han utilizado restos de tierra en los dentífricos desde los años veinte, aunque es posible que lo sigan haciendo. Tal vez esté en lo cierto. Ése es el problema: nunca eres capaz de demostrar que está equivocada. Es una especie de... -La señora Alt buscó la palabra precisa-... no quiero decir lunática. En la Edad Media probablemente habría sido quemada en la hoguera y tiempo después canonizada. Sí, como Juana de Arco. No me cuesta nada imaginar a Juana escuchando sin prestar atención discusiones sobre la guerra con Inglaterra y sobre el Delfín, y reconstruyendo por completo la situación en su mente... para salir a continuación por la puerta del mismo modo en que lo hizo Liz el otro día cuando le dije que ustedes habían decidido no matricular a Gregg en la escuela.

-Fue a Ojai a buscarnos.

-¿De veras? -dijo la señora Alt con una mueca.

-¿En qué trabaja su marido?

-Oh, es un capitoste de la panificadora. Un vicepresidente. Ya sabe, Bonner's Bonny Bread.

-Claro.

-Al principio su abuelo regentaba una modesta panadería.

Luego, su padre se asoció con otras panaderías independientes de L.A. Conservaron el apellido. Sabe, sólo hay una cosa que no le puedo perdonar a Liz Bonner. Diga lo que usted le diga, jurará que no lo hizo. Le importa un bledo, como si viniera de otro planeta. Dígale cualquier cosa y al día siguiente se le quedará mirando con aquellos grandes ojos pardos... «No, no lo sabía. ¿Qué quiere decir» Asombrada por completo. La primera vez no... ¿cómo le diría yo? La primera vez no le volverá loco. Pero espere a experimentarlo un mes tras otro, descubriéndole la misma cosa una y otra vez.

-¿Cómo se lo toma él?

-Oh, Chic es un buenazo, vive en su propio mundo de ensueños. Ni siquiera creo que la escuche, a decir verdad. Cada uno va por su lado.

Dos mujeres cruzaron el vestíbulo en su dirección. Una era Virginia y la otra la señora McGovern, la profesora de ciencias.

-¿De qué va la discusión? -preguntó la señora McGovern cogiendo una silla al pasar.

-Liz Bonner.

-No hay nada que discutir -dijo la señora McGovern-. Es idiota.

Librodot

-Dejé que Gregg se fuera de excursión con otros chicos y el señor Van Ecke -le explicó Virginia a Roger-. Una caminata hasta la ciudad.

-Estupendo.

-No pienso lo mismo -dijo la señora Alt en respuesta a la profesora de ciencias-. Atolondrada, quizá.

-Es lo mismo -puntualizó la señora McGovern.

-No -insistió la señora Alt-. No es corta. No es lenta. Siempre asocio la idiotez con una personalidad más bien pedestre, abúlica. Liz es espabilada... demasiado espabilada. Capta cuanto ve y cuanto oye; ésa es una parte del problema. No es selectiva. Se lo guarda todo dentro sin discriminar.

-Carece de perspectiva -apuntilló la señora McGovern-. ¿Ha visto qué listas somos? -le dijo a Virginia-. Sentadas aquí y despellejando a alguien que vive a cien kilómetros de distancia.

-Si hay que hablar de alguien a sus espaldas conviene asegurarse de que se hace realmente a sus espaldas -dijo la señora Alt.

-Oh, a Liz no le importaría -la señora McGovern hablaba con lentitud y pedantería; era una mujer más bien masculina, con el cabello corto y la cara cuadrada y de facciones duras-. Pensaría que es divertido.

-Me parece que no la conozco -dijo Virginia.

-Es la mujer de la que le hablé -dijo la señora Alt-. La que viene cada fin de semana para recoger a sus hijos.

-Oh. Bueno, espero que sea lo bastante lista como para conducir bien.

-Lo es -dijo la señora McGovern-. Aunque eso no tiene nada que ver con la inteligencia. Es simple falta de imaginación.

-O un buen ojo para controlar el tránsito -dijo Roger.

-¿Qué quiere decir? -preguntó la señora McGovern.

-La habilidad para hacerse una idea de la carretera.

-Con todos esos nuevos sistemas automáticos, basta con hacer girar la llave -rechazó la señora McGovern con un gesto despectivo.

-Y salir de la carretera sin sufrir el menor percance -siguió airado Roger-. Conducir es una técnica, se domine o no. ¿Ha conducido mucho usted? ¿Qué hace cuando nota que el coche se le escapa de las manos? ¿Frenar de golpe?

La señora McGovern no respondió. Movió la silla de manera que pudiera mirar de frente a la señora Alt. Iniciaron una conversación relacionada con las mesas del laboratorio de ciencias. Virginia apretó el brazo de Roger con su mano; se llevó un dedo a los labios para solicitarle moderación.

-De acuerdo.

-Me sorprendes -dijo Virginia.

-De acuerdo -repitió, y se sumió en el silencio.

Ambos se sintieron abatidos durante el viaje de vuelta a Los Ángeles. Iba a ser duro para ellos; ninguno lo ignoraba. Roger conducía. Ella miraba el paisaje. «Tierra inútil», pensó. Kilómetros y kilómetros. No valía nada para nadie.

Maldita mujer -dijo Roger.

-¿Cuál?

-Esa profesora de ciencias.

-Sí, me causó una sensación horrible, pero no tenías que haber empezado a gritar. ¿Qué te pasó?

-La razón por la que las mujeres son tan malas conductoras se debe a esa actitud. Se figuran que con girar la llave ya está todo hecho; por eso se lanzan directamente sobre uno.

-La señora Alt parecía cansada.

-Sí.

-Odiaría cargar con tanta responsabilidad. -Después de una pausa añadió- He estado pensando en cosas que olvidamos. No metimos en la maleta sus calcetines de lana gruesos, los que se pone encima de los normales. Tendría que haber hecho una lista. Se los traeremos la próxima vez, o se los daremos cuando esa pareja, los Bonner, nos lo traigan.

-Sería mejor que los llamaras por teléfono.

-Sí, tienes razón. Así no complicaremos el asunto. Yo misma la llamaré; seguro que la señora Alt se olvida de hacerlo. De todas maneras, no vi a los Bonner por allí. ¿Y tú?

-Hoy no.

-Les llamaré esta tarde.

Buscó papel y lápiz en el bolso. Preparó una lista de cosas para Gregg y añadió debajo: «Buscar número de teléfono, llamar a Liz Bonner». Luego recordó el intercambio de chismes entre la señora Alt y la señora McGovern y meditó en voz alta:

-No sé. A juzgar por lo que comentaron, parece poco de fiar. ¿Tuviste esa impresión cuando la conociste?

-No.

-¿Qué impresión te dio?

-Buena.

-Quizá lo abandone en algún punto de la carretera.

-Reúne un puñado de vejestorios y mira lo que obtienes.

-¿Es bonita?

-No. No especialmente.

-¿Qué aspecto tiene? Tal vez me tropecé con ella y no la reconocí.

-No estaba allí -se mordió el labio inferior-. Es una pareja de unos treinta años. Él se está quedando calvo. El día que lo vi llevaba pantalones cortos; una cara vulgar. Ella tiene el cabello castaño.

-Me encontré con Jerry y Walt.

-¿Y quién cojones son esos?

-Sus hijos.

-Oh.

La miró de reojo.

-Los chicos son pelirrojos. Y pecosos. Son...

-Los vi. Son mayores.

-Bueno, tienen doce años. -Efectuó un rápido cálculo -. Por lo tanto, ella ha pasado de los treinta, a menos que se casara a los diecisiete.

-Pongamos treinta y cinco.

-Creo que no le gusto a la señora Alt.

-Le caes muy bien.

-Siempre me tropiezo con mujeres como ella.

Al llegar a Los Ángeles, Roger aparcó el coche en la zona amarilla frente a Modern TV Sales & Service.

-Te veré más tarde. Si te sientes sola, ve al cine o haz cualquier cosa.

-A estas horas estaría igualmente en la guardería.

Eran las tardes las que la preocupaban.

Fue hasta casa en el coche y lo dejó en el garaje. Se dedicó a hacer la limpieza durante una hora y luego, angustiada por el silencio, abrió el listín telefónico y buscó a un Charles Bonner que viviera en San Fernando. Encontró dos. Llamó al primero y no obtuvo respuesta. Luego llamó al otro.

-Hola -respondió una voz femenina jadeante.

-¿Es... la señora Bonner? -preguntó indecisa.

-Sí.

-¿Es usted Elizabeth Bonner?

-Sí.

-Soy la señora Lindahl.

-¿Quién?

-Sus dos hijos van a... -De repente olvidó el nombre de la escuela-... a Ojai. Jerry y Walter.

-Oh, sí, por supuesto. ¿Quién dijo que era?

-Virginia Lindahl. La señora Alt dijo que le hablaría de mí.

-¿Quién? ¿Se refiere a Edna? Espere un momento. -Virginia oyó el sonido de una radio, que enseguida cesó. Luego oyó pasos y de nuevo la voz al otro extremo de la línea-. ¿Puede repetírmelo, por favor?

-La señora Alt dijo que hablaría con usted y su esposo para que me trajeran a mi hijo los fines de semana desde Ojai -habló lentamente y con claridad. Recordó el nombre-. La Escuela de los Padres.

-¿Sí?

-Me gustaría discutirlo con usted -dijo exasperada-. Podríamos llegar a un acuerdo. Pagarle algo, alternarnos o algo por el estilo. La señora Alt pensó que llegaríamos a un acuerdo.

-¿Viven en L.A.?

-Sí, llamo desde la ciudad.

-Creí que no iban a matricular al niño en la escuela. -Cierto aturdimiento se filtró en la voz-. ¿No se opuso su marido?

-Cambiamos de idea.

-Ah, estupendo. Es una escuela maravillosa. ¿Ya está allí? Nosotros también llevamos a los niños, esta mañana. Ayer conocí a su marido. He olvidado su nombre. ¿Cómo se llama su hijo? ¿George?

-Gregg.

-Es muy majo. Se puso a jugar al fútbol con los demás. Estaré encantada de traerlo conmigo. Iré allí el viernes por la noche; si quiere, lo recogeré, aunque tal vez sería mejor que la primera vez lo hiciera usted. ¿Qué opina? Usted decide. Yo voy a ir de todas maneras. Claro que también podríamos ir juntas, ¿no le parece? Así sólo usamos un coche. Yo conduciría a la ida y usted a la vuelta, o al revés. ¿Qué le parece?

-Buena idea. Da igual qué coche utilicemos.

-Prefiero ir en la camioneta. Si los chicos están cansados pueden acostarse en la parte de atrás y dormir un poco; así no estarán saltando sobre nosotras todo el rato. El viernes saldré de aquí a la una de la tarde y la recogeré. O también puede venir aquí en coche, para regresar con Gregg a casa en cuanto volvamos. ¿De acuerdo? Le daré mi dirección.

-La tengo. La conseguí en el listín telefónico.

-Oh, estupendo. Bueno, nos veremos el viernes sobre la una. -Dudó un rato y luego dijo-: Me alegro de haberla conocido, señora Lindahl. Tengo ganas de... verla.

-Muchas gracias, señora Bonner. Le agradezco su ayuda.

Hasta el viernes.

Colgó el teléfono y cerró el listín.

«Realmente atolondrada -pensó-, tenían razón.» Pero parecía agradable.

7

En el invierno de 1944, una vez obtenido el divorcio, Roger Lindahl se casó con Virginia. Ella dejó su trabajo en los hospitales militares de Washington, él su empleo de electricista en el Richmond Navy Yard, y ambos partieron en tren hacia Los Ángeles, California.

La temperatura era agradable en California; no había nieve, calles cubiertas de hielo, coches con cadenas, niños vestidos con pantalones forrados y calcetines de lana ni ancianos resoplando embutidos en abrigos y orejeras. La visión de las palmeras la cautivó; tuvo la impresión de que se hallaba en otro país, incluso en otro continente. Las fábricas de aviones constituían el centro de toda actividad; era lo único importante. Los coches de los trabajadores llenaban los aparcamientos hasta perderse de vista. Las fábricas nunca cerraban; un turno sucedía a otro, día tras día: el turno de tarde, el turno de noche, el turno de día. Hombres y mujeres, provistos de sus fiambreras, entraban y salían de las fábricas; los hombres usaban tejanos; las mujeres, pantalones holgados y llevaban pañuelos en la cabeza. Parecían cansados y preocupados a los ojos de Virginia, y a menudo presenció peleas en las esquinas, los bares, los cafés, e incluso en los autobuses. Los obreros trabajaban muchas horas, y ganaban más dinero del que podían contar, ahorrar o recordar; estaban fatigados, se hacían ricos (muchos provenían del medio oeste) y vivían en habitaciones exiguas con niños que chillaban bajo sus ventanas mientras intentaban dormir. En sus ratos de ocio bebían cerveza en los bares, llevaban la ropa sucia a la lavandería, comían, se duchaban y regresaban al trabajo. Era una vida frenética, agotadora; no les gustaba, pero eran conscientes de que nunca volverían a ganar tanto dinero. Cada día llegaban más; buscaban un lugar para vivir y engrosaban las colas frente a las puertas de las fábricas. Las gramolas automáticas de los cafés tocaban *Strip Polka*, y por la noche, en las calles, soldados y marinos de las bases vecinas deambulaban con paso vivo contemplados por hileras de muchachos mexicanos elegantemente vestidos apostados en los portales de las tiendas iluminadas. A Virginia le recordaban indios tallados en madera y recubiertos de una lustrosa capa de barniz.

Al cabo de un par de días encontraron un apartamento en un edificio construido durante la guerra y que albergaba un total de seis viviendas, idéntico a los demás edificios del pueblo. Calles especiales, cerradas al tránsito durante parte del día, conectaban los edificios. Un gran letrero en la entrada del pueblo rezaba:

2400 adultos y 900 niños viven aquí, de modo que conduzca con precaución.

Librodot

¡Vaya despacio! ¡No rebase los 30 km/h!»

En el pueblo sólo vivían blancos, pero a dos kilómetros de distancia, al otro lado de una lavandería de ventanales empañados y de un supermercado, había otro pueblo, construido a semejanza del primero, para los negros.

Tanto ella como Roger encontraron trabajo enseguida, ella en una oficina y él de electricista. Sus turnos coincidían, de modo que podían comer e ir de compras juntos. Los recién casados que vivían enfrente de su apartamento tenían turnos opuestos; el hombre se levantaba de la cama a mediodía, empezaba a trabajar a las dos y volvía a casa pasada la medianoche, mientras que su esposa dormía desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana, y se marchaba a trabajar a las siete y media. Algunos inquilinos del edificio intentaban de vez en cuando enlazar dos turnos seguidos y conseguir así un montón de horas extraordinarias. Si el segundo turno coincidía con el fin de semana, sus ingresos totales eran enormes. Virginia y Roger trabajaban los siete días de la semana. Colgaron un letrero en la puerta que decía: «AQUÍ DUERME UN OBRERO DE LA INDUSTRIA DE GUERRA. NO MOLESTEN». Más tarde forró la puerta con una chapa de hierro galvanizado para amortiguar las voces y los ruidos procedentes del rellano. En el otoño de 1945 disponían de una importante cantidad ahorrada y eran propietarios de una caja cerrada con llave llena de bonos de guerra.

Virginia tenía la sensación de que las largas horas de trabajo en la fábrica de aviones acababan con las fuerzas de ambos. Se enzarzaron en frecuentes disputas, como los clientes de los bares. Adelgazaron -y ya habían llegado bastante delgados- y perdieron el humor. Pasaban la mayor parte de su tiempo libre haciendo cola en el supermercado, comprando comestibles o aguardando en la lavandería a que saliera su ropa. Por las tardes escuchaban la radio o iban al bar de la esquina a tomar una cerveza; algunas noches ella leía una revista mientras Roger dormía. En la radio triunfaban los programas de Bob Hope, Red Skelton y Fibber McGee. Y algo que levantaba los ánimos de cualquiera consistía en escuchar, echada sobre la cama completamente vestida, el Hit Parade del sábado por la noche o el programa Jello (Jack Benny, Dennis Day y Rochester) los domingos por la noche. La guerra llegó a su fin por etapas; las fábricas de aviones empezaron a prescindir de grupos de empleados y redujeron el número de turnos, las horas extra y la jornada de siete días. Pero ellos no tuvieron necesidad de desplazarse como trabajadores eventuales: habían ganado lo suficiente para establecerse. Ya se consideraban californianos, tan legítimos como los nativos auténticos. Los Ángeles se había convertido en la zona más densamente poblada del planeta. Todo el mundo acudía a la ciudad y nadie la abandonaba.

Cerca del pueblo había surgido a la luz una colonia de comercios, aglomerados alrededor del supermercado. Primero, después de la lavandería, apareció una tienda de reparación de calzado, luego un salón de belleza, una panadería, dos restaurantes y una agencia de bienes raíces. Después, la agencia de bienes raíces se trasladó a otra parte y el local quedó vacío. Un día colgaron un nuevo letrero que anunciaba: «REPARAMOS APARATOS DE RADIO EN UN DÍA». Los primeros modelos de aparatos de mesa fabricados después de la guerra se materializaron sin

tardanza en el escaparate, parapetados tras grandes despliegues de lámparas, baterías, bombillas de flash y agujas para tocadiscos. En el interior se podía ver a un hombre con delantal, que haraganeaba apoyado en el mostrador.

Como su aparato de radio Emerson se había estropeado, Virginia la llevó a la tienda para que le dieran un repaso.

-Creo que se trata de una lámpara -le dijo al empleado-. No parece nada serio. Simplemente, dejó de sonar.

-Bueno, vamos a ver.

El hombre enchufó el receptor y abrió y cerró el mando varias veces. Se inclinó sobre el aparato, golpeteó las lámparas con los nudillos, examinó el interior y pegó la oreja al altavoz. Tenía una cara grande y redonda, y le recordó a Irv Rattenfanger. Parecía agradable, aunque se mostraba más bien absorto. La pequeña tienda, recién abierta a los negocios, ya se encontraba atestada de lámparas desechadas y otros componentes.

-La revisaré a fondo -anunció el hombre agachándose bajo el mostrador-. Ahora no tengo tiempo.

Virginia le dio su nombre y dirección, y el otro le entregó un comprobante. Cuando volvió al cabo de unos días, la radio ya funcionaba. La factura ascendía a siete dólares y cincuenta centavos.

-¿Sólo por una lámpara? -protestó.

-Filtros -dijo el hombre enseñándole la factura-. Un dólar cincuenta las piezas, y el resto la mano de obra.

-¿Sólo por cambiar una pieza? -se asombró Virginia.

Sin responder, el hombre conectó el aparato, que funcionó a la perfección. Ella pagó la cuenta y se marchó con el receptor. Por la tarde le contó a Roger lo cara que había sido la reparación. Él la escuchó solemnemente. Tiempo atrás, cuando vivía en Washington, habría reaccionado de forma colérica, pero ahora se limitó a coger el recibo y a leerlo, soltarlo y encogerse de hombros.

-Deben de ser personas poco honradas -dijo Virginia recordando un artículo que había leído poco antes en una revista.

-Quizá no -dijo Roger, estirado en el sofá con los pies sobre un posabrazos-. Es lo que se suele cobrar.

Se había quitado las gafas y se protegía los ojos con un brazo.

-Ojalá me hubieras acompañado. -No podía sacudirse la sensación de agravio. Los precios no paraban de subir; era terrible-. Podías haber hablado con él; yo no sé nada sobre radios. Y esa gente sabe descubrir a los ignorantes; te captan y se aprovechan de ti.

Roger continuó inmóvil, dormido en apariencia; estuvo media hora echado de espaldas, con los ojos cerrados, moviéndose, suspirando, aplastándose el pelo con la palma de la mano. Entretanto, ella lavó ropa interior en una jofaina. Un receptor de radio se escuchaba en el apartamento situado bajo el de ellos, y en una ocasión un perro ladró en el patio. Algunos niños correteaban por el sendero de cemento que corría bajo su ventana; una mujer les gritó que entraran a cenar.

Virginia encontraba el apartamento bastante tranquilo; ambos se sentían menos presionados ahora y vivían a gusto. La guerra había terminado como una exhalación, una fiesta que duró un día y una noche, sin humor y ciertamente sin idealismo. Todo había acabado; yacían en el sofá, limpiaban algunas cosas, se sentaban a discutir qué harían con el

dinero, en qué lo invertirían. Se lo habían ganado a pulso. Los soldados empezaban a regresar; casi no tenían dinero y muchos querían ir a la escuela o recuperar sus empleos -gracias a una disposición legal previsora- o pasar todo el tiempo posible con sus mujeres y sus hijos, satisfechos con esa única ocupación. Los trabajadores de las fábricas de guerra exigían algo más, algo más tangible. Estaban acostumbrados a tener en sus manos objetos reales.

-Creo que nos lo podemos permitir -observó Virginia.

Roger gruñó desde el sofá.

-Tenemos dinero -insistió ella.

Cogió el periódico, buscó los anuncios de bienes raíces y los leyó atentamente (un hábito de los últimos tiempos), examinando los precios y las nuevas zonas que surgían. Los precios de la propiedad habían aumentado mucho en el último año. Una casa que se había vendido por cinco mil dólares duplicaba ya su precio inicial. Se anunciaban nuevas zonas, ahora llamadas subdivisiones, dotadas de nombres pintorescos. La más pequeña de las casas nuevas no valía menos de siete u ocho mil dólares. Le parecía excesivo. Había condiciones especiales o descuentos para los soldados licenciados, y Virginia pensó que sería más difícil sin esas ventajas; en ese caso sólo necesitarían mil o dos mil dólares.

-Aún no han terminado de construirlas -comentó-. Las casas nuevas. ¿No leímos algo sobre una de madera verde?

Él se incorporó al cabo de un momento, se frotó los ojos, estiró las piernas y buscó sus gafas.

-Perdona, no pretendía despertarte.

-Oye, vamos al súper y compremos algún postre. Un helado de nata o un pastel. -Se puso los zapatos y buscó con la mirada su chaqueta-. Aún tengo apetito.

Virginia también se puso la chaqueta sobre la camisa de algodón y recorrieron las calles a media luz hasta llegar al supermercado, brillantemente iluminado. La acera estaba sucia de envoltorios pegajosos y de basura, pero nadie parecía darse cuenta; ya se habían acostumbrado. Luces fluorescentes blancoazuladas lucían en el interior del súper sobre las pilas de latas y botellas. Hicieron cola ante la caja con el carrito en el que habían depositado cervezas, una lata de sardinas en escabeche, margarina, una lechuga y un pastel de bayas. De camino al apartamento, Roger se detuvo en una esquina y echó un vistazo a su alrededor.

-¿Es ésa la tienda?

-Sí -contestó Virginia.

Era ya de noche y estaba cerrada; el rótulo de neón no funcionaba. Una fila de bombillitas iluminaba los modelos de radiorreceptores de mesa en el escaparate. Roger se acercó a mirar sin soltar la bolsa de provisiones. Virginia le siguió.

-Me pregunto cuánto habrá invertido en esto -dijo él.

-No mucho; unas pocas radios y algunas lámparas.

Roger se colocó la mano a modo de visera y escudriñó el interior, desde los objetos exhibidos en el escaparate hasta los escasos muebles y estanterías del local.

-¿Crees que hace las reparaciones él mismo?

-Sí. Es la única persona que trabaja aquí.

-Doscientos pavos en radios. Muebles usados. Un comprobador de bombillas. Elementos de reparación. ¿Qué más? Una caja registradora, me parece ver. Eso es todo.

-Y el alquiler.

-Debe de vivir en la trastienda. -Dio la espalda al escaparate y continuó andando-. Apuesto a que abrió el negocio por menos de tres mil dólares.

-No creo que gane mucho -apostilló Virginia, a quien no le gustaba la tienda; era demasiado humilde. Demasiado pequeña y destartalada. No se veía a sí misma en un lugar semejante y añadió-: ¿Piensas que un sitio así puede durar mucho tiempo? Nadie entra; por eso cobra tan caro. En un mes habrá cerrado, y perderá lo que ha invertido.

-Ahora no hay nada que vender.

-No, sólo esas radios pequeñas.

-Dentro de un tiempo, pongamos dos años, venderá aparatos de televisión.

-Si consigue aguantar hasta entonces. -Como él no respondía, prosiguió-: ¿En un sitio así? Creí que te referías a una tienda grande como las del centro.

Pensaba en los grandes almacenes, con todas aquellas alfombras, calidez, vendedores y luces indirectas. Escaleras mecánicas y el zumbido del aire acondicionado. Desde siempre le había gustado pasear a su antojo por los grandes almacenes del centro de la ciudad; le gustaba el olor de los tejidos, del cuero, las joyas, las perfumadas dependientas vestidas de negro que llevaban flores.

-Por Cristo, necesitas un millón de dólares para montar unos grandes almacenes.

-Quería decir...

Pero no sabía lo que quería decir.

-Estoy hablando de posibilidades concretas. Podríamos comprar un sitio como éste. Sé hacer reparaciones; no habría que pagar salarios a nadie.

-Sólo tenemos mil doscientos dólares.

-Es suficiente.

-Pero esto es muy feo. No lo has visto por dentro, pero yo sí. Apenas un agujero en la pared... como el cubil de un limpiabotas. Una miseria.

Roger asintió, dándole la razón.

-¿Qué quieres hacer, pues? ¿No podría ser algo por el estilo?

Aquel hombre pensaba probablemente que el lugar era atractivo; y le faltaba dinero para adecentarlo.

-Seguro que está arrepentido de haber abierto la tienda -replicó Virginia, aunque, de hecho, el hombre parecía satisfecho con su humilde tienda; claro que era un ser gris y complaciente, del tipo oficinista; neutro, autocompasivo, con la sonrisa siempre a punto para el cliente. Una forma miserable de vivir-. No es esto lo que quieres -siguió-. Quieres algo más. Sé que no serías feliz. La tienda, tu tienda, ha de ser bonita. Bien puesta... -Pensó en una tienda moderna, una sastrería que había visitado en la zona comercial de Pasadena; una fachada elegante y llena de atractivo, con plantas que adornaban el escaparate-. Quieres estar orgulloso de la tienda, ¿verdad? No sólo te interesa para ganar dinero, sino por otras cosas.

Roger no dijo nada.

-En lo que a mí concierne -aseguró Virginia-, preferiría trabajar en una tienda bonita que ser la dueña de un sitio como éste.

No cambiaron más palabras después de esta observación. El resto del trayecto lo recorrieron en silencio.

-Preguntaré a mi familia si nos puede ayudar -dijo más tarde, mientras el pastel se calentaba en el horno.

Se refería, por supuesto, a su madre. Los títulos y las obligaciones habían pertenecido, en principio, a su padre, de modo que los consideraba propiedad de la familia. Por tanto, no dejaban de ser suyos también. No sabía a cuánto ascendía su valor, pero recordaba que no valdrían menos de veinte mil dólares. Lo bastante como para que su madre pudiera pensar en hacer un viaje a Europa, ahora que la guerra había terminado. Su madre le había descrito varios planes de viaje en sus cartas, incluyendo una visita a la costa oeste. Incluso acariciaba la posibilidad de visitar África.

-¿De qué te ríes? -le preguntó Roger desde la puerta de la cocina.

-Lo siento.

No se había dado cuenta de que la visión de Marion calzada con sus botas altas, deslizándose por el *veldt*, con un sombrero en la cabeza para protegerse del sol y una escopeta temblando en sus manos la había hecho sonreír... Su madre, una típica, tranquila y práctica nativa de Nueva Inglaterra... «Dios mío», pensó. Recordó el aspecto de Marion después de unas vacaciones en México: gigantescas sandalias laqueadas, pantalones escarlata con una trencilla dorada, demasiado apretados para ella, un chal de encaje y un larguísimo cigarrillo liado a mano, que fumaba en una boquilla de similar tamaño. Virginia le dijo que se parecía al presidente Roosevelt y la boquilla, al menos, había desaparecido de circulación. Sin embargo, su madre trabajó en el jardín durante meses vestida de aquella guisa, hasta que los pantalones reventaron. Las sandalias de tacón alto, afirmaba, la protegían del barro.

La mujer del apartamento contiguo recogía la ropa que había tendido en los alambres suspendidos sobre el césped. Un perro correteaba en las cercanías. La mujer (gruesa, entrada en la treintena) llevaba el pelo recogido en una redecilla y Virginia pensó que tenía el aspecto de una camarera de un café de la autopista. De algún lugar entre Arizona y Arkansas. De repente, la mujer le gritó al perro que se alejara del cubo de la ropa: su voz era estridente como una trompeta.

«Señor -pensó Virginia-. ¿Es así cómo me oyen? ¿Es así como me ven?» Automáticamente se secó las manos y se las llevó al pelo para darle forma. Lo tenía corto y sujeto con prendedores a causa de las máquinas con las que trabajaba. Por su propia seguridad. Y recogido con una cinta roja de algodón.

Roger se había vuelto a estirar en el sofá de la sala de estar, con los pies sobre el posabrazos. «No puede comprar un cuchitril como ése aunque lo quiera -pensó Virginia-. Ha de ser mejor.»

-Te veré más tarde -dijo Roger cuando terminaron el pastel. No llevaba reloj-. Acuéstate si tienes sueño. Voy a dar una vuelta.

-¿Por qué no te quedas?

-Volveré enseguida.

En sus ojos brillaba una mirada que reflejaba tranquilidad y confianza, y denotaba una cierta astucia que molestaba a Virginia.

-Pensé que charlaríamos un poco.

Roger se quedó inmóvil en la puerta, con las manos en los bolsillos, la cabeza inclinada a un lado. Y esperó, en un alarde de firmeza, sin discutir

con ella, simplemente quieto. Como un animal. Una cosa inerte, silenciosa, determinada, con la convicción de que alcanzará lo que desea si tiene la paciencia necesaria para esperar.

-Hasta luego -dijo abriendo la puerta.

-De acuerdo.

Después de todo, no la sorprendía.

-Tengo algunas ideas. Te las contaré cuando las haya madurado más.

Se marchó, ensimismado y enigmático. La puerta se cerró a su espalda y ella se preguntó qué sucedía esta vez. Volvió a la cocina, que le gustaba mantener limpia y ordenada, y empezó a fregar los platos de la cena.

8

Roger encontró a los hombres que buscaba en un restaurante no lejos de su apartamento. Se habían reunido en un reservado situado en la parte trasera del local.

Su amigo, Dick Makro, le dirigió un saludo y señaló al hombre sentado a su lado.

-Hola. Éste es John Beth, pero no le llames Mac, no lo soporta; y éste es Davis. No me acuerdo de tu nombre, lo siento.

Davis estrechó la mano de Roger y volvió a sentarse sin abrir la boca. Su nombre continuó siendo un misterio. John Beth, a quien no se podía llamar Mac, agitó la mano en alto. Tenía los ojos brillantes y límpidos como el vidrio, y su traje de tela gruesa le daba un aspecto de lo más saludable. Su pelo, abombado por el uso de brillantina, se agrupaba en montoncitos. Estrechó vigorosamente la mano de Roger, mientras se incorporaba y movía la boca. Exhibía una inmensa dentadura, pero sus dientes eran de una blancura impecable, probablemente porque no fumaba.

Aparentaba tener entre cincuenta y sesenta años.

-Encantado de conocerte.

Roger se sentó frente a John Beth y Makro. Davis, un individuo de pecho hundido y semblante grave, se aferraba a su bebida y no prestaba atención a lo que los demás hablaban.

-¿Lo dices de veras? -preguntó Beth.

-No puedo olvidar que eres el propietario del Beth Appliance Center.

Beth asintió.

-Escucha -empezó Roger. Su amigo Makro arañaba la pared con la mirada perdida, sin atender a la conversación que mantenían Roger y Beth-. Quiero hablarte de un asunto. He visitado tu tienda y me parece fantástica; tienes toda clase de aparatos, estufas, neveras, lavadoras, las mejores marcas, y cuando renueven las existencias vas a obtener enormes ganancias. Sin embargo, quiero llamarte la atención sobre algo en lo que no has caído. Sé que tienes todos los modelos de radios del mercado, de mesa, de consola, compactos...

-Tengo la exclusiva de Zenith, Hoffman, Crosley y RCA, pero no me interesan Philco ni empresas subsidiarias tales como Sentinel.

-Ya. Bueno, el asunto es el siguiente: estuve en la tienda y comprobé la amplia gama de radios y cadenas que tienes o tendrás, pero advertí que no había una sección de reparaciones.

-No, el trabajo se hace fuera.

-Ahí voy yo. Uno de tus vendedores me llevó al sótano y vi que el material estaba almacenado en cajas de cartón, y se me ocurrió que podría instalar allí una sección de reparaciones.

-Necesito ese espacio.

-¿Y para qué lo utilizas? Para amontonar cajas; podrías alquilar un sótano para ese cometido por cinco dólares al mes en alguna parte de la calle y hacer entrar la mercancía por una plataforma de rodillos, desembalarla en el sótano y no guardarla tirada de cualquier manera, lo que no facilita el servicio a los clientes.

Beth sorbió su bebida.

-Estoy pensando en el futuro -prosiguió Roger-. Cuando te desprendas de productos menores como aspiradoras y planchas de hierro (vi que ocupaban estanterías enteras en toda una pared) y te lances a la televisión, necesitarás una sección de reparaciones.

-Faltan muchos años para eso.

-Hasta dentro de diez años no habrá televisión -dijo Davis con tono de desprecio.

-Oh, no -dijo Roger-. Se equivoca; habrá televisión dentro de un año... Leo las revistas especializadas y sé que es así. Dentro de un año tendrás tantos televisores como la suma total de los electrodomésticos; es un hecho. No me lo invento.

-Pura palabrería -respondió Beth.

-Es verdad, te juro que no me lo invento.

-¿Y qué quieres que haga? ¿Contratarte para reparar unos televisores que todavía no existen?

Makro y Davis rieron y así finalizó la conversación. John Beth dirigió una mirada glacial a Davis y se levantó para ir a buscar al camarero. Roger fingió que no había advertido la mirada.

Más tarde, después de un par de copas, cuando Makro se había marchado con la excusa de que debía regresar a casa y Davis estaba en el lavabo, Roger volvió a la carga.

-No te pido que me contrates.

-Entonces, ¿qué?

Beth apenas movió los labios.

-Que me dejes abrir un concesionario. Compraré el equipo y compartiré los gastos generales; te daré una parte de los beneficios. No veo que puedas perder nada, salvo algo de espacio que no necesitarás, por lo menos, hasta dentro de seis meses.

Beth cerró los ojos.

-Pondré mi propio anuncio.

-¿Con qué nombre?

-Beth Appliance Center.

Beth inclinó la cabeza.

-No arriesgas nada. Y cuando te metas en el negocio de los televisores te alegrarás de tener un servicio de mantenimiento.

Sé la importancia que va a tener. ¿Sabes que los televisores requerirán una corriente de quince mil voltios? Leo los manuales de instrucciones a medida que se van publicando.

-¿De veras?

-Un televisor tiene diez veces más componentes que un receptor de radio. Con los artículos eléctricos ya basta para ir tirando.

Beth le observó fijamente.

-Cada aparato necesitará ser revisado de vez en cuando. La diferencia entre ganar dinero con los televisores y perder hasta la camisa consistirá en contar con un servicio de mantenimiento.

Beth le estudió como si Roger se hubiera tirado un pedo en sus narices.

-Alquilar los servicios de una empresa de reparaciones se te comerá los beneficios. Apuesto a que ahora ya estás pagando demasiado. ¿Qué ocurriría si tuvieras que dedicarte intensivamente a trabajos de mantenimiento bajo tu responsabilidad? No lo reflejarías en los libros. Es una partida enorme, ¿verdad?

Beth le escrutó sonriente.

-Alguien se está aprovechando de ti -dijo Roger-. ¿Quién obtiene mayores beneficios, tú o la empresa que se encarga de tus reparaciones?

Davis regresó en ese punto de la conversación.

-Te diré lo que voy a hacer: si decido abrir un servicio de mantenimiento te llamaré; te dejas caer por allí y hablaremos del asunto. Me gustará ver si eres tan bueno trabajando como hablando.

Intercambió un apretón de manos con Roger, y luego Davis y él se fueron. Roger se quedó solo en el reservado con los vasos vacíos, el cenicero lleno de colillas y un periódico arrugado. Los tres habían estado bebiendo combinados, pero ante él quedaban algunas botellas de cerveza Golden Glow. Y en ese instante cayó en la cuenta de que era el único de los cuatro que no llevaba traje y corbata. Se había ido del apartamento con sus ropas de trabajo, los pantalones, la camisa de lona y la chaqueta.

Terminó su cerveza, salió del local y cogió un autobús hasta su casa con el ánimo deprimido.

Virginia ya había sido despedida de su trabajo, y un mes más tarde recibió la notificación oficial. Cobraban el desempleo, se presentaban semanalmente para informar acerca de sus esfuerzos para encontrar trabajo y empezaron a gastar el dinero ahorrado. John Beth le llamó a primeros de diciembre de 1945.

-Quiero que te des una vuelta por el Appliance Center -dijo-. Te enseñaré algo.

Roger se puso traje y corbata y fue en autobús hasta el centro. Un grupo de obreros había comenzado a remodelar el sótano del Beth's Appliance Center. Estaban colocando largos bancos en el espacio conseguido.

-Mi taller de reparaciones -anunció Beth-. Oye, ¿quieres trabajar para mí? Makro dice que conoces tu oficio.

Makro había trabajado con él en la fábrica de aviones. Makro se dedicaba actualmente a comprar piezas para una gran empresa de suministros.

-Quiero ser tu socio.

-No puedes. Es mi negocio.

Subieron al despacho de Beth.

-La idea de instalar un servicio de reparaciones fue mía -expuso Roger.

-No lo sé. Le estábamos dando vueltas al asunto, si no recuerdo mal. Bien, ¿qué me dices? Lo tomas o lo dejas.

La situación le confundía. Lo único que se le ocurría decir era «tengo mil dólares para invertir; puedo comprar los muebles y el material». No se

atrevía a mirar a Beth; experimentaba la sensación de que bolas de trapo taponaban sus ojos y su boca. Se sentó frotándose el labio superior.

-Bueno, tengo mucho trabajo que hacer -dijo Beth cuando vio que se obstinaba en el silencio.

Se incorporó, abandonó el despacho y salió a la calle.

Pasó la tarde deambulando por el centro de la ciudad sin rumbo fijo. Examinó distraídamente los escaparates y se preguntó qué debía hacer. Por fin entró en una tienda de reparación de radios y le preguntó al propietario si necesitaba un especialista. Ante la respuesta negativa se marchó. Se dirigió a otra tienda y no tuvo mayor éxito. Preguntó en dos sitios más y tiró la toalla. Volvió a casa en autobús. El vehículo iba atestado de mujeres cargadas de bolsas.

«Vaya fracaso», pensó. ¿Qué podía haber sucedido?

Quizá, en conjunto, había equivocado la estrategia. Pensó en Teddy, su primera esposa, y en su hija, matriculada en alguna escuela del este. Habían pasado dos años y no las había vuelto a ver. Ella se había casado por segunda vez. Bueno, él se estableció en California cumpliendo sus deseos. Sin embargo, las cosas no se adaptaron a sus exigencias. Trabajo febril, insomnio por las noches, largos trayectos en autobús cada día, el reducido apartamento. Mierda, ¿y todo para qué?

Se bajó del autobús a varias manzanas del apartamento y entró en una barbería. Todas las sillas estaban ocupadas por hombres que leían revistas y fumaban. Así que dio media vuelta y se fue; se metió en un bar de la acera opuesta y pidió una botella de cerveza.

Y mientras bebía la cerveza sintió la nostalgia de las sillas de la barbería, el champú para el pelo, la toalla húmeda y caliente y la comodidad. Desde su asiento podía ver la peluquería; esperó a que se vaciara de clientes y volvió a cruzar la calle.

-Afeitar y cortar el pelo -pidió al oficial cuando le tocó el turno.

Sólo se había afeitado en una barbería en una ocasión; lo consideraba un lujo incomparable. Se reclinó y entornó los ojos.

El barbero casi tuvo que despertarle.

-¿Qué quiere en el pelo? ¿Sólo agua?

-No, una de esas colonias que huelen tan bien.

El barbero le permitió oler varias botellas hasta que encontró el aroma que le gustaba.

-¿Va a una fiesta o algo así? -preguntó el peluquero friccionándole el pelo con las palmas de las manos-. Va a oler de maravilla; las mujeres caerán rendidas a sus pies.

Pagó el servicio y salió de mucho mejor humor. No había notado las mejillas y el mentón tan suaves en años. «El mejor afeitado de mi vida», pensó mientras caminaba por la acera. Los autobuses no cesaban de vomitar obreros y tenía que abrirse paso entre ellos. Se apresuraban hacia sus hogares en silencio. Sus rostros ásperos y mal afeitados desfilaban ante él, hasta que se metió en un bar que solía frecuentar. Estuvo sentado durante casi una hora en el taburete, bebiendo cerveza y meditando.

El camarero se le acercó una vez y dijo:

-¿Ha visto alguna vez un caballo que corriera hacia atrás?

-No.

-Apuesto a que no existe cosa semejante. Pero una persona sí puede correr hacia atrás.

Otro hombre, un obrero con chaqueta negra de cuero y un casco de acero, intervino en el diálogo.

-Podría correr hacia atrás si lo intentara.

-Y una mierda -respondió el camarero-. No podría ver adónde iba.

Cuando hubo acabado su cerveza, Roger bajó del taburete, dijo «buenas noches» y caminó pausadamente hacia la salida.

La calle se había oscurecido. Las luces le molestaron y entornó los ojos; colocó las gafas en el bolsillo de la chaqueta y se frotó, un momento los ojos. ¿Y ahora, adónde?, se preguntó. Ya había sucedido en otras ocasiones. Volvió a pensar en Teddy, en Irv Rattenfanger y en la canción *Bei mir bist du Schön,* que se hizo popular cuando salían juntos. Habían bailado *Dipsy Doodle* una noche, en un bar al borde de la carretera en Maryland... En aquellos tiempos era un experto bailarín. Era extraño que a Virginia, acostumbrada a bailar, no le gustara bailar. Sólo habían ido a bailar una vez. «No coordina bien», pensó. No tenía sentido del ritmo. ¿Por qué? Resultaba insólito.

Un negro de enorme envergadura se paró a hablar con otro negro. Roger, que caminaba con la cabeza baja, tropezó con el negro alto, que no se movió.

-Mira por dónde vas -le advirtió el negro.

-Ten cuidado con lo que dices.

-Cuidado tú -respondió el negro, grande como una barcaza.

-Vete con tiento, pedazo de carbón.

Pero no lo dijo en voz lo bastante baja; el negro le oyó, y cuando Roger pasó a su lado le asestó un puñetazo en la oreja. Roger se tambaleó y cayó. Se puso en pie de un salto y golpeó al negro con todas sus fuerzas. Éste le golpeó a su vez en la boca, haciéndole saltar unos cuantos dientes. Cayó de cuatro patas en el suelo, apoyándose en las manos y las rodillas. El negro y su compañero se alejaron a la carrera. Aparecieron otros hombres, hombres blancos, y ayudaron a Roger a ponerse en pie.

-Menuda juerga -aullaron, atrayendo a más curiosos-. Te atizó, ¿eh, amigo?

Le examinaron de pies a cabeza y buscaron señales de sangre. Roger se balanceaba entre los que le sostenían, y con una mano se cubría el hueco de los dientes desprendidos.

-Un negro derribó a este chico -informó uno de los hombres a la multitud congregada-. Le golpeó y se largó.

Alguien se ofreció a llevarle a casa en coche. Le metieron en el vehículo, maldijeron a todos los negros, le desearon buena suerte y le devolvieron sus gafas, que se le habían caído del bolsillo.

-Están invadiendo L.A. como la peste -comentó el hombre que conducía.

Apoyó la cabeza en el brazo, sintiendo el dolor.

-Claro que hay muchos más en el sur. Pueblerinos que no saben comportarse en la ciudad. O sea, que ganan dinero por primera vez en su vida y pierden la chaveta. Se lo pasan en grande. Aunque, si quiere que le diga la verdad, los prefiero a los pachucos.[5] Si uno de esos le agarra, le deja hecho trizas; como llevan esas botas tan duras...

[5] *[Denominación despectiva de los mexicanos. (N. del T.)]*

-Jodidos negros -dijo Roger haciendo un esfuerzo.

-Bueno, podría haber sido cualquiera. -El hombre doblo la curva y frenó-. Es aquí, ¿no?

-Sí. -Roger se apretó el pañuelo contra la boca. La oreja le zumbaba y no podía oír bien. Captaba sonidos que desaparecían enseguida-. Gracias -dijo al descender del coche.

-Le puede pasar a cualquiera -respondió el hombre.

Esperó a que Roger llegara a los peldaños del edificio y arrancó.

Cuando Virginia le vio se levantó de un brinco, horrorizada.

-¿Qué ha pasado? -Corrió hacia él y le obligó a apartar las manos de la boca-. Oh, Dios mío. ¿Qué pasó?

-Un tipo me atizó. Nunca le había visto.

-Voy a llamar a la policía. Voy al teléfono.

Salió al recibidor.

-¡Y una mierda! -gritó Roger furiosamente. Se desplomó en el sofá-. Tráeme cubitos de hielo.

Ella le obedeció y Roger se los aplicó contra el labio superior, tendido de espaldas. Virginia fregó el charco de agua.

-Tendré que ir al dentista.

-¿Quieres que llame ahora?

-No, mañana.

Esa noche no se acostó; siguió tendido en el sofá. Mitigó el dolor con varias pastillas de Anacin, pero no logró conciliar el sueño.

«¿Qué voy a hacer», se preguntó.

Pensó en otros lugares que le gustaban más. En realidad, nunca había sido feliz aquí, ni siquiera al principio. Decidió que en Washington todo había ido mejor, a pesar del clima. Le gustaban aquellos edificios. Y la nieve no le importaba.

De niño, en Arkansas, había caminado por la nieve, y recordó los esqueléticos árboles sin hojas que cubrían las colinas, agrupados en bosquecillos, todos débiles, frágiles, pero creciendo en cualquier lugar despejado. Probablemente aún seguirían en el mismo sitio. Rememoró la vez en que había colocado una vieja vasija de barro sobre un tocón y le arrojó piedras hasta romperla en mil pedazos; en la base encontró una moneda pegada a la arcilla. Después de limpiarla, comprobó que era una pieza de veinte centavos. Era la primera vez en su vida -tenía once años- que veía una moneda de veinte centavos y la guardó durante casi dos años, en la creencia de que poseía el único ejemplar del mundo. Y luego, un día, intentó gastarla y el dependiente la rechazó; dijo que era falsa, que no existían monedas semejantes. Así que la tiró.

Ahora, echado en el sofá con la compresa sobre la boca, trató de recordar lo que había querido comprar con la moneda. Un caramelo. Bueno, ya no existía ninguno de los dos, ni la moneda ni el caramelo.

Por la mañana, la hinchazón le impidió comer. Trató de sorber un poco de café, pero el dolor le disuadió. De todas formas se quedó sentado a la mesa de la cocina, con la vista fija en la taza y el plato.

-Tienes que ir al dentista -dijo Virginia-. No puedes comer, ni apenas hablar... Deja que le llame.

-No.

-¿Y qué vas a hacer?

Permaneció sentado en la sala de estar la mayor parte de la mañana, sin hacer nada en particular, sin dirigir la palabra a Virginia, casi sin pensar. El dolor de los dientes rotos aumentó y por fin, a primera hora de la tarde, permitió que Virginia bajara a la cabina. Estuvo ausente largo rato. Lo primero que dijo al llegar fue:

-Me ha costado, pero he encontrado uno que te visitará hoy. Es el doctor Corning.

Le leyó la dirección; la consulta se encontraba al otro lado de la ciudad.

Roger se metió la hoja de papel en el bolsillo de la chaqueta.

-Te acompañaré -dijo Virginia.

-No -denegó con la cabeza.

-Sí.

-No.

La apartó de un empujón y se encaminó hacia la escalera, pero ella le siguió.

-Podrías desmayarte. Quiero ir contigo; ¿por qué no quieres que vaya?

-Vete a la mierda -respondió furiosamente-. Vuelve adentro.

Al llegar a la acera comprobó que ella se había rendido. Se dirigió a la parada del autobús.

El trayecto duró una hora. En la sala de espera del dentista intentó fumar, pero fue incapaz de sujetar el cigarrillo entre los labios, de modo que lo volvió a guardar. El dentista le hizo esperar un cuarto de hora. Tres niños que balanceaban los pies se sentaban frente a él; los tres le miraban y se reían por lo bajo, hasta que su madre les mandó callar.

El dentista le hizo pasar y le propinó una inyección de novocaína.

-Le salvaré uno. Le pondré una funda. Pero los otros dos están incrustados en la encía. -Empezó a extraer los fragmentos rotos de los dientes--. Su esposa me dijo por teléfono que le golpearon.

Roger asintió.

-Tardaré un par de días en hacerle la funda. En cualquier caso, el dolor debería de cesar ahora que le he extraído los pedazos de los otros. Podrá comer cosas blandas, pero no masticar. -Inspeccionó los dientes con su espejito especial-. ¿Hace mucho que no acudía al dentista?

-Mucho.

No había ido al dentista desde antes de la guerra.

-Pues hay mucho trabajo que hacer. La mayoría de las muelas están careadas. Me gustaría hacerle una ortopantografía. Aún está a tiempo de salvar las piezas. ¿Sabe que los dulces son perjudiciales?

Roger gruñó algo.

-La funda y demás le costarán unos sesenta dólares. ¿Puede pagarme ahora? A los clientes que no conozco les cobro por adelantado.

Le pagó con un cheque.

-El tratamiento -dijo el doctor Corning- le costará unos dos o tres mil dólares. Y cuanto más tarde, más caro será.

Concertó cita para que le colocase la funda y luego bajó a la calle. El efecto de la novocaína le hacía creer que tenía la cara rígida y desfigurada, por lo que se la acariciaba continuamente. La cantidad de dinero que había pagado le ponía fuera de sí. Se daba cuenta de que le habían robado, de que habían abusado de su buena fe. Pero no le quedaba otro remedio.

«Me cago en Dios», murmuró para sus adentros.

Tuvo una visión de ladrones y estafadores de todo tipo; se introdujo en los despachos de las oficinas y presenció la actividad incesante de los malhechores, las ruedecillas, la maquinaria. Prestamistas, banqueros, médicos y dentistas, matasanos que engañaban a ancianas, pachucos que astillaban los escaparates de las tiendas, materiales defectuosos, alimentos contaminados con impurezas y porquerías, zapatos hechos de cartón, sombreros que se ablandaban con la lluvia, ropas que se encogían y se rasgaban en jirones, coches con los motores averiados, tapas de inodoros bullentes de gérmenes malsanos, perros portadores de la sarna y la rabia sueltos por la ciudad, restaurantes que servían comida en malas condiciones, viviendas de protección oficial arrastradas por las riadas, vetas falsas en compañías mineras inexistentes, revistas plagadas de fotos obscenas, animales descuartizados a sangre fría, leche contaminada con moscas muertas, microbios, parásitos y excreciones, mierda y basura, una lluvia de inmundicias que inundaba las calles, los edificios, las casas y las tiendas. Las máquinas eléctricas de los quiroprácticos crepitaban, las ancianas chillaban, los medicamentos se hinchaban y estallaban... Contempló la guerra como un estupendo pasatiempo, hombres asesinados por gruesos banqueros para recuperar los préstamos, barcos recién construidos que se hundían al instante, bonos que nadie aceptaba, el comunismo apoderándose del país, sangre de la Cruz Roja que contenía gérmenes de la sífilis. Tropas mixtas de blancos y negros que convivían juntos, enfermeras que se dedicaban a la prostitución, generales que sodomizaban a sus ordenanzas, ganancias obtenidas con la mantequilla del mercado negro, campos de instrucción en que la peste bubónica mataba a los reclutas a millares, enfermedades, sufrimientos y dinero mezclados, azúcar y condones, carne y sangre, bonos de racionamiento, inspecciones de armas cortas, rifles M-1, actores de la USO con corchos metidos en el culo, cabrones, maricones y negros violando a muchachas blancas... Vio que el cielo se iluminaba y derrumbaba; escuadrillas de genitales cruzando el espacio, palabras susurradas en su oído que le describían las reglas de su madre. Vio el mundo entero cubierto de pelo, una monstruosa bola peluda que estallaba y le empapaba de sangre...

-Mierda -masculló mientras caminaba por la acera, con las manos hundidas en los bolsillos.

Poco a poco fue recobrando el control.

-Dios mío -dijo con voz débil.

Las manos le temblaban, tenía frío. El sudor se concentraba en sus axilas y, al andar, notaba que sus piernas desfallecían. Se detuvo en una fuente pública y, con cierta dificultad, consiguió beber un poco de agua; escupió hacia un lado y después se secó la barbilla con el pañuelo.

«Las cosas no van tan mal», pensó. Aún conservaban setecientos u ochocientos dólares en el banco, mucho más de lo que había tenido en su vida.

Pero seguía asustado. No sabía qué hacer. De modo que continuó paseando entre las mantequerías, las tiendas de coches de segunda mano, las farmacias, las panaderías, las zapaterías, las tintorerías y los cines, curioseando en los escaparates y tratando de imaginar qué sería lo mejor para su esposa y para él.

Librodot

En el portal de una tienda de coches de segunda mano, un empleado se hurgaba los dientes con un palillo y miraba a la gente pasar. Cuando Roger cruzó le dijo:

-¿Qué coche le interesa, amigo?

-¿Cómo sabe que me interesa un coche?

El vendedor se encogió de hombros.

-¿Qué me puede ofrecer? -preguntó Roger.

-Montones de coches de primera, amigo. Entre y eche un vistazo. Le haré un buen precio, el mejor precio de la ciudad. Paseó con lentitud por el aparcamiento, con las manos en los bolsillos.

Cuando Virginia oyó que subía la escalera se precipitó a abrir la puerta. Ya no parecía triste y desanimado; le sonreía como en los viejos tiempos, con su enigmática y significativa sonrisa, como si estuviera en posesión de un conocimiento prohibido para ella.

-¿Qué te hizo? -La rigidez había desaparecido; podía mover la boca-. ¿Por qué has tardado tanto?

-Baja.

-¿Por qué? -titubeó sin confiar en él.

-Quiero enseñarte algo. -Se volvió y empezó a bajar-. He comprado un coche.

Un sedán azul de antes de la guerra estaba aparcado en la esquina.

-Un Chevy del 39 -explicó Roger.

-¿Por qué?

La sensación de haber llevado a cabo un acto importante y meritorio se reflejó en su cara. Se balanceó adelante y atrás, mirando alternativamente a Virginia y al coche.

-Adivina por qué -dijo por fin-. Ánimo. Apuesto a que puedes hacerlo.

-Dímelo tú.

-Vamos a viajar al este.

-¿Volvemos a Washington?

-No, no iremos tan lejos. Nos quedaremos en Arkansas -dijo con una amplia sonrisa.

Virginia comprendió que no mentía.

9

El viernes, en la tienda, Pete Bacciagalupi le dijo:

-Chico, estás despistado. ¿Qué te pasa? ¿Malas ideas?

-Mi hijo vuelve hoy de la escuela -respondió Roger.

La tarde se deslizó perezosamente, hora tras hora. Comió sentado en la barra del restaurante vecino, y pasó un rato en el sótano con Olsen, discutiendo algunos aspectos de las reparaciones.

Cuando subió encontró a Pete despejando el mostrador.

-Por fin trasladé el Philco de veintiuna pulgadas -dijo Pete.

Le sujetó por el hombro y lo hizo volverse de cara a la parte trasera de la tienda. Movió la cabeza sin decir una palabra para señalar la pequeña sala de demostraciones. Un hombre estaba sentado en la semipenumbra sin hacer el menor ruido-. Apareció cuando estaba ocupado. Te buscaba a ti, por supuesto.

Librodot

Roger asomó la cabeza. La silla crujió cuando Jules Neame se levanto para saludarle. El viejo iba en mangas de camisa, y olía a sudor y tabaco; emitió un jadeo de disculpa y sus dientes de oro brillaron en la oscuridad cuando sonrió. Se excusó levantando sus manos vacías e incapaces.

-Señor Lindahl -dijo Neame.

-Hola, Jules. ¿Cómo va?

El viejo era el propietario de la Neame Lawn Furniture & Carden Supplies, la primera tienda que se encontraba al salir a la derecha.

-Está usted tan ocupado siempre... No quisiera molestarle.

Pensé que usted o su socio podrían echarme una mano. -Se puso a la defensiva al pronunciar las palabras cruciales, mejoró su dicción y empleó una forma de hablar casi deferente-. Si mejor en otro momento...

Sus manos revolotearon en el aire.

-Le ayudaré. ¿Qué ocurre?

Caminaron juntos hasta la puerta de la tienda. El estómago del señor Neame se bamboleaba a cada paso que daba; no llevaba abrochado el último botón de la bragueta, y bajo sus axilas se dibujaban círculos de sudor.

-Un columpio -explico a Roger-. No podemos colocarlo en el escaparate.

Su rostro aún temblaba por el esfuerzo, y el sofoco no le había abandonado; se había sentado en la sala de demostraciones para recuperarse.

-Llámeme la próxima vez --respondió Roger.

-Bueno. -El señor Neame se llevo la mano a la mejilla y ocultó su cara-. Odio molestarle, señor Lindahl.

La señora Neame sostenía el columpio en un extremo de la sección de mobiliario para el jardín, resollando y estremeciéndose. La anciana, mientras su marido iba en busca de ayuda. había intentado fijar el columpio por sí sola. Al ver a Roger sonrió con agradecimiento, se irguió y miró a su marido. Jules la sustituyo y Roger asió un extremo; juntos afianzaron el columpio en el escaparate y lo enderezaron. La señora Neame les observo, atenta a que se mantuviera equilibrado, pero sin decir nada. Su marido la alejó con un gesto cuando intentó señalar un defecto.

-Pesan mucho -dijo Roger cuando lo soltaron.

-Ha sido maravilloso por su parte, señor Lindahl -agradeció la señora Neame-, abandonar su trabajo y hacer lo que debiéramos haber hecho nosotros.

Tanto ella como Jules se sentían azorados; se apartaron sin saber qué decir.

-Estoy a su disposición -respondió Roger, pero su corazón latía más de lo normal.

Su voz se quebró y permaneció en silencio un momento mientras sacaba un cigarrillo y la caja de cerillas. Como siempre que alzaba algún objeto pesado, un televisor, una estufa o una nevera, sus manos palidecían y los dedos se ponían rígidos. Tuvo la sensación de que las manos se le iban a desprender de las muñecas; las metió en los bolsillos y suspiró. En ese momento, Jules Neame empezó a demostrar nerviosismo. Desapareció en la trastienda, atravesando una cortina, y reapareció con una cajita que tendió a Roger.

-¿Le apetecen unas Delicias Turcas? -Le ofreció un dulce-. Son auténticas; me las envía mi hermana. Coja un par.

Roger aceptó las dos pensando en Pete, que las adoraba. Volvió a su tienda y depositó las Delicias Turcas en el mostrador.

-Gracias -dijo Pete mordiendo una-. ¿Qué era esta vez?

-Otro columpio.

-Tu mujer ha llamado mientras estabas ayudándoles. -Le enseñó una nota que había arrancado de un bloc-. Dice que ha vuelto de Ojai. Te llamará dentro de un momento. Debe de estar bien aquello. Un montón de jubilados llenos de salud. -Observó como Roger se guardaba la nota en el bolsillo-. El viejo Neame siempre anda pendiente de ti. Cualquier día sufrirá un ataque al corazón ahí en la tienda y caerá muerto sobre uno de esos columpios; ya lo verás.

Virginia volvió a llamar a las cinco y media.

-Ya estoy en casa. Acabamos de llegar. Aquí está Gregg.

Un estruendo en sus oídos y después la voz de su hijo:

-¡Papá! ¿Sabes lo que hice? Me caí de la ventana en la que estaba subido; me caí al suelo. Y entonces...

-No se hizo daño. -Virginia le había arrebatado el teléfono-. Era la ventana de la tienda que usan.

-¿Cómo está?

-Estupendo. Estuvo muy contento de verme. Me esperaba en el aparcamiento. Me alegro de haber ido; quiero decir que me alegro de no haberle dicho a esa señora que nos lo trajera.

-¿Cómo fue el viaje?

-Horrible, peor de lo que suponía. Pero conduce como un rayo, casi tan rápido como tú.

-¿Qué turno elegiste?

-Conduje de vuelta. Ella se encargaba de los niños.

-¿Qué opinas de esa chica?

-Tenían razón.

-¿Qué quieres decir?

-Que es idiota.

-Oh, ya me lo imaginaba.

-Pero también muy dulce. Ya te contaré después; Gregg recorre la casa encendiendo las lámparas. ¿Vendrás a las seis y media?

-Desde luego -asintió, y colgó.

-¿Hay algún problema? -preguntó Pete-. ¿Llegaron bien?

-Estupendamente. -Se sentía desanimado-. Voy ahí al lado a tomar un café.

Dejó a Pete a cargo de la tienda y se encaminó al bar.

Aquella noche, después de acostar a Gregg, le dijo a su esposa:

-¿Qué querías decir con eso de que es idiota? A mí no me lo pareció.

-No te escucha cuando hablas -respondió Virginia, sentada en camisón sobre el sofá-. Y cuando lo hace no te entiende; lo confunde todo y se hace un lío. ¿No le llamas a eso ser idiota?

-Me parece que todos os metéis con ella.

-Sólo pasé cuatro horas y media en su compañía. Te doy mi palabra.

-¿Piensas que no va a funcionar?

-¿A qué te refieres? No tiene nada que ver.

-¿Cuál es el acuerdo?

-Ella llevará a los tres chicos a la escuela este domingo, y el viernes subiremos todos juntos.

-Si tan idiota es -dijo Roger con acritud-, tal vez no deberías hacer amistad con ella.

-No veo la relación.

-Le pides que haga algo por ti, que haga un viaje que te da miedo, y luego llegas a casa y te sientas tan tranquila a contarme lo muy idiota que es. Yo a eso lo llamo hipocresía, ¿no crees? -se iba enfureciendo por momentos-. ¿No te da vergüenza?

-Me has preguntado mi opinión.

-Dejémoslo correr. Olvídalo.

Pero él no pudo olvidarlo.

-¿Sucedió algo en el camino? -preguntó tras un intervalo.

-No -respondió Virginia parapetada tras una revista.

-¿Seguro?

-Pero ¿qué te ocurre? -Virginia dejó caer la revista-. ¿A qué viene todo esto?

Roger se puso la chaqueta, la más vieja, a la que le faltaba un botón.

-Me voy un rato a la tienda. -Estar en casa sin hacer nada le ponía nervioso; era incapaz de quedarse un minuto más-. Tengo que desembalar unos televisores y sintonizarlos para el sábado.

-¿De veras? -Le fue pisando los talones tristemente hasta la puerta-. ¿Y si Gregg pregunta por ti?

-Por el amor de Dios, sólo ha estado ausente tres días. Te veré más tarde.

Cerró la puerta a su espalda. La luz del porche se encendió; un detalle de Virginia.

Se metió en el Oldsmobile, arrancó el motor y condujo de vuelta a la tienda cerrada.

Abajo, en la sección de mantenimiento, los fluorescentes seguían encendidos. Olsen aún trabajaba en el banco de reparaciones. Junto a él, un termo de café y los restos de un bocadillo. Le daba la espalda a Roger, una ancha, listada y sucia espalda, y su protuberante e irregular cabeza, erizada de cabello rebelde, oscilaba ligeramente.

-Hola -dijo.

-Hola -contestó Roger-. ¿Cómo es que todavía trabajas?

-No lo sé. Me pagas por ello.

Las paredes del sótano se estremecían con el sonido del receptor de Olsen; bajó un poco el volumen. La habitación olía a sudor. Era un trabajador experto, eficiente e individualista, uno de los últimos de su estirpe. A su manera indescifrable y taciturno, era un excelente reparador de aparatos de radio. Se tomaba en serio el trabajo. Nadie sabía su edad; aparentaba cincuenta como mínimo. Provenía, según sus propias aseveraciones, de Utah. Iba siempre manchado y roto; el vello de su estómago sobresalía por entre los botones de la camisa. El único hábito que Roger no le aguantaba era el de escupir en la papelera.

-¿Cuánto tiempo llevas aquí? -preguntó Roger.

-Lo voy apuntando. -Olsen señaló la pringosa y arrugada libreta de notas en la que llevaba la cuenta de las horas-. Échale un vistazo si quieres.

-Jodidos reparadores.

A pesar de todo, le agradaba la compañía de Olsen. Éste exhibió su mellada y deforme sonrisa.

-¿Te apetece una cerveza? --ofreció Roger.

-¿Me invitas?

-Claro.

-De acuerdo. -Olsen se incorporó y cerró el banco. El zumbido, el chisporroteo y los ruidos murieron, los contadores y las agujas se paralizaron. Olsen flexionó las piernas, saltó del taburete, se estiró, se abrochó los pantalones, escupió a la papelera que había en el extremo del banco y descolgó la chaqueta del clavo que había hundido en la viga maestra-. Vamos -dijo.

Fueron al bar de la esquina y bebieron sendas botellas de cerveza Budweiser. En la gramola sonaba un disco de Johnny Ray. Acodados en la barra había varios obreros, hombres de negocios y una rubia de mediana edad que hablaban o meditaban. Dos hombres jugaban al tejo en la parte trasera del bar. De vez en cuando se oía el golpeteo de las fichas. Una estufa de gas crepitaba. El bar era agradable.

-¿Tienes problemas? -preguntó Olsen.

-No.

-Entonces, ¿por qué no estás en casa?

-Fui a la tienda para desembalar unos televisores.

No tenía ganas de responder.

-Y una mierda.

-¿Qué clase de problemas crees que tengo? -Roger levantó la cabeza-. Tengo un negocio que rinde, una mujer y un hijo. Mi salud es razonablemente buena. No tengo ningún problema en especial.

Se bebió la cerveza y posó las mano sobre el mostrador.

-Yo también estoy casado -dijo Olsen al cabo de mucho rato-. No tengo hijos, pero sí un trabajo satisfactorio, a pesar de que el tipo para quien trabajo es una especie de asno. Pero no estoy en casa. Estoy en la sección de reparaciones a las nueve de la noche.

Miró de soslayo a Roger.

-¿Qué mosca te ha picado?

-Ninguna. -Los ojos inyectados en sangre se desviaron-. Sólo me estaba haciendo una pregunta.

-Dila.

-¿Desde cuándo no tienes una aventurilla? -dijo Olsen con voz rasposa.

-No sé de qué me estás hablando.

-Sí lo sabes. -Olsen introdujo el pulgar dentro de la cerveza y después lo sacó para examinarlo-. No me refiero a tu dormitorio.

-Dos años -respondió Roger.

En la Nochevieja de 1950 se había acostado con una chica a quien conoció en una fiesta sobrecargada de alcohol. Virginia se marchó pronto, ofendida por algo, y le había dejado solo.

-Tal vez sea ése el problema.

-Vete al infierno.

-Ése es el problema de muchos tíos. -Olsen se encogió de hombros-. Se ponen malos sin eso. Lo que tienes en casa no cuenta.

-No estoy de acuerdo. El lugar de un hombre es su hogar.

-Dices esto porque no tienes a quien meterle mano.

La sonrisa mellada reapareció.

-No, te lo digo de verdad.

-¿Te gustó lo ocurrido hace dos años?

-Ojalá no lo hubiera hecho. -Había sentido remordimientos y nunca lo había vuelto a hacer, ni siquiera lo intentó-. ¿Qué significa, pues, el matrimonio? ¿Qué significa una esposa? ¿Te gustaría que tu esposa fuera puteando por ahí?

-Eso es diferente.

-Claro. La doble moral.

-¿Por qué no? Es natural que un hombre juegue al fútbol, tan natural como que la mujer no lo haga. Si mi esposa me engañara, la mataría. Ella ya lo sabe.

-¿Tú la engañas?

-Siempre que puedo. Siempre.

Adoptó una expresión virtuosa, seria y grave, como si estuviera predicando una verdad incuestionable.

«Qué asquerosidad -pensó para sus adentros. Bebió cerveza-. Sé que eso no es justo, pero no tiene nada que ver con lo otro.»

-El amor es más importante que el matrimonio -le dijo a Olsen-. Un hombre se casa por amor, ¿no es así?

-En algunos casos -contestó Olsen aferrándose a sus opiniones.

-El amor es lo primero -apuntó acusadoramente con su dedo a Olsen, que miraba a la lejanía-. Tienes que pensar en el amor como lo primordial. El matrimonio es su fruto; el amor lo dirige. En China se casan sin amor; los novios nunca se ven antes de la boda. Es como aparear ganado, ¿no? Ésa es la diferencia entre el hombre y los animales; el hombre se enamora, y si no sigue la dirección que el amor señala, actúa como un animal, y entonces, ¿para qué coño vives? Dímelo. ¿Sólo vives para trabajar, comer y reproducirte?

-Te entiendo, pero ¿cómo puedes ser objetivo cuando estás enamorado? A lo mejor sólo quieres un chochito, y eso es muy diferente. Puedes estar enamorado y negarte a ir a la cama con ella y, de hecho, quizá sea así como sabes que estás enamorado de verdad; no quieres acostarte con ella, no quieres mancillarla. Si un hombre ama realmente a una mujer, la honra y la respeta.

-El sexo no implica en absoluto falta de respeto.

-El sexo..degrada a las mujeres, las priva de su virginidad, la posesión más preciada de una mujer. ¿Querrías hacerle esto a la mujer que amas? Apuesto a que matarías al tipo que violara a la mujer de la que estás enamorado, lo castrarías. Me parece que si amas de verdad a una mujer debes protegerla. La mujer no obtiene nada del sexo. La mayoría de las mujeres lo detestan. Lo aceptan para complacer al hombre.

-Estás diciendo un montón de tonterías. La mujer disfruta tanto como el hombre.

-Sólo determinada clase de mujeres fáciles -repuso con violencia Olsen-. Una mujer de verdad, una mujer a la que puedas amar, estar orgulloso de ella y llevarla al altar, jamás gozará ni permitirá que lo intentes, no lo dudes. Encuentra a una mujer que se vaya a la cama contigo y yo te enseñaré una puta.

-¿Incluso después del matrimonio?

-Eso es diferente. -Olsen se mordió una ampolla del pulgar-. Hay que tener hijos. Pero es un pecado mantener relaciones sexuales fuera del

matrimonio. Fuimos creados para tener relaciones maritales en orden a engendrar hijos.

-Si no he oído mal, has dicho que lo hacías siempre que encontrabas una oportunidad.

-No es problema tuyo.

-No hay nada degradante en el sexo; está en tu mente.

-¿Tienes alguna hermana? Respóndeme: ¿tienes alguna hermana?

-Hablas del sexo como si se tratara de un pecado, y luego vas y engañas a tu mujer. Estás completamente chiflado.

-Será mejor que no me pierdas el respeto. -Olsen depositó la cerveza en el mostrador-. Aunque seas mi jefe. Eres un tipo cojonudo y tal, pero no me hables de esa forma, especialmente en lo que concierne a mi mujer. Te prohíbo hablar de mi mujer, a pesar de que seas un buen amigo y del aprecio que siento por ti.

-Lo siento.

Roger le tendió la mano y Olsen, después de un prolongado momento, se la estrechó.

-Cuando hablas de ese modo, te expones a cualquier cosa -señaló Olsen.

Alzó su cerveza y se la bebió de un trago con el semblante muy rígido. Roger se dedicó a su propia cerveza. La conversación no se prolongó mucho más. Cuando volvieron a la tienda, Olsen bajó a la sección de reparaciones y dejó a Roger solo.

Se dirigió al despacho y se sentó a oscuras, observando, a través de la puerta cerrada de la tienda, los coches y la gente que pasaba por la calle.

«Qué lío», pensó.

Eran las nueve y media. No muy tarde, decidió. Se puso la chaqueta, abandonó la tienda sin despedirse de Olsen y subió al coche. Al poco rato iba camino de San Fernando.

Paró en una estación de servicio y buscó en el listín telefónico la dirección. Encontró dos Charles Bonner, pero recordaba la dirección; Virginia la había mencionado. Condujo hasta la casa de los Bonner. Aparcó enfrente, paró el motor y apagó las luces.

La casa no era muy diferente de las que la rodeaban: una casa pequeña, de reciente construcción, de una sola planta e imitando el estilo de los ranchos californianos. Tenía un amplio garaje, un pimentero en el patio y una ventana panorámica protegida con cortinas que dejaban filtrar una luz tenue. La camioneta roja Ford estaba aparcada frente a la fachada. La sombría luminosidad de la calle daba al coche una tonalidad gris.

«Ahora o nunca», se dijo.

Bajó del coche, cruzó la calle, subió por el sendero, llegó al porche y pulsó el timbre.

Ruidos. La luz del porche se encendió. «Están levantados -se dijo. Aún no eran las diez-. Y es viernes. Él no irá a trabajar mañana. O quizá sí.» Pánico... pánico.

Se descorrió un cerrojo y se abrió la puerta. Chic Bonner, en pantalones cortos y calcetines, le miró fijamente.

-Oh, Lindahl. Entre.

-Es muy tarde. Sólo estaré un momento.

-Demonios, es pronto. Me alegro de verle. Quítese la chaqueta. Démela, la colgaré del perchero.

-No me quedaré mucho rato. Sólo quería hablar con usted un momento.

-Le serviré algo de beber. -La sala de estar aparecía muy desordenada: revistas tiradas por todas partes, sobre el sofá y en el suelo. La televisión funcionaba, y Chic fue a desconectarla-. Estaba viendo uno de esos malditos seriales, esos de media hora de duración. Usted trabaja en el ramo de la tele, ¿verdad? Debe de pasarse todo el día mirándola. Siéntese.

Roger no veía señales de Liz Bonner. Quizá fuera mejor así. Sin embargo, añadida al pánico, sintió una extraña y fría sensación de vacío. Disgusto.

-Quería agradecerle lo de los viajes -dijo.

-Oh, sí. Condujeron juntas, ¿no?

Roger se acomodó en el sofá, enlazó las manos y dijo:

-He estado reflexionando. Si este acuerdo funciona, compartiremos los gastos.

-No, está bien así. -Chic parecía incómodo-. No le dé más vueltas.

-No, de ninguna manera. No es justo que su esposa cargue con una tarea que nos toca hacer a nosotros. Le explicaré mi plan, en caso de que decidamos llevarlo adelante. Como a Virginia le da miedo ese viaje, yo iré en su lugar. Si usted y su esposa recogen a los niños los viernes, yo los llevaré a la escuela el domingo por la tarde. Me va bien los domingos, porque los viernes trabajo.

-Y yo también, por eso no puedo ir los viernes. -Se pasó la mano por el cabello, se detuvo al borde de la calvicie y repitió el movimiento-. He de solicitar de nuevo el permiso. Me cuesta reconocerlo ante la gente. No conduzco. Es Liz la que lo hace.

-No hay nada de malo en eso -respondió Roger encogiéndose de hombros.

Le habían retirado el carnet en dos ocasiones.

-Lo sé. De todas maneras, por lo que a mí respecta, sería estupendo. Liz hace ese viaje cuatro veces a la semana. Ahora se puede reducir a dos. Aprecio su gesto. Dice que le gusta, pero es demasiado para una sola persona.

-Cierto.

-Bien, ¿los llevará usted el domingo que viene?

-Sí. Vendré sobre las cuatro y recogeré a sus chicos.

-Estupendo. -Chic sonrió satisfecho-. Quiero decir que ya iba bien, pero... usted me comprende. Cuanto menos tenga que viajar, mejor.

Roger se levantó y se encaminó a la puerta.

-Le veré el domingo.

-Venga sobre las dos.

-De acuerdo. Buenas noches. Despídame de su esposa.

-Lástima que Liz no esté en casa -comentó Chic mientras le acompañaba-. Ha ido a visitar a una vecina. Tienen hijos; mañana iremos de excursión. No me pregunte adónde... no` me consultaron.

Un momento después, Roger se encontró en el porche. Chic le deseó las buenas noches y cerró la puerta.

Las piernas le temblaban cuando cruzó la calle para llegar al coche. Se había comprometido hasta el cuello. Cuatro horas y media cada semana en la autopista con niños jugueteando en el coche. Su mente crujió bajo el peso de tantos planes: se marcharía temprano, pasaría la mayor parte de la tarde en la escuela; tendría una legítima excusa para largarse el domingo después de comer. Y -Cristo- no iba a permanecer cruzado de brazos sin hacer nada. Ignoraba el significado de esta frase. Sus pensamientos eran confusos. Dejó que siguieran confusos.

Al entrar en el coche advirtió que Chic no había apagado la luz del porche. Probablemente por su esposa. Ella volvería pronto.

Roger se encogió en su asiento para no ser visible desde el exterior. Pero resultaba demasiado arriesgado. Puso el motor en marcha. Conectó las luces de posición, dio la vuelta a la esquina y aparcó a unas casas de distancia de la de los Bonner, detrás de un camión de reparto de leche.

Pasaron quince minutos. Un perro correteó por la calle, olisqueó un matorral y siguió su camino. Había poco tránsito. Un hombre salió de una de las casas, se despidió y se marchó rápidamente a pie.

«Estoy loco -pensó Roger-; ¿y si Virginia llamara a la tienda? Le diré que estaba abajo, que no pude llegar a tiempo de descolgar el teléfono. ¿Y si Olsen sube y contesta? No, no lo hará; nunca lo hace. Aunque... ¿y si estuviera arriba, cerca del aparato?»

Mientras meditaba, una puerta se cerró con estrépito al otro extremo de la calle. Una mujer salió corriendo a la acera. Sus ojos se habían acostumbrado a la escasa luz; la vio muy bien. La mujer avanzaba a grandes zancadas, con la cabeza baja, medio corriendo, luego caminando, después acelerando. Su cabello, recogido en una cola, se agitaba arriba y abajo. Llevaba una chaquetilla, y mientras corría la apretaba contra su cuerpo con las manos. Su falda se acampanaba ante ella.

«Liz», pensó.

La observó hasta que subió los peldaños de su casa y desapareció en el interior. La puerta se cerró de golpe. La luz del porche se apagó.

Al cabo de unos minutos puso en marcha el motor y regresó a su casa.

No había luz en la sala de estar. Mientras tanteaba en la oscuridad, Virginia le llamó desde el dormitorio.

-¿Eres tú?

-Sí.

Encontró una lámpara de pie y la encendió.

-Me fui directa a la cama. Perdona.

-¿Quieres que te lleve algo? ¿De veras estás en la cama? ¿O estás leyendo?

Miró y vio que estaba en la cama; la habitación estaba a oscuras.

-He llamado a la tienda.

-¿Cuándo?

-Hace una media hora. Nadie ha contestado.

-Estaría en el sótano. Olsen y yo trabajábamos con unos aparatos nuevos.

-¿Vas a hacerte algo de cena? -Se incorporó y encendió la luz que había junto a la cama-. Prepárame algo, por favor.

-No lo sé. -No tenía apetito, pero fue a la cocina y abrió la nevera-. Me prepararé un bocadillo. -Revolvió distraídamente hasta encontrar el queso suizo-. Olsen y yo salimos un momento. Nos tomamos unas cervezas.

-Pensé que habías ido a trabajar.

-Charlamos.

Virginia apareció ciñéndose el camisón. El cabello largo y despeinado le caía sobre los ojos; se lo echó hacia atrás.

-No vayas a hacer mucho ruido y desvelar a Gregg -pidió-. Aún está despierto. He tenido que ir a verle un par de veces.

Librodot

-He tomado una decisión. No quiero que hagas esos viajes. Llegaré a un acuerdo con los Bonner. Ellos lo harán los viernes, y yo los domingos. Es lo mejor. Lo más equitativo.

-Estupendo -dijo Virginia sofocando un suspiro de alivio-. Ya sé que soy egoísta, pero te quiero de verdad; ¿serás capaz de hacerlo? ¿En tu único día libre? -Su júbilo se esfumó-. Te podría acompañar y encargarme de los niños, así no te darían la paliza.

No había pensado en que ella le acompañara.

-Seríamos demasiada gente.

-Sí, tienes razón. La tienes de vez en cuando, ¿eh? -Ella le miró con tal devoción que Roger sintió un espasmo de culpabilidad-. Te quiero, ¿sabes? ¿Qué hacías sentado en la tienda, imaginando posibles soluciones?

-No puedo hacerlo todo. No iré los viernes. Lo haremos a medias con los Bonner.

-¿Sabes lo que me dijo Liz? Le retiraron el permiso de conducir a su marido. Debía de conducir fatal. No me dijo por qué... pero ella es la única de la familia que conduce. ¿Llamo mañana a Liz y se lo digo? Tú fijas la hora en que irás con Gregg. -Mientras Roger se preparaba el bocadillo de queso, ella le daba vueltas a la cuestión-. Si tengo tiempo la llamaré.

-Ya he hablado con ellos.

-Oh, vaya. ¿Qué han dicho?

-He hablado sólo con él. Le ha gustado la idea.

-No le conozco. Estaba trabajando cuando fui a la escuela. Tienen una de esas casas rústicas; muebles corrientes, televisor, cortinas, mesa de café, sofá y alfombra. Los muebles que se ven donde venden caravanas, salas de estar completas por treinta dólares de entrada y uno a la semana.

-Adonde van los *okies.*

-Sí, con todos esos altavoces y esa horrible música *okie.* -De repente recuperó su amable sonrisa. Cuando no estaba segura de lo que él quería decir pasaba por una corta etapa de seriedad, por un momento se convertía en una azafata, capaz de oír y de no oír al mismo tiempo-. Oh, vamos, ya sé que no te gusta oírlo en boca de otra gente.

-No -respondió con acritud.

-Dice que están pagando la casa. Deben de tener casi todo el dinero invertido en la fábrica de pan. Desde luego no seré yo la que juzgue a alguien por su economía doméstica. No me gustaría ser juzgada por la primera que se presentara a husmear. Pero eso es lo que hacen; sentí que podía sucederme a mí. Las esposas de los PTA. Creo que a Liz no le importa; si le importara no tendría la casa tan desordenada. Es como una falta de respeto hacia su esposo, pero parece que a él sólo le interesa su trabajo. Es vicepresidente de la Bonny Bonner Bread... ese pan que compramos a veces.

-Quizá el mismo que estoy comiendo -dijo Roger con voz trémula.

-¿Pasa algo?

-Tienen una casa pequeña, con muebles vulgares; ella es tonta, y un ama de casa descuidada; y de él, cuando le conozcas, dirás «es calvo».

-¿Es calvo? ¿De verdad? -Ese punto la irritaba visiblemente-. ¿Cuántos años tiene?

Librodot

No contestó. Rebuscó en la nevera, sintiéndose ofendido, con la protesta en la punta de la lengua. «No voy a gritar», pensó. Sería un grito muy agudo. Mejor permanecer en silencio. El pulso le latía en las muñecas.

-Te preocupa que yo conduzca -dijo Virginia-. No lo puedes evitar.

Roger alzó la cabeza.

-No me mires de esa forma. Ya sé que no te gusta cómo conduzco.

-¡Me importa un carajo cómo conduces!

Todo su cuerpo temblaba. La imperiosa necesidad de no comprender. Pero quizá era mejor así. Dejar que se ocupara de sus propios asuntos. Ella asumía que Roger dudaba de su habilidad porque le daba pánico conducir.

-¿Por eso quieres hacer los viajes?

-No; no es por eso.

Pero en la expresión de Virginia se leía: «ése es el motivo. Lo sé. Y, sin embargo, lo acepto. Es la verdad. Ambos lo sabemos».

10

Al llegar al aeropuerto de Los Ángeles, la señora Watson buscó un sedán Chevrolet azul del 39 y, cuando lo localizó, vio a su hija.

-Casi no te reconozco -dijo mientras Virginia cogía la maleta y la depositaba en el asiento trasero-. Estate quieta para que pueda mirarte bien.

Virginia cerró la portezuela del coche y se quedó inmóvil de cara a su madre.

-He de cortarme el pelo -dijo. Aún se cubría con la chaqueta larga, la que se había traído desde Washington, pero llevaba el cabello corto, como un chico, y desigual, como si se lo hubiera arreglado en casa-. Es por mi trabajo. No tardará en crecer. -Besó a su madre-. Muchas gracias por no pararte en Denver.

-Lo haré a la vuelta.

-¿Estás disgustada conmigo?

-¿Qué quieres decir?

-No tengo el aspecto de una señora.

-No -asintió la señora Watson, a pesar de que no le concedía demasiada importancia-, pero estás más delgada, y no pareces muy feliz. -Ligeros surcos, no arrugas, se destacaban alrededor de los ojos de su hija, como las estrías de un negativo. Tenía una mirada fría, serena y competente. No usaba maquillaje ni esmalte para las uñas, y su traje gris le recordó a una de esas mujeres de negocios de nuevo cuño-. No quisiera discutir contigo ahora. Probablemente me aplicarías una llave de jiujitsu.

-Roger no ha venido porque le dije que quería hablar contigo sin que él estuviera presente -comentó Virginia durante el trayecto.

-¿Cómo va lo de sus dientes?

Virginia le había explicado por teléfono que Roger necesitaba un tratamiento odontológico y que ya había empezado con él. La sola idea le repelió. Claro que se trataba de sus dientes. Era miope, ahora le faltaban algunos dientes, y dos años antes, en cuanto le echó la vista encima, supo por su forma de caminar que sufría una lesión en la espalda.

-Le pusieron una funda -explicó Virginia.

Librodot

-Ojalá se la pongan en todos.

-He pagado una semana por adelantado de una bonita habitación con derecho a cocina.

-Primero le echaré un vistazo.

-Está muy bien. Acaban de pintarla. En cualquier caso, ya tienes un sitio donde vivir. Me gustaría que te quedaras con nosotros, pero sólo disponemos de nuestro dormitorio y la sala de estar.

-¿Éste es el coche con el que quiere ir hasta Arkansas? -No entendía mucho de coches-. Tiene buena pinta.

-Es de lo mejor, si exceptuamos un coche nuevo.

-Si no quieres ir a Arkansas, díselo.

-Se iría sin mí.

-Ah; ¿es su forma de ser?

-Simplemente, desaparecería -dijo Virginia con un rápido movimiento de cabeza-. Daría unas cuantas vueltas con el coche, comprobaría el motor, le pondría aceite y gasolina, metería sus cosas en el maletero y no diría ni una palabra; se largaría mientras yo estuviera comprando o algo así. O me despertaría y se habría marchado. -Hizo una pausa y continuó-. Cada día pienso en ello. Sale, saca el coche y lo pone en marcha, vaga por la ciudad, habla con la gente. Se está preparando para irse, pero confía en que le acompañaré. Siempre vuelve. Todavía no se ha ido.

-Pero vulneraría la ley.

No le sorprendía lo que estaba escuchando, sobre todo ahora que la guerra había terminado y el dinero escaseaba. Ahora que las fábricas de aviones empezaban a cerrar sus puertas. Había venido a California para abrirse camino, y ahora planeaba arrojar la toalla. Ella les había pagado el billete del tren. El dinero de Virginia le había financiado los gastos hasta llegar a la costa oeste. No había nada raro en la situación.

-Él cree que ya no puede obtener nada aquí -dijo Virginia.

-Podría encontrar un empleo.

-Quiere abrir una tienda de televisores.

-Tal vez pueda hacerlo en Arkansas. Con su propio esfuerzo.

Virginia la miró brevemente y volvió a dirigir su atención al tránsito sin decir nada.

-¿Por qué no dejas que se vaya?

-No vale la pena que conteste.

-Deja que se vaya y divórciate.

-¿Y si te dijera que estoy embarazada?

Una oleada de pánico se apoderó de la señora Watson. Era lo que más temía; sabía que sucedería tarde o temprano.

-Estoy de cuatro meses.

-A pesar de todo, déjale.

-No. No lo haré. Quiero que se quede; creo que éste es el sitio que más le conviene. Si tuviera dinero podría montar un negocio. Una vez abierto, funcionaría. Tiene muchos recursos. No se rinde ante nada. Hasta tú te sorprenderías. Ha trabajado siete días a la semana durante dos años, y todo el dinero ha ido a parar al banco; sólo gastábamos en el alquiler y en comida, y ahora en lo de sus dientes y el coche. Podemos vender el coche. Ha trabajado desde que nos casamos.

-Y tú también.

-Yo ya trabajaba antes de conocerle.

-Pero no en la industria de guerra.

-¿Qué dices?

-Oh, cielos, no me hagas preguntas. No puedo darte dinero por esa razón, así que no podrá largarse a Arkansas con él.

-Dame el dinero y lo pondré a mi nombre. Así tampoco lo gastará para largarse a Arkansas. ¿Y cómo lo haría? No va a llevarse la tienda a cuestas.

-Estás haciendo el primo.

-¡El primo! Nunca la viste, ¿verdad? No me cambiaría por nada...

-¿A quién?

-A su primera mujer.

-No, no la conocí.

-Yo sí. Un espectáculo lamentable. Vino una vez a vernos, antes de casarnos. Trajo a su hija.

-¿Quería librarse de su hija? -preguntó la señora Watson, horrorizada ante la idea.

-No, por supuesto que no. Sólo quería verle y verme a mí, saber qué aspecto tenía. Una situación terrible, ¿te la imaginas? Su marido y yo juntos. Y entonces pensé: «Supón que algún día te toca a ti, que se cansa de vivir contigo y se marcha, solo o con otra mujer». -Sus dedos se aferraron con más fuerza al volante-. Nunca adoptaré el papel de esa mujer, no dejaré que se marche con otra para luego tener que volver a mendigar, como ella hizo.

-Mendigar... ¿Quieres decir que no le pasaba ni un centavo?

-No, quiero decir que no tenía nada. ¿Con qué se quedó?

-Con la niña.

-Ésa es la parte fea del asunto. La niña, claro. Esto no me va a suceder. Me lo prometí entonces, y ahora he de afrontarlo; es el momento de hacer lo que dije. Y funcionará. Fui a la sección de préstamos del banco y...

-Supongo que no te concedieron ningún préstamo.

-No, pero me explicaron muchas cosas. Cuánto costaría la tienda, los beneficios necesarios para subsistir, el lugar que nos convendría... Uno de los empleados me llevó a verlo en su coche.

-Saben cómo meter en líos a la gente.

-No pueden meterme en líos si no me conceden el préstamo.

Virginia iba muy rígida al volante y conducía con gran seguridad.

-No sabía que condujeras -comentó la señora Watson-. ¿Cuándo aprendiste?

-Roger me enseñó.

-Tienes permiso, ¿verdad? -Sintió una punzada de nerviosismo-. Todo es legal, ¿no?

El coche se adentró en un distrito comercial. Virginia disminuyó la velocidad y señaló una hilera de tiendas.

-Mira. ¿Ves la segunda? -La tienda desapareció de su vista antes de que la señora Watson hubiera podido entreverla. Daré la vuelta a la manzana. Quiero que la veas. El señor Browminor me la enseñó. Es el hombre del banco. Dice que el contrato de arrendamiento expira dentro de dos meses. La dueña se va a jubilar. Dice que el emplazamiento es excelente.

Volvió a circular por la parte de las tiendas. Aparcó y paró el motor. Sin moverse podían ver la fachada de la tienda, los escaparates y el rótulo. Era una sombrerería.

-El edificio es propiedad del banco. El Banco de América, el más importante de California. Son dueños de muchas cosas. Antes era el Banco d'Italia. Después de la primera guerra mundial se hicieron con las hipotecas de todas las granjas de Imperial Valley, y durante la Depresión compraron todo el territorio.

-¿Te dijo eso el señor Browminor?

-Lo leí; no tengo nada que hacer durante todo el día. Ya no trabajo. No me apetece quedarme sentada a escuchar las radios y los niños de los demás.

Hablaba con tanta agresividad que su madre experimentó cierta incomodidad.

-Es una tienda muy bonita -comentó la señora Watson.

-Construyeron el edificio en 1940. La instalación eléctrica y de fontanería es moderna. Y también la fachada. No será necesario remodelarla hasta dentro de diez años, por lo menos.

-¿Es la que te gusta?

-Me enseñó un par más. Y me dio el nombre de un corredor de fincas especializado en pequeños negocios. ¿Sabes cuánta gente se traslada a vivir a Los Ángeles? Dentro de diez años habrá más habitantes que en Nueva York.

-Lo dudo.

Virginia se ruborizó al oírla.

-Siempre te lo tomas todo así, no tienes paciencia -prosiguió la señora Watson-. Trata de actuar con más calma.

-Quiero solucionarlo ya.

-No hay prisa. ¿Cuánto sugirió la gente del banco que necesitarías?

-Diez mil dólares, como mínimo, preferiblemente quince o veinte mil. En todo caso, nunca menos de diez.

-¿Cuánto tienes?

-Unos setecientos dólares, incluyendo lo que pueda valer en el mercado este coche.

-Vamos, que debería ponerlo todo, si te decides.

-Es una buena inversión, sobre todo aquí, en California. Los bienes inmuebles son un gran negocio.

-Pero tú no vas a comprar bienes inmuebles, vas a alquilar una tienda. Tus únicas pertenencias serán el material y los muebles.

-Y el emplazamiento.

-¿Por qué no compras terrenos? Podrías parcelar.

-Porque no es lo que me interesa -dijo Virginia con su antigua contundencia-. Queremos una tienda que funcione.

Cuando subía la escalera del vestíbulo captó voces, la de su esposa y la de otra mujer. Enseguida comprendió que la señora Watson, su suegra, había llegado del este. «Ahí están las dos», pensó. Sentadas en la salita, esperándole.

Pese a todo, acabó de subir y abrió la puerta.

Su suegra estiró la cabeza, y ambas se callaron al mismo tiempo. La sala olía a cigarrillos y a ropa de mujer. Las chaquetas y los bolsos estaban tirados sobre una silla, y junto a la silla se destacaba la maleta de la señora Watson. Habían cerrado todas las ventanas; una atmósfera sofocante y calurosa reinaba en la estancia. En la radio que descansaba

sobre la librería sonaba música ligera. No le desagradaron ni la escena, ni los olores, ni el sonido. En cierto sentido, le alegraba ver a la señora Watson.

En 1943, cuando se conocieron, le había tratado con cortesía. La comida que le ofreció en su casa de Maryland le recordó la de los mejores restaurantes: carne asada, patatas al horno y bollos, sin olvidar las servilletas de hilo. Se puso su mejor traje y una corbata que le prestó Irv Rattenfanger. La conversación había girado alrededor de sus planes, y todo fue tal como esperaba. Le explicó su viaje a California. Al menos le escuchó. Más tarde, cuando Virginia le dijo que no le había caído muy bien a su madre, lo aceptó como algo natural. Lo mismo había sucedido con la madre de su primera esposa.

-Hola -saludó dejando en el suelo los paquetes-. Me alegro de que haya llegado sin contratiempos.

La señora Watson le tendió la mano, que estrechó. Era una mano pequeña, áspera, musculosa. Su piel, advirtió, se había oscurecido y moteado, especialmente alrededor de la garganta y en las manos. Sus venas resaltaban a simple vista. Era aún más delgada que Virginia, y un poco más baja. Por lo menos, no tenía la apabullante tosquedad de la madre de Teddy.

-Me alegro de verte otra vez -dijo la señora Watson.

-¿Qué has comprado? -preguntó Virginia mientras recogía los paquetes.

-Nada en especial.

En una ferretería había comprado una pistola soldadora recién aparecida en el mercado; tenía dos elementos, uno de ellos de alta ignición, y ambos se calentaban instantáneamente. En un almacén de componentes electrónicos consiguió los planos de un nuevo tipo de cápsula para fonógrafos que funcionaba a partir de un principio radical llamado reluctancia variable. Pasaba muchas horas visitando estos comercios, a los que había interesado en especial la nueva cápsula.

-Virginia me dijo que tenías problemas en la dentadura.

-Sí. -Deseaba que las dos mujeres se sentaran, y avanzó con indecisión hacia el sofá-. Cuando sacan esa aguja siempre deseo morirme pacíficamente de un ataque al corazón y ahorrarles el mal trago.

Su tono era monótono, tranquilo; el calculado discurso que tan bien recordaba.

-Siéntese -dijo Roger, dando ejemplo.

Virginia y su madre se sentaron. Por un momento nadie habló. Empezó a experimentar cierta angustia.

-Nos despidieron de la fábrica -dijo-. Están despidiendo a todo el mundo.

Aquí, en la sala de estar del apartamento, su apartamento, tuvo repentina conciencia de los tamaños. Tanto él como la sala eran pequeños, insignificantes; incluso endebles. ¿Qué tenía? ¿Cuál era su apariencia? Llevaba, como siempre, su ropa de trabajo, la chaqueta y la camisa de lona, y sus zapatos gastados, agrietados y sucios. Pensó que había enviado el traje a planchar, pues se suponía que ella no llegaría hasta mañana. Algo le oprimía, algo le aplastaba... Luchó para respirar.

En el fondo de su mente deseaba huir. Una urgencia, un anhelo irresistible; tenía el coche aparcado en la calle y apuntaba hacia la carretera 66. Primero, Barstow, después el desierto de Mojave, luego

Needles, y por fin la frontera de Arizona. Sentado en la estrecha sala de estar, con la ventana cerrada, de cara a su esposa y a su suegra, sintió la proximidad del coche, la proximidad de la carretera.

«Dios -pensó-. ¿Podré resistirlo?»

Sus dedos se aferraron a la chaqueta que tenía sobre las rodillas; acarició la tela, la examinó. No podía estar quieto. Se levantó y fue hacia la ventana.

-¿Puedo abrir la ventana? Falta aire.

Ninguna de las dos mujeres contestó.

-Lo voy a hacer.

Abrió la ventana y se acodó en ella, saboreando la brisa. Virginia le ofreció un cigarrillo a su madre y dijo:

-¿Qué te parece tu habitación?

-Oh, servirá por una temporada. Buscaré algo en caso de que me vaya a quedar mucho tiempo.

-Yo la encontré y la escogí -dijo Roger.

-Tienes un buen coche -aseguró la señora Watson-. Virginia dice que lo compraste hace poco.

-Lo estoy poniendo a punto.

Lo había dejado varios días en la estación Shell para que limpiaran las bujías y repasaran el carburador. Había entablado amistad con dos de los empleados; uno de ellos estaba casado y a principios de mes había venido con su esposa á cenar.

-Si no eres capaz de arreglar tu propio coche, te tienen a su merced -observó la señora Watson.

-Es cierto.

De nuevo se hizo el silencio.

Sobre la mesa había la unidad de FM que estaba montando con ayuda de un diagrama. Virginia la levantó y dijo:

-Marion me preguntó qué era esto.

-Sí, me tiene intrigada.

-No sabría cómo llamarlo -dijo Virginia-. Es una radio, ¿verdad? Sólo supe decirle que la estabas montando.

-Estoy haciendo la instalación. -Buscó alguna oscura razón para aclarar que no era un equipo, ni un modelo-. Esto será la banda. Ésta es la banda nueva.

Era incapaz de explicarlo. Un nuevo mundo, la apertura a regiones y niveles... «A la mierda -pensó con impotencia-. Sí, yo le llamo telescopio. Algo para acelerar el tiempo. Después inventaré el microscopio y la imprenta. Si me queda tiempo, inventaré la máquina de vapor. Juguetes que colgaré del techo de mi habitación...»

-Mira -prosiguió-, esto es lo que el coronel Armstrong perfeccionó. Es tan importante como el circuito superheterodino. También perfeccionó eso. -Le escuchaban atentamente El problema es la velocidad. Las placas se dilatan cuando este componente se calienta y la emisora se pierde, así que has de volver a sintonizarla. -Levantó el sintonizador de FM incompleto-. Alguien lo solucionará, supongo.

Disfrutaba como un chiquillo.

-Según dijo Virginia, compraste el coche para ir a Arkansas -terció la señora Watson.

-Sí.

-¿Le preguntaste su opinión?

No pudo pensar en ninguna respuesta.

-Creo que deberías consultárselo. Quizá ella no quiera ir a Arkansas.

-Es un bonito Estado respondió sin atreverse a mirarlas.

-¿Qué vas a hacer allí?

-Echar un vistazo.

-¿Y no puedes hacer lo que sea aquí también?

-Esto no es como pensé que era. Me ha decepcionado. Ya no tengo suerte.

-¿Y piensas que tu suerte cambiará si regresas a Arkansas?

-Allí crecí.

-¿Quieres que tus hijos se hagan hombres allí?

-No lo sé.

-¿Es un buen lugar para los niños? ¿Qué tal son las escuelas?

-No lo sé.

-¿Quieres saber lo que pienso? Me parece que culpas a todo el mundo excepto a ti mismo de tus defectos. -Roger asintió con la cabeza y clavó la vista en el suelo-. Sí, tus defectos. ¿Por qué no me miras cuando te hablo? -Roger lo hizo-. Eso de la suerte es una burda excusa. La suerte no interviene para nada en todo esto. Lo sabes, ¿verdad? Yo sé que lo sabes. Lo sabes tan bien como yo. Y ahora dejemos este tema y afrontemos la situación. Quisiste venir aquí y ahora has de asumirlo. Has de mantener a tu esposa, y pronto tendrás un hijo, momento en el que quiero verte trabajando. Cualquiera puede conseguir un trabajo en esta tierra. Sólo has de buscar. Has decidido que ya es hora de mover el culo, ¿no?

Trató de pensar en alguna respuesta. El rostro de Virginia no expresaba la menor emoción.

-Tengo muchas cosas que hacer. Aún he de terminar la puesta a punto del coche. -Se levantó-. Lo mejor será que vuelva a la estación de servicio.

-Siéntate y escúchame -ordenó la señora Watson.

-He de marcharme.

-Ese coche no es tuyo. Según la ley, no te pertenece; es propiedad de ambos, de ti y de Virginia. Si te largas en ese coche, podemos denunciarte por robo.

-Es mi coche -dijo con pánico.

-¿No me has oído? Te he dicho que no es tuyo y sigues repitiendo como un loro que sí lo es. La mitad es tuya, pero no puedes irte con él. Y, de cualquier manera, no puedes salir del Estado sin tu esposa, ya lo sabes. Te arrestarán y te traerán de vuelta. No puedes abandonar a tu familia.

-Los dos nos iremos a Arkansas.

-Virginia no irá a Arkansas. Se quedará aquí. Y tú no te irás. Eso es abandono de hogar, y sacar el coche del Estado es robo mayor.

-Pienso aclarar algunos puntos. No hay ley que me prohíba conducir mi propio coche hasta la estación de servicio para que lo pongan a punto.

Caminó hacia la puerta esperando que la señora Watson le dijera algo o se lo impidiera; sospechaba que se levantaría, se abalanzaría sobre él y le sujetaría. Pero permaneció sentada, fumando; y Virginia seguía sin expresar la menor emoción, impertérrita, como sumida en profundos pensamientos.

-Volveré dentro de una hora -le explicó a su esposa, ansiando una palabra o una observación que le dejara el camino libre.

Librodot

Ambas cambiaron una mirada.

-Si vas a coger el coche podrías dejar a Marion en su domicilio -dijo Virginia.

-Me llevaré algunas cosas de aquí -indicó la señora Watson.

-Sábanas. ¿Qué más te quieres llevar? Ollas, sartenes, platos...

-Si no te hacen falta...

-Tengo dos mantas de lana, y ya es suficiente. ¿Dónde está la lista que hicimos? -Virginia removió los papeles que había sobre la mesa-. Veamos, necesitarás -también toallas de baño y para las manos.

Las dos mujeres recogieron los objetos, yendo de un lado a otro del apartamento para repasar lo que habían olvidado. Roger no movió ni un dedo. Se quedó junto á la puerta, sin marcharse, sin ayudar o hablar, sin saber qué hacer.

-Creo que ya me vale para empezar -dijo la señora Watson con gran sentido práctico-. ¡No me pongas comida, ya pararé en el súper!

Virginia había llenado una caja de cartón con cubiertos, platos, una cazuela, una olla a presión, un salero y un pimentero.

-¿Le ayudarás a cargar esto? -preguntó a su marido.

Roger bajó la caja a la calle y la metió en el coche. Virginia le siguió con las ropas de cama.

-Date prisa -le urgió.

Después de la ropa de cama trajo una papelera llena de loza.

-¿Vas a venir?

-No -dijo Virginia-. Aún he de ir a la lavandería a recoger tus camisas.

-Todavía hay que hacer unas cuantas llamadas -le recordó la señora Watson, que apareció cargada con su equipaje.

-Ya lo haremos. Llamaré y hablaré con ellos.

-Vendré a recogerte por la mañana -dijo la señora Watson mientras abría la portezuela del coche.

-Estupendo.

Virginia, con los brazos cruzados, observó como el coche se alejaba con su madre y su marido.

-No tenía intención de abandonar a Virginia -se disculpó Roger una vez hubieron recorrido varias manzanas.

-Lo mejor sería que olvidaras esa historia de Arkansas.

-¡Le digo la verdad!

-Ya estuviste casado una vez, ¿no es cierto?

-Sí.

-¿Dónde vive ahora tu ex mujer?

-No lo sé. En el este.

-Tuvisteis hijos?

-Una niña.

-¿Has vuelto a saber algo de ellos?

-No.

-¿Les pasas algún dinero?

-No. Ella se volvió a casar.

-Ya sabía que sucedería esto. En cuanto te puse los ojos encima. Sin embargo, Virginia quiere seguir a tu lado. Allá ella. En su momento le dije lo que pensaba de ti.

-Mi opinión no es mejor que la suya -respondió Roger con amargura.

-Te diré una cosa: no te vas a largar y dejar tirada a mi hija, especialmente ahora que está embarazada. Piénsalo y cambia de opinión. Te vas a quedar aquí, a trabajar para su sustento. ¿Cuál es ese negocio que según parece te interesa tanto? Una especie de tienda de reparación de radios o algo similar, ¿no es eso? ¿Eres hábil en el tema?

Él se concentró en conducir.

-Por mi parte, pienso que sólo sirves para trabajos manuales, pero Virginia opina que podrías encargarte de una tiendecita.

-Métase en sus asuntos -exclamó enojado Roger-. Es problema mío y de mi esposa; no interfiera.

-No me hables así.

-No se entrometa usted en mi familia, señora Watson -dijo con voz ahogada.

-Ella es mi hija y hace mucho más tiempo que tú que la conozco. Me interesa mucho más su bienestar que a ti. Lo único que te preocupa es holgazanear en algún trabajo sencillo que no te quite el sueño. Eres lo que la gente de donde provengo llama basura, ¿no es verdad? Sabes de sobra lo que llevas dentro; no eres más que un hombre sin escrúpulos con cierta facilidad de palabra. Le advertí a mi hija que no cayera en tus garras, pero trabajaba en aquellos hospitales de Washington y creía que la guerra era algo noble, ansiaba ayudar a los lisiados. Si desea destrozar su vida, entregarse en cuerpo y alma a la causa de conseguir que te dediques a algo útil y provechoso, sé perfectamente que no conseguiré impedírselo, aunque espero que algún día se le abran los ojos y descubra la realidad. En cualquier caso, he venido para ayudar a mi hija hasta el límite de mis fuerzas, porque nunca la he abandonado, ni siquiera cuando os casasteis; no soy de las que dan la espalda a su hija porque desaprueban su comportamiento. No hay nada de maldad o mezquindad en Virginia, sólo la ignorancia habitual que se apodera de la gente en tiempo de guerra y la despoja de sentido común.

En su discurso adoptó el agudo y monótono sonsonete del sur, el tono de acusación y la conciencia del sufrimiento de una dama sureña, si bien cesó al instante. Abrió su enorme bolso de piel y empezó a buscar el encendedor.

-No acabe con mi paciencia.

Encendió el cigarrillo y continuó, pero recuperando sus modales secos y controlados; se había calmado y se mostraba más asequible.

-Mientras esté por aquí, quiero ayudar a Virginia a realizar sus deseos. Yo diría que se le ha metido en la cabeza que consigas tu tienda de reparaciones, y si eso es lo que quiere, yo, por supuesto, haré lo que esté en mi mano para solucionarlo. Siempre intenté hacer lo que más le conviniera. No tiene nada que ver contigo; es un asunto entre Virginia y yo.

Entonces comprendió el significado de sus palabras. Comprendió que iba a plantear la posibilidad de darles el dinero necesario para abrir la tienda. Nunca se le había ocurrido la idea; le cogió por sorpresa. Una oleada de excitación inundó sus huesos, sus manos y sus pies. Empezó a brincar ante el volante, procurando no perder el control del vehículo y vigilar los coches, la calle, los semáforos, los peatones y las señales.

-No quiero su jodido dinero, ¿me oye? -aulló-. ¡No quiero ni un centavo de su jodido dinero! -gritó con toda la potencia de sus pulmones-. No meta

sus apestosas manos en mi tienda, ¿me oye? No quiero nada de usted, quiero que vuelva a su casa, se quede quietecita allí y no se entrometa con nosotros, ¿me oye? ¿Me entiende? Si la veo merodeando cerca de casa haré una barbaridad, se lo aseguro, señora Watson. Me importa un bledo quién es y cuánto tiene, se lo digo de veras. Guárdese su jodido dinero, y va en serio. No lo quiero. Pienso abrir la tienda sin su ayuda.

La cara de la señora Watson pareció encogerse y palideció, tan desprovista de vida como una piedra.

-¡Salga de mi coche! -bramó lanzado-. Abra esa puerta y lárguese, ¿me oye?, o cometeré una barbaridad ahora mismo, quizá no pueda aguantarme más. -Pisó a fondo el acelerador, dobló una esquina y tomó una calle lateral. El coche corría cada vez más; Roger no prestaba atención a la velocidad-. ¡Coja sus cosas y lárguese! Le aseguro que será lo mejor para usted. Saque esa mierda de aquí, no quiero verla hacinada en mi coche. Cuando baje, llévesela.

A la derecha, entre otros edificios, divisó la casa en la que la señora Watson había alquilado una habitación. Giró en la esquina y frenó ante un stop. La señora Watson, temblando de pies a cabeza, levantó los brazos para protegerse y retorció el cuerpo cuando se precipitó contra el tablero de instrumentos y la puerta. Roger tiró del freno de mano, salió del coche como una exhalación y se abalanzó para abrir la portezuela de la mujer. Tiró fuera la maleta, así como las cajas, la ropa de cama y la papelera. La señora Watson no se movía del asiento, siguiendo sus evoluciones inmóvil y con los ojos muy abiertos.

-Fuera de mi coche.

Ella le miró con absoluto asombro.

-¡Fuera! -gritaba sin tocarla-. ¡Vamos, fuera de mi coche!

Deslizó las piernas afuera y se irguió sobre el pavimento, con el bolso apretado contra el cuerpo y sosteniendo en una mano sus gafas y el paquete de cigarrillos.

-Cuando vuelva mañana, háblame con respeto -concluyó Roger-. ¿Me oye? ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

Rodeó el automóvil sin esperar su respuesta y se subió de un salto. Cerró la puerta con violencia y arrancó lentamente, sin acelerar, apretando apenas el pedal. No miró atrás.

Recordó cómo era muchos años atrás, un colegial de segundo grado; nadie le hacía caso, nadie le escuchaba o prestaba atención a sus palabras. A la hora de comer, les servían en el pupitre unos bocadillos, sopa de tomate y leche. Cogía mendrugos de los bocadillos y se los aplastaba contra la cabeza. Era lo más divertido que había hecho nunca, y todos los niños se reían. Lo hizo durante un mes entero, y todos le miraban y aplaudían; se ponía en pie, hacía reverencias, agitaba los brazos y hacía muecas. Fueron los momentos más felices de su vida.

Ahora, mientras conducía, pensó que por fin iba a conseguir la tienda. Empezó a derramar grandes lágrimas de humillación, que resbalaron por su rostro y le cayeron sobre la camisa y los brazos. La humedad se deslizó entre el vello de las muñecas y manchó sus pantalones. Aprovechó un semáforo en rojo para extraer el pañuelo y secarse las mejillas y el cuello. Se odió a sí mismo y a su esposa y a la señora Watson y al negro que le había golpeado y al dentista que le había soplado sesenta dólares y al vendedor que le había endosado un coche que no servía para nada y a

John Beth por no haberle permitido abrir la sección de reparaciones en el Beth Appliance Center, y continuó llorando y secándose la cara mientras volvía junto a su esposa y al apartamento provisional en el que vivían.

11

El sábado por la mañana, después de que Roger se hubiera marchado a trabajar, Virginia recibió una llamada de Liz Bonner. Quería concertar una cita para ir de compras. Fue a casa de los Bonner en coche y aparcó.

-Hola. -Liz abrió la puerta y la invitó a entrar-. Estaba bañando al perro. Ven, casi he terminado.

La camisa de algodón y los pantalones de pana realzaban sus formas, su atractivo y el color oscuro de los ojos. Iba descalza y con las mangas recogidas por encima del codo, y salpicada de espuma y agua. Llevaba el pelo recogido en la nuca con una cinta. Sus pechos se balancearon debajo de la blusa cuando atravesó la casa casi corriendo.

-¿Quieres un pastelillo? Los hice anoche, pero saben a jabón, al menos es lo que dice el chico de los periódicos, que los probó una vez. Se supone que son de coco.

El plato de cristal que contenía los pastelillos estaba en el centro de la mesa del comedor, una fuente de cuadritos blancos como diminutos ladrillos rojos.

-¿Cuándo te quieres ir? -preguntó Virginia.

La idea era salir para Pasadena antes de mediodía.

-Cuando quieras. Perdona.

Se marchó a toda prisa, y Virginia escuchó el chapoteo del agua y la voz de Liz hablándole al perro. También percibió el sonido de una cortadora de césped. Por la ventana del comedor vio a un hombre de cara rojiza, ataviado con una camisa deportiva de tonos chillones, que manejaba el aparato. Sus grandes brazos peludos le llamaron la atención. Consideró que el hombre tenía aspecto de profesor de gimnasia o de jefe de exploradores. El suyo era el estilo sobrio y seguro de alguien criado al aire libre. No le pareció excesivamente calvo. Su rostro brillaba y sudaba al sol, y se detuvo para secarse la frente con el brazo. Luego volvió a su tarea, que acometió con dedicación.

Guiada por los chapoteos llegó hasta el garaje y encontró a Liz arrodillada junto a un cubo de hojalata en el que un perro pastor chorreaba agua.

-Ése es Chic, ¿verdad? -preguntó Virginia-. El que está en el jardín cortando el césped.

-Sí. Oh, no lo conoces. -Se irguió de un brinco-. Lo siento, me olvidé. ¿Quieres que te lo presente ahora? Vamos. -Chasqueó los dedos en dirección al perro-. Se acabó tu baño. -El perro saltó del cubo y se sacudió el agua; Virginia se quedó atrás para que no la mojara. Liz cogió una toalla que pendía del pomo de la puerta y empezó a secar al perro-. Ve a echarte al sol. Vamos, vamos. -El perro retrocedió hacia la puerta del garaje-. Ve a sentarte en la acera, pero no te pongas a la sombra o te enfriarás.

El perro obedeció, más o menos. Se alejó del garaje, y Virginia y Liz vieron cómo se detenía para sacudirse de nuevo. Después salió a la acera.

Librodot

-Vas muy bien vestida. Me cambiaré. No sabía lo que te pondrías, así que esperé. Es un traje muy bonito. ¿No crees que la gente del este viste mejor que la de aquí? ¿Sabes que -empezó a subir la escalera que conducía del garaje a la cocina- me pongo estos pantalones seis días a la semana?; para ir a la tienda, para andar por casa, y a nadie le importa. Es por la temperatura, suele ser tan agradable... -Se detuvo ante la puerta del dormitorio y preguntó-: ¿Dónde está Gregg? ¿Puede venir? Mis hijos están al llegar.

-Está con su abuela.

-Tráela también. -Empezó a quitarse la ropa en la habitación sin encender la luz; las persianas estaban bajadas-. Chic también irá. Quiere echarle un vistazo a la tienda de Roger. Nos viene de paso, ¿verdad?

«Más confusión», pensó Virginia. Niños y perros correteando en tropel por los grandes almacenes del centro.

-Mientras te vistes iré a dar una vuelta por el patio.

Aún no lo había visto y sentía curiosidad. Sin esperar la respuesta, salió de la casa, abrió la puerta trasera del garaje y se encontró de repente bañada por la luz del sol.

La cortadora de césped se detuvo.

-Hola -dijo Chic Bonner-. ¿Es usted la señora Lindahl?

-No pare por mí. Parece que se está divirtiendo mucho.

-Es un pretexto para estar al aire libre. Estoy encerrado en el despacho durante cinco días a la semana. Sólo puedo hacerlo los sábados y domingos, a menos que me vaya fuera.

Crecían macizos de flores junto a la casa; los examinó con atención. Estaban cuidados y bien cortados. Las flores (no las reconoció) eran enormes. Todo el jardín presentaba un toque de perfección, como si hubieran dejado actuar a su albedrío a un jardinero japonés. «Pero lo más seguro es que lo haga él -se dijo-. Está muy bronceado». Se lo imaginó con sacos de fertilizantes, pesados pulverizadores y tijeras de podar importadas de Inglaterra. El equipo adecuado para quien cuida plantas. Y en el interior de.la casa... el desbarajuste. El contraste: orden aquí, caos en el interior. Los dos terrenos.

-Es muy bonito todo esto -observó.

Chic aceptó el cumplido.

-Es aficionada a la jardinería, ¿no? Por lo que me han contado, de vez en cuando le entra la fiebre.

-Yo no. Mi madre es la más aficionada de la familia. Cuando vivía en Maryland tenía un jardín maravilloso, pero desde que se marchó apenas ha hecho nada. No se acostumbra a las tierras áridas.

-Hay que procurarse agua.

Chic puso en funcionamiento la cortadora de césped. Era manual, no de gasolina, pero disponía de gruesos neumáticos. La pintura resplandecía de nueva. Para Virginia irradiaba el encanto de un escaparate de artículos de jardinería; se imaginó que una etiqueta colgaba del aparato y que una carretilla se exhibía a su lado.

-Nunca tuve mucha suerte con las flores -comentó Virginia-. Planté unos lirios, pero los niños de la vecindad los destrozaron.

-Entiendo -dijo Chic sin dejar de cortar.

-Es algo que me enfurece de verdad. Planté tulipanes en el sendero que va hacia la puerta, pero tan pronto como florecieron, los niños de al lado los arrancaron.

-Sólo crece un tulipán al año por cada planta. Desde el punto de vista de un jardinero, causan más problemas de lo que merecen. Realmente han de gustarle a uno para apreciar su valor.

Plantar uno o plantar cien, lo mismo daba, pensó; los niños los robarían igualmente. Los niños habían llegado a arrancar las plantas con su impaciencia proverbial por coger las flores. Al salir fuera por la mañana había encontrado el camino sembrado de blancos y pilosos bulbos.

¿No corretean por su jardín? -pensó-. Aparentemente, no. Lo conserva todo como un modelo, como un mundo. Y, aunque fuera capaz de hacer brotar esas malditas cosas, no conseguiría protegerlas. Cuando los niños acabaron con todos los tulipanes (¿qué hicieron con ellos? ¿Los vendieron? ¿Se los regalaron a sus madres? ¿A los profesores?), me quedé en la ventana, dispuesta a administrar justicia, pero nunca los atrapé; no volvieron, al menos el resto de aquella semana. Y no podía quedarme siempre allí, sólo por un puñado de bulbos. Te admiro, Chic. Admiro a cualquiera que sea capaz de conservar un jardín en buenas condiciones rodeado de niños.»

Los dos hijos de los Bonner abrieron la puerta lateral y se aproximaron; iban cargados de comics.

-Hola; señora Lindahl -saludó Jerry-. ¿Cuándo iremos a la ciudad?

-¿Me dejáis verlos?

Chic apoyó el mango de la cortadora contra su estómago y alargó la mano para coger los comics.

Los niños sostuvieron los comics para que pudiera examinar las cubiertas una por una. Les incautó algunos. Los niños aceptaron su juicio como un hecho natural; ninguno de los dos protestó.

-¿Alguna vez ha caído en manos de su hijo una de estas cosas? -preguntó Chic a Virginia. Sostuvo en alto uno de los comics censurados; llevaba por título *Tales from the crypt*, y la cubierta presentaba la cabeza de una chica, ensartada en el extremo de una barra, a punto de ser introducida en un horno por un monstruo repugnante-. Pueden producir pesadillas. -Dobló los ejemplares, se los metió en el bolsillo de atrás y volvió a accionar la cortadora-. A veces pienso que si ésta fuera la única forma posible de vivir, me olvidaría de hacerlo.

Los niños se alejaron con sus comics.

-Id al coche -dijo Chic-. Leedlos allí.

-Vale, papi -contestó Walter desde el portal.

Los dos niños desaparecieron detrás de la casa.

-¿Quién piensa usted que publica estas cosas? -preguntó Chic.

-Alguien de Nueva York.

-Un montón de estas porquerías se publica aquí, en Los Ángeles. Hay una industria floreciente. Ya es bastante malo lo que dan por la tele. No recuerdo que antes hubiera estos tebeos de terror. Cuando yo era niño no había tebeos, ni tampoco los añorábamos. ¿Qué cree que ocurrirá cuando lleguen a nuestra edad? -Se acuclilló sobre la hierba y empezó a limpiar las hojas de la cortadora-. Los obtienen fuera de casa. No podemos hacer nada.

-¿Incluso en la escuela? -preguntó Virginia pensando en Gregg.

-Esta basura... -Golpeó los comics requisados en el bolsillo de atrás-. Se venden en todas partes. En todo el mundo. Es un gran negocio, como el petróleo o los zapatos.

La puerta trasera de la casa se abrió y apareció Liz, maquillada y perfumada, con el cabello rizado levemente, una falda de color orquídea y una blusa de mangas anchas.

-¿Preparados para partir? Chic, cámbiate, ¿no crees? No puedes ir a la ciudad así en sábado. Entra y ponte un traje. Sonrió a Virginia.

-Espera a que guarde la cortadora -repuso Chic recorriendo las hojas con el pulgar. Trozos de hierba húmeda se desprendieron.

-¿Qué llevas en el bolsillo? -Liz se inclinó y se apoderó de los comics doblados. Los abrió y estudió la primera cubierta-. ¿Qué es esto? -Parecía incapaz de imaginar la procedencia de los comics; se sentó en un peldaño, los extendió sobre el regazo y empezó a leerlos-. Es horrible -dijo con voz perpleja, aunque no parecía ofendida, sólo confusa.

Chic le guiñó un ojo a Virginia mientras se erguía.

Guardó la cortadora en el garaje mientras Liz continuaba devorando los tebeos. El viento alborotaba su cabello y agitaba su falda, que alisó con aire reflexivo. Sentada al sol parecía plena, encantadora; resaltaba el color de sus ropas, y Virginia no pudo evitar una súbita admiración por su pelo y la suavidad de su piel. «Sentada ahí -pensó-, debatiéndose con un tebeo, asiéndolo con ambas manos, frunciendo el ceño y moviendo los labios.»

-¿De dónde lo sacó? -preguntó alzando la vista.

-De los niños.

-¿Les has echado una ojeada?

-No.

-¿Es verdad que un cadáver puede recobrar la vida y señalar a su asesino? Aquí lo dice. Es absurdo.

Cerró el cómic y arrojó el montón hacia atrás, hacia el interior de la casa; estiró las piernas para mantener el equilibrio y Virginia comprobó que usaba zapatos de tacón alto sin medias. «No he visto nada igual desde la guerra», pensó. Apoyada en el codo, Liz alzó las piernas, las cruzó y reanudó su lectura. Se palmeó la cadera, metió la blusa dentro de la falda y se apartó el pelo de los ojos.

-Será mejor que nos vayamos. Son casi las diez -dijo, casi tendida sobre el peldaño. Se puso en pie con cierta desgana.

Chic salió del garaje y le dio una palmadita en el culo.

-Vamos.

-¿Cómo estoy? -le preguntó Liz a Virginia-. ¿Bien?

-Muy bien -aprobó Virginia.

«Pero los comics..: -pensó. Enseguida se sintió culpable Soy mezquina -se dijo-, mezquina e injusta, pero me muero de ganas de contárselo a Roger. Ojalá le hubiera sacado una foto, ahí sentada. Era algo digno de verse.»

En el asiento trasero de la camioneta, los niños leían sus comics con gran seriedad, sin molestarse en contemplar el paisaje.

-No leáis en el coche, niños -advirtió Chic-. Es malo para los ojos. -El perro se incorporó al oír su voz-. Vamos, chicos.

Poco a poco abandonaron la lectura. Dejaron los comics a un lado. «Qué obedientes», pensó Virginia. Tenían la misma gravedad de su padre, la

cualidad de convertir cada acción en un hecho importante. Por su parte, se sentía perezosa y adormilada, como todos los sábados; la idea de ir de compras implicaba un ambiente de prosperidad, como si el dinero fluyera en cantidades que sobrepasaban las necesidades reales. Podría pasear sin prisas, mirar faldas y vestidos, probárselos si así lo deseaba. No tenía por qué comprar, y si las dependientas no aprobaban su actitud, peor para ellas; no necesitaba su aprobación. Se marcharía. Tenía libertad de movimientos; iría a otra parte o regresaría a casa. Y le gustaba el sordo rumor de la multitud apretujada, el frenético ir y venir de las tiendas del centro en sábado. Un aire de drama... el encuentro multitudinario.

En medio de sus meditaciones advirtió que Liz y Chic habían empezado a discutir en voz baja e irritada.

-Sin medias -estaba diciendo Chic, sentado de forma que veía la cara de su esposa y dándole la espalda a Virginia-. ¿Qué llevas debajo de esa blusa? Nada de nada, ¿verdad?

-La combinación -respondió Liz sin desviar los ojos del tránsito.

-Ni siquiera la combinación.

-Sí, mira.

Asió el volante con la mano izquierda y le enseñó el tirante de la combinación.

-¿Y qué más? -Esperó y no obtuvo respuesta-. Nada más. ¿Por qué no te pones sostén cuando sales? ¿Por qué olvidas siempre alguna prenda? ¿Te gusta ir por ahí llamando la atención? ¿Es que algún trauma infantil te impulsa al exhibicionismo o al inconformismo, o eres tan despistada que no sabes cuándo estás vestida o no? Dime, ¿por qué no te has vestido del todo? Y si se te ha olvidado, ¿por qué sucede tan a menudo?

-Todas las medias tenían carreras; todos los sostenes están tendidos, en la lavadora o yo qué sé, y no he tenido tiempo de ponerme pantalones.

-Pues da la vuelta y ve a ponerte unos.

-No tenemos tiempo. Y, además ¿a ti qué te importa? ¿Por qué te metes siempre en los asuntos de los demás? ¿Quién se va a fijar en que no llevo medias?

-Deberías llevar sostén. No deberías salir de casa sin sostén. Puedo ver a través de tu blusa, es transparente, por eso me he dado cuenta de que no te habías puesto sostén. Observa lo que pasa cuando el sol te da de lleno, mírate bien. Cogeré el volante. Lo hizo, pero ella no lo soltó.

-Dijiste que me diera prisa. No tenía tiempo de plancharme un sostén.

Chic se dio la vuelta y miró a Virginia. Estaba muy furioso. -Fíjese en que siempre me echa las culpas a mí, y en que encuentra perfectamente natural todo lo que ella hace. Ni siquiera sabe por qué hace las cosas. Depende de lo que tenga en la cabeza.

Los niños permanecían ajenos a la discusión. Habían empezado a leer otra vez los comics con la misma circunspección de antes. Sin embargo, el tema le resultaba ofensivo a Virginia. Creyó su deber aclararlo y olvidarlo.

-La cuestión es muy simple -les dijo a ambos-. Vamos de compras, ¿no?; pues que Liz compre lo que necesita, de otra manera, el día se iría al garete.

-Tiene razón -aprobó Chic-. Una sugerencia muy práctica.

Su cara se distendió hasta formar una sonrisa.

Librodot

-Miraré lo que haya -dijo Liz-, a ver si encuentro algo que me guste. -Frenó ante un semáforo en rojo-. Lo que más necesito son zapatos. Y los niños, camisas. Llevo una lista en el bolso.

-¿Vamos a buscar primero a su madre y a Gregg, o pasamos antes por la tienda? Usted lo sabrá mejor que nosotros -dijo Chic.

-Será mejor que los recojamos antes. Igual se han ido a algún sitio. Ella dijo algo de ir a visitar a una mujer que es agente inmobiliario, porque está pensando en sacarse un permiso. La mujer se lo ha aconsejado.

-Es un buen campo. No se pierde ninguna inversión, salvo los muebles de la oficina. Pero hay mucha gente metida en ello, y el Estado tarda bastante en conceder el permiso. ¿Y usted? ¿Lo ha pensado alguna vez? Muchas mujeres jóvenes activas lo están probando. Lo hacen durante el día.

-Lo sé, pero tengo muchas cosas que hacer. Voy a danza. -Claro que mis intereses se centran en el mundo de los negocios. Me sería imposible darles coba a las viejecitas. Un auténtico agente inmobiliario se pasa el día diciendo mentiras horribles. ¿No está de acuerdo?

-Sí.

-Son casi delincuentes. -Frunció las cejas con firmeza-. Algunos de esos... trincan la comisión y se largan.

Virginia asintió con la cabeza, preguntándose qué pensaría Chic de la tienda. Tenía un concepto muy moralista de los negocios; intuyó su juicio de antemano.

-¿A usted le interesa la tienda? -preguntó Chic.

-Sí, pero no hace falta que vaya por allí. Se las arregla bien sin mí.

-¿Qué tipo de danza practica?

Por la forma en que lo preguntó se dio cuenta de lo que estaba imaginando; pensaba en clubs nocturnos o, como máximo, en parejas de baile como los Castle, o posiblemente en Ginger Rogers y Fred Astaire.

-¿Ha oído hablar de Martha Graham?

-Me parece que sí.

Le explicó el tipo de danza interpretativa moderna que aprendía. Le habló de terapia de grupo, de psicodrama y cosas parecidas; Chic aparentaba escuchar con atención, pero Virginia no percibió una respuesta emocional auténtica.

-¿Puede vivir de eso? Quiero decir si le pagarían.

-No, realmente no.

No hizo más comentarios, pero volvió a intuir su juicio. «Por lo tanto, no es el principal objetivo de tu vida -se estaba diciendo-, sino una especie de pasatiempo para llenar las horas muertas.»

-Ya no hago tanta terapia de baile como antes -dijo.

«Es tan dura la dedicación, tan difícil interesar a la gente en esa disciplina...»

12

El sábado era el día de mayor actividad en la tienda. Roger se hundió en una especie de sopor apoyado en el mostrador. Dejó que este sábado se fundiera con los sábados del pasado y del futuro. El teléfono sonaba y los clientes iban y venían. «Hoy no estamos enfermos -pensó-, nadie está

enfermo los sábados. Nadie pasea por la calle, ni cruza la calle ni se encierra en el cuarto de baño. Éste es el centro del mundo, nos guste o no. -Extendió un recibo a un cliente-. Aquí es donde nuestras mentes deben estar.»

Olsen había salido muy temprano con el camión. Nadie le había vuelto a ver. Algunos clientes que habían concertado cita previa llamaron para preguntar dónde estaba.

-Se habrá quedado atascado en algún sitio -comentó Pete bizqueando-. Tenía que llevar aquel aparato a San Bernardino.

-¿Hoy? -se asombró Roger-. ¿En sábado?

Experimentó una sorda cólera.

-Es el único día que ese tipo está en casa. Olsen contaba con llegar allí antes de que hubiera mucha circulación. Igual ha encontrado retenciones. Se trata de ese tal Flannigan que siempre se está quejando.

-De acuerdo. Avísame si llama. -Volvió al mostrador para atender a la clientela-. Sí, señora. ¿Qué desea?

-El otro día compré aquí esta aguja -dijo la señora de mediana edad vestida de color canela-, y no va bien para mi tocadiscos. El hombre, creo que es ése con quien usted hablaba, dijo que era la que yo necesitaba.

Mientras examinaba la aguja, oyó voces en la entrada. Levantó la vista y contempló una escena sorprendente. Su esposa Virginia y su suegra Marion Watson habían entrado en la tienda, junto con Gregg, dos chicos pelirrojos y pecosos, un perro y, finalmente, Chic y Liz Bonner. Los cuatro adultos conversaban con gran cordialidad; los niños invadieron al instante la tienda, manoseando los televisores y deslizándose entre los clientes. El perro, un pastor alemán, se tumbó en la puerta; obviamente, estaba entrenado para no trasponer el umbral.

Roger. cambió la aguja a la mujer, salió del mostrador y fue hacia su esposa. Los cuatro se dirigían sin vacilar hacia la parte trasera de la tienda. Virginia estaba enseñándoles algo a los Bonner. Nadie advirtió su presencia durante un rato.

-¿Por qué no me dijo que iban a ir allí anoche? -preguntó Virginia alegremente.

-Lo hice.

-Oh. Si lo hubiera sabido, les habría acompañado.

Chic y Liz Bonner le saludaron.

-¿Qué pasa? -le preguntó a Virginia.

-Liz y yo nos citamos para ir a Pasadena de compras hoy. Pensé que podíamos ir todos juntos. Y, cuando les hablaba de la tienda, Chic sugirió que viniéramos a verla.

-Un sitio muy bien montado, Lindahl. ¿Es suyo? Quiero decir, ¿es usted el único propietario?

-En efecto -afirmó Roger. Cuando Chic se hubo alejado unos pasos llevó a Virginia aparte y le dijo-: No me habías dicho nada de esta cita.

-No se había concretado nada. Hablamos de ello en el viaje de regreso desde la escuela. Esta mañana me telefoneó.

-Ah, te llamó ella.

-Pensé que quería presentarte a los chicos antes del domingo, para que no les resultaras extraño. Siempre los acompaña ella.

Los hijos de los Bonner habían empezado a bajar al sótano; Chic les ordenó que esperasen. Chic llevaba su camisa de manga corta, la misma u

Librodot

otra diferente, y pantalones anchos. Liz estaba encantadora con su falda y su blusa. No parecían tener prisa.

-¿Puedes salir a tomar un café? -preguntó Virginia.

-No.

-¿Ni un par de minutos? Aquí al lado.

-Ya ves lo ocupado que estoy. Es la historia de todos los sábados. -La señora Watson se situó al lado de Virginia-. ¿Cómo podría abandonar la tienda un sábado? Sabes de sobra que he de quedarme.

Virginia y su madre fueron a reunirse con los Bonner, dejándole solo. Volvió a sentir aquella antigua sensación de estar pendiente de un hilo. Allí mismo, en su tienda, la sintió. Incluso allí.

-Te llaman -dijo Pete.

-¿Quién es?

-No lo sé. Algo sobre un aparato.

Pete le tendió el auricular y atendió a una pareja de jóvenes.

-Hola -dijo Roger con la boca pegada al micrófono-. Llevo horas sentado esperando a su operario para que repare mi aparato, y aún no ha llegado. ¿Cuánto rato más he de esperar? Me dijo que vendría temprano. He de ir a la ciudad, no puedo quedarme todo el día aquí.

Después de discutir, con el hombre del teléfono, tuvo que atender a una señora de edad avanzada que llevaba una bolsa de papel llena de lámparas para que comprobara su buen funcionamiento. Las fue sacando de una en una y dejándolas sobre el mostrador; cada una de ellas estaba envuelta en papel de periódico.

Las probó en el sótano y se las devolvió.

-Todas funcionan. Será otra cosa. Traiga el aparato.

Tardó bastante en desembarazarse de la anciana. Cuando tuvo un momento de respiro descubrió que la señora Watson, Chic y Liz Bonner, Virginia, Gregg, los hijos de los Bonner y el perro se marchaban; casi habían llegado a la puerta. El perro se había erguido, dispuesto a seguirles. Se sintió absolutamente inútil.

-Adiós -le dijo Virginia.

Todos, más o menos, se despidieron. Chic parecía estar explayándose en algún tópico; examinó el techo de la tienda, midió el umbral de la puerta y salió para estudiar el escaparate.

«¿Qué coño está haciendo? -pensó Roger-. ¿Qué viene a continuación? ¿Qué más ocurrirá?»

Pete se le acercó en cuanto el grupo hubo partido.

-¿Amigos tuyos?

-Sus hijos van a la escuela con Gregg.

-Esa tía está buena. Del tipo de..., des... ¿cómo las llamas tú?... despampanantes, eso es.

Asintió con la cabeza. Ahora se sentía deprimido.

-Olsen no ha telefoneado, ¿verdad? -preguntó Pete.

-No.

-Ojalá venga pronto. Hoy le tocará entregar aparatos hasta las doce de la noche -añadió Pete mientras iba a atender el teléfono.

Roger empezó a clasificar etiquetas en el mostrador. Sus manos trabajaban concienzudamente. «Así que ha llamado. ¿Supone eso algo? Y si es así, ¿qué representa? ¿Cuál es el significado exacto? ¿Cómo puede saberlo alguien? Nunca podemos estar seguros. Hay que esperar a

morirnos. Y, quizá, ni siquiera entonces. Todos nosotros estamos aquí abajo caminando a tientas, haciendo conjeturas y calculando. Haciéndolo lo mejor posible.»

Liz Bonner entró en la tienda como una tromba. Se deslizó hacia el mostrador y se plantó frente a él; no había pasado un momento y ya estaba allí, a un centímetro de distancia, una oscura, vivaz y sonriente forma embutida en una falda larga. Sus manos continuaron clasificando etiquetas. Estaba demasiado asustado para colocarlas. Tuvo la sensación de ser un mecanismo de hojalata bajo una cúpula de vidrio; sus brazos desfallecieron y cayeron, sus dedos seleccionaron la siguiente etiqueta y pasó el alambre por el agujero. Pero no miraba lo que hacía; mantenía los ojos clavados en Liz. Carecía tanto de control, padecía una indefensión tan espantosa que pensó: «Aún tengo suerte de poder hacer esto».

-He olvidado el bolso -dijo Liz.

Todos los colores que lucía se habían hecho más intensos, más profundos. «Está resplandeciente», pensó; incluso su falda y su cabello se habían oscurecido; sus ojos dilatados eran de color café. Brillaban con destellos de inteligencia, de voraz expectativa, como si estuviera preparada para algo, como si le urgiera a hablar o a actuar.

-Ah, ¿sí? -dijo con voz aflautada-. ¿Aquí?

Le miró con serenidad, todavía presentes el color y el encanto, como si hubiera deseado regresar aunque tal hecho supusiera un gran reto.

-Creo que me lo he dejado abajo, en el sótano, entre aquellos televisores tan grandes.

-De acuerdo.

No se le ocurría otra cosa que decir; había perdido su facilidad de palabra.

Al otro lado del mostrador, la cara de Virginia, (aquella cara cálida y brillante), reflejaba una confusión semejante. La negrura de sus ojos se agudizó y empezó a decir algo, titubeó, y luego, sin una palabra, trotó en dirección a la escalera con un revoloteo de su larga falda.

«¿Qué? -pensó Roger-. ¿Qué debo hacer? -Ante él, sobre el mostrador, sus manos seleccionaban etiquetas, pasaban alambres por los agujeros y clasificaban-. Estate quieto -se dijo-, deja que la vida se escape por las yemas de tus dedos hasta cegarte, hasta que tus piernas flaqueen, hasta morir.»

Volvió al cabo de un momento con el bolso. Era de piel, nuevo, y lo llevaba colgado del hombro. Parecía feliz y aliviada de haberlo recuperado.

-Odiaría perderlo -explicó-. Dentro hay toda clase de objetos.

Se paró en la puerta sin aliento y volvió hacia donde él se encontraba.

-¿Se va? -preguntó Roger. Ella asintió-. Adiós, ya nos veremos.

Liz agitó la cabeza sin hablar y salió corriendo de la tienda.

«No sé -reflexionó pasados unos minutos-. ¿Cómo puedo saber? ¿He de interpretar lo que ha sucedido? ¿Extraer alguna conclusión? ¿O he llegado al extremo de ver algo en todo porque deseo ver algo?

»Lo siguiente serán voces. Empezaré a oír voces.

»¿En qué puedo confiar? ¿En qué puedo creer?»

El intercomunicador que conectaba con el sótano siseó detrás de él. Una de sus lámparas sufría un cortocircuito parcial y siseaba sin cesar. «Casi puedo oír cosas en ese trasto -pensó-. ¿Por qué no? ¿Qué diferencia hay entre oír cosas en el siseo del intercomunicador y en lo que acabo de

presenciar... este hecho ocurrido en mi tienda, en la tienda de mi exclusiva propiedad, que conozco como la palma de mi mano, de la que soy dueño absoluto, delante de mis ojos?

»Mira en qué lío me he metido, atento al menor siseo, al menor ruido, tan amortiguado que apenas es audible. En el umbral de lo audible. Un hum.»

Hummmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmm.

«Qué precario es todo. He de dominarme. Lograrlo.

»Cristo, es probable que me arranque las tripas haciéndolo, que me lleve a la muerte escuchar.»

Hummmmmmmmmmmmmmmmmmmminmmm.

«El cansancio. Puede ser duro. No es cómodo. No es algo que suceda mientras estás tumbado a la bartola; es algo que se consigue con un gran esfuerzo y a lo largo de mucho tiempo. Has de avivarlo, alimentarlo, aventarlo y entregarle tu vida para que se mantenga.»

Apretó el interruptor del intercomunicador y preguntó:

-¿Hay alguien ahí?

Esperó. Nadie.

Hummmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmm.

-Vuelve al trabajo -dijo al intercomunicador. Abajo, en la vacía sección de reparaciones, su voz resonaría. Imaginó el eco en la penumbra-. Muévete y trabaja. Mueve el culo.

«Estoy hablando conmigo mismo», se dijo.

-¿Qué estás haciendo? -dijo al intercomunicador-. ¿Estás ahí sentado? ¿Duermes?

«Pareces dormido», se dijo.

-Contesta. Sé que estás ahí abajo. «No estoy solo, lo sé.» Vamos. -Aumentó el volumen del aparato al máximo-. ¡Contesta! -El suelo vibró-. «Mi voz. Debajo de mí. Desde el sótano.»

Pete se aproximó al mostrador sosteniendo el auricular del teléfono.

-Eh, ¿qué haces?

-Hablo con la sección de reparaciones.

Levantó la clavija del intercomunicador, que siseó.

Por la noche, después de la cena, Virginia le enseñó los jerseys que había comprado con los Bonner.

-Mira -dijo sosteniéndolos en alto-. ¿A que son bonitos?

-Mucho. ¿Te lo pasaste bien?

-Ya sabes que me gusta ir de compras a Pasadena.

-¿Se puede saber por qué demonios medía Chic mi tienda?

-¿Lo hizo? Creí que estaba midiendo la fachada.

-¿Por qué?

-Pregúntaselo a él.

-Me llevé una buena sorpresa cuando os vi entrar a los ocho en la tienda.

-¡Ocho!

-Si contamos el perro. ¿De quién es?

-De Walter y Jerry. Es muy pacífico y está bien educado.

No podía ver la cara de Virginia desde donde estaba sentado. Vaciló en interrogarla acerca de su comportamiento con los Bonner. ¿Qué era peor, plantear la pregunta o no plantearla?

No había manera de saberlo. No había manera de cerciorarse. Miradas borrosas. Posibilidades. Pistas, indicios... Se rindió.

«Tal vez tenga la suerte de que no exista el conocimiento real. Sólo la sospecha. Una enorme diferencia.»

Confirmación... el factor ausente. Podían vagar eternamente sin alcanzarla. O podía revelarse en cualquier momento. La confirmación de lo que sospechaba; o la confirmación de lo que acaso sospechara Virginia.

«Yo sospecho, luego tú sospechas. Y, por los clavos de Cristo, ¿qué sospechas tú? Porque no lo tengo demasiado claro.»

-Oh, me olvidé de decírtelo -dijo Virginia-. Igual te enfureces, pero aun así... Liz se olvidó el bolso en uno de los almacenes. Tuvimos que volver a Pasadena para recuperarlo; estaban a punto de cerrar.

-¿Y estaba allí?

-Sí, uno de los porteros lo guardó detrás del mostrador. Chic dice que siempre pierde las cosas.

«Asunto concluido -pensó-. ¿Lo ves? Mira en qué se ha convertido el siseo. Mira en qué se han convertido esas voces que oyes sin motivo alguno.»

Hummmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmm, le dijo el mundo. Desde todos los ángulos. Siseos y zumbidos. Trataban de llegar hasta él, de hablarle claro.

-¿En qué piensas? -preguntó Virginia-. Pareces tan deprimido...

-Pienso en la televisión en color.

-No lo hagas.

-No puedo evitarlo. Pienso en un almacén lleno de televisores en blanco y negro que tendré que tirar.

-Intenta pensar en algo más agradable.

-Lo intentaré. Haré lo que pueda.

El domingo, después de comer, acomodó a Gregg en el Oldsmobile y se dirigió a casa de los Bonner. A plena luz del día, su pequeña casa rústica ofrecía un aspecto desabrido; necesitaba una mano de pintura alrededor de las ventanas y podar el césped. La camioneta roja, aparcada enfrente, aún conservaba la capa de polvo. Alguien, en un parachoques (probablemente los niños), había trazado unas letras, iniciales borrosas.

«Podría llegar incluso a leer algo en las iniciales grabadas en el parachoques», pensó mientras cerraba la portezuela del coche.

-¿Vamos a volver ahora? -preguntó Gregg al cruzarla calle.

-En seguida.

Era la una y media. Tenían tiempo de sobra.

-Mamá no vendrá, ¿verdad? Creí que vendría -parpadeó el niño, taciturno.

-Mamá me pidió que te llevara. También llevaré a Walt y Jerry. -En tono jocoso añadió-: Claro que si no te gusta mi modo de conducir, puedes alquilar un taxi con los cuarenta centavos que has ahorrado.

-¿No podríamos ir un poco más tarde?

-Ya veremos.

Subieron al porche y pulsó el timbre.

Nadie contestó. Llamó de nuevo. La casa parecía vacía.

-A lo mejor no están en casa -le dijo a Gregg.

Librodot

Y entonces descubrió que estaba de pie en el porche, solo. El niño había desaparecido. «Hijo de perra», murmuró. Bajó del porche y caminó sobre el césped.

-¡Gregg!

Su hijo asomó desde una esquina de la casa.

-Están en el patio de atrás.

-Vale -dijo Roger.

Siguió en compañía de su hijo el sendero que iba entre la casa y la cerca, y que, tras atravesar una puerta y cruzar por entre unos arbustos, llegaba al patio trasero.

El perro estaba estirado en el centro de un rectángulo de césped terraplenado, con las patas extendidas. Esa parte del patio resultaba más atractiva que la delantera. Había árboles frutales, un incinerador y una pirámide de ramas y hojas secas. Los macizos de flores crecían paralelamente a la cerca. Los hijos de los Bonner estaban construyendo una cabaña con trozos de madera, apoyada contra la cerca posterior. Casi la habían terminado. Los niños trabajaban en tejanos, descalzos y sin camisa. Chic Bonner se hallaba cerca, sentado en un saliente de ladrillo con la cabeza gacha y los ojos entornados. El sol arrancaba de su cabeza destellos húmedos; su escaso cabello poseía cierta transparencia, como si su caída fuera inminente. Su cráneo relucía rosado y moteado, y cuando levantó los ojos Roger comprobó que también sus cejas eran rosadas. Chic se protegió los ojos con la mano a modo de visera, le miró de soslayo y extrajo unas gafas de sol.

-No puedo ver una mierda con este resplandor.

-Soy yo -dijo Roger.

Liz Bonner se estremeció y se incorporó. Estaba tumbada sobre la hierba en traje de baño.

-¿Tan tarde es? -murmuró. Se giró y se apoyó sobre los codos, con las manos apoyadas en las mejillas-. Hola Greggy. Ven aquí un momento. -El niño obedeció y ella le sujetó por la camisa-. ¿Es preciso que lleve la camisa? ¿Se la puedo quitar? -Se puso de rodillas, desabrochó la camisa de Gregg y la arrojó sobre la faja de ladrillo que bordeaba el césped-. Quítate los zapatos; bueno, pregúntale a tu papá si te da permiso.

-¿Puedo quitarme los zapatos?

-Claro, adelante. Se está a gusto con ustedes -dijo a los Bonner.

Liz se sentó con las piernas extendidas y las palmas de las manos apoyadas en el suelo. Trozos de hierba se habían adherido a su traje de baño, sus piernas y el escote. Tenía la piel más pálida de lo que recordaba. Era más baja que Virginia, más generosa de formas y sus caderas se le antojaron mucho más femeninas. Realmente tenía una buena figura. Como los dos chicos que se esforzaban en construir la cabaña, había prescindido de la mayor cantidad de ropa posible. Parecía tan natural estirada sobre su toalla de baño; armonizaba con el sol y el cristal y el perro pastor, incluso con el patio.

-Únase a nosotros -dijo Liz.

-¿Qué quiere decir?

-Recuéstese. Eche una siesta. Quítese la camisa y los zapatos.

-Suena de maravilla.

Gregg, vestido sólo con los pantalones, empezó a explorar el patio. Sus correrías le acercaron progresivamente a la cabaña, hasta que dio vueltas

en torno a ella, sin mirar en su dirección, pero convirtiéndola en su centro de atención. Los hijos de los Bonner le observaron con disgusto, si bien continuaron su labor.

-Lindahl -dijo Chic, con las piernas abiertas y los brazos descansando sobre los muslos-, no tiene mal aspecto su tienda, aunque la fachada no es muy grande, ¿eh? Me dio la impresión de que tanto los ventanales como el escaparate son condenadamente pequeños. Quizá esté en un error. Nunca he conocido a nadie que se dedicara a negocios de poca envergadura. Es algo que siempre me intrigó, pero que no me atrajo. La fachada de al lado es más grande, ¿no?

-Sí, me parece que sí.

-La tiene en arriendo, ¿no?

-Exacto.

-¿Cuánto paga al mes?

-Cerca de trescientos.

-Joder, ¿tanto? Bueno, está bien situada, y tiene mucha capacidad, ¿no? Cuando iba a la universidad me interesaba mucho la arquitectura; seguí un par de cursos... Me embarqué en lo del diseño... Imagino que todo el mundo pasa por épocas semejantes. -Levantó la cabeza y escrutó a Roger a través de sus gafas de sol-. ¿Proporciona muchas satisfacciones una tienda de esas características? Supongo que arreglar el escaparate le produce cierta satisfacción; no sé, me lo parece. Por otra parte, no pude impedir reparar en todas aquellas viejecitas; imagino que un negocio modesto acarrea perder algo de dignidad. En todo caso, pensé que usted se siente rebajado al tener que aguantar a todos esos vejestorios y sus constantes lamentos. Es una suposición, claro, pero no creo que me equivoque.

Una sensación de extrañeza invadió a Roger al oír tan claramente expresados sus propios pensamientos. El tipo conocía su oficio.

-Me divierte arreglar el escaparate -respondió, a la defensiva.

-¿Ha pensado en comprarla? Sería como un desafío, como darle la batalla al propietario. Al menos, así me lo tomaría yo.

-Y yo también.

Chic pareció desinteresarse del tema al llegar a este punto. Se reintegró a su mundo interior.

-Gregg -dijo Roger-, tendremos que irnos. -Su hijo acarreaba un trozo de madera para ayudar a colocar el tejado de la cabaña. Roger caminó en su dirección y dijo a los hijos de los Bonner-: Ya es casi la hora.

Ambos le ignoraron y siguieron con lo suyo.

Liz se levantó de un salto de la toalla y se acercó adonde estaban. Sus brazos y hombros desnudos relucían. La parte superior del traje de baño había resbalado hasta dejar casi expuestos sus pechos llenos y suaves.

-Están furiosos conmigo porque no voy a ir -explicó mientras se ajustaba el bañador.

-Oh -musitó Roger. Por lo tanto, los chicos también estarían enfadados con él. De hecho, pretendían no haber notado ni su presencia ni la de Gregg-. Lo siento.

-Ya basta, niños -dijo Chic-. Id a vestiros y al coche.

-Sí, señor -respondió Walt con un gruñido. Tiró al suelo un trozo de madera y salió corriendo. Jerry le acompañó.

-¿Qué vamos a hacer? ¿Va en serio? -le preguntó Liz a su marido.

Librodot

-Ya se les pasará.

-Ponte en su lugar. No les culpo.

Chic no dijo nada.

-Yo también iré -decidió Liz.

-Ya son lo bastante mayores como para no necesitar que les acompañes. Provocas una dependencia que no existe. Por eso me gusta lo de alternar los viajes. A los doce años, yo habría preferido recorrer a pie todo el camino antes que ir con mi madre. Deja que vayan sin ti un par de veces y se acostumbrarán a la tercera.

-Se volvió hacia Roger-. ¿No es así?

-No me mezcle en este asunto.

-¿No cree que un niño de doce años ya puede ir a todas partes sin su madre?

La puerta de atrás golpeó con estrépito; Jerry y Walt reaparecieron ya vestidos.

-¿Por qué queréis que os acompañe vuestra madre? -les preguntó Chic.

Murmuraron algo entre dientes y bajaron la cabeza.

-Id al coche. Quedaos sentados hasta la hora de la marcha.

Los chicos obedecieron con toda parsimonia.

-Déjame ir sólo por esta vez -pidió Liz-. Conduciré a la ida y Roger lo hará a la vuelta.

-Lo que pasa es que eres incapaz de perder de vista a esos chicos. Me sorprende que los matricularas allá arriba.

-Iré a cambiarme.

Liz cogió la toalla y desapareció en el interior de la casa.

-Me pone enfermo. ¿Cómo está Virginia? Me dio la impresión de que es una mujer muy sensata. No malcría a su hijo, ¿verdad?

-Depende -contestó Roger sin comprometerse.

-Entre usted y yo, Liz actúa a su aire; carece de reglas. Los trata según de qué humor esté.

-Vamos, Gregg -apremió al niño-. Ponte los pantalones y sube al coche con Jerry y Walter.

Cogió a su hijo del brazo y lo llevó hasta donde había dejado la camisa, los zapatos y los calcetines. Se puso a su lado y le fue empujando por el sendero que bordeaba la casa, vigilando que no escapara.

-No es muy hablador, ¿eh, Lindahl? -comentó Chic Bonner. Miró a Roger con resignado respeto-. Me parece que para dirigir un negocio es una virtud necesaria.

Transcurrió un tiempo sin que ninguno de los dos hablara.

Liz rompió el silencio.

-Ya estoy -gritó desde la casa-. Nos podemos ir.

-No me ponga en un aprieto -le dijo Roger a Chic.

-Tiene razón -admitió Chic arrepentido-. No me había dado cuenta. Que tengan buen viaje. Si los chicos se portan mal, déles una buena azotaina. Cuenta con mi permiso. Quizá sea la única forma de controlarlos.

Roger dobló la esquina de la casa y salió al patio delantero. Gregg y los dos hijos de los Bonner ya estaban en el coche; se miraron entre sí y luego los tres le miraron a él, pero no le importó. «Tengo otras cosas en que pensar», se dijo.

Se abrió la puerta de la casa y Liz Bonner descendió al sendero, con la chaqueta bajo el brazo y el bolso colgado del hombro. Se había puesto una camisa a rayas almidonada y una falda floreada.

-¿Me va a dar consejos sobre cómo conducir? Ah, pero si es su coche. ¿Vamos a ir en su coche?

-Para alternar.

-¿Puedo conducirlo? -Examinó el interior, titubeante. Los tres niños estaban algo nerviosos. Jerry y Walt recobraron los ánimos cuando comprendieron que su madre les acompañaba-. ¿Cómo funciona el cambio de marchas?

-Es automático. No tendrá ninguna dificultad.

-Haga el camino de subida -pidió.

-De acuerdo -aceptó Roger, y le abrió la portezuela.

Liz entró. Roger cerró la puerta de golpe y rodeó el automóvil para ocupar el asiento del conductor.

«Aquí la tienes», dijeron las voces en su oído. Ya no zumbaban; ahora hablaban. ¿Qué podía significar? ¿Algo? ¿Nada? No lo sabía; no tenía ni idea.

13

Mientras preparaba la cena, con las manos ocupadas con el huevo, la mostaza, el pan, la cebolla y la carne de vaca para confeccionar el pastel de carne, Virginia oyó los pasos de un hombre en el porche de la entrada. «Ya ha llegado», se dijo, pero cuando sonó el timbre experimentó un estremecimiento de pánico; imaginó nítidamente que una patrulla de tráfico le notificaba la catástrofe ocurrida en las montañas que separaban Ojai de Los Ángeles.

Se secó las manos con una toalla de papel y corrió hacia la puerta.

De pie en el porche estaba Chic Bonner con un paquete plano bajo el brazo.

-Hola, Virginia -dijo con timidez.

-Aún no ha vuelto. ¿Ha pasado algo?

-No, que yo sepa -respondió Chic con su tranquilidad acostumbrada.

-¿No debería haber vuelto ya?

Chic levantó el brazo y consultó el reloj a la luz del porche.

-No, no necesariamente. Liz no terminaba hasta las seis o las siete.

Bajó el brazo y penetró en la casa con pasos enérgicos que le llevaron hasta la sala de estar. Depositó el paquete en la mesa de café; se quitó la chaqueta, y Virginia se sorprendió cerrando la puerta y acudiendo a su lado para guardarle la chaqueta.

-Vaya sorpresa que me has dado -dijo, desconcertada por su entrada en la casa.

Daba por sentado que era bienvenido; no trató de explicarse, de disculparse o de averiguar qué hacía Virginia, si estaba acompañada u ocupada; ni siquiera se planteó si aceptaba su presencia allí y la del paquete abandonado sobre la mesa.

-Ahhh -exclamó desplomándose en la silla que había frente al hogar-. Oye, sigue con lo que hacías. Hablaré mientras trabajas.

-Estaba preparando la cena -dijo Virginia, aún indecisa.

Librodot

-Adelante. Sabes, me parece que tu marido es más inteligente que yo. He traído una cosa para que la vea.

Su tono era melancólico.

-Perdona, voy a continuar con lo que estaba haciendo.

Fue a la cocina y siguió amasando los ingredientes del pastel de carne; añadió la leche y removió con una espátula de madera.

Oyó que Chic Bonner abría el paquete en la sala de estar. Echó un vistazo y vio que disponía una fila de hojas de papel manila a lo largo de la mesa. Procedía con tal minuciosidad y silencio que le recordó la actividad de algunos mamíferos previsores que acogían provisiones para el invierno. Chic estudiaba las cosas y veía lo que sucedería dentro de diez años. El presente no le impresionaba.

-¿Tienes un segundo? -preguntó Chic.

-Un momento.

Añadió sal a la mezcla, casi se había olvidado. Chic entró en la cocina. Su envergadura se hizo evidente. Sólo con mantenerse inmóvil le impedía a Virginia pasar de un lado de la cocina al otro. Se había plantado como un árbol y la observaba mientras trabajaba.

-Te voy a hacer una pregunta, si no te importa hablar conmigo mientras trabajas. ¿Cuánto ganáis al año con esa tienda?

-No lo sé. Pregúntaselo a Roger.

-Imagino que su margen de ganancias oscila entre el veinticinco y el cuarenta por ciento. ¿Cuántos salarios paga? ¿Es posible que se asigne una paga regular al margen de los beneficios, que la anote en el libro de cuentas como cualquier otro salario?

-Es mejor que se lo preguntes a él -dijo introduciendo el pastel de carne en el horno.

-Veamos. Tiene un tipo que se encarga de las reparaciones. Y el empleado del almacén. ¿Alguien más?

-No.

-¿Le lleva alguien la contabilidad?

-Así es.

-¿Alguna vez le echas una mano? ¿En Navidad, por ejemplo?

-Le ayudo en Navidad, sí. Contesto el teléfono y atiendo a los clientes. Y contrata a un chico para conducir el camión y hacer el reparto.

-Es un negocio pequeño. -Anotó los datos-. ¿Tienes idea, una idea general, de lo que tiene almacenado?

-No.

Chic siguió de pie en silencio.

-¿Quieres beber algo?

-Bueno.

-¿Qué quieres? ¿Café, vino, cerveza? Hay *bourbon* en la despensa.

-Cerveza.

Virginia abrió una lata y vertió la cerveza en un vaso. Él bebió un sorbo y posó el vaso sobre la mesa.

-Quería discutirlo antes contigo. He de estar seguro de su reacción antes de abordarle. Es la clase de persona que podría rechazarlo de plano. Toma una decisión y hace lo que considera correcto. Y ya no hay nada ni nadie capaz de hacerle cambiar de opinión. Ésa puede ser la causa que le haya impedido triunfar en los negocios.

-¿Le vas a hacer alguna propuesta?

-¿Cómo crees que reaccionaría ante la idea de ampliar la tienda? Ven a la sala y te enseñaré mis bocetos. Vamos.

Se levantó seguido de Virginia, llena de curiosidad y del mismo sentimiento que la embargaba cuando el representante de alguna poderosa empresa de seguros empezaba a mostrar sus diagramas, gráficas y predicciones, sus representaciones del futuro.

Chic había diseminado sobre la mesa sus importantes cálculos. Virginia se inclinó, se secó las manos en el delantal y, al ver los bocetos, se quedó sin habla. Tenían un toque profesional, como las ilustraciones de futuros edificios públicos que aparecían ocasionalmente en los periódicos. Uno de los bocetos reproducía la fachada, alargada y baja, de una tienda, una horizontal rota por un letrero perpendicular. Otro mostraba una variante del mostrador. Aquel hombre grande y lento tenía un genio evidente.

-Sus mostradores no sirven de mucho -dijo Chic.

-¿Por qué?

Estaba fascinada. Era como recibir un servicio exclusivo, un análisis, un test; en el colegio la habían sometido a tests de aptitudes, tests de inteligencia... Los resultados la habían hecho vibrar de interés.

-Demasiado próximos a la puerta. Intimidan al cliente. Los clientes desean moverse a sus anchas. Servirse ellos mismos, tener acceso a los estantes y los productos sin tener que pedir ayuda. -Golpeó suavemente el boceto-. Si el mostrador está cerca de la puerta, el cliente es abordado (o piensa que le van a abordar) en cuanto trasponga el umbral. Me di cuenta nada más entrar en la tienda. La única ventaja de un mostrador tan adelantado es que permite evitar los robos y reducir al personal; un hombre puede realizar dos trabajos al mismo tiempo: portero y vendedor. Si fuera el propietario de una tienda de comestibles, donde no es tan necesario un vendedor como un portero, llena de pequeñas mercancías... situaría el mostrador cerca de la puerta.

-Entiendo. -Estudió un boceto del sistema de iluminación. Estudió con gran atención todos los dibujos. «Sí, lo entiendo muy bien», pensó-. Tienes que enseñárselos.

-¿Y qué piensas que dirá? -preguntó Chic sin la menor huella de humor-. He querido hablar primero contigo porque lo conoces mejor que yo. Mientras se empeñe en salir adelante él solo nunca...

-¿Qué harías tú, por tu parte? -le interrumpió Virginia, captando la esencia de su idea-. ¿Vender la panadería?

-No es mía. Soy dueño de parte de las acciones y percibo un sueldo. Lo que haría es renunciar a mi trabajo y vender algunas acciones para aportar una cantidad equivalente a lo que Roger tiene en material, muebles y todo eso.

-¿Trabajarías? -insistió ella-. No estás hablando de una sociedad en comandita, ¿verdad?

-Me gustaría probar en la venta al por menor.

-Por lo tanto, estarías en la tienda.

Asintió con la cabeza.

-Estos bocetos -dijo sentada en el brazo del sofá- son para una tienda nueva, ¿no? ¿O para remodelarla?

-Lo mismo da. Depende de la importancia que Roger conceda al emplazamiento. Deberá estudiarlo. Y, si quiere remodelarla, convendría

adquirir alguna de las tiendas contiguas al edificio, con preferencia la de artículos de jardinería. Así conseguiría la fachada que necesita.

-Estás hablando en serio, ¿verdad? -El rostro de Chic reflejaba tal serenidad que Virginia no esperó a oír la respuesta-. Pero sólo has visto la tienda una vez. Y apenas nos conoces.

-Todo está en los libros. Sabré lo que necesito saber cuando pueda ver los libros, cuando sepa el rendimiento neto, los gastos generales, el saldo y todo eso.

La idea iba adquiriendo a los ojos de Virginia proporciones fabulosas.

-¿Puedo llamar a mi madre y hablar con ella?

-Como quieras -dijo Chic, y empezó a reordenar los bocetos para cuando llegara Roger.

La señal de llamada zumbó en su oído, y en seguida oyó la voz seca de su madre.

-Hola -dijo Virginia-. Escucha, ¿puedes venir un momento? He de contarte algo que te alegrará.

-Bueno, ven a recogerme -contestó Marion con aspereza-. Así tendré tiempo para hacer unas cosillas.

-Espera un segundo. -Se volvió hacia Chic y le preguntó-: ¿Podemos ir a buscarla en tu camioneta?

-Por supuesto -dijo Chic inclinado sobre los bocetos.

-Iremos a buscarte dentro de unos diez minutos.

-¿Qué pasa? ¿Por qué no me lo dices?

-Ya lo sabrás. Adiós. Tardaremos diez minutos.

-Sí -comentó Chic-, me gustará saber su punto de vista. También me ayudará a prever la reacción de Roger.

-¿Por qué no has venido con Liz? -preguntó, Virginia mientras se ponía la chaqueta.

-En el último momento se puso nerviosa y se fue con los demás.

-¿A la escuela? ¿Han ido los dos?

-Sí, los dos. Estaba preocupada por los chicos, no les gustaba la idea de ir con un extraño. Hasta ahora siempre los había llevado ella.

«Oh, no -pensó Virginia dominando la risa-; cuatro horas y media escuchando a Liz Bonner. Pobre Roger.»

-¿A qué viene esa sonrisa? -preguntó Chic.

-Estaba pensando -ensayó una explicación más diplomática- en la gran teoría de Roger sobre la mejor forma de hacer los viajes... vosotros lo haríais los viernes, nosotros los domingos, y ahora resulta que han ido juntos.

14

Cuando llegaron a la escuela, alrededor de las tres y media, los tres niños despertaron de su letargo y empezaron a hablar en términos grandilocuentes. En cuanto paró el motor, los tres saltaron al suelo polvoriento. Walter y Jerry iniciaron un trotecillo en dirección al edificio principal. Gregg se rezagó, aguardando las instrucciones de su padre.

-Debería acompañarle adentro -murmuró Roger-, pero no estoy seguro. ¿Qué opinas?

-Sí, entremos -asintió Liz, todavía sentada en el coche.

No habían hablado mucho durante el viaje. Se habían limitado a contemplar el paisaje y a comentar lo que veían; después de dejar atrás las montañas, Liz se había quitado los zapatos y aovillado en el asiento para echar una siesta.

-¿Vienes?

Roger bajó, tenso, y dio la vuelta al coche. Sentía la cabeza y los pies doloridos. En cuanto Liz se durmió, Roger conectó la radio y buscó programas de humor y de misterio para los niños, a los cuales no prestaron atención en ningún momento. El trayecto era una lata, sin paliativos. Se alegró de no conducir a la vuelta. El tránsito en la 99 sería terrorífico.

Liz posó los pies en el suelo y se irguió trabajosamente.

-¿Te importa si entro así? -Iba descalza-. No se escandalizarán; ya me conocen.

Cogió el bolso y siguió los pasos de los niños.

-Es reconfortante estirar las piernas -dijo Roger.

-¿He roncado?

-No.

-Chic dice que ronco cuando duermo en el coche. ¿Tienes un cigarrillo?

Le pasó sus cigarrillos y encendió una cerilla; ambos se detuvieron y protegieron con las manos la llama. Empezaba a soplar un poco de viento. La falda larga de Liz se apretaba contra sus piernas y, cuando se apartó con el cigarrillo, una ráfaga de viento despeinó sus cabellos y los distribuyó sobre su cara. Ladeó la cabeza y se los echó hacia atrás, manteniendo el cigarrillo alejado.

-¿Les darán de cenar? -preguntó Roger.

-Sí, a las seis. Por eso Edna nos hace subir antes con los pobres prisioneros.

-Papá -preguntó Gregg, que les precedía unos metros-, ¿cuándo volveréis tú y mamá?

-El próximo viernes.

-Ah, ya -se dejó caer al suelo y se restregó en la tierra.

-¿Ya qué? -repitió Liz, que luego asió al niño por la cadera y lo balanceó de atrás adelante; se tambaleó y ella lo apretó contra su cuerpo. Gregg se debatió entre risas. Lo soltó y el niño salió corriendo, trazó círculos alrededor de los dos adultos y se precipitó sobre ellos con las manos tendidas ante sí-. Tranquilo -dijo Liz intentando contenerlo. Dedicó a Roger una sonrisa desmayada.

-No te quemes con su cigarrillo -advirtió Roger a su hijo.

-No lo hará. -Liz sujetó en alto el cigarrillo-. Te preocupas demasiado. Y aunque se quemara... Mira. -Acercó su muñeca a los ojos de Roger--. ¿Ves?

Una cicatriz blanca. Sintió su piel cálida y suave cuando rodeó el brazo para ver mejor. Ambos dejaron de andar.

-¡Déjame ver! -chilló Gregg.

Los hijos de los Bonner habían desaparecido en la terraza del edificio; se sabían el camino de memoria.

-Me lo hizo un niño que vivía en mi calle -explicó Liz-. Con una cerilla. Aposté a que no retiraría el brazo. Estaba enamorada de él.

-¿Sí?

-Puedes apostar tu vida por ello. Corrí hasta mi casa sin dejar de gritar. Se lo dije a mi padre, él bajó a la calle y se lo dijo al padre de Eddie Tarski, que le dio a su hijo una paliza de muerte. No les conté que había sido idea mía.

-¿Cuántos años tenías?

-Ocho. No tenía cerebro. -Le dio una patada a una piedra, que rodó hasta el otro lado del sendero-. Ocurrió en Soledad. ¿Has estado alguna vez en Soledad?

-No.

-Está en el valle de Salinas, cerca de una prisión de máxima seguridad. Solíamos charlar y jugar con los presos. Trabajaban en los campos. Colocábamos monedas en la vía del tren. Quedaban totalmente aplanadas. Aún guardo una... Me trae buena suerte.

-¿Y no hacían descarrilar el tren? -preguntó Gregg.

-¿Cuándo quieres volver? -quiso saber Roger mientras subían la escalera. Confiaba en que deseara quedarse un rato, contaba con ello.

-Me da igual.

-Me gustaría dar un paseo, me agrada este lugar. Nací en una granja.

-¿Dónde?

-En Arkansas.

-No se parece a una granja -declaró ella con firmeza-. No hay cultivos, ni cabezas de ganado ni ovejas; sólo sirve para encarcelar a los prisioneros. ¿Por qué te recuerda a una granja?

-Por los animales.

-¿Qué animales? -le miró sin comprender.

-Los caballos... Los conejos.

-Oh -entonces pareció recordar-, claro. Pago cinco dólares al mes para que Walt y Jerry aprendan a montar. O tal vez sea para que les laven la ropa.

El señor Van Ecke, el profesor de matemáticas, con corbata, jersey y pantalones cortos de color caqui, apareció en ese momento y reparó en su presencia.

-Hola, Liz. Hola, señor Lindahl. Por fin lo arreglaron todo, ¿eh?

-A la perfección -contestó Roger.

-¿Dónde está el gran panadero, Liz? ¿En casa con sus hogazas?

Ella arrugó la nariz ante la broma.

Los hijos de los Bonner se habían reunido en la terraza con otros compañeros. Gregg, consciente de su inferioridad, los evitó. Disimulando cuanto pudo se fue desviando hasta colocarse junto a Liz, su padre y el señor Van Ecke.

-Papá, ¿quieres ver el cuarto en el que vivo con los otros chicos?

-De acuerdo. Vamos allá.

-Nos encontraremos aquí -le dijo Liz-, o en el coche. No te vayas sin mí. Aunque no me encuentres, seguro que estoy por algún sitio.

Roger, guiado por su hijo, subió al dormitorio de los pequeños y examinó la limpia, sencilla y amplia habitación en la que dormían seis niños en literas, agrupadas de dos en dos. Una de las taquillas tenía el nombre de Gregg pegado en la puerta, y encima de ella se amontonaba una pila de comics del chico.

-Muy bonito -dijo Roger, totalmente desinteresado.

-¿Quieres que te presente a Billy, papá? -Billy era el nuevo amigo de su hijo. Gregg no había cesado en todo el fin de semana de hablar de él y de lo que hacían-. Me parece que está abajo, o al otro lado del vestíbulo. Sí, al otro lado del vestíbulo, papá.

-Creo que está abajo -sentenció Roger. Acompañó a su hijo al vestíbulo.

Liz, acodada en la barandilla de la terraza, fumaba el cigarrillo que le había dado. Cuando les vio venir cambió de posición y sonrió.

-¿Dónde está Van Ecke? -preguntó Roger.

-Ocupado en sus quehaceres.

-¿Y Jerry y Walter?

-Están ayudando a un chico a montar un receptor de onda corta. Ve a echarles una mano, es tu especialidad. ¿Lo harás? ¿No montabas receptores de onda corta cuando eras un crío?

-Algunos.

-Apuesto, a que les impresionarías. -Se pasó la lengua por los labios y le preguntó a Gregg-: ¿No te impresiona que tu padre sea capaz de montar receptores de onda corta? -Levantó la cabeza, tan cerca de Roger que éste dio un paso atrás para que sus cabellos no le rozaran-. Caray, tienes a Chic conmocionado. Se figura que eres la única persona que no tiene miedo de Edna Alt -bajó la voz- y la única que tiene los cojones de salir de aquí aguantando el tipo. Le asusta mucho esa mujer. Y a mí también.

-Es dura.

-En el campo de deportes, cuando te conocimos y reñiste a Gregg de aquella manera, Chic le estuvo dando vueltas al asunto y creyó que te habías picado con nosotros; yo también. Pensamos que habíamos dicho algo que te había disgustado o que los niños habían molestado a Gregg. Ya lo sabes. Quería decírtelo -le escudriñó pensativamente-. Luego, cuando nos enteramos de que Edna te había devuelto el cheque, siguió pensando y llegó a la conclusión de que adivinabas sus intenciones. Estuvo hablando de esto durante todo el camino de vuelta: «Ese Lindahl se hace valer», «Lindahl no le lame el culo a esa tía».

-¿Y qué pensó cuando supo que habíamos matriculado a Gregg en la escuela?

-Oh, también se pasó mucho rato meditando. Por fin, mientras yo quitaba el polvo de la sala, vino y dijo: «Lindahl jugó fuerte. Tenía que enseñarle a la vieja bruja que debía plegarse a sus condiciones. Era una cuestión de principios». En este plan. Entonces me preguntó a qué te dedicabas. Le respondí que, si no recordaba mal las palabras de Edna, tenías un negocio de camisería.

-Fantástico.

-Le entusiasmó tu tienda.

-Me alegro de que le gustara.

Prefería no hablar mucho de su marido. Chic no era para él más que una mancha borrosa, y deseaba ser lo mismo para él.

Oyeron voces que se acercaban a la terraza; eran la de la señora Alt y la de una pareja. No tardó en aparecer la señora Alt, acompañada de un hombre y una mujer elegantemente vestidos. Tras ellos, rezagada, iba una niña tímida de aspecto desvalida, tal vez de unos seis años, con un traje almidonado y bordado de rosas rojas y amarillas. Tenía los ojos hinchados de haber llorado.

-¿Te gustaría que te recluyeran en esta institución penal? -le susurró Liz al oído.

-Depende.

-No te gustaría.

-Me convenciste de que metiera aquí a Gregg.

-¿Eso hice?

-Cuando me paraste en Ojai.

-O-hai -le corrigió.

-Tú me persuadiste.

Empezaba a comprender muy bien lo que quería decir Virginia.

-Creí que te habías enfadado con nosotros. -Liz arrugó el entrecejo-. Intentaba disculparme.

La señora Alt, la pareja y la niña de aspecto desvalido caminaban en su dirección. Al verles, la primera hizo una pausa en la conversación y les saludó con un gesto.

-Hola, Liz. Hola, señor Lindahl.

-Hola, señora Ant -dijo Gregg.

Los dos miembros de la pareja sonrieron. Parecían abrumados por la responsabilidad de matricular a su hija en una nueva escuela.

-El señor y la señora Mines -dijo la señora Alt-. Tengo el gusto de presentarles a... -una ligera duda, un parpadeo que acentuó el brillo de sus ojos y luego terminó la frase-... al señor Lindahl y a la señora Bonner. Y este jovencito es Gregg Lindahl, el hijo del señor Lindahl. Es muy posible que Gregg y Joanne coincidan en varias clases.

Saludos y apretones de manos. Los dos grupos conversaron un rato.

-Un día me caí de la ventana -le explicó Gregg a Joanne-.

Todo el mundo corrió a ver si me había hecho daño. Creo que fue ayer.

-¿Y te hiciste daño? -se interesó cordialmente la señora Mines.

-No, pero todo el mundo estaba convencido de que sí.

-¿Cuánto tiempo lleva en la escuela su hijo? -preguntó la señora Mines a Liz.

-No es hijo mío. No lo había visto en mi vida.

-Sé cómo se siente.

La señora Mines sonrió, divertida por alguna oscura razón ante la chanza.

-Es verdad -protestó Liz-. No lo conozco. Tengo dos hijos... ¿Dónde se habrán metido? ¿Has visto a Walt y a Jerry? -le preguntó a Roger. Parecía absolutamente incapaz de hacer frente a la situación.

-Vamos, Liz -dijo la señora Alt con tono enérgico-, sabes muy bien que habías visto antes a Gregg. Le trajiste aquí. Con Liz nunca sabes quién es el adulto y quién el niño -explicó a los Mines.

Los Mines sonrieron, y luego prosiguieron su camino con la señora Alt y la niña. Atravesaron la terraza y entraron en el edificio.

-¿Sabes por qué dije esas cosas? -le preguntó Liz a Roger de mal humor.

-Tranquila, no pasa nada.

Al igual que la señora Mines, también lo encontraba divertido.

-Creo que estoy loca -dijo Liz con voz de desesperación.

Rodeó el brazo de Roger y lo atrajo hacia sí-. Quiero decir... Qué situación tan desagradable. Esa gente... ¿Cómo se llamaban? Pensaron

que estábamos casados y que Gregg era mi hijo. Me puso a cien. Hasta Edna Alt estuvo a punto de presentarnos como el señor y la señora tal.

-Pero salvó la situación.

-Me parece que está enfadada conmigo.

-Nadie está enfadado contigo.

-Me hago tales líos... Gregg, no quise decir eso.

Gregg no había prestado atención al intercambio de palabras. Sabía que Liz no era su madre.

-Gregg me odia -dijo Liz. De repente se reclinó sobre Roger y apoyó la cabeza en su hombro. Su cabello resbaló sobre su rostro; acarició su piel y percibió el cálido y fragante aroma de la mujer-. ¿Puedo apoyarme en tu hombro?

-Claro.

Al momento se apartó y cruzó la terraza a grandes zancadas.

-Sería mejor que nos fuéramos. Lo peor es el regreso; el tránsito es mortal. Lo olvidé, de lo contrario no te habría pedido que condujeras tú a la vuelta. No me importa hacer los dos viajes, no estoy cansada.

-Conduje yo en el camino hasta aquí, ¿no te acuerdas?

-No, creía que lo había hecho yo. -Se encolerizó de repente-. Sé que lo hice; tú debías conducir a la vuelta. ¿No fue ése el pacto?

-Del que estoy muy satisfecho. -Ella se calmó y la duda se pintó en su semblante-. Todo está solucionado.

No quería marcharse de la escuela; era su único pensamiento. Pero comprendió que Liz tenía razón en un único aspecto: cuanto más esperaran, peor sería la circulación.

-Iré a los aseos mientras te despides de Gregg. -Se encaminó a la puerta y se detuvo a medio camino-. ¿Y si me encuentro otra vez a la señora Alt y a los demás?

-Sigue adelante y no te preocupes.

Le miró con incertidumbre, pendiente de sus palabras.

-Con la mayor naturalidad.

-De acuerdo -asintió con la cabeza y penetró en el vestíbulo.

-Tu esposa es una mujer maravillosa -comentó Liz mientras atravesaban el valle de Ojai-. Realmente extraordinaria. No paramos de hablar; no recuerdo cuándo fue la última vez que hablé con alguien tan preocupado por lo que sucede en el mundo.

-Es cierto.

-Me explicó lo de su baile. Dejará que acuda a una sesión. Me explicó también la parte de la terapia... pero no la entendí, y se lo dije. Tiene mucha paciencia. O sea, no le molestó que fuera incapaz de seguirla. Creo que le caigo bien. Tuve esa sensación. Cuando la llamé el sábado por la mañana se alegró mucho de ir de compras; cuando Chic insinuó que quería ver tu tienda, Virginia no dudó ni un instante en invitarnos a pasar un momento por ella. La señora Watson es su madre, ¿verdad? No la tuya. Me gustó también. Es una suerte tener una esposa como Virginia, con esas piernas tan bien formadas. Es por el baile, ¿no? Viste mucho mejor que la mayoría de las mujeres que conozco. El día que fuimos de compras le pedí que eligiera dos vestidos para mí.

-Estupendo.

Librodot

-Y Gregg es un encanto. Qué suerte tienes, Roger. Un hijo, una esposa y una tienda como la que tienes. Hasta tu suegra es agradable. Deberías estar contento. ¿Lo estás? ¿Te das cuenta de lo maravillosa que es Virginia? Edna Alt también la aprecia. Eso es muy significativo.

-No estoy de acuerdo en que Virginia le caiga bien a la señora Alt. Empezaron a discutir en cuanto se conocieron.

-No -persistió Liz-. Yo sé que le gusta a Edna. ¿De dónde has sacado esa idea? ¿De qué discutieron?

-Es lo que me explicó Virginia.

-Me resulta difícil imaginar a Virginia peleándose con alguien. Es tan alegre y vivaz; siempre está de buen humor, ¿verdad? ¿Es la influencia de haber vivido durante tanto tiempo en Washington? Me contó que te había conocido allí cuando la guerra. Trabajaba como enfermera y te habían licenciado a causa de tus heridas. -Se volvió hacia él, echó los brazos hacia atrás y le miró con insistencia-. ¿Dónde te hirieron? ¿Fue ella quien te cuidó? No me cuesta imaginar a Virginia de enfermera... es el tipo de persona que disfruta cuidando a los soldados heridos. Recuerdo que cuando la guerra... ¿sabes lo que hice? No te lo puedes ni imaginar. Mi única contribución fue trabajar como taquígrafa para la fábrica Bonny Bonner Bread, en Los Ángeles. Había conocido antes a Chic... ya estábamos casados. Quiero decir que cuando todos los hombres fueron movilizados entré a trabajar para echar una mano. Jerry nació en 1940 y Walter en 1941, en pleno verano. Conocí a Chic en 1938. Nos mudamos a L.A. Mi padre era médico. Todavía lo es... aunque está jubilado. Llevamos casados catorce años. Dios, parece imposible.

«He aquí otro momento decisivo», pensó Roger.

-¿No resulta extraño? Ir sin los niños, quiero decir. El coche está tan vacío...

-Sí.

Sus manos resbalaban sudorosas sobre el volante; la superficie bajo sus manos parecía de cristal. Sus nervios se crisparon y, como resultado, aumentó excesivamente la velocidad, lo que no pasó inadvertido a Liz.

-Ya veo que dominas este coche.

-Reduciré.

Disminuyó la presión sobre el acelerador; la velocidad del automóvil se tornó moderada.

-Ahora sí que vas a la marcha adecuada.

-¿Qué hora es? -preguntó con la mayor serenidad posible-. ¿Tenemos mucha prisa?

Liz no le escuchó. Vuelta en su asiento, examinaba algo a su espalda.

-Mira, Walter se ha olvidado su telescopio de bolsillo.

-¿Quieres que me pare?

-¿Para qué?

-Para dar la vuelta y regresar.

-Se lo llevaré otro día. Recuérdamelo. Lo solicitaré expresamente para él. ¿Sabes cuánto me costó? Cincuenta centavos y unos cuantos envoltorios de sopa Swan, aunque no me acuerdo de cuántos. Funciona de maravilla.

-¿Qué hora es?

-No lo sé. ¿Llevas reloj?

-¿Podemos parar en algún sitio?

-¿Por qué? ¿Para qué?

-Me apetece parar -dijo, sintiéndose torpe y fracasado. La indiferencia de Liz le irritaba.

-No quiero parar.

-Yo sí.

-Haz lo que te parezca. Tú conduces. Es tu coche.

La carretera se adentró en las montañas. La tierra circundante era seca y estéril. No se veían señales de casas o habitantes.

-Ahí hay un hombre que hace auto stop. -Liz señaló a un mexicano, un jornalero que avanzaba por el borde de la carretera con la chaqueta colgada al hombro y tocado con un sombrero de paja. Movió el pulgar y esbozó una sonrisa esperanzada-. Deja que suba. Siempre los subo en esta parte, si no tienen que bajar toda la montaña a pie... Suelen ir a Santa Paula.

Roger no frenó. El mexicano disminuyó de tamaño tras ellos. Por el retrovisor observó cómo su cara se transformaba y adoptaba una expresión hostil. La pendiente rocosa y los arbustos le ocultaron a su mirada.

-¿No subes a la gente que hace auto stop? -preguntó Liz sin acritud, pero en tono solidario.

-Demasiado arriesgado.

-¿De veras? Quizá tengas razón, pero me siento culpable cuando no los recojo... sólo tienen lo que llevan puesto. En cambio, nosotros tenemos dinero, enviamos a nuestros hijos a una escuela de pago, tú eres propietario de una tienda, Chic controla parte de la panificadora, y todos hemos comprado cosas y tenemos lo que queremos. No parece muy justo. Aunque quizá tengas razón.

Se acomodó en el asiento, con las rodillas encogidas y los codos doblados de tal forma que los pulgares sostenían la barbilla.

Cada vez que doblaba una curva podía divisar el fondo del valle. Muchos coches se salían de la carretera para descansar en algunas de las zonas de aparcamiento, sembradas de baches obstáculos.

-Aquí, no -dijo Liz.

-¿Por qué no? -preguntó Roger, intrigado por la frase y dispuesto a obtener lo que ansiaba de ella.

-Oye, ya no soy una colegiala -respondió con voz ronca desfalleciente.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que... piensas estupideces. Aparcar en un descampado y magrearnos y todo eso. Roger, tengo treinta y cuatro años y llevo catorce casada. Tú también estás casado. ¿No crees que después de catorce años ya he tenido bastante... sexo? No me vas a tentar con tan poca cosa; no me voy a ir contigo a un motel o algo por el estilo -le miró con severidad.

-Por supuesto que no -consiguió articular.

Ninguno de los dos dijo nada hasta que salieron de las montañas en dirección a Santa Paula. Liz conectó la radio del coche y puso música orquestal.

-¿Te gusta la música clásica? -preguntó-. Chic la odia.

Roger mantuvo la vista fija en la carretera. A cada lado crecían árboles. El coche circulaba junto a casas y carreteras vecinales estrechas. El campo era fértil y llano y -estaba bien cuidado.

-No te enfades conmigo -dijo Liz.

Librodot

-No me enfado -afirmó, aunque a sus propios oídos su voz sonaba tan irritada y disgustada como la de un niño. Como un colegial.

-No te voy a negar que sería estupendo largarse a algún sitio y hacer el amor frenética y apasionadamente. Pero no voy a hacerlo. Me resultas atractivo, desde la primera vez que te vi. Estabas de pie sobre la colina que da al campo de fútbol y te vimos, y la señora McGovern se preguntó quién podías ser. Pero... Virginia y tu madre me asustan.

-Mi suegra -rectificó.

-Y Chic también me asusta.

-Y a mí.

-Quería hacer este viaje contigo. Te he acompañado a propósito. Le dije a Chic que estaba preocupada por los niños. Me pasé el viaje de ida pensando en el de vuelta, sin niños. -Roger no dijo nada-. ¿Qué hora es? -Se subió la manga con un estremecimiento y consultó su reloj de pulsera-. Las cuatro y media. Podríamos detenernos durante una hora, como máximo.

-¿Para hacer qué?

-Podrías invitarme a una copa.

-De acuerdo.

-Al llegar a Santa Paula, gira a la derecha. Hay un café junto a la carretera. Es muy tranquilo. Nadie nos reconocerá. Está algo apartado... No como esos gigantescos monstruos de la autopista. -Se removió en el asiento y le rodeó el brazo con el suyo-. Puedes conducir así?

-A lo mejor no.

-Roger -dijo soltándole-, no se lo cuentas todo a tu esposa, ¿verdad? Sabes guardar un secreto cuando es importante... sobre todo si es un auténtico secreto.

-Claro.

-Igual estoy cometiendo un gravísimo error. -La duda crispó sus facciones-. ¿No era esto lo que rondaba por tu cabeza? ¿No era esto lo que te impulsó a venir a casa la otra noche? Montaste esta historia con un único propósito, ¿no? Dímelo; quiero oírlo de tus labios.

-Sí -expulsó la palabra como lo que era: un compromiso.

-Estoy nerviosa, y me siento peor cada vez que lo pienso. Tal vez podríamos vernos de vez en cuando, una hora o así... ¿Para qué serviría?

-Ya es algo.

-Por Dios -suspiró-. Sabes, mis hijos no se van a entender con el tuyo, es demasiado pequeño. Es una especie de extraño. Sólo quedamos tú y yo. Ambos tenemos hijos; ya se conocen. ¿Qué hacías hace catorce años, en 1938?

-Estaba en la WPA.

-No bromees -rió Liz-. Me parece tan divertido. Tan chocante. -Entornó los ojos para examinar mejor la carretera-. Sabes, de verdad que me apetece una copa. Así descubrí este lugar. Me he parado un par de veces. Me siento sola. Todo lo que hace Chic es sentarse a preparar sus proyectos de negocios. Tú no eres así, ¿verdad? Te interesas por algo más que los negocios. Lee todas esas revistas de negocios... Se licenció en económicas. Yo en francés.

Roger siguió conduciendo, buscando la desviación que llevaba al bar.

-No corras tanto. Estamos llegando.

En el cruce de las dos carreteras giró a la derecha, hacia la costa. Dejó atrás unas estaciones de servicio y algunas tiendas.

Un motel moderno y atractivo apareció ante su vista. Ambos clavaron la mirada en el motel.

-He cambiado de opinión -aseguró Liz con brusquedad-. Párate. ¿Por qué no podemos entrar ahí? ¿Quién se enteraría?

-Nadie -dijo Roger mientras se esforzaba en deslindar la realidad de lo que era exclusivo producto de sus pensamientos, esperanzas e imaginaciones. Pero todo apuntaba en la dirección de la realidad. No se trataba de su imaginación. No por más tiempo.

-Parece limpio -dijo Liz utilizando la mano a modo de visera-. Nuevo. ¿Qué te parece?

Roger entró en el camino de grava y frenó, sin parar el motor.

-Como quieras. -Ambos permanecieron sentados. Se secó el sudor de las manos-. ¿Y bien?

-Entremos -decidió Liz. Abrió la portezuela y bajó. El viento del atardecer agitó su falda; la sujetó y se protegió el cabello-. ¿Harás los trámites? Estoy un poco asustada. Lo dejo en tus manos. Sólo entraré cuando pueda arrojarme en la cama, descansar y estar contigo.

Mientras Roger cumplimentaba los trámites en la recepción del motel, Liz atravesó con el coche un arco de hiedra con rejas, hasta el patio en que se alineaban las habitaciones.

-Abre la puerta -pidió cuando llegaron al porche de su habitación. Lo abrazó sin previo aviso y le besó; apretó la boca contra la suya con tal violencia que Roger notó el impacto de sus dientes-. Estoy muy asustada, Roger -su boca recorrió el espacio que separaba los labios de la oreja-, pero quiero hacerlo. ¿Cuánto tiempo nos queda? ¿Una hora? No es mucho.

Una idea escasamente romántica se abrió paso en el cerebro de Roger.

-¿Hay que tomar precauciones?

-Me coloqué el diafragma en la escuela. -Le precedió al entrar y arrojó el bolso sobre una silla-. Recuerda, cuando nos separamos y fui a los aseos, poco antes de subir al coche. Es suficiente para un par de horas.

Roger la enlazó por la cintura y le desabrochó la falda. Advirtió con sorpresa que no llevaba nada debajo, y cuando Liz se quitó la camisa a rayas tampoco vio ninguna otra prenda.

-Nunca llevo ropa interior -explicó ella. Aplastó su cuerpo contra el suyo y deslizó sus frías y pequeñas manos sobre sus hombros-. No sé por qué. No me gusta. Me gusta sentir el sol sobre mi piel.

Insistió en que no bajara las persianas para demostrarlo; incluso le obligó a trasladar la cama de sitio para que el sol del ocaso cayera sobre ellos. Les proporcionó calor todo el rato que pasaron allí.

15

Regresaron a San Fernando cuando el sol ya se había puesto. El alumbrado público y los rótulos de neón ya lucían. Las calles estaban en penumbra mientras Roger buscaba la casa.

-Es la siguiente manzana -precisó Liz-. ¿Qué hora es?

-Las seis cuarenta.

Librodot

-No es muy tarde. Suelo llegar a casa a esta hora. Si me dice algo, le diré que la señora Alt y los señores Mines estuvieron discutiendo conmigo acerca de la escuela. -Se alejó unos centímetros para estudiarle; apretó las manos contra su rostro, retrocedió y le dijo-: Será mejor que entres conmigo. Resultará más natural, ¿no? Sólo un segundo. Entonces insinúa algo de que tienes prisa para ir a cenar, pero no te quedes.

Desde que se habían ido del motel, Liz no cesaba de plantear las dificultades de cada teoría. Había insistido en que forjaran juntos una historia que cubriera el intervalo que abarcaba el período de tiempo transcurrido entre el momento en que abandonaron la escuela y el de aparcar frente a su casa.

Sin embargo, estaba animada y contenta. Se mostró nerviosa en el coche y, abrazada a él mientras conducía, comentaba cuanto veía en la carretera, le hacía preguntas personales: de cuántas mujeres había estado enamorado, cuánto tiempo llevaba casado con Virginia, si era la primera vez que hacía una cosa semejante...

-Roger -exclamó-. ¿Sabes lo que significa esto? ¡Adulterio! -se llevó las manos a las mejillas, horrorizada.

-Tranquila -dijo él, lleno de un profundo afecto hacia ella, incluso por su confusión y sus balbuceos.

-¿No es así? -preguntó poniéndose de rodillas en el asiento y dominándole desde su altura-. Es un crimen; es ilegal. Oh, Dios mío, imagínate que alguien lo descubre... alguien como Edna Alt. Se enteraría todo el mundo en la escuela.

Parecía muy afligida; su cara estaba pálida y sus ojos se ensanchaban y oscurecían cada vez más.

-No te preocupes. Nadie lo sabrá, a menos que se lo digamos.

-¡Me gustaría pregonarlo a los cuatro vientos!

Se confesó a sí mismo que haría muy bien.

-No lo harás -dijo en voz alta.

Sin embargo, manifestarlo no aumentó su sensación de seguridad. Se la pudo imaginar nítidamente, empujada por el entusiasmo, confesando a Chic: «He de decirte una cosa... En el camino de regreso, Roger y yo paramos en un motel y nos fuimos a la cama».

-Me siento tan mal... Me siento como si hubiera traicionado a mis hijos, a Chic, a Edna y a todo dios. ¿Cómo te sientes tú?

-De puta madre.

-¿No te arrepientes?

-No.

-Yo tampoco. -Se arrojó en sus brazos y lo apretó con todas sus fuerzas. Luego se desprendió-. Casi hemos llegado. Pasado el poste del teléfono. ¿Dónde está la camioneta? Se ha ido. Y no veo luces. Algo ha ocurrido. Quizá vino a buscarnos. ¿Te imaginas? Por Dios, ¿y si nos hubiera seguido? Todo es posible, sería capaz de hacerlo.

Roger aparcó el coche frente a la casa de los Bonner. Se veía oscura y abandonada.

-Entra conmigo -le suplicó Liz-. Tengo miedo. Si pasa algo no quiero afrontarlo sola.

Roger abrió la portezuela del coche y la ayudó a bajar.

-No me digas nada -dijo Liz en voz baja-, ni me mires... ya sabes. No me hagas señas o cosas por el estilo. Me entiendes, ¿verdad?

Cerró la puerta del coche y cruzó la calle con Liz hasta llegar a su casa. Había una nota en la puerta; Liz la desprendió, buscó las llaves en el bolso, abrió la puerta y encendió la luz del porche para poder leer.

-Mierda.

-¿Qué pasa?

-Se ha ido a tu casa. -Le tendió la nota con un murmullo de desaprobación-. ¿Y ahora qué? Oh, Dios, no vayamos allá. Mira, quiere que me lleves a tu casa. Y yo no quiero; no deseo enfrentarme con tu mujer. Le bastará con mirarme y lo sabrá todo.

-Es mejor que vayamos. Es mejor que me acompañes.

-¿No podrías ir y decir que me duele la cabeza o algo así?

-Tal vez no lo creerían.

Liz se precipitó de súbito hacia el interior de la casa. Su voz le llegó desde la oscuridad, apremiante.

-Voy a bañarme y a cambiarme de ropa. No, no puedo bañarme; me pasaría seis horas en la bañera. De todas formas, me cambiaré. Ven conmigo. ¿Crees que deberíamos telefonearles? Cristo, imagínate que llega a casa y nos encuentra a los dos en el dormitorio mientras me cambio... -Salió del dormitorio sin camisa-. ¿Qué pensaría? De entrada, nos mataría. Vámonos; vámonos de aquí. Sería definitivo encontrarnos juntos.

Se puso la camisa y se la abrochó tan de prisa como pudo. Subió en el coche y se dirigieron a casa de Roger.

-Dime, ¿crees que estás enamorado de mí? -le preguntó antes de que doblara la última curva-. Vaya problema. Catorce años... ¿cuánto tiempo llevas casado? Me lo dijiste, pero se me ha olvidado.

-Algo menos de nueve años.

-Chic y yo nos casamos cinco años antes que Virginia y tú.

Nos casamos antes de que la conocieras, ¿no?

-Creo que sí.

-Jerry y Walter iban a la guardería cuando te casaste. Nacieron antes de que conocieras a Virginia -suspiró-. Vaya lío. ¿Cómo lo arreglaremos? No me extraña que la gente esté en contra del adulterio, mira cuántas complicaciones. Quizá valdría la pena ir allí y decírselo. Tú se lo dices a Virginia y yo a Chic -empezó a reír-. O tú se lo dices a Chic y yo me llevo a Virginia aparte y le digo: «Virginia, he de decirte algo. Tu marido y yo nos paramos en un motel y nos acostamos. ¿Qué opinas?» ¿Cómo se lo plantearías a Chic? ¿Qué le dirías?

-No. lo sé -respondió Roger, aburrido de la conversación.

-Es divertido. -Liz aparcó el coche frente a la casa de Roger.

Las luces del salón estaban encendidas y la camioneta roja, estacionada delante-. Entremos y les entregamos una nota, yo la redactaré. -Rebuscó en su bolso, pero él le asió la mano-. ¿No? Hasta sería divertido anunciarlo de esta forma... No, creo que no.

Salieron del coche y subieron por el sendero.

-Mira -señaló Liz-, tu coche aparcado detrás del nuestro. No me digas que no es divertido.

Se apoderó de su brazo en la oscuridad y lo estrujó. Luego le soltó, trotó hasta la escalerilla y subió al porche. Sin llamar con los nudillos ni pulsar el timbre, sin darle tiempo a alcanzarla, abrió la puerta y se coló en la casa.

-Hola -saludó jovialmente-. Hola, señora Watson. ¿Cómo está? ¿Qué hay de nuevo?

Virginia, al oír que se abría la puerta, alzó la mirada con la esperanza de ver a Roger, pero, en cambio, presenció la irrupción triunfal de Liz Bonner, quien saludó a todos los presentes con voz chillona y alegre. A continuación apareció Roger, con aspecto de cansancio. Liz se movía de un lado a otro de la sala, con los ojos brillantes; parecía estar en trance.

-¿Qué es todo esto? -preguntó al ver los bocetos sobre la mesa-. Oh, Dios mío, ¿los has traído? Pensé que bromeabas. -Dejó caer la chaqueta y el bolso. en una silla vacía y se precipitó sobre Virginia con tal ímpetu que golpeó el brazo de ésta con la clavícula y los pechos-. ¿Tienes una aspirina? Me duele terriblemente la cabeza. Gracias a Dios que no me tocó conducir de regreso. -Luego se dirigió al resto de los allí reunidos-: Fue una suerte que Roger me acompañara, aunque tuvimos que salirnos un rato de la carretera. La circulación era terrible.

Virginia fue a la cocina a buscar un calmante. Liz la siguió casi pisándole los talones.

-Me encanta tu cocina. No te molestes, me tomaré el comprimido sin agua.

-No puedes tomártelo sin agua.

Llenó un vaso de agua y se lo ofreció, junto con un frasco de Anacin.

-Gracias. -Liz se tragó la pastilla-. Uf, me da vergüenza tomarme una pastilla delante de la gente. -Dejó el vaso y el frasco en el escurridero y abrazó a Virginia-. Eres tan buena conmigo... -dijo con una expresión de súplica que Virginia no comprendió.

-¿Sólo por un Anacin?

Virginia se preguntó por qué Liz estaba tan excitada. La tensión se reflejaba en su rostro sin maquillaje; llevaba el cabello despeinado, probablemente a causa del viento, y trascendía de ella un perfume denso y almizclado, como una mezcla de cigarrillos, tela, sudor y desodorante. Estaba muy hermosa y atractiva.

Virginia pensó que, a pesar de su cháchara incoherente, le seguía cayendo bien.

-¿Estás enfadada conmigo? -preguntó Liz sin abrir la boca apenas. Sin esperar la respuesta, abrazó de nuevo a Virginia y reclinó la cabeza en su hombro-. Pienso tanto en ti y en Roger...

Oye, ¿qué es todo eso que Chic ha distribuido por la sala? ¿Son esos dibujos para la tienda? Dile que se vaya a la mierda. -Se separó bruscamente de Virginia-. No le hagas caso.

-Liz, estás como una cabra.

Virginia ya no sabía si echarse a reír o ponerse seria.

-¿Por qué? ¿Qué he dicho? -Luego se encogió de hombros y avanzó en dirección a la sala-. No lo creo. ¿Es lo que opinas de mí?

-Liz, me resulta imposible seguir tus procesos mentales... ¿Por qué no te sientas mientras te preparo un café? ¿Habéis comido algo en el trayecto?

-No -respondió Liz desde el vestíbulo con aire de fatiga.

-¿Quieres comer algo, pues? Ven a la cocina.

-No, gracias. Eres muy amable, pero no me lo merezco. Roger salió de la sala y se encaminó hacia ellas.

-¿Dijiste algo de comer? -le preguntó a su esposa-. íbamos a parar para tomar algo, pero el tránsito era muy denso.

-Pareces cansado. Ambos parecéis agotados.

-¿Qué hay de comer? ¿Qué ocurre? ¿Qué significan todos esos dibujos? -Estaba ojeroso y macilento, y tenía los. ojos enrojecidos, seguramente a causa de haber conducido con el sol de cara-. ¿Cómo ha llegado hasta aquí tu madre?

-Fuimos a buscarla. -Virginia reconoció a regañadientes su equivocación. Sabía que a Roger le hacía muy poca gracia llegar a casa y encontrar a Marion-. Sentaos los dos en la cocina y os prepararé una sopa o lo que sea. Liz, mira en la nevera y en la despensa, y dime qué te apetece; no sé qué apetito tienes. -Luego se volvió hacia Roger-. ¿Quieres que te caliente uno de esos pasteles de pollo congelados?

-Me da igual, con tal de que sea algo caliente.

-¿Puedo ir al cuarto de baño? -preguntó Liz-. Es aquella puerta, ¿no? -desapareció tras la puerta del cuarto de baño.

-Me alegro de estar en casa -dijo Roger sentándose a la mesa de la cocina.

-¿A que ha estado hablando sin parar?

Él la miró de una forma extraña.

-No importa -concluyó Virginia-. A fin de cuentas, sabía de sobra lo que implicaba un viaje con Liz.

Chic Bonner apareció en el umbral de la cocina con algunas de sus anotaciones.

-Perdona -se disculpó ante Virginia-. Hola, Lindahl. Virginia, ¿adónde ha ido Liz?

-Está en el cuarto de baño. En seguida saldrá.

-Gracias. -Chic permaneció en la cocina y observó a Roger con su mirada inquisitiva-. Nos tuvisteis muy preocupados.

-Es agotador. Alégrate de no tener permiso de conducir.

Oyeron unos sonidos confusos en el cuarto de baño. Luego se abrió la puerta.

-Virginia -llamó Liz.

-¿Te encuentras bien? -se interesó Virginia.

-Entra. -Liz se sentó en la tapa del inodoro y la miró con tristeza-. ¿Se puede saber qué está haciendo con todo ese material? ¿Quiere proponerle a Roger entrar como socio de la tienda? -Se frotó la frente con la palma de la mano-. Me siento fatal. ¿Puedo pedirte un favor? ¿Puedo estirarme un rato?

-Claro que sí. Creo que es una buena idea.

-Gracias.

Virginia la acompañó hasta el dormitorio.

-Oh, pero ésta es vuestra cama -observó Liz.

-¿Dónde, si no?

-No lo sé. Donde me digas. -Liz se sentó en el borde de la cama y enlazó las manos en su regazo-. ¿La cama de Gregg, quizá? No, no serviría.

-Cerraré la puerta. Si me necesitas a mí o a Chic, llama. Liz se quitó los zapatos y descansó la cabeza en la almohada.

-Virginia, ojalá seamos siempre buenas amigas. ¿Crees que podremos?

-¿Por qué no? -dijo Virginia, pensando para sus adentros que se trataba de una perspectiva espantosa. Y, sin embargo, existía esa cualidad tan

atrayente en Liz, que se manifestaba especialmente cuando estaba con sus hijos. Despertaba su ternura-. Y ahora, duerme un poco -añadió, mientras cerraba la puerta de la alcoba.

-¿Qué le pasa a Liz? -le preguntó Roger cuando volvió a la cocina.

-Está cansada, un poco mareada. En seguida se repondrá.

Quizá sea yo el responsable -dijo con tono preocupado, y miró de reojo a Chic.

-No, no lo creo -aseguró éste-. Le sucede a menudo, sobre todo cuando nos hemos peleado. Intenta que la compadezca por el largo y duro viaje, mostrarme cuánto ha sufrido. Sólo quiere que alguien la coja de la mano.

-¿Y le dura mucho? -preguntó Virginia, que no descartaba la teoría de Chic. Sería muy propio de Liz.

-No; en cuanto se dé cuenta de que no voy a entrar, se levantará.

Roger, derrumbado en una silla, no dijo nada. Hacía meses que no se sentía tan cansado; apenas seguía la conversación que se desarrollaba ante él.

-¿Se alegró Gregg de volver a la escuela? -le preguntó Virginia.

-Me enseñó su cuarto. -La respuesta de Roger se retrasó tanto y fue tan imprecisa que ella repitió la pregunta, consciente de que ni siquiera la había oído-. Sí, sí, estuvo muy contento. Le gusta aquello.

-Oye, Lindahl, ven a la sala un momento.

-¿Por qué? -preguntó Roger abriendo los ojos.

-He traído unas cosas qué les he enseñado a tu mujer y a tu suegra, la señora Watson. Quería conocer su opinión. Aportaron algunos puntos de vista valiosos. Pensé que tu reacción sería favorable, ¿verdad, Virginia?

-Sí, al menos en principio.

-¿Qué has traído? ¿Dibujos?

-Sobre la tienda.

-Roger, ven aquí -le llamó en aquel momento la señora Watson desde la sala-. Hemos de enseñarte algo.

-¿Qué significa «sobre la tienda»?

-Tengo algunas ideas que me gustaría discutir contigo. -Chic sonrió a Virginia, y ésta, ocultando su nerviosismo, le devolvió la sonrisa-. Vamos todos allá.

-Oye, Chic, el domingo es mi único día libre.

-¡Roger! -La voz perentoria de la señora Watson llegó desde la sala de estar-. El señor Bonner quiere exponerte sus proyectos sobre la tienda.

-Estoy demasiado cansado. Tengamos sentido común. He de pensar en la tienda seis días a la semana, y con eso es suficiente.

Se quitó las gafas y las deslizó en el bolsillo de la camisa. Se frotó los ojos, bostezó, se levantó y dio unos pasos hasta el fregadero.

-Lo siento -se disculpó Chic con tono ofendido-. Debía haberlo pensado. No quería molestarte.

-Roger, me sorprendes -murmuró Virginia.

-¿Qué queréis -preguntó Roger dándoles la espalda-, que venda una parte de mi tienda?

-Algo así -convino Chic-, pero ya hablaremos otro día.

-No sabes nada de mi tienda.

-¿Siempre se pone de tan mal humor? -preguntó Chic a Virginia-. Lindahl, te pido mil perdones.

Volvió al salón con dignidad y recogió sus diseños.

-No se los lleve -dijo la señora Watson-. Déjelos aquí. Si es necesario se los enseñaré yo misma.

-No, madre, no te mezcles en este asunto. Roger, siéntate a la mesa otra vez y te serviré la sopa. Tú y Liz... sois como dos niños que vuelven a casa después de caminar todo el día.

-Estoy cansado -murmuró, apoyado en el fregadero.

-Ya lo sé -le besó en la mejilla; su piel estaba reseca y áspera, necesitada de un buen afeitado.

-Ya volveremos otro día, Virginia -dijo Chic desde la puerta de entrada, con el paquete de dibujos en una mano y la chaqueta bajo el brazo.

Virginia le obligó a volver a la sala de estar para hablar con él.

-Ya has visto que está muy cansado. Mañana se preguntará por qué estuvo tan desagradable. No pienses que es desinterés por la oferta.

-Creo que me he dejado llevar por el entusiasmo. -Chic se mostraba mucho menos animado. Su voz había perdido vigor y su vitalidad se había esfumado-. ¿Puedo telefonearle, o es mejor que no lo haga? -Virginia le entregó un boceto que Chic olvidaba-. Gracias. Tu ayuda ha sido muy valiosa, Virginia. -Una mirada de decepción brilló en sus ojos-. Lleva una gran carga sobre sus hombros, ¿verdad? Sabes, a veces he de ir a los supermercados y a las cadenas comerciales, para colocarles nuestro pan... Yo también he tratado con el público. Él no es el único que se cansa. Claro que su trabajo es mucho más agotador que el mío.

-Chic, quiero pedirte un favor.

-¿Cuál? -preguntó afable y atento, pero consciente de haber sido maltratado.

-Antes de que Liz y tú os marchéis, me gustaría que acompañaras a mi madre a su casa... así no tendrá que hacerlo Roger. No quiero que conduzca más por hoy.

-Claro -aceptó. Había recobrado algo de su perdida seguridad. Dejó el paquete a un lado-. ¿Ya está preparada?

-¿Quieres que Chic te lleve a casa antes de marcharse? -preguntó Virginia a su madre-. Voy a darle la cena a Roger para poder acostarnos pronto.

-Preferiría quedarme un rato más. No creo que tenga ánimos de...

-Por favor.

-Está bien. -La señora Watson se irguió-. ¿Dónde dejaste mi chaqueta?

Virginia le entregó la prenda y ambos se fueron. Luego volvió a la cocina. Roger estaba sentado otra vez a la mesa.

-Chic ha ido a acompañar a Marion a casa. ¿Te apetece caldo de pollo?

-Estupendo.

Puso la sopa al fuego y después metió en el horno uno de los pasteles de pollo.

-Me siento culpable -dijo Virginia.

-Olvídalo.

-Todos nos hemos puesto nerviosos. Chic tiene grandes ideas... es muy serio, muy responsable. No habla por hablar.

-¿Todo eso qué significa?

-Quiere asociarse contigo, querido.

Roger siguió en silencio.

-Le caes bien.

-Él a mí también.

-Te respeta. Piensa en lo que podría significar su entrada en el negocio. Una nueva fachada... incluso una nueva tienda más importante -enchufó la cafetera eléctrica.

-Parece que pueda ir tirando el dinero.

-No se trata de tirar el dinero. Entiende de inversiones. Lee todo lo relacionado con el negocio de la televisión. ¿Sabes lo que más le interesa? La televisión en color. Dice que la televisión en color obligará a las tiendas del ramo apagar el triple por la misma cantidad de material.

-Como mínimo.

-Es un gran inversionista.

-Ya lo creo.

-Pobrecito, se te ve agotado.

-Me repondré. -Se puso las gafas-. ¿Cómo está Liz?

-Dormida, supongo. Me había olvidado de ella.

-¿Vas a llevarle algo de comer?

-No hasta que despierte y me lo pida.

-Ve a ver si quiere algo.

-No me da la gana. Si tiene apetito, ya lo dirá. No voy a hacer de criada...

-Vaya día.

En cuanto le sirvió, Roger empezó a comer con voracidad; sorbía la sopa ruidosamente y, al contemplarle, Virginia pensó que no comía así desde hacía muchos años. En los primeros tiempos de su relación, Roger se abalanzaba sobre el plato y engullía literalmente su contenido.

Aquella cena en casa de su madre... La primera comida, en Maryland, cuando Marion y él se conocieron. Había comido de esta manera implacable, ignorándola, sin decir nada.

Sonó el timbre de la puerta. Se secó las manos y corrió para abrir a Chic.

-Gracias. -Se quitó la chaqueta-. ¿Cómo está ahora? -preguntó.

-Mejor. Está cenando.

Ambos entraron en la cocina. Roger levantó la vista.

-Acepta mis disculpas -dijo Chic-. No quería molestarte.

-Sólo estoy cansado. Me recobraré. Toma una taza de café.

-Puedes quedarte cuanto quieras -añadió Virginia.

-Gracias.

Tomó asiento frente a Roger. Ella les sirvió el café; Chic bebió como había bebido la cerveza. Parecía agradecer los detalles, y Virginia se sintió complacida. Se preguntó cómo había podido caer en las garras de Liz.

-Liz duerme. No he querido despertarla, así que no le he preparado nada.

-Os habrá revuelto la cama.

La cara rojiza del hombre reflejaba satisfacción. Virginia se dijo que le gustaba estar en la cocina, tomando café con ella y Roger. Chic había llegado a la conclusión de que no debía hablar de negocios; aceptaba la decisión de Roger como definitiva y se proponía esperar a que cambiara de opinión. Esa falta de insistencia también la afectaba a ella. No era necesario resolver el asunto cuanto antes. Roger tenía razón. El domingo por la tarde no era el momento más apropiado para tratar problemas de negocios. Sacó una tercera taza y un plato del estante, se sirvió café y se sentó a la mesa con los dos hombres.

-Tienes una cocina muy agradable -comentó Chic.

-Es pequeña, pero confortable.

-¿Por qué estás interesado en dedicarte a negocios pequeños? Tienes una buena empresa -quiso saber Roger.

-Me apetece.

-No sacarás mucho dinero. Los televisores tienen garantía de reparación. Los servicios especializados son los que sacan provecho.

-No es cuestión de dinero. Me interesa introducirme en un ramo que me permitirá experimentar. Quiero la experiencia. Podría darme nuevas ideas.

A continuación empezó a hablarles de su trabajo, interminablemente. Virginia dejó de escuchar, pero a su marido parecía interesarle lo suficiente para mantener los ojos abiertos y clavados en Chic, aunque subsistía la mirada de desdén, su falta de auténtica atención. El tema no le atraía, la excitante noción de la expansión y fusión de las empresas le dejaba indiferente.

«Qué falta de visión -pensó Virginia-. Ir tirando, no salir de la mediocridad. Contento de sacarle brillo a un aparato de televisión por la mañana y a otro por la tarde... El timbre del teléfono... Reinar en un país insignificante.»

-En televisión -Roger interrumpió a Chic-, lo que hay que tratar con guantes es el tubo de rayos catódicos. Si te lo cargas, se acabó.

-Me lo imagino.

-Por regla general se rompe el cuello. No es demasiado grave. Por supuesto, te cuesta quince o veinte pavos, al por mayor.

-Cada oficio implica unos riesgos. En el ramo de la alimentación, los problemas son el deterioro y la contaminación.

-En los viejos tiempos nos preocupaba más el tubo que cualquier otra cosa, más que el alto voltaje. Recuerdo que me contaron lo sucedido a un obrero de la línea de montaje. Uno de los tubos estalló, y el enchufe del extremo, provisto de dientes, se hundió en el estómago del tío y le salió por la espalda.

Chic comentó entonces el asunto de la rata cocida que encontró en una hogaza de pan adquirida por una anciana de Sacramento.

-Nos sacó cuarenta mil dólares. Las ratas representan un problema grave.

Virginia volvió la cabeza al oír un ruido.

-Hola -dijo Liz. Había salido de la habitación. Estaba reclinada en la pared con cara de sueño-. El aroma del café me ha despertado.

-¿Cómo estás? -preguntó Virginia.

-Mejor. -Se enderezó, avanzó hacia Chic, le dio una palmadita y lo atrajo hacia ella-. ¿Puedo tomar café? Ya me lo sirvo yo, no te levantes.

-¿Quieres comer algo? -preguntó Chic.

-No -dijo Liz, ocupada con la cafetera y las tazas-. ¿Esto es filete ruso, Virginia? Parece que nadie le ha hincado el diente.

-Lo olvidé. Nos hemos puesto a charlar y...

-Estás feísima. Mójate la cara con agua -dijo Chic.

-Nunca seré capaz de hacer buen café, Virginia -comentó Liz acercándose a la mesa con su taza.

-No es complicado. Hay que poner la cantidad exacta de agua y de café y procurar que no hierva.

-¿Y cómo sabes cuándo está listo?

-Controlando el tiempo.

-Chic, ¿no vas muy de prisa en eso de asociaros?

-¿Qué piensas sobre eso? -preguntó Roger.

-¿Qué me estás preguntando, si lo apruebo? -Roger asintió con la cabeza-. No pienso nada, me faltan datos. De todas maneras, es pronto para hablar del asunto. Si Chic quiere examinar tu tienda, estupendo. Pero es tu tienda.

-Quizá tengas razón.

-Ése no es el problema -dijo Virginia.

-No sabes nada de nada; no tienes ni idea de la situación -recalcó Chic.

-Sé que es una estupidez -respondió Liz.

-Bueno, como dice Liz, no hay prisa -añadió Roger al cabo de un momento.

-¿En qué se basan tus afirmaciones? -preguntó Chic a su esposa-. ¿Tienes experiencia o conocimientos en relaciones comerciales?

-Utilizo el sentido común -dijo Liz-. Acuérdate de Gilbert y Sullivan; ni siquiera se dirigían la palabra.

-Pero se forraron -dijo Chic a Roger.

-¿Sí? -se asombró Liz.

-Personalmente me importa un bledo si voy a hablar con mi socio o a invitarle a cenar o a cazar mariposas en su compañía -prosiguió Chic-. Lo único que me interesa es que sea un socio competente y fiable.

-Pero no evitaríamos las discusiones -le dijo Liz.

-Las dos trabajaríais en la tienda... Virginia y tú entraríais a formar parte del personal.

-Claro, es natural -afirmó Virginia-. Las esposas de los socios siempre entran y salen de la tienda. Y también las esposas de los empleados, ¿verdad, Roger?

-Alguien me dijo hace tiempo que si te embarcas en negocios con los amigos pierdes el negocio y pierdes los amigos -contestó Roger.

-Un dicho muy pesimista -replicó Virginia-. No entiendo por qué debemos dar por sentado que vamos a perder la amistad de alguien.

-Todo iba bien hasta que has llegado tú -dijo Chic a Liz.

-Gracias -Liz sorbió su café.

-Bueno, por esta noche ya es suficiente -cortó Roger.

-¿Quieres que te llame? -preguntó Chic-. ¿Te llamo mañana o pasado?

-No. Es difícil que me encuentres en la tienda. Ya te llamaré alguna noche.

-Esperaré tus noticias -se resignó Chic, sin poder ocultar su disgusto-. Si no me llamas en un par de días, es posible que me deje caer por la tienda.

-Como quieras -respondió Roger, con manifiesto desinterés.

«Podría matarte, Liz Bonner -se dijo Virginia-; me gustaría estrangularte por venir a meter cizaña. ¿Qué demonios te ocurre? ¿Por qué has de interrumpir un diálogo serio con observaciones idiotas? ¿Qué sabes de lo que sea? Eres estúpida; bonita y agradable, pero tetuda y cabeza de chorlito. Vete a casa y métete en tu cocina, que es lo que debes hacer.»

-¿Por qué eres tan pesimista? -le preguntó en voz alta a Liz.

-No soy pesimista. Quizá funcionara, pero es más fácil entrar en algo así que salir.

-¿Tienes miedo de intentarlo? Sólo hay una forma de conseguir las cosas: arriesgarse.

-Especialmente en el mundo de los negocios -terció Chic.

Liz y Roger tenían la vista fija en sus respectivas tazas de café.

-Bueno, será mejor que nos pongamos en marcha, Virginia. Os llamaremos a mediados de semana.

-Estupendo. ¿Llevabais chaqueta?

-La mía está en la sala de estar -dijo Chic-. Creo que Liz también llevaba.

-Sí, la colgué en el armario. Iré a buscarla.

Virginia fue al dormitorio y sacó del armario la chaqueta de Liz. La habitación estaba a oscuras, pero alisó las sábanas para borrar la huella del cuerpo de la mujer. «Qué idiota», pensó.

Arrojó la chaqueta de Liz sobre una silla y dedicó unos minutos a volver a hacer la cama por completo.

Cuando salió de la alcoba vio a Chic de pie ante la puerta, con la chaqueta bajo el brazo, esperando a su esposa.

-Me gusta la idea -le dijo.

-Gracias, Virginia. No hay que hacer mucho caso a Liz. Lo único que quiere es meter baza en el asunto.

Virginia volvió a la cocina, donde Roger y Liz se encontraban frente a frente, separados por la mesa. Un cigarrillo colgaba de la boca de Roger, y se palpaba los bolsillos en busca del encendedor.

-Lo tengo yo -le dijo Liz, mientras abría el bolso, del que sacó el encendedor de Roger.

-Gracias.

Roger cogió el mechero y encendió el cigarrillo.

-Aquí tienes la chaqueta -dijo Virginia.

«¿Por qué? ¿Por qué tenía el encendedor de mi marido? -pensaba Virginia mientras Liz se ponía la chaqueta-. Se lo habrá dado durante el viaje -decidió-. Roger conducía, ella le ha pedido una cerilla, y él le ha dado su encendedor, y Liz no se acordó luego de devolvérselo, eso es. Pero es raro cómo se hablaban. De esa forma tan directa...»

-Vámonos -dijo Chic desde la puerta.

-Ya voy. Gracias por todo, Virginia.

-¿Y el dolor de cabeza?

-Mejor.

Roger acompañó a las dos mujeres y se reunieron con Chic. Bajaron por el sendero hasta la acera. Virginia había encendido la luz del porche. Liz y Chic caminaron hasta la camioneta Ford roja.

-Buenas noches -se despidió Roger-. Ya nos veremos.

Después de agitar la mano a modo de despedida y retroceder hacia la casa, Roger pensó: «Se va. Con su marido. A su casa. ¿Cuándo será la próxima vez?», se preguntó. Ya la deseaba de nuevo. Le dolían las manos y los brazos. La necesitaba ahora, en el mismo momento de entrar en su casa con su esposa.

-Oh, Dios -exclamó Liz al llegar junto a la camioneta, me he olvidado una cosa. -Sus tacones repiquetearon sobre el pavimento-. Roger, me he dejado el maldito telescopio.

-Ah, sí. Estará en el coche.

-¿De qué habla? -preguntó Virginia.

-El telescopio de juguete de Walter. Se lo dejó en el coche.

Liz forcejeó con la manija del Oldsmobile.

-Está cerrado.

-Lo abriré.

Bajó el sendero y avanzó por la acera hasta el coche. Abrió la puerta con su llave; Liz se introdujo en el coche y revolvió el asiento trasero. El motor de la camioneta se puso en marcha; Chic encendió los faros. Virginia le esperaba en el porche de la casa, aterida de frío.

-Te llamaré -susurró Liz.

-¿Cuándo?

-Mañana. A la tienda. -Encontró el telescopio-. Aquí está. Gracias.

Roger, reconfortado, volvió a la casa y a su esposa.

-Siempre se olvida algo, no? -preguntó Virginia después de cerrar la puerta y apagar la luz del porche.

-Los olvidaron los niños.

-No me preocupo por ella. ¿Por qué se empeña en poner reparos a cosas que beneficiarían a otras personas y no solamente a ella?

-¿Como qué?

-Dejémoslo correr.

16

Transcurrió el lunes sin noticias de Liz. Volvió a casa por la noche absolutamente deprimido. No se dio cuenta de lo que cenaba o de lo que Virginia le decía; se sentó ante el televisor y miró sin comprender. hora tras hora, hasta el momento de irse a la cama.

«La llamaré -se dijo-, pero no puedo. ¿Cómo podría marcar el número? ¿Y si contesta Chic?

»Bueno, diré algo sobre sus malditos dibujos.»

Descolgó el teléfono mientras Virginia estaba ocupada y marcó algunas cifras del número de Liz.

«No», decidió. Colgó. Si hubiera querido llamar, lo habría hecho durante el día. Algo iba mal.

Le llamó al almacén al día siguiente por la mañana.

-Por el amor de Dios -dijo al reconocer su voz-. Casi me vuelvo loco.

-Lo siento -le respondió con ligereza-. Intenté llamarte ayer, pero el hombre se pasó la tarde arreglando la nevera. ¿Entiendes de neveras? No se descongela.

-¿Cómo estás?

Alargó el teléfono hasta el límite del cable, lejos del mostrador. Se sentó en cuclillas, colocó el teléfono sobre el regazo y vigiló los movimientos de Pete Bacciagalupi, que estaba atendiendo a los clientes.

-Bien.

-¿Dijo algo Chic?

-¿Sobre qué?

-En general.

-No. Se enfadó conmigo por no confiar en sus grandes planes. Le gustaría que me entusiasmaran todas sus ideas -suspiró-. Roger, ¿puedes hablar? ¿Es un buen momento?

-Sí -dijo, ignorando los clientes que esperaban tras el mostrador.

-Estoy estirada en el dormitorio. Tenemos un supletorio junto a la cama. Tengo mucha pereza, pero me siento muy bien. ¿Crees que Virginia sospecha algo?

-No.

-Me miró de una forma extraña. Tenía que irme de allí... La única solución que se me ocurrió fue irme a dormir. Acostarme en su cama..., quiero decir vuestra cama, fue una experiencia curiosa. ¿Entiendes? Es algo muy complejo... ¿Cómo nos metimos en esto?

-¿Es que quieres salirte?

-Oh, no. Roger, fue maravilloso. Lo que hicimos. Nunca he sentido algo igual con Chic. Es la verdad.

La tienda se había llenado de clientes. Olsen subió del sótano para discutir acerca de una reparación con un hombre. El sonido de un televisor impedía que Roger pudiera escuchar bien. Se apoyó contra la pared para eludir el ruido.

-¿Qué es ese barullo?

-Nada, sigue.

-¿Qué crees que haría Virginia si se enterase? Es tan dulce... Una de las mujeres más adorables que he conocido. Me gustaría caerle mejor.

-¿Cuándo podré verte otra vez?

-Me lo estoy pensando.

-¿Esta noche? -preguntó con recelo.

-Roger, ¿crees que hacemos bien?

-Cristo, ya ha pasado el momento de plantearse estas cosas.

-Tienes razón. Quería asegurarme de tus sentimientos. Roger, puedes dejarlo cuando quieras. Lo sabes, ¿verdad?

-¿Cuándo te podré ver?

-Bueno... -dijo en tono reflexivo. Imaginó su pelo áspero, el calor de su piel, las complejas circunvoluciones de sus orejas, el vello corto y firme que crecía en su nuca. Le había dicho que se cortaba el pelo ella sola-. ¿Sabes lo que llevo puesto? La parte inferior del bañador. He estado tomando el sol en el jardín... Entré a cambiarme y decidí llamarte. Tenía miedo de llamar, no es que no quisiera hacerlo. No estoy acostumbrada a estas cosas, no sé cómo actuar. Fue tan extraño..., tú y yo sentados en tu cocina, a treinta centímetros de distancia, sin poder decirte nada o tocarte. Tenía tantas ganas de tocarte..., una vez casi lo hago. Pero, Dios..., si Chic lo hubiera visto. O Virginia. Sí, era extraño..., los cuatro diciendo tonterías, y todo el rato muriéndome de ganas de echarte los brazos al cuello y abrazarte.

-¿Cuándo?

-¿Mañana por la noche?

-De acuerdo.

-Chic tiene que ir a una reunión de negocios. Va todos los miércoles. Irá en coche.

-¿A qué hora?

-Te llamaré cuando se vaya.

-No llames a casa; estaré aquí, en la tienda. ¿Cuándo? ¿A las siete o siete y media?

-Sí. Puedes venir aquí o encontrarnos en cualquier otro sitio, pero recuerda que se llevará el coche.

-¿No hay problemas en que vaya a tu casa? -dijo, pensando en los vecinos y. en el regreso de Chic.

-No creo. Si quieres, me vienes a buscar y nos vamos a otra parte. Oye, llaman a la puerta, he de ir. Te llamaré el miércoles a la tienda.

-Adiós.

-Adiós -dijo Liz, y el teléfono enmudeció.

El martes por la noche. Virginia le oyó decir desde la otra habitación:

-Tendré que ir a la tienda. He de instalar unos aparatos.

-Ah, ¿sí? -dijo con creciente recelo.

Pero se quedó en casa, hojeó unas revistas y revisó algunos pedidos.

-Me parece que no iré esta noche -dijo a las nueve-. Estoy demasiado cansado.

-¿Has pensado en lo que dijo Chic?

-No.

-¿Le llamarás?

-Que le den por el culo.

-No uses esas expresiones -le reconvino, pasando del recelo a la ira.

-Se lo merece. No es más que un gordo y relamido niño bonito que lo ha tenido todo fácil. Nació con una flor en el culo.

-Qué tontería.

-Él y sus planes... Ya sé cuáles son sus ideas; me pondría de patitas en la calle en menos de una semana. Obsequiaría a las señoras con gardenias, platitos y lámparas... Contrataría vendedores que se tocarían las narices todo el día. Vendedores decorativos, les llamamos nosotros. Hay muchos en los grandes almacenes. Un montón de maricas.

La indignación de Virginia creció hasta el extremo de dejar la conversación; fue a la cocina y se sentó a fumar.

-Odio a esos tipos -la voz de Roger resonó a lo largo del pasillo-. Vendedores de medio pelo. Hipócritas.

-Chic no es hipócrita.

-No, pero los contrataría. Conozco a Chic..., el típico individuo rollizo y bien vestido que ves en los almacenes; rondando en la trastienda, siempre rondando sin hacer nada; simplemente, están allí. Sólo levantaría el culo para ir a buscar el periódico. Créeme, conozco el paño.

-Y tú eres tan trabajador...

-Cumplo con mi cometido.

-Es Pete quien hace el trabajo. Te vas a tomar café al bar de al lado y, te sientas en la sauna a charlar con los otros..., los otros... -estuvo a punto de añadir «los otros mercachifles».

-Dilo.

-¿El qué?

-No sé. -Roger entró en la cocina-. La cabronada que ibas a decir y te has callado.

-Eres incapaz de reconocer a un buen hombre cuando lo encuentras. Leí no sé dónde que la única utilidad de los colegios es que te enseñan a reconocer a un buen hombre. Es una pena que no fueras a la escuela.

-Sé reconocer a un buen hombre. Pete es un buen hombre, y lo tratas como si fuera basura. Olsen es un buen hombre. Chic Bonner no es más que un gilipollas -remató, a punto de salir.

-No te mereces la tienda. Lamento haberme esforzado tanto en que la consiguieras.

-Ya es demasiado tarde.

-Lo sé.

-¿Qué esperas, gratitud?

Salió y se dirigió a la otra habitación.

-Tan sólo una respuesta decente por tu parte. Algo racional e inteligente.

-¡Por el amor de Dios! -gritó-. No meteré a ese tío en mi tienda; es mi tienda y no la compartiré con nadie. Liz tiene razón.

-Muy interesante -ironizó Virginia-. Le das más valor a su opinión que a la mía. Me pregunto por qué.

-Porque tiene razón.

-¿Sólo por eso? Ahora sé a lo que me recuerda Liz. Entras en los grandes supermercados un sábado y siempre te encuentras alguna mujercita risueña y entrada en carnes con una bandeja de galletas y un queso nuevo de oferta. Lleva un uniforme amarillo que le ciñe las caderas..., ya sabes. Y cuando pasas arrastrando el carrito, te llena con su alegre vocecita y dice: «¿quieres probar gratis el nuevo bacon de Kraft y este queso para untar?», o algo así.

-Creo que iré un rato a la tienda.

-Espera. Lo siento, no debí decirlo -pero no pudo contenerse y prosiguió-: ¿Por qué piensas tanto en ella? ¿Qué te atrae? ¿Tan sexy te resulta? Me gustaría saberlo. De veras.

-Vete a la mierda.

-Lo que sí me gustaría saber es cómo pudo enredarse Chic Bonner con una mujer semejante.

La puerta de entrada se cerró. Al instante se levantó de un salto y atravesó la casa corriendo. «Ya estamos», se dijo. Abrió la puerta. Roger estaba de pie en el porche, con las manos hundidas en los bolsillos, el cuerpo encorvado.

-Lo siento -se disculpó Virginia rodeándole con los brazos-. No vayas a la tienda. No diré nada más. Podríamos hacer algo, dar un paseo o ir a algún club. Puede que toque una orquesta.

-No, me siento muy cansado. -Sin embargo, entró en casa con ella-. No tengo ganas de hablar.

-Es posible que eche de menos a Gregg.

-¿No tienes bastante con esa historia de la danza para pasar el rato?

Mantuvo la boca cerrada a pesar de la oleada de furia que la invadió, una furia mezclada con temor.

«No entiendo nada -se dijo-.:Qué sucede? Qué está pasando?

»Quizá no sea nada.

»¿Se estará enamorando de ella?

»Pero si es como un bufón -reflexionó. Ésa era la palabra que definía a Liz. Un completo bufón-. Una actriz de opereta, eso es. Con gorro y tridente, o lo que lleven los bufones. La pequeña Liz Bonner, la reina de las carcajadas.»

Pero, al igual que en un disco irrompible de la Decca que Gregg guardaba como un tesoro, *Tubby the Tuba* en versión de Danny Kaye... podía ser que al final el payasito se saliera con la suya.

A la tarde siguiente -era miércoles-, cuando Roger volvió a casa le dijo:

-Tengo el tiempo justo para cenar; he de volver a la tienda.

-De acuerdo.

Apenas cenó.

-¿Problemas? -insinuó Virginia con la esperanza de que le dijera algo, algo sobre ellos dos-. ¿Quieres que te acompañe? Podría ayudarte. O hacerte compañía.

-No, gracias.

-¿Hay mucho trabajo?

-Sí, cambiar de sitio unas cajas, subir algunos modelos nuevos…

-Cuidado con tu espalda.

Se puso la chaqueta y se dirigió hacia la puerta con las llaves del coche en la mano. Al pasar junto a ella, Virginia advirtió algo inusual. Olía extremadamente bien. Le detuvo y se puso de puntillas.

-¿Qué pasa? -dijo Roger apartándose.

«La loción para después del afeitado huele así -pensó Virginia-. Se habrá afeitado.»

-Tengo algunos encargos. Una pareja que ha ido hoy me pidió si les podía entregar un aparato en su casa.

-Oh -ya lo había hecho otras veces en el pasado. Era muy plausible-. Entonces, si llamo a la tienda, no te encontraré.

-Exacto.

-¿Me permites que te llame *Pee-wee el piccolo*?

-¿Qué es eso? ¿Por qué? -inquirió con suspicacia.

-Es el amigo de Tubby. El del disco, ya sabes.

Meditó por un momento en sus palabras, luego las comprendió y su rostro adoptó una expresión tan concentrada y enigmática que, de no haber sabido ella lo que Roger sentía, jamás habría adivinado su significado.

-Maldita seas -dijo él mientras bajaba por el sendero hacia el coche-. Maldita seas.

«No debería haberlo dicho -pensó-. ¿Por qué lo he dicho?:Qué me está pasando?»

Sus manos temblaban y apenas podía mantener la vista fija en el tránsito. Condujo por hábito, aparcó en un espacio vacío y cruzó la calle hasta la tienda cerrada y oscura.

«La dejaré -se dijo-. Nunca volveré.»

Abrió la puerta y la volvió a cerrar por dentro, dejando la llave colgada.

«Cristo. -Sentía la cabeza a punto de estallar; la presión interior era terrorífica. Bajó al lavabo y se mojó la cara con agua fría-. Habrá olido la jodida loción -reflexionó. No dejaba de ser divertido-. ¿Qué voy a hacer? ¿Abandonar ahora, antes de que sea demasiado tarde? ¿Antes de que la tía se cuelgue de mí?»

Arriba sonó el teléfono. El timbre apenas se oyó; de no ser por la práctica de oírlo desde el sótano, no se habría ciado cuenta.

Su reloj marcaba las siete. Demasiado pronto. De todas formas, aunque subiera corriendo los peldaños, probablemente no llegaría a tiempo. De modo que terminó de lavarse la cara, se secó y luego subió con toda calma a la planta. El teléfono ya había enmudecido.

Se sentó en la mesa del despacho, fumando y pensando. «¿Qué pasa si Chic llega a casa? ¿Qué pasa si Virginia coge un taxi y viene hacia aquí? ¿Qué pasa si va a casa de Liz?»

Y, en cualquier caso, aun en el mejor de los casos, aunque ni Chic ni Virginia les interrumpieran, ni alquilaran detectives, le quedaba el problema más irresoluble, más desesperante: saber lo que realmente quería de Liz, hasta dónde pretendía llegar con ella. Porque, en definitiva, la única decisión seria debía tomarse en el juicio por divorcio de uno de los dos o de ambos, para, después del año prescrito por la ley, volver a casarse. Él y Liz Bonner. O mejor, Liz Lindahl. ¿Cuántos hijos? Ella se quedaría probablemente con los suyos. No, no si el que planteaba el divorcio era Chic. No si la acusaban de adulterio para conseguir el divorcio. Y Virginia, sin duda, retendría a Gregg. De manera que, como máximo, terminaría con Liz y sus dos hijos; perdería a Gregg, sin que Jerry y Walter, ni siquiera Jerry, Walter y Liz juntos, le pudieran sustituir.

Claro que Liz y él tendrían hijos. Este pensamiento le alivió.

Era increíble cómo dejaba volar la imaginación. Parecía todo un poco prematuro. Sin embargo, allá en el motel, después de hacer el amor y yacer enlazados sin hacer nada, Liz le había dicho de súbito:

«¿Sabes qué?»

«¿Qué?»

«Me gustaría tener un hijo tuyo. Te lo digo en serio. Es lo que más deseo.»

Y había pensado en ella como en una mera hembra impulsada por el instinto, a la busca y captura de un hombre que la dejara embarazada para luego localizar un refugio en que dar a luz a su cría. Un refugio seguro y tranquilo. El embarazo no significaría el final; ella se encargaría del resto. Si la dejaba embarazada, el lío no haría más que empezar. Cuando se acostaran -en el caso de que lo hicieran-, ella no cesaría de pensar en el tema. Por supuesto que no se atrevería a quedarse encinta hasta estar segura de que él quería y podía abandonar a Virginia. En este sentido, tenía mucha suerte de estar casado; Liz no se arriesgaría, a pesar de su ligereza de cascos, a obviar el preservativo o el diafragma. No debía preocuparse por una sorpresa inesperada, a menos que cometieran un error.

Sabía perfectamente bien que Liz conservaba toda su cordura, aunque Virginia lo dudara. Ya se había cuidado de colocarse el diafragma. Actuaba con prudencia, sin permitir ningún error. Y no porque se reprimiera de forma instintiva, sino porque no podía arriesgarse a cometer el menor fallo. La situación era demasiado seria.

Se preguntó si la amaba.

«¿La amo? Una pregunta complicada -reflexionó-. No -decidió-, creo que no. -Sin embargo, tampoco había amado a Virginia, ni a Teddy, ni a Peggy Gottgeschenk, aquella universitaria que fue su primera conquista. Nadie ama a nadie en este siglo, nadie reza por nada, nadie destripa gaviotas para leer el futuro en sus entrañas-. Pero daría la cara por ella. Es lo menos que uno puede hacer. Puestos a elegir, me dejaría cortar la cabeza en su lugar. ¿No es suficiente? Lo demás es pura palabrería.

»Sentía lo mismo hacia mi hermano, antes de que muriera. Se podría decir que sentí lo mismo por todos ellos, por mi hermano, Peggy Gottgeschenk, Virginia Watson, y ahora Liz Bonner. ¿Es una prueba definitiva? ¿Es una prueba de que soy un mentiroso? ¿O de que soy un imbécil? No, sólo prueba que nada es permanente, ni siquiera el Banco de

Librodot

América, que tiene todo el dinero y los recursos de California; algún día se irá al carajo. Todos nos iremos al carajo en breve plazo, pero mi amor es tan grande como el suyo, y el suyo se ha convertido en una leyenda.»

Sonó el teléfono. Descolgó el auricular.

-Hola.

Era la voz íntima y ansiosa de Liz.

-Hola.

-¿Cómo estás?

-Bien.

-Se acaba de marchar. Ya puedes venir.

-De acuerdo.

-Date prisa -colgó.

Cerró la tienda, subió al coche y partió hacia San Fernando a toda velocidad.

Virginia llamó a la tienda a las ocho y media. No hubo respuesta. Volvió a llamar a las nueve.

Llamó a su madre, deprimida.

-¿Estabas en la cama? -preguntó.

-¿A las nueve? No pensarás que chocheo.

-Estoy sola. Roger se fue a la tienda con el coche.

-Pobre Roger. ¿Ha vuelto a hablar con Chic Bonner sobre la tienda?

-No. ¿Qué opinas? ¿Verdad que no es una mala idea?

-Parecía prometedora.

-Chic te cae bien, ¿verdad?

-Sí. Parece un hombre honesto y con una enorme capacidad de trabajo.

-¿Crees que sería un buen socio para Roger?

-Excelente, siempre que Roger se amolde a su forma de trabajar y no se sienta..., ¿cómo te diría?..., consciente de ciertas diferencias.

-¿Qué piensas de Liz Bonner?

-¿Quieres que te responda?

-Por favor, no pienses que vas a herirme.

-Es justo la clase de persona que esperaba encontrar en Los Ángeles. Quiero decir que no es nada especial. Aún no me he hecho una idea de ella. Una especie de hoja en blanco. No habla bien, no se comporta bien; no sabe nada de nada. Yo diría que los cines al aire libre, los grandes almacenes y los cafés están llenos de chicas como ella.

-Es lo que yo pensaba. Es el tipo de mujer que te da a probar en los supermercados quesos de oferta.

-Oh, no, te voy a decir qué clase de mujer es. Es esa..., escúchame con atención, Ginny..., es esa que, cuando en el supermercado te acercas al estante donde están los botes de mayonesa rebajados de sesenta y nueve a cuarenta y nueve centavos, te corta el paso con su carrito. Es una mujer baja y gordita que empuja su carrito como quien no quiere la cosa, y cuando tú te estás preguntando: «¿Es que esa mujer me quiere sacar de aquí?», esa mujer baja y gordita te sonríe con su expresión más ingenua y te arrebata el último bote de mayonesa rebajado.

-¿Por qué dices eso?

-Porque lo sé.

-¿Quieres decir que es más lista de lo que parece? ¿Es eso? Haz el favor de expresarte con más claridad.

-Quiero decir que, un día de éstos, colocará su carrito en el sitio que tú habías elegido... Puedes interpretarlo como quieras.

-No consigo entenderte.

-Hablemos de algo más agradable.

Intercambiaron algunos comentarios sin importancia, y luego Virginia se disculpó y colgó.

«Cuántos rodeos -pensó-. En fin, he empezado yo.»

Volvió a llamar a la tienda sin que hubiera respuesta. Y luego cometió una torpeza. Miró por la ventana y se aseguró de que el Oldsmobile no estaba aparcado en las cercanías. Abrió la puerta para oír mejor el sonido del motor, y luego fue al dormitorio y rebuscó en el cajón inferior de la cómoda de Roger, en el que guardaba sus objetos personales; nunca había investigado sus secretos en todo el tiempo que llevaban juntos. «Pero ahora es diferente -pensó-, es lo único que se me ocurre y debo hacer algo. No puedo quedarme quieta.»

Con todo, le disgustaba.

Era como degradarse. «Déjalo -se dijo-, olvídalo. Es lo peor que puedes hacer. Esto de fisgonear es lo peor de todo. Espiar y buscar con un oído atento al sonido del coche.»

«¿Qué diría si Roger entrara y me sorprendiera? Sería el final.»

Pero prosiguió su tarea; sus dedos se deslizaron como serpientes. Examinó papeles y fotografías; no encontró más que facturas y fotos de ambos. «Todo tan digno», se dijo. Fotos de ellos dos, su licencia de matrimonio, los papeles del divorcio de Teddy, declaraciones de hacienda, un certificado médico para una compañía de seguros, las escrituras de la casa, un seguro contra incendios, innumerables documentos relacionados con la tienda... Enrojeció de vergüenza.

Debajo de este material encontró un paquete envuelto en papel manila. ¿Debería abrirlo? Desató la cinta y lo abrió.

Encontró, para su incredulidad, una serie de fotografías recortadas de revistas «sólo para hombres». Una era de Jane Russell empuñando un arco y una flecha. Otra mostraba a Marilyn Monroe en combinación y situada de perfil ante una ventana para que el sol le transparentara el sostén. «Demonios», pensó Virginia. Se sentó en una silla para examinar la foto. Daba la impresión de que el sol transparentaba también el sostén, como si, por un efecto de la iluminación, se pudiera ver el pecho y el pezón. «Qué pezón tan grande -pensó-, como un guisante.»

Siguió investigando, fascinada. Encontró un calendario de 1950. Una chica joven, de rostro más bien vulgar, había sido captada mientras se desnudaba. Sólo llevaba una especie de faldita, desabrochada para mostrar su muslo desnudo y la mayor parte de la pelvis. Los pechos le colgaban, fofos. Y, curiosamente, en lugar de pezones, sólo parecía tener una mancha rojiza y nada más.

Después del calendario encontró un sobre normal de tres centavos. Dentro había un fajo de papeles doblados y atados. Desató el hilo. El fajo se deslizó sobre su regazo; el papel estaba descolorido y su tacto era áspero. Las fotografías eran tan borrosas que al principio no consiguió hacerse una idea de su contenido.

La primera reproducía algo anatómico, un cuerpo de mujer retorcida en una postura que no había visto jamás. Se preguntó cuál era su significado. Pasó a la siguiente fotografía. Mostraba a un hombre y a una mujer, y

comprendió que por primera vez en su vida se hallaba ante una imagen auténticamente obscena. Era pornografía, y no se correspondía en absoluto con ninguna de sus elucubraciones; era confusa, torturada, casi extravagante. Repugnante. Ojeó el resto por encima. ¿Cómo podían unos cuerpos humanos adoptar tales posturas? Era mucho peor que aquel libro de medicina que una vez examinó en el consultorio de un doctor, aunque parecido. Dobló el fajo y lo introdujo en el sobre.

Cerró el paquete y lo devolvió al cajón, junto con los documentos de la tienda.

«Cualquier persona que disfrute contemplando estas imágenes es un tarado», pensó.

«Si guarda estas fotografías, es que tiene tendencias perversas -se dijo mientras salía del dormitorio. Entró en la cocina, con los brazos cruzados, temblorosa, y se detuvo ante el horno-. Bueno, Roger siempre ha sido un poco especial. -Sintió la presencia de su cuerpo enjuto y huesudo. Su aliento en la cara-. Por Dios», pensó. Se encogió de hombros.

Era culpa suya. ¿Por qué había mirado? Se lo merecía. Las fotografías giraban ante sus ojos. «Tengo que librarme de ellas, he de hacerlo -pensó-. ¿Por qué me he puesto a fisgar? ¿Volveré a pensar en... el sexo como antes?»

Encendió un cigarrillo, dio unas chupadas y lo apagó. Abrió la nevera y buscó algo que le apeteciera, un postre o un helado. Encontró los restos de un helado de nata, y después de comérselo se sintió mejor. Vagó por la casa con un cigarrillo entre los labios.

Poco a poco recobró la tranquilidad. Volvió a la normalidad. «Vaya histeria», pensó. Los hombres compraban fotografías de ese estilo desde los ocho años de edad. Roger era una persona normal. Seguro que en la tienda esas fotografías pasaban de mano en mano; igual se las había comprado a un colega de la calle, o a Pete, o a Olsen.

Hasta los niños... Graffiti en las paredes de los lavabos. En las vallas. Palabras, dibujos. Normal y universal... desde la época de los egipcios hasta el presente.

Esto demostraba, después de todo, que se comportaba de forma irracional. Estaba preparada para dispararse a la menor señal. Había perdido la perspectiva sin posibilidades de recuperarla. «Mis razonamientos -decidió- son erróneos.» El incidente, al menos, tenía otra lectura: le hacía consciente de sus defectos.

Conectó la radio; escuchó música y luego las noticias sobre Corea. En lo alto de la librería había una colección de relatos cortos de autores que escribían para el *New Yorker* y el *Harper;* se acomodó en el sofá y comenzó a leer, empezando por el último relato y después saltándose frases, incluso páginas enteras, hasta que casi terminó el volumen sin haber leído nada. Al fin encontró una historia que le interesó; tenía lugar en Nueva Inglaterra y se fijó en el nombre del autor: una mujer. Terminó el relato, complacida por el brillante estilo de la autora.

«Me gustaría escribir así», pensó. Tal vez la ayudaría su sentido del ritmo. El ritmo era importante para todo.

Dejó el libro a un lado, entró en la alcoba y cambió la falda y la blusa por unos leotardos y una camiseta de algodón. Volvió al salón y puso el disco de Ravel *La Valse.* Al poco empezó a bailar.

Un pensamiento se formó en su mente mientras bailaba: «Podría llamar a los Bonner. Para cerciorarme».

Examinó todas las posibilidades. Si nadie contestaba al teléfono, podía deducir, o bien que no había, en efecto, nadie, o que Liz y Roger estaban juntos. Si Chic contestaba, era evidente que Roger no estaba, aunque Liz podía o no estar en su casa. En caso de que estuviera, no había problema. Pero si no estaba...

-Oh, Dios -gritó.

Dejó de bailar. A la mierda. No valía la pena torturarse.

Descolgó el teléfono y llamó a su madre.

-¿Dormías? -preguntó-. No, ya te lo pregunté antes.

-Tal vez ahora sí durmiera. Roger no está aquí, te lo aseguro.

-Sé dónde está Roger -afirmó con vehemencia-. No llamo para tratar de encontrarle. Está trabajando en el sótano de la tienda. Sólo he llamado para saber si querías comer conmigo mañana -se apresuró a decir; fue la primera idea que se le ocurrió.

-Supongo que sí. ¿Querías hablar conmigo de algo en concreto?

-No. Te recogeré hacia las doce. Luego decidiremos adónde vamos.

-¿He de vestirme de punta en blanco? ¿Vas a llevarme a algún sitio exquisito?

-No; vístete como quieras.

Después de colgar el teléfono se sintió mejor. Pensar en que comería con Marion la animaba. Podrían hablar.

Para pasar el rato, examinó las numerosas limitaciones de Liz Bonner; se dijo que sólo con un gran esfuerzo de imaginación se podía considerar a Liz peligrosa o eficaz. Enriqueció la imagen que había elaborado de Liz como una mujer gordita y baja que ofrecía muestras gratuitas de galletas y queso en los supermercados. «Debería llevar el nombre grabado en la parte de atrás del uniforme. La palabra LIZ escrita con letras rojas para que todo el mundo la pudiera llamar cuando quisiera. Y debajo del nombre, el anuncio de la empresa: *Supermercado de Ernie.* Me llaman Liz, en caso de que me necesites. Simplemente llama. Estoy aquí para servirte.»

17

Lo estrechó en sus brazos; le retuvo dentro de ella tanto tiempo como él aguantó. Lo acarició, le arañó la espalda y aplastó la boca contra su oído para que sólo pudiera percibir su aliento. El dormitorio olía a canela.

-Ya te tengo -dijo-. Podría matarte.

«Te quiero -pensó-. ¿Qué diría tu esposa?»

Levantó la persiana con una mano; quería verle. La luz que entraba bastó para satisfacer su deseo. Las luces de la casa vecina estaban encendidas, así como las de otras casas de la acera opuesta. La de un porche se destacaba sobre las demás; distinguió perfectamente un triciclo y un carro de juguete: una bella estampa familiar. Desde la cama oía receptores de radio y voces.

-Están sentados en sus salones mirando la tele y cosiendo calcetines -dijo Liz.

-¿Quiénes?

Librodot

-Todos. Están hablando de... El señor Daniels dice que los impuestos del condado subirán el próximo mes de junio; el señor Sharp, que prefiere ver acordeonistas antes que dramas; la señora Felton, que la pastilla gigante de Jabón Tide se vende a cincuenta y nueve centavos. ¿Qué hora es? ¿Las nueve? ¿Qué dan por la tele? Deberías saberlo, vendes televisores.

-No lo sé.

Su voz sonó amortiguada porque tenía la boca hundida en la almohada y en su cabello. Liz le arregló el flequillo. Sentía el contacto rasposo de su mentón contra el hombro. La barba incipiente le arañaba la piel cuando Roger hablaba.

-Tienes una espalda deliciosa -dijo Liz.

-¿Por qué?

-No estás gordo. No tienes michelines. Cambió de posición para poder mirar por la ventana y contemplar la calle y las casas-. Me gusta pensar en ellos, en la gente que vive ahí fuera. ¿Qué crees que dirían si nos pudieran ver?

Pensó en Virginia. Siempre pensaba en Virginia. «Estoy acostada con tu marido. Así de claro. Soy la dueña de tu marido, Virginia. No me odies.»

-¿Te hago daño? -preguntó Roger.

-No. No te muevas. -Le apretó hasta percibir cómo crujían sus costillas-. No pesas mucho.

«Soy mucho más ligera que él. Qué diferentes pueden ser los cuerpos. Si nos pudieran ver, se quedarían de piedra. Sí, como estatuas de mármol cubiertas de zarzas y de hierba.» Los muros se derrumbaron. Las casas se agrietaron y desmoronaron· Sobre sus ruinas crecieron arbustos que las fueron hundiendo cada vez más en la tierra. Y las estatuas de mármol abrieron la boca de asombro. «Hemos envejecido mirando -dijeron-, no podíamos apartar la mirada.»

-¿Por qué había de acabar con ellos? -musitó Liz-. ¿No podrían soportarlo? No es tan malo... Hay algo más que les tortura.

-La envidia -respondió él.

Ella le besó. «Te equivocas -pensó-. Te quiero, pero no lo comprendes. ¿Por qué deberían tener envidia? Los hombres son tan extraños... Caminan junto a una chica y miden a los demás por otro rasero. Eh, chicos, mirad lo que me voy a llevar a la cama. Lo sé todo sobre ti, y es posible que provoques envidia en algunos, en aquellos que no han hecho lo mismo en mucho tiempo. Pero yo pienso en los demás; en el señor Sharp, en el señor Daniels y en la señora Felton. Se quedarían con la boca abierta porque sentirían tambalear sus convicciones. El hastío de cada segundo. La chapuza. Mientras sea así, no envejeceré. Mientras continúe acostada aquí, reteniéndote dentro de mí, no caeré ni me hundiré. No voy en ninguna dirección. Soy simplemente yo. Mientras quiera. Mientras pueda retenerte.»

«Supersticiones», pensó.

-¿Tú lo crees? -preguntó.

-¿Qué...?

Roger parecía casi dormido.

-Que si crees que no envejecerás mientras mantengas relaciones sexuales.

-Es la primera vez que lo oigo -contestó removiéndose.

Tensó las piernas, se acercó a Liz, apoyó la cabeza en su cuello y posó una mano sobre su estómago.

-¿Sabes por qué me odia? -«Porque estoy aquí», pensó Roger-. Porque es su deber. Yo también la odiaría. No la culpo. Esto sólo se puede hacer con una persona..., ¿verdad? Si lo haces conmigo, no lo haces con ella; la has despreciado. Estás en mi poder. Ése es mi deseo, Roger. Eso es lo que perseguí desde el principio.

«¿Qué recibe a cambio Virginia? ¿Qué pierdo cuando me entrego? ¿Qué es lo que llega a casa temblando y rodea con su mano endeble el pomo de la puerta? Algo devastado. Carente de color. Se lo extraje todo. Se ha vertido dentro de mí; lo he sentido. Se ha introducido en mi interior con todo lo que es y posee, esa vida húmeda que corre bajo su piel. La vida real. Esa imperfección sólo puede crecer y habitar en un único y minúsculo lugar. Y si conoces el modo, y yo lo conozco, puedes atraparla y aprisionarla, y al instante, si las cosas van bien, la persona que amas se derrite como un témpano de hielo. Y hay algo en ti que te dice cuál es el momento en que él sabe lo que ha hecho; sabe que llega y no puede detenerse, ha perdido el control. Se entrega, abandona su cuerpo, trata de retroceder, y ya es demasiado tarde. Entonces sabes que es tuyo. Lo has cazado.

»¿Por qué crees que ha conseguido algo? ¿Qué ha conseguido? Enséñamelo. Se ha limitado a estar en otra parte; ha estado aquí (cogió un kleenex de la caja que había junto a la cama y empezó a secarse) y se ha ido. Pero me he quedado con algo que aún sigue aquí. A pesar de lo que leí en la *Británica,* creo que lo que recibí ha sido absorbido por mi organismo y se ha convertido en una parte de mí. Lo siento en todo mi cuerpo. -Se apretó los ojos con las manos. Destellaron luces, colores y formas-. Siempre, en todas partes. Y si alguien conoce la respuesta, que lo diga. Virginia lo adivinaría en cuanto me viera. Descubriría el aura de color que me rodea.»

-¿Te sientes bien en la cama? -preguntó. En la cama de una mujer, el lugar más seguro. Acostado pacíficamente. Se continuó secando con el pañuelo-. Está pegajoso. ¿Estaré pegajosa por dentro? ¿No se secará nunca? -Se había quedado adherido a su cuerpo-. ¿No tienes más? ¿Eso es todo? Estás exhausto, ¿verdad? No tienes mucho.

La mayor parte le pertenecía, aunque lo deseaba todo. «Es mío, lo necesito en mi seno. Quiero que me des un hijo. Piénsalo. Sería una buena madre. Yo soy su madre, no Virginia. Conozco el método.

»Aunque siguiera viviendo con Chic puedo quedarme con mi hijo, estrecharlo entre mis brazos, llevarlo en mi seno. Criarlo hasta que se haga mayor..., es mío. Lo supe en cuanto te vi.»

-¿Por qué eres bajito? -preguntó arrodillada en la cama-. ¿Te gusta serlo?

-No -murmuró Roger.

«Duérmete. Duerme conmigo, en esta cama de mujer, no en la suya. Te tomaré mientras duermes. Me aferraré a tu cuerpo. ¿Qué me has aportado?»

-Te quiero -dijo en voz alta.

Lo rodeó con sus brazos y lo estrujó con todas sus fuerzas; luego se incorporó y se alejó de él. Después se levantó de la cama y se puso en pie.

Librodot

«Te protegeré, te devoraré hasta reducirte a trocitos microscópicos. Pero nunca desaparecerás del todo, siempre quedará un fragmento.

»Oh, Dios, quiero estar siempre contigo. ¿Seré capaz? ¿Es alguien capaz? ¿Por qué estamos aquí? ¿Cómo llegamos hasta estos extremos? Nadie nos incitó; nadie quiere que lo hagamos. No puedo retenerte, no puedo devorarte... nunca. Está escrito que envejeceré y moriré.

»Un día estaba pescando, cayó al agua y se hundió hasta el fondo, lejos de tierra firme. Vivió con una princesa que era una tortuga. El pescador y la tortuga.»

Los vecinos eran diferentes; las casas eran diferentes; el perro que le había ladrado estaba muerto, muerto y enterrado. Las flores habían cambiado; todo había cambiado de apariencia, así que no reconocía nada ni a nadie, ni siquiera el mármol de las torres, las piedras o las hormigas de la tierra. Los lagartos se habían ido. También los árboles y los pantanos. El agua se había helado. «Anochece», pensó Roger. El agua tibia adquirió frialdad y transparencia. Volvió la vista atrás y vio la tierra. Al recordar, trató de regresar. Pero todo había cambiado. Nadie le reconoció.

-¿Qué le dijiste a Virginia? -preguntó Liz.

Roger habló entre dientes, medio dormido en el centro de la cama, sobre la sábana. Habían arrojado las mantas al suelo.

«¿Sabe quién es ella? ¿Se acuerda de su nombre? ¿Podrías abrir la boca y pronunciar su nombre? Si te lo preguntara en este preciso momento, ¿qué ocurriría? ¿Algo desaparecería, algo saldría volando de la habitación como impulsado por un muelle? ¿Girarían los objetos y desaparecerían, como cuando rebobinas una película? Un montón de plumas vuela formando nubecillas y se distribuyen alrededor de un pavo. Un remolino de espuma en el agua, una figura que emerge por los pies y que se eleva a gran velocidad; el agua desciende y se amansa. Fragmentos del globo pinchado que vuelven a reunirse. La tierra se agita, cosas que se desplazan bajo ella. Cosas que vemos avanzar en la lejanía a través de una fisura. Y luego esas cosas blanqueadas y viejas surgen de la tierra, se incorporan. Ya erguidas, empiezan a caminar, a mover los brazos y a hablar. Y poco a poco regresan a la ciudad, al lugar de donde partieron.

»Si grito su nombre, todo el mundo se despertará. O si alguien pronuncia mi nombre, o el de él.»

Todo le parecía tan diferente: las casas alineadas a lo largo de la calle, las farolas, los receptores de radio y los televisores que estaban en funcionamiento, los niños sobre las alfombras, las mujeres en sus cocinas. Buscó su propia casa. Buscó el garaje, el sendero que llevaba al porche, los macizos de rosas que crecían en el enrejado adyacente a la puerta de entrada, los juguetes del niño esparcidos en el porche. La puerta estaba abierta, pero el porche no tenía el mismo aspecto de siempre. Lo único que subsistía eran los espinos y los zarzales. Las hierbas que habían sido cortadas, cortadas cada semana, cubrían toda la casa.

«Mientras estábamos aquí, ella envejeció y murió. Si la señalo con el dedo, retrocederá cada vez más rápido, con la boca abierta, las manos alzadas al cielo; mueve la boca, pero no dice nada; no percibo ningún sonido, ningún nombre.»

La puerta de la casa se abrió y entró él, con el mismo traje, los mismos zapatos y la misma corbata. En el interior sólo había una vieja marchita. Y cuando le preguntó quién era, ella no pudo recordar.

Librodot

«Pero yo no le hice nada; tenía que suceder de todas formas. Sólo me tendí aquí y te abracé; te arrastré hasta aquí, hasta mi cama.»

-Oye -dijo Liz rodando hasta quedar a su lado-, salgamos.

-¿Adónde?

-Fuera.

Saltó de la cama, le cogió de la mano y le obligó a seguirla. Cuando estuvo de pie le condujo fuera de la alcoba, hacia las puertas que daban al jardín.

De pie sobre la hierba sintieron el zarpazo del viento frío. La hierba estaba húmeda y el patio, en tinieblas.

-No pienso quedarme aquí -protestó Roger-. Alguien nos podría ver.

-No nos pueden ver. -Se dejó caer sobre la hierba y lo atrajo hacia sí-. Aquí.

Allí, sobre la hierba, en la humedad, donde pudieran respirar. «Te encontraré en la oscuridad.» Lo encontró y lo alojó en su interior, donde antes había estado. «¿Está oscuro? No te pierdas. Estoy aquí. Debajo de ti. Alrededor de ti. ¿Me sientes por todas partes? ¿No te das cuenta de que soy yo?» La aprisionó con su peso y la aplastó contra la hierba. Un insecto, tal vez una araña, recorrió su pierna en lenta progresión hasta la cadera. La hierba le irritaba la piel. Ella quiso retorcerse. «Mover cada miembro. Siento cómo tiemblan todos mis músculos. Ahora estoy en todas partes.» Lo tocó en la oscuridad, apoyó las manos en su espalda para unirlo más a su cuerpo.

«Estamos unidos. Pero ¿qué soy yo? La misma de siempre. Yo no cambio, aunque todo cambia. Siento cómo ella envejece, cómo me odia. Tanto como siento el placer. Virginia, estoy aquí; ¿puedes encontrarme a oscuras? Sí, claro que puedes. Mi olor te guiará, en seguida me reconocerás. El olor a hierba.»

-¿Ella es como yo? -preguntó.

-¿Quién?

-Virginia.

Él gruñó algo ininteligible.

«Virginia, eres delgada. Tienes el cuerpo enjuto. ¿En qué te convertirás? Dura, fría como una piedra. Seca como una hoja. ¿Chillarás? ¿Harás algún movimiento?

»Me casé con él cuando tenía diecinueve años, aún vivía con mi familia, en Los Ángeles; él y mi padre jugaban a las cartas, y mi padre, que era médico, iba a la cómoda donde guardaba las muestras de medicamentos que le regalaban los laboratorios y lo atiborraba de píldoras y de comprimidos, todos los que quería. A mi padre le gustaba. Hablaban de los japoneses y de Roosevelt y de la Unión Soviética y de Freud y de Joe Hill. En verano, él y yo fuimos en coche al valle de Salinas y visitamos las granjas. Encontramos un hermoso huerto, legumbres y una tierra estupenda para criar vacas y ovejas.. Él odia las ovejas.»

-Odias las ovejas -afirmó.

Él gruñó de nuevo.

«Me quedé embarazada antes de que pasara un año. Primero nació Jerry, y luego Walter. Gregg llegó después; siempre fue su favorito. Compramos más tierras y tuvimos perros, y nunca faltaban pollos y patos. Sembramos alfalfa. Sabe mucho de agricultura. Compró incluso una

bonita granja. Al cabo de catorce años, funciona a pleno rendimiento. Jerry tiene ahora trece años, Walter doce y Gregg siete.»

-Siete -repitió en voz alta, para luego preguntarle-: ¿Verdad que Gregg tiene siete años?

-Más o menos.

«Recolecto albaricoques, melocotones y ciruelas verdes de la variedad satsuma que crecen en nuestro huerto. Dejo a secar los albaricoques ante la puerta de madera del sótano. Preparo mermelada con las ciruelas y jalea con las uvas. Corto las cabezas de los pollos en un tocón que hay en la parte posterior del corral. El pollo sacude las alas, y algunas plumas se desprenden. Gregg se sienta en la cocina y contempla cómo abro en canal los pollos para limpiarlos; le explico para qué sirve cada parte. Le muestro la grava de la molleja. El bebé duerme en la habitación delantera.

»Te quiero. Te poseo. Ahí afuera, la gente envejece.» Sintió como acumulaban años, los oyó crujir bajo el peso. Sintió cómo ella misma se encorvaba. Se irguió, cada vez a mayor altura. Se cubrió los ojos con las manos para protegerse. Y entonces quiso que Roger la besara. Al mismo tiempo, esperó a que él se abriera camino en su seno. «Vas a cubrirme por completo con tu cuerpo.» Se apoderó de su rostro y lo volvió hacia el suyo para poder mirarle, tan cerca que el sudor resbaló de sus mejillas y cayó sobre las de ella. Le obligó a abrir la boca, acercó la suya abierta hasta que los dientes de uno y otro chocaron, aferrándolo mientras se movía en su interior, y lo hizo de nuevo cuando sintió lo que ocurría en sus entrañas por tercera vez. «¿Lo habías hecho antes tantas veces seguidas? ¿Con ella? -No apartó la boca-. Estás dentro de mí y yo estoy en ti. -Le introdujo la lengua en la boca hasta el límite de su capacidad-. Hemos hecho un intercambio: yo también he penetrado en tu interior. ¿Y qué soy yo? Tal vez sea quien ha de volver a ella, cansado y vacío. No, yo soy quien nunca se irá. Estoy aquí para siempre, tendida en la hierba, abrazándote para alcanzarte, poseerte y estar en ti.»

18

Alguien llamó a la puerta a las diez en punto, sobresaltando a Virginia. Cerró la antología de relatos cortos y se asomó a la ventana para escudriñar el porche. La luz estaba encendida para cuando llegara Roger, y vio a dos hombres aguardando; uno era Chic Bonner, y le acompañaba un hombre de más edad, alto, delgado y de grandes orejas.

-Hola Chic -saludó Virginia al abrir la puerta.

-Siento molestaros, pero como Roger no me llamó me he permitido la libertad de venir con el señor Gillick para presentárselo. Earl, ésta es la señora Lindahl, la esposa del hombre de quien te estuve hablando.

-Encantado de conocerle. -Virginia le estrechó la mano. El hombre apartó con naturalidad el cuello del abrigo para que pudiera ver el audífono que llevaba en la solapa-. Pasen, por favor.

-Gracias -dijo Gillick. Los dos hombres entraron. Gillick, al igual que Chic, aparentaba ser una persona campechana y franca. Echó una ojeada alrededor y dijo-: Un lugar muy agradable, señora Lindahl -le guiñó un ojo-. Me dedico a la construcción, por eso se lo digo de corazón.

-Earl es contratista -aclaró Chic-. Somos viejos amigos. Dirigió las obras de nuestra nueva panadería.

Tanto Chic como Gillick se mostraban vacilantes, como atentos a la irrupción inminente de Roger.

-Roger no está -dijo Virginia.

El rostro de Chic se demudó.

-Ha ido a casa de un posible cliente.

-Vaya... Bueno, es culpa mía por no haber telefoneado antes. Pensé que tal vez estaría de humor para examinar mis dibujos -explicó, mientras cambiaba con Gillick una mirada de disgusto.

Ninguno de los dos se decidía a dar el siguiente paso. Se balancearon sobre los pies y volvieron a mirarse.

-Sentaos. Dadme vuestros abrigos.

-No estaremos mucho rato -precisó Gillick, pese a lo cual le alargó el abrigo, que olía a puros.

-Es un cliente que sólo está en casa por las noches -explicó Virginia después de colgar sus prendas. Adornó un poco la historia-. Roger solicitó un modelo de consola RCA para él la semana pasada. Hoy se lo van a pensar.

«Así que no estás en casa -pensó Chic-; así que estás en algún otro sitio...»

-¿Qué haces rondando tan tarde, Chic? -preguntó Virginia sentándose en el brazo del sofá.

-Charles y yo -terció Gillick- hemos ido a una conferencia de la Asociación de Ferreteros de Los Ángeles Pro Defensa de la Ética. -Hizo girar los ojos cómicamente y añadió-: Queríamos saber cómo se llevan con el Departamento de Justicia.

-Se están enfrentando a una operación más bien extraña -aclaró Chic-. Una cadena de grandes almacenes, la Kerman, va a sacar al mercado una batería de cocina con bordes de aluminio. Los ferreteros han intentado boicotear a los intermediarios a través de su asociación, pero quizá quieran... ¿cómo te diría yo?... frenar la competencia, o algo así.

-¿Y qué tiene que ver eso con el pan? -preguntó Virginia, inquieta y no demasiado interesada.

-Es una decisión que afecta a los pequeños comerciantes y... Chic se extendió largamente sobre el tema, mientras Gillick asentía.

«No estás en casa -pensó Virginia-, y no estás desde hace horas. Incluso es probable que te hayas marchado poco después de cenar.»

-Ha sido una sesión larguísima -concluyó Gillick-. Han estado discutiendo sin cesar. Por un momento creí que no se iba a terminar nunca.

-Lamento que mi marido no esté.

-Bueno, tal vez en otra ocasión -repuso Chic.

-Tengo muchas ganas de conocer a su marido -dijo Gillick. Tanto él como Chic parecían intimidados por su presencia. De repente, Virginia se dio cuenta de que aún llevaba puestos los leotardos y la camiseta-. Me han hablado tanto de él... -agregó mientras expulsaba nubecillas de humo de su puro.

-¿Está usted interesado en la tienda? -le preguntó Virginia.

-Bueno, hasta cierto punto. Charles me pidió que le diera mi opinión sobre el edificio y la fachada. Le dije que lo haría.

-¿Ha visto la tienda?

-No, todavía no.

-Chic, has venido con la camioneta, ¿verdad? ¿Por qué no vamos hasta la tienda para que la vea el señor Gillick?

-Es una gran idea, pero no me parece bien meter a Gillick en esto antes de que tu marido...

-No importa -Gillick se palmeó la rodilla-.Vamos a echarle un vistazo -decidió-; se levantó y avanzó hacia la puerta.

-Traeré sus abrigos. -Virginia fue rápidamente al armario ropero y sacó los abrigos. «¿Me cambio? No.» Se cubrió con un abrigo largo hasta los pies; cogió su bolso y volvió a la sala-. Ya estoy. -Tendió a los hombres sus prendas.

-Hace poco que hemos llegado -dijo Chic-. ¿No crees que si esperamos unos minutos Roger llegará? Estoy inquieto por...

-Lo dudo. Suele tardar bastante en este tipo de demostraciones. ¿Dónde tienes la camioneta?

-Allí. Escucha, Virginia -susurró Chic aprovechando que Gillick les precedía unos pasos-, tengo un pequeño problema. Evito conducir siempre que puedo. A veces no me queda otro remedio. Conduje hasta el lugar de la conferencia, y luego traje a Earl hasta aquí... Me quitaron el permiso el año pasado, como ya sabes. Aún tardaré un poco en recuperarlo, quizá dentro de...

-Yo conduciré.

-Gracias. -Le dio la llave y mantuvo la puerta abierta para que se acomodara ante el volante-. Te lo agradezco..

Gillick y Chic subieron; Virginia puso el motor en marcha en cuanto el último cerró la puerta.

«Ahora voy a averiguar la verdad. Tal vez estés en el sótano y no oigas el teléfono, tal vez no.»

La tienda estaba a oscuras cuando llegaron, y la calle, vacía. No había coches aparcados en las cercanías.

-No está -dijo Virginia.

«Es verdad que no está en la tienda.»

-Un buen sitio -aprobó Gillick.

-Muy bueno -dijo Chic.

-¿Véis bien desde aquí? -preguntó Virginia después de aparcar frente a la tienda.

-Será mejor que bajemos -sugirió Chic. Él y Gillick bajaron a la acera-. La tienda es vieja. Hay que limpiarle la cara. -Demasiada madera -observó Gillick.

-Ya se lo dije. Por eso me costó tanto hacer los diseños.

-No se puede ver gran cosa con tan poca luz. El letrero es antiguo también. Un estilo horrible. Y el escaparate, demasiado estrecho. -Gillick midió la anchura de la tienda-. Muy, muy estrecha. -Forzó la vista para mirar en el interior-. Es grande, sin embargo. ¿Tiene sótano?

-Sí, y además lavabo e inodoro.

-No puedo ver bien los muebles. ¿Cómo son las luces del techo?

-Fluorescentes.

Virginia, sentada en el vehículo, escuchaba la conversación de los dos hombres mientras paseaban por la acera. «Así que no estás aquí. ¿Dónde estás?»

-El mostrador no sirve para nada -dijo Gillick-. La caja registradora es una antigualla. Menuda reliquia.

-Ya se lo dije -repitió Chic.

-Cerrada. -Gillick forcejeó con el pomo-. Lástima que no podamos entrar.

-Será mejor venir de día, si encuentra un momento…

-Señora Lindahl, ¿tiene la llave? -preguntó Gillick-. ¿Podemos entrar?

-Sí, ahora voy.

Entró en la tienda precediendo a los dos hombres. En la trastienda, la azul noche espectral iluminaba los aparatos. La atmósfera era fría y por todos los rincones se expandía un olor rancio, causado por los ceniceros llenos de colillas y el cubo de basura que había bajo el mostrador.

«Si estuviera aquí, la llave estaría colgada de la puerta. Tiene esta costumbre neurótica, por temor a quedarse encerrado en la tienda.»

-Bajen.

-Sí -dijo Chic-, veamos eso. Gillick podrá examinar los cimientos.

-No puedo verlos desde dentro -señaló Gillick mientras bajaban.

Virginia les guió; encendió la luz del sótano.

La sección de reparaciones estaba desierta.

«Hijo de puta…»

-¿Vale? -preguntó aún con la mano en el interruptor.

-Nos iremos en cuanto quiera, señora Lindahl -dijo Gillick.

-Sí, se está haciendo tarde.

-De acuerdo -dijo Gillick.

-¿Le gusta la tienda de mi marido?

-Bastante.

-Le di dinero para que la comprara. Bueno, mi madre y yo.

-Caramba, no sabía eso -dijo Chic. Gillick y él cruzaron una mirada-. Entonces está a tu nombre, ¿no?

-No, al suyo. Le di permiso.

-Un gesto muy encomiable por tu parte y por parte de tu madre -apreció Chic.

-Sabes por qué llevo los leotardos? -Virginia abrió el abrigo y les enseñó cómo iba vestida, igual que cuando los recibió. Es lo que usaba para mi terapia de baile. La dejé para que pudiera comprar la tienda. ¿No es vergonzoso?;No es una pena? Cometí una grave equivocación.

Gillick y Chic permanecieron en silencio.

-Le sienta muy bien, señora Lindahl -dijo por fin Gillick, mientras exhalaba una bocanada de humo.

-Vámonos -dijo apagando la luz-. Vamos, vamos -comenzó a subir la escalera; los dos hombres la siguieron. Los esperó ante la puerta-. Vámonos -repitió mientras salían a la acera.

Cerró la puerta y corrió hacia la camioneta. En cuanto ellos hubieron entrado dio marcha atrás y giró en dirección a su casa.

-Tranquila -le aconsejó en cierto momento Chic. Los dos hombres, incapaces de comprender su reacción, se mostraban preocupados y alarmados-. No corras tanto, Virginia -rogó cuando el vehículo casi rozó

un camión aparcado, al doblar Virginia a la derecha en un ángulo muy cerrado.

Siguió conduciendo sin disminuir la velocidad, indiferente a lo que le decían. Al llegar a casa frenó y saltó de la camioneta.

-Buenas noches -les dijo; arrojó las llaves en el regazo de Chic, se apoderó del bolso, subió el sendero a toda prisa, atravesó la entrada, encendió la luz de la sala y se sentó a telefonear.

Marcó el número de Liz. Pasó un rato y, por fin, descolgaron; oyó la voz de Liz.

-¿Diga?

-¿Está Roger ahí?

-¿Co... cómo?

-¿Está Roger ahí?

-No.

-Déjame hablar con él.

-No está aquí. ¿Por qué tendría que estar? No le veo desde hace una semana.

-Déjame hablar con Chic.

-Está durmiendo.

-Maldita embustera... Y sé que lo eres, porque Chic está aquí, afuera, en la camioneta, con Gillick. Aún no se han marchado. Chic no ha estado en casa en toda la noche. Se fue a una conferencia.

La comunicación se cortó.

Colgó el auricular, lo descolgó de nuevo y marcó el mismo número. Al cabo de largo rato Liz contestó.

-¿Qué quieres?

-No te vuelvas a acercar a mi casa. Manténte alejada. No eres más que una mierdecilla. No te acerques para nada. No quiero verte meneando el culo en mi casa nunca más.

La otra empezó a decir algo, pero Virginia no la quiso escuchar; colgó. Se levantó, fue hacia la ventana y miró afuera. La camioneta se había marchado. La calle estaba vacía.

Transcurrió un cuarto de hora. No se había movido de la ventana, todavía embutida en el abrigo. Media hora después divisó el Oldsmobile. Aparcó en la calzada, se detuvo el motor y se apagaron las luces, se abrió la portezuela y salió Roger. Cerró el coche con llave y caminó hasta el porche, donde se detuvo. La puerta estaba abierta de par en par; Virginia no la había cerrado. Vaciló unos segundos, y acabó por entrar.

En cuanto vio la expresión de su cara, comprendió que estaba presente en el momento de su llamada. Aquella expresión hosca... Su rastro reflejaba una determinación rígida e inflexible que no recordaba haber visto en muchos años; encorvó el cuerpo y hundió las manos en los bolsillos. Al principio no pronunció palabra. Se limitó a seguir de pie, mirándola de soslayo de vez en cuando. Su boca tembló, empezó a decir algo; luego, se llevó los dedos a los labios, gruñó algo y optó por el silencio.

-Estabas allí -afirmó Virginia.

-¿Dónde?

-Cuando he llamado. Estabas con Liz. Aún no te habías marchado.

-No estaba -dijo, y luego poco a poco se le iluminó el semblante con su astuta sonrisa de superioridad.

«No puedes probar nada», decía su cara. Arrastró los pies, la miró, y rió entre dientes. Pero estaba asustado. El miedo acabó por imponerse a la sonrisa y brilló como un rayo de luz.

-¿Dónde estabas, pues?

-En la tienda.

Se balanceó sobre las puntas de los zapatos y los tacones.

-Llamé a la tienda.

-Estaba abajo. Trabajaba en el sótano.

-¿Todo el rato?

-Sí, tenía un montón de cosas que hacer.

-Eres tan embustero como ella. Fuimos a la tienda.

Fuimos? ¿Quiénes?

-Chic, Gillick y yo.

Se quedó sin habla. Se acarició la barbilla y bajó la mirada. Sin embargo, continuó sonriendo; la sonrisa persistió en su rostro, vacío y estúpido. Virginia perdió los estribos.

-Basura. -Él parpadeó ante el epíteto-. Lo sé todo. Será mejor que vayas a la farmacia y compres alguna cosa, o cogerás una infección -dijo con gran convicción; pero en cuanto hubo terminado la frase se sintió ridícula. Y, al oírla, la expresión de Roger se transformó.

Pareció extraer algo de energía de sus palabras. Mejoró su estado de ánimo; dejó de frotarse la barbilla. La sonrisa se borró y dio paso a un aire solemne. Se desabrochó la chaqueta y pasó junto a Virginia para colgarla en el armario ropero.

-¿Qué hiciste, llamarla?

-Sí, lo sabes perfectamente.

-No la vuelvas a llamar. Déjala en paz.

-¿Por qué?

-Limítate a hacer lo que te digo.

Ella pugnó por retener las lágrimas.

-Eso te ayudará -ironizó Roger.

Virginia fue al vestíbulo y se secó el llanto con la manga del vestido.

«Ha sido culpa mía, por decir eso. ¿Por qué lo he dicho? Nunca más. Me iré antes de decir algo semejante.»

Volvió a la sala. Roger estaba sentado en el centro del sofá, observándola atentamente.

-¿Has... has cenado?

-He parado en un bar y me he comido una hamburguesa.

-¿Cuando volvías a casa?

-Me detuve en casa de un cliente. Luego me comí la hamburguesa. -Se reclinó con las manos en la nuca-. ¿Por qué andas por casa con el abrigo puesto?

Fue a colgar el abrigo en el ropero.

-No se lo he dicho a Chic.

Roger permaneció silencioso.

-No lo sabrá, a menos que ella se asuste. -Se sentó en la cocina, a oscuras. Desde donde estaba podía ver a su marido, que había estirado los brazos a uno y otro lado-. Estuve a punto de decírselo. Vine a toda velocidad para no hacerlo.

Él no movió ni una pestaña.

-¿Cuáles son tus planes? -preguntó Virginia.

-¿Qué quieres decir?

-Respecto a ella.

-No te entiendo.

-No puedes casarte con ella, nunca te lo permitiré.

Supo que no podría arrancarle una respuesta concreta. Roger permaneció callado.

-No puedo evitar que la veas, si es lo que deseas, si de verdad te gusta alguien así. Pero ¿crees que vale la pena? ¿Y si Chic os sorprendiera? Te mataría.

-No, eso no sucederá.

-Pensé que podía ocurrir.

-No es más que un engreído.

-Creo que sería capaz de matarte.

Roger se levantó del sofá.

-Olvidémoslo.

-Será mejor que no la veas, por tu propio bien. ¿No puedes encontrar una chica soltera? Si él te hiciera algo, la ley se pondría de su parte. ¿Qué harías si os sorprendiera juntos? ¿Y si esta noche hubiera regresado temprano? Sabes que ella es demasiado estúpida para saber fingir por mucho tiempo. Acuérdate de lo que dijo cuando la llamé. Claro que no podía decir mucho más. Si Chic se llega a presentar, ¿qué habrías hecho? ¿Huir por la puerta de atrás? -Imaginar la situación la llenó de angustia-. Qué horror. No creo que valga la pena; de veras.

-Siempre deja a Gillick en su casa primero. Le va de camino.

Luego, la esposa de Gillick telefonea a Liz.

-Oh. No lo sabía. ¿Así que tiene un método establecido? ¿Lleva años haciéndolo así?

No respondió.

-Creo que no debería hacerte más preguntas.

-No.

-¿Por eso cambiaste de parecer y decidiste matricular a Gregg en la escuela?; Porque la conociste?

-No.

Pero algo influyó.

-No.

Supo que Roger había llegado a su límite. Ya no diría nada más.

-Quiero decirte algo. Puesto que Chic vino a visitarnos, ya sabe que no estabas en casa, por lo que tendrás que tomar precauciones suplementarias. También sabe que ella estaba sola. Así que si empieza a reflexionar puede extraer alguna conclusión. Será mejor que no hables con ella o que no la llames durante un tiempo. Cuando Chic llegue a casa le dirá sin duda que pasó por aquí, y entonces Liz adivinará, o al menos eso me imagino, cómo supe que estabas allí. Supongo que tendrá la suficiente práctica en estas cosas como para mantenerse alejada de ti por un tiempo.

-Aguardó una respuesta que no se produjo-. Si quieres, la llamaré por ti. Esta noche no, mañana…

-¡Cristo, no! -exclamó con tal vehemencia que ella abandonó la idea.

-Como quieras.

Continuó sentada a la mesa, con el oído atento, esperando una palabra o una reacción; lo mismo que él en la sala, intuyó.

-Me llevaré el Olds para ir a trabajar -dijo Roger por la mañana, después de desayunar.

-¿Y dónde lo aparcarás?

-En la esquina.

-Casi nunca lo haces.

-Hoy me siento un poco cansado.

-Necesito el coche. He de recoger a Marion a mediodía. Iremos de compras y comeremos juntas.

-Y una mierda. Trabajé hasta las diez de la noche ayer; estoy agotado. Necesito el coche. Mi trabajo es lo primero.

-Te llevaré a la tienda.

-¿Y a la salida?

-Te recogeré y te traeré a casa.

No pudo replicar; frunció el entrecejo, pero no pudo replicar.

Subió al coche a las ocho y media y puso en marcha el motor. Roger salió al porche, vestido con traje y corbata, y la miró fijamente.

-Vamos -le apremió-, o llegarás tarde.

Roger tomó asiento junto a su esposa con perezosa y rencorosa desgana. Apenas cambiaron algunas palabras durante el trayecto hasta la tienda.

-¿Conoces a Gillick? -le preguntó en cierto momento.

-No.

-Me impresionó. Chic dice que es contratista.

Roger bajó frente a la tienda.

-Gracias -murmuró una vez en la acera.

Un rayo de sol matutino iluminó un lado de su cara, y comprobó que se había afeitado con descuido; cerca de la oreja, una zona pilosa descoloría la mejilla. Nunca se afeitaba bien esa parte.

-Hasta la noche -se despidió.

Roger siguió dándole la espalda a la espera de su liberación. Virginia se alejó en el coche.

19

A su izquierda, los tenderos bajaban los toldos con estudiados movimientos de brazos. Un grupo de secretarias se apiñaba ante la puerta de la West Coast Savings and Loan. El sol de la mañana bañaba su rostro; las húmedas aceras comenzaban a desprender vapor hacia el cielo. Restos de basuras aparecían desparramados ante la tienda; los proyectó a patadas a la acera y después a la cloaca. Sacó la llave del bolsillo, abrió la puerta y entró.

Un anuncio luminoso de Zenith parpadeaba sobre una fila de televisores, pero el resto de la tienda estaba a oscuras. Olía a tabaco, a barniz y a tela: olor rancio, ausencia de vida, frío y abandono; un lugar deshabitado. Encendió los fluorescentes del techo, abrió la claraboya e iluminó el gran anuncio de la RCA que había sobre la entrada. Se quedó de pie en el umbral, con las manos en los bolsillos, contemplando la calle a través de la puerta cerrada.

Pete Bacciagalupi apareció a las nueve en punto, radiante con su americana azul y la corbata de color pastel.

-Hola -dijo abriendo- la puerta de par en par para que penetrara el aire de la mañana-. Parece que tengas resaca -pasó ante Roger y colgó la chaqueta de la percha.

Pocos minutos después, el camión de reparto entró en un aparcamiento; la puerta se abrió de golpe y Olsen saltó al suelo. Escupió en el pavimento, hizo una mueca, recogió una llave inglesa que se le había caído y avanzó con calma hasta la puerta de la tienda.

-Buenos días -saludó a Roger.

-Hoy me haré cargo de las llamadas -advirtió Roger-. Quiero que te quedes en el banco de reparaciones. -Cuando Pete regresó de colgar la americana le dijo-: Que nadie saque hoy el camión. He de utilizarlo. Le he dicho a Olsen que se quedara en el sótano.

-Como quieras, pero hoy habrá que atender muchas llamadas.

-Yo me ocuparé.

-Hoy no es tu día -dijo Pete. Le puso la mano en el hombro-. ¿Por qué no vas a la farmacia y te compras un tranquilizante?

-A lo mejor lo hago -repuso Roger sin moverse del sitio.

-¿Te puedo ayudar en algo?

-No, excepto en atender a los clientes.

Siguió en pie durante mucho rato, sin hacer nada, ignorando a la gente que entraba, sin oír el teléfono ni prestar atención a lo que hacía Pete. Justo antes de las diez percibió al final de la calle el destello familiar de una chaqueta. Se precipitó fuera de la tienda.

-Ahora vuelvo -le dijo a Pete, que atendía una llamada.

Caminó por la acera en dirección opuesta, hacia la esquina, cruzó la calle con el semáforo en rojo y llegó al mismo tiempo que ella.

Llevaba tacones altos y su chaqueta a cuadros, el cabello recogido con un pañuelo y demasiado maquillaje. Los labios eran casi pardos. Cuando le reconoció, sus ojos se abrieron de asombro, intensos, oscuros y húmedos, hasta el extremo de que los peatones se dieron cuenta y algunos se volvieron a mirarla. Se quedó inmóvil; cuando Roger se detuvo ante ella y la cogió por el brazo no reaccionó.

-Roger, yo... sólo quería pasar un momento y mirarte desde fuera.

-Ven conmigo -dijo obligándola a avanzar.

-Ella podría vernos.

-Alejémonos de aquí -dijo Roger desviándose por una calle lateral.

-He venido a la ciudad para recuperar un reloj que dejé para componer. He de pasar por la joyería.

-Te acompañaré.

-No he podido dormir en toda la noche, pensando. Me quedé pensando si llamaría otra vez o si sería capaz de ir a casa. He estado pendiente todo el rato del teléfono y del timbre de la puerta.

Dos ejecutivos salieron de una oficina y Liz tuvo que cederles el paso. Los dos exhibían sendas caras gordezuelas, sonrosadas y desprovistas de mentón; parecían hermanos. Uno se limpió los dientes con un palillo, y ambos la miraron de la misma forma.

-¿Dónde está la joyería? -preguntó Roger.

Librodot

-En la manzana próxima, si no recuerdo mal. -Del bolsillo de la chaqueta extrajo un bolso pequeño y rebuscó en su interior-. Tengo el comprobante; lleva la dirección.

Se lo pasó para que lo leyera.

-Deberíamos dejarlo, ¿verdad? -Le arrebató el papel-. Adiós.

Dio media vuelta, se deslizó entre dos coches aparcados y empezó a cruzar la calle; un taxi frenó para no arrollarla. Se mezcló en un grupo de gente que andaba por la acera opuesta, mujeres que se apiñaban ante un escaparate. La siguió. «No, no lo harás. Te conozco. Sabía que te presentarías y saldrías corriendo.»

La alcanzó a mitad de la manzana. Sostenía el papel en alto y leía los números de las fachadas.

-Dámelo, yo lo encontraré -pidió colocándose a su lado.

-He de volver ahora mismo a casa. Tengo que lavar un montón de cosas, pasar el aspirador, sacar brillo a los cristales de las ventanas, y esta tarde quiero ir a ver una butaca. Chic quiere que compre una de esas enormes butacas de fumador para la sala de estar, esas tapizadas de verde. Un nuevo modelo, no como las antiguas. Son mucho más bonitas. Como una butaca de despacho.

-¿Me vas a dejar?

-No. Te quiero, pero he venido a decirte adiós. Quizá nos veamos algo más adelante y, aunque no te vea en mucho tiempo, pensaré en ti; no te olvidaré. Adiós. -Sus dedos acariciaron su cara, los labios y la barbilla-. No me arrepiento.-Fue muy bonito. Para ti también, ¿no?

«Memeces -se dijo-, tópicos picoteados aquí y allá, en libros y películas, en la tele, en las revistas.»

-Sé que te volveré a ver -prosiguió sin apartarse, todavía acariciándole-. No se puede separar a dos personas que se pertenecen una a otra.

Sus palabras. Las palabras de los demás. Vacuidad deliberada, preparada de antemano. Era como oír el edicto de algún alcalde, como si se lo leyeran en voz alta. Un grupo de personas que hablaba sin cesar, con la mente en blanco, eligiendo frases al azar. Recitándolas en desorden con sus voces inexpresivas. Por fin la habían enviado para entregarle el mensaje; ella era un simple emisario.

Debía aceptar estas tonterías o rechazarlas, pero ahora, ahora mismo, sin más dilación. Era lo único que Liz merecía. Si continuaba escuchándola, asintiendo y respondiendo, acabaría por estallar en carcajadas. «No puedo tomarte en serio. Estoy oyendo lo que oyen los demás, esa charla incoherente, la ridícula conversación que les diriges. Que me diriges, ¿verdad? Ya me doy cuenta. Y sé la sensación que causa. Dentro de un segundo, de una fracción de segundo, podré asumirlo como lo asumen los demás. Me lo creeré. No falta mucho. Casi me lo creo ya. Maldita cercanía.»

-Liz, al despertar esta mañana me he quedado tumbado en la cama un rato y me he dicho «estoy enamorado de Liz Bonner».

Ella lo aceptó con tranquilidad. Parecía darlo por supuesto.

-Aun así, Roger, me pregunto si, en el fondo, es verdad. Lo pensé anoche, después de que llamara tu mujer. Quizá todo no sea más que una simple excitación física mutua, ¿no crees?

«Extraído de un libro -pensó-, de un libro de texto o de un artículo. De una revista que ha hojeado en el autobús.»

-El sexo es algo muy complicado -siguió Liz-. Nadie lo comprende de verdad. Te afecta incluso cuando duermes. Todo sueño está relacionado con el sexo, ¿lo sabías? Lo que sucede en un sueño tiene una simbología sexual. La otra noche, por ejemplo, soñé en un edificio ancho y bajo, una especie de palacio de justicia. Representa un órgano sexual femenino, según leí en un libro de psicología. Es un libro que compré poco antes de casarme, antes de que Chic y yo tuviéramos relaciones. Según el doctor que lo escribió, una mujer debe procurar participar activamente en las relaciones conyugales. Decía que la mayor parte de las mujeres frígidas lo son porque no se dan cuenta de que deben participar en el acto, así que siempre intenté participar; tal vez porque trataba de vivir una relación sexual plena te estimulé más de lo correcto, o algo así. No lo sé.

-¿Qué más decía ese libro?

-Explicaba el funcionamiento de los diferentes músculos. La mayor parte de ellos permanece en estado latente durante toda la vida de una mujer, de modo que no somos conscientes de su existencia. Me sabía los nombres de memoria.

Dio unos pasos por la acera. Roger la siguió. La gente se apresuraba en ambas direcciones.

-Chic nunca ha sido muy bueno en lo referente a las relaciones conyugales. Siempre quiere meterla en seguida, no sé si me entiendes. ¿Te molesta que hable de esto? He estado pensando... Quería hablarlo abiertamente contigo. No le gustan los juegos preliminares, creo que se llaman así, pero son muy importantes para que la mujer alcance el clímax. Las paredes internas de la mujer son sensibles sólo hasta cierto punto, de modo que al penetrarla puede dejar de responder. Hay un punto muy sensible, pero he olvidado cómo se llama. ¿Lo sabes?

-No.

-Es una especie de hueso o algo así, y si entras bien lo estimulas al mismo tiempo. Puedes llegar con la mano. Cuando una mujer, en especial una joven, una que no está casada, quiere excitarse sola lo hace de esta manera. Y está fuera. Muchos hombres piensan que ése no es el método, pero lo es. A veces, después de un orgasmo, la mujer no puede soportar que la toquen ahí. La mujer puede tener un orgasmo tras otro; el hombre, no. De modo que si un hombre procede con mucha rapidez, no satisface a la mujer. Ya lo ha hecho todo, y apenas si ha empezado. Por eso, la mujer disfruta del acto muy pocas veces.

-¿Por qué entonces...?

-Lo hacen por los hombres, para que ellos disfruten. La mujer se somete para complacerle, pero eso no es correcto. Una mujer no debería hacerlo si no obtiene algo a cambio, ¿no estás de acuerdo? Si es consciente de ello, no podrá aunque lo desee. No es culpa suya. En la mayoría de los casos la culpa la tiene el hombre. Depende de su forma de ser; si no se preocupa por ella, jamás le proporcionará placer.

Al llegar a la esquina dobló por una calle lateral. La cogió del brazo, y ella se lo permitió.

-Qué sol. Ojalá me hubiera traído las gafas oscuras.

Un perro les ladró desde un patio, y Liz se apartó de Roger y avanzó hacia el animal con la mano en alto.

-Me gustan los perros -dijo inclinándose-. ¿Cómo te llamas, amiguito?

-Ten cuidado.

En cuclillas palmeó los flancos del animal.

-No me morderá. ¿Lo ves?

La lengua del perro, roja y pequeña, colgaba hacia fuera, como la de un gato. Tenía las orejas puntiagudas. Liz se las agitó.

-Es muy bonito.

Una plantación de dalias con espinosos cactos, amarillos y gruesos, grandes como platos, le llamó la atención. Antes de que Roger pudiera evitarlo, cruzó la calle en dirección al patio vallado en que se hallaba. Cuando la alcanzó ya había llegado a la cerca y arrancado un brote de su tallo. Una mujer de edad y fornida, con un vestido estampado, estaba barriendo el sendero, y al presenciar la escena, corrió hacia ellos.

-¿Qué hacen? -gritó-. Voy a llamar a la policía para que los arresten; ¡no pueden robar las flores ajenas!

Liz sujetó con fuerza la dalia.

-Dale un dólar o algo así -le dijo a Roger como si no hubiera visto a la mujer-. Quiero quedármela. Iba a caerse, de todas formas. Y además, las hay a montones.

Roger pagó la flor con cierto sentimiento de culpabilidad. La mujer le arrebató el dinero sin articular palabra y siguió barriendo. Levantaba nubes de polvo con la escoba.

Liz prendió la flor en su cinturón mientras caminaban.

-¿Cómo me queda?

-No me ha gustado lo que has hecho.

-Tiene más flores.

-¿Por qué haces estas tonterías?

Liz emitió un sonido gutural. Echó a correr sin previo para situarse lejos de su alcance.

«No está en sus cabales», pensó Roger. Corrió tras ella, que ganaba distancia. Liz corría agitando la cabeza. De repente braceó y se cayó al suelo. Rodó entre lágrimas, con un revoloteo de la chaqueta; sus dedos se aferraron al pavimento y se le abrió el bolso, del cual surgieron el espejo, el lápiz de labios y papeles y lápices que se desparramaron en todas direcciones. Consiguió detenerse asiéndose el pavimento. «Absurdo, absurdo y horrible; ¿cómo ha podido ocurrir esto?», se decía Roger. La estrechó en sus brazos y la apretó contra sí. Se había hecho un rasguño en la cara. Una gota de sangre brotó de su mejilla y le manchó el rostro. Tenía los ojos vidriosos.

-Todo va bien -la tranquilizó.

Algunas personas se habían detenido a mirar. Las alejó con gestos furiosos. Se fueron, pero continuaron mirando hacia atrás.

Se sentó en la acera y la sujetó con fuerza. Respiraba con dificultad y mantenía la vista clavada en él; estaba pálida y desencajada.

-Estás bien -dijo.

Empezó a reunir las cosas que habían caído del bolso. Algunas habían ido a parar a gran distancia.

La ayudó a incorporarse y la condujo en dirección contraria a la que habían tomado. Liz parecía aturdida y advirtió que cojeaba. Quizá estaba herida.

-Me gustaría lavarme la cara -dijo ella. Se llevó la mano al pie-. Creo que se me ha roto el tacón. -Se quitó el zapato y lo sostuvo en alto. El tacón se había desprendido, pero no sé veía por ninguna parte.

Posiblemente se había colado por la cloaca. Me descalzaré. Se apoyó en él clavándole los dedos y se quitó el zapato-. Mira, ¿no está allí? Junto a la pared...

Encontró el tacón -Liz estaba en lo cierto- y se lo entregó. Se había quitado las medias y las había metido en el bolso. Empezó a caminar descalza, lentamente, con dificultad.

-Me parece que he perdido la dalia.

La acompañó a la calle comercial, hasta encontrar una tienda de reparación de calzado. Un chico con uniforme azul cosía un zapato. El local se estremecía con las vibraciones de las máquinas.

-En seguida les atiendo.

Liz se sentó en uno de los asientos de tela y cromo, junto a un cenicero.

-¿Tienes un cigarrillo? -preguntó con voz temblorosa y velada.

Encendió uno para ella y se lo colocó entre los labios.

-¿A que fue extraño? -preguntó Liz al poco.

-¿El qué?

-El modo en que nos conocimos. Fuiste a la escuela para matricular a tu hijo..., allí estábamos Chic y yo viendo cómo jugaban al fútbol... Nunca nos habíamos visto..., y ahora estamos completamente unidos. Nada nos puede separar, nada nos puede dividir. Y hace un mes no sabíamos nada el uno del otro.

Roger no dijo nada. ¿Qué podía contestar? «Es idiota -pensó-, sin duda alguna.»

-¿Qué crees que nos unió?

-Nada. Nosotros mismos.

-¿No crees que Algo vela por nosotros?

-No. ¿Por qué?

-¿Crees que en el mundo sólo existe una persona?

-No.

El chico dejó su trabajo en la máquina y se acercó.

-Lamento haberles hecho esperar. Ya veo que se ha quitado los zapatos, señora; en seguida lo arreglo. -Examinó el tacón roto-. ¿Se le ha enganchado en una rejilla? El otro día le pasó a una señora, ¿sabe? Se lo arreglo en un momento. Le costará unos setenta y cinco centavos.

Sin más comentarios, fue detrás del mostrador y empezó a trabajar con un martillo y unos clavos diminutos.

-¿Qué quieres hacer? -preguntó Liz-. Lo dejo en tus manos.

-Quiero seguir.

-Yo también. Vale la pena. Conozco mis sentimientos y los tuyos. Es lo único que me importa. Me es indiferente que ella lo sepa. De hecho, me alegro de que lo sepa. ¿Te parece tonto?

-No -mintió él, consciente de que deseaba continuar y de que debía escucharla y creerla si ésa era su intención.

-¿Quieres correr el riesgo? Igual se lo dice a Chic. Es probable que me mate, o a ti, o a los dos. Y el tribunal le absolverá.

-No creo que lo haga.

-No tienes miedo, ¿eh? No, no lo tienes. De lo contrario, no te habrías metido en este lío.

-Tampoco creo que ella le diga nada.

Librodot

Liz se puso en pie y se balanceó mientras apagaba el cigarrillo en el cenicero. Luego, lenta y precavidamente, se dirigió, descalza, hacia el operario.

-Este hombre y yo nos acostamos juntos anoche.

El chico trabajaba febrilmente sin levantar la vista. Sin duda había oído toda la conversación.

-Vamos, Liz -dijo Roger irguiéndose-, déjale en paz.

-Quería que lo supiera. Ya se había enterado, ¿no es cierto? -le preguntó.

El chico se sumió en el trabajo, ignorándola; el martillo golpeaba con frenesí.

-¿Por qué tenemos que escondernos? -preguntó al sentarse de nuevo. Su rostro aún reflejaba la conmoción-. Quiero decírselo a todo el mundo. Ya lo saben, en realidad. Volveré a la tienda contigo.

-No.

El chico terminó su trabajo y salió del mostrador secándose las manos en el delantal.

-Serán sesenta centavos -dijo sin mirarles.

Estaba ruborizado y nervioso; le tendió el zapato a Roger y retrocedió.

-Gracias. Muy agradecida -dijo Liz. Se apoyó en el hombro cíe Roger para ponerse el zapato-. Ha quedado muy bien.

Recogió el bolso y se dirigió hacia la puerta. Roger buscó en sus bolsillo, sacó un dólar y se lo dio al chico.

-Gracias -dijo el operario tragando saliva.

-¿Por qué estás tan nervioso? -le preguntó Liz desde el umbral.

El chico movió la cabeza y puso en marcha una máquina. A pesar de ello, Liz se encaminó hacia él.

-¿Por qué no podemos acostarnos juntos? Estamos enamorados. ¿No es eso lo que cuenta? Tengo dos hijos y él uno, un chico maravilloso. ¿Qué otra cosa podemos hacer? No podemos casarnos; lo haríamos si pudiéramos. No es culpa nuestra.

Roger la agarró por el brazo y tiró de ella, pero Liz se resistió.

-Espera. Quiero preguntarle por qué piensa que hacemos mal. ¿Te has acostado alguna vez con una chica? Sí, ¿verdad? No estabas casado con ella, ¿eh? ¿Por qué nos consideras culpables a nosotros y a ti no? Deberías ser coherente. No es coherente, ya ves -repitió dirigiéndose a Roger-. Es lo único que le pido. Puede pensar lo que quiera, pero debería ser coherente; no somos diferentes de los demás. Todo el mundo lo hace, así que todo el mundo debe ser culpable, ¿no es así? Tal vez sea ése el pecado original. -El chico había abandonado el mostrador para refugiarse en la trastienda. Liz siguió sus pasos-. Sólo quiero hacerte una pregunta. Tengo curiosidad, eso es todo. ¿Me contestarás? ¿Te acostarías conmigo si tuvieras oportunidad de hacerlo? ¿Qué habría de malo en ello?

El operario no contestó. Roger la sacó fuera de la tienda. -Éste es nuestro castigo -dijo Liz-. Lo que nos merecemos. Nos hemos aislado de los demás, ¿no? Para ellos somos de otro mundo. No nos pueden oír, ni nosotros a ellos. Ese chico no ha entendido nada de lo que le he dicho; podía haber dicho lo que me diera la gana. Había cerrado los ojos completamente.

-Lo ha oído, y ya está -replicó Roger mientras pensaba que la tienda de reparación de calzado estaba a sólo dos manzanas de la suya.

-No, no ha oído nada. Podría parar a cualquiera y tampoco me oiría.

-No lo hagas.

-No habrás cambiado de opinión, ¿verdad? Aún quieres continuar, ¿no?

Asintió con un gesto.

-Sólo quería estar segura.

Al verla en aquel estado, no supo qué hacer con ella. Debía regresar a la tienda, pero temía dejarla sola. Tampoco podían seguir caminando por la acera; tenían que ir adonde fuera y aclarar las ideas.

-Será mejor que vuelva a casa -dijo Liz-. No es conveniente que me pasee por esta zona, pero he de ir a la joyería. De lo contrario, Chic se preguntará qué estuve haciendo hoy. Podría llamar a casa y no encontrarme, así que he de hacer algo para poder contárselo luego. Será mejor que no entres en la joyería conmigo. Me han visto con Chic; retiraré el reloj, iré a casa y te esperaré.

-Es demasiado arriesgado.

-¿El qué? Ah, te refieres a venir a casa. ¿Es demasiado arriesgado ahora?

-Más tarde.

-Ya... Oye, explícame lo que quieres decir. ¿Hablas de aplazarlo?

-No.

-Sí. Quieres aplazarlo.

Roger guardó silencio.

-Si no llego a venir, ¿te habrías puesto en contacto conmigo?

-Claro.

-¿Me estás acusando de algo? -le miró fijamente y enarcó las cejas-. No tengo la culpa de que Chic se dejara caer por tu casa y que tu mujer averiguara dónde estabas.

-Lo sé.

-¿Qué estás maquinando? No quiero dejarte, ni quiero que me dejes. Intentemos que vaya adelante -se arrebujó en la chaqueta como un pajarillo.

-Claro, pero hay que tener cuidado.

-Bien, no te entiendo, pero allá tú. No puedo obligarte a hacer lo que dijiste que harías. -Aminoró el paso y añadió-: Puedes llamarme cuando quieras.

-Creo que tengo razón.

-Es probable que no me llames. En todo caso, estaré pensando en ti -su voz se quebró-. Qué sorpresa. No dijiste nada al principio.

-Te llamaré -rodeó su cintura con el brazo; ella se apretó contra él, lo abrazó y le besó.

Unos chicos que pasaban en un sedán Mercury silbaron, tocaron la bocina y agitaron los brazos. Liz se apartó y le miró con semblante serio.

-Chiquillos -dijo Roger.

-Tienes razón. Estoy segura de que la tienes. He venido para verte por última vez. Quiero verte de nuevo, pero no puedo. Cuídate, ¿me lo prometes?

-Sí.

Se alejó de Liz en dirección a la tienda. Los clientes se agolpaban ante el mostrador hasta ocultar a Pete de la vista. Se sintió culpable. Era su tienda, pensó.

-Lo siento -se disculpó al ocupar su puesto tras el mostrador.

-Esta señora viene a recoger su radio. Aquí está el número -le pasó a Roger el comprobante.

Una vez atendida la clientela, Roger examinó la lista de ventas del día y se concentró en el trabajo.

-Una buena hora para los negocios -le dijo a Pete-. ¿Olsen está abajo?

-Está en el bar -dijo Pete anotando la venta de un receptor de radio en el libro de registro-. Ha ido a tomar un café.

Una mujer de edad traspuso el umbral cargada con una gran bolsa.

-¿Es usted el que se encarga de las reparaciones? -preguntó a Pete-. Traigo una radio para que me la arreglen. Se ha quedado sin sonido. No me había fallado en trece años. No entiendo lo que ha podido pasar. Quizá se ha roto un cable.

«O una saxífraga gastada», pensó Roger. La ayudó a sacar la radio de la bolsa y la enchufó. Pete fue a buscar la escoba a la trastienda y empezó a barrer.

-Tendrá usted que dejarla -dijo Roger-. Le daré un comprobante.

Cogió la pluma y escribió la fecha en la parte superior del comprobante.

-Ay, no sé qué haré sin ella. No podré escuchar las noticias.

-Hay un montón de moscas muertas en el escaparate -dijo a Pete cuando la anciana se hubo marchado-. Y el letrero situado delante del Emerson de 21 pulgadas se ha caído. Quizá puedas colocarlo de nuevo sin mover nada grande.

-De acuerdo. Oye, parece como si tuvieras resaca. ¿Por qué no te vas a la sauna de Finnish un rato? Te sentará bien. -Sonó el teléfono. Pete apoyó la escoba en la pared y fue a contestar-. Modern TV.

Una pareja joven entró en la tienda y se detuvo ante una fila de televisores Westinghouse.

-Buenos días -saludó Roger-. ¿Quieren que les enseñe algo?

Hizo lo que pudo, pero no obtuvo ningún provecho. La pareja le dio las gracias, dijo que regresaría para comprar algún aparato y se marchó entre florituras literarias.

-Impertinentes -rezongó Pete sin dejar de barrer.

Olsen volvió a las once, después de desayunar en el Rexall. Al pasar junto a Roger agitó el pulgar y dijo:

-Hay ahí un vejestorio que quiere verte. El tipo de al lado.

-Jules Neame -aclaró Pete-. Le he visto merodeando.

-¿A mí? -preguntó Roger. «Cristo. Lo sé. Lo entiendo.»

-Más columpios. Arremángate y manos a la obra.

Roger guardó la chaqueta bajo el mostrador y se fue al bar. Jules Neame, grande y desaliñado, estaba sentado comiendo un bocadillo de rosbif. Llevaba desabrochado el primer botón de la bragueta y se había prendido por dentro del cuello de la camisa una servilleta de papel, como un barbero, que le colgaba sobre el pecho. Cuando vio a Roger le señaló el taburete vacío que tenía al lado.

-Hola, amigo -dijo Neame sonriente.

-Hola, Jules.

-¿Cómo va todo?

-Bien, bastante bien.

-Hay un montón de posibilidades, ¿verdad? Nunca se sabe. Creo que deberíamos estar contentos con lo que tenemos. No hay que mirar demasiado adelante, basta con disfrutar del presente. -Mordió el bocadillo

y habló con la boca llena-: Aquí estamos, señor Lindahl; lo sabemos, pero ¿qué más sabemos? Hablan del cielo y de la otra vida. Creo que no vale la pena preocuparse por ello. La vida es demasiado corta. Nos atormentamos pensando en esas cosas. sin darnos cuenta de que ya tenemos bastantes problemas aquí abajo. Nuestras vidas son, de por sí, bastante penosas. La culpa es innecesaria. El mundo nos atormenta y reaccionamos atormentándonos. Me pregunto cómo podemos tener tan baja opinión de nosotros mismos. Les damos la razón a los demás en sus opiniones respecto a nosotros. No nos merecemos la felicidad, y cuando experimentamos una poca nos sentimos como si hubiéramos robado algo que no nos pertenece.

Roger jugueteaba con el jarro de crema de leche que la camarera había dejado sobre la barra, sin escuchar apenas a Neame.

-Buenos, días, señor Lindahl. -Saludó a la camarera, atractiva con su blusa roja y la cofia blanca-. ¿Cómo van las cosas?

-Bien.

-¿Qué quiere tomar?

-Café -contestó llevándose la mano al bolsillo.

-Permita que le invite, señor Lindahl -dijo Neame deteniendo su movimiento.

-Gracias.

-Parece un poco deprimido hoy. Espero que, sea lo que fuere lo que le preocupa, no sea nada. Es usted una gran persona, señor Lindahl, créame. Sé cómo lleva los negocios; sé cómo trata a sus empleados y a los clientes. Toda la gente de la manzana tiene la más alta opinión de usted. Si puedo ayudarle en algo, dígamelo sin rodeos. Le tengo un gran respeto y confianza. La gente dice, a veces lo oyes, que hay mucha bondad en las personas, pero yo no estoy de acuerdo; pienso que es terrible asumir el papel de juez dando por sentadas una serie de cosas, como si fuera posible determinar sin temor a equivocarse qué es lo bueno y qué lo malo. Un hombre ha de decidir por sí mismo qué es lo mejor, y quienes le quieren, si de verdad le respetan, habrán de permitirle que tome sus propias decisiones. Ya sé que la gente religiosa no comparte esta opinión, pero peor para ellos. Los seres humanos son más importantes que sus teorías moralizantes. Cuando era joven me dediqué a especular sobre problemas filosóficos. ¿Ha leído algo de un gran pensador llamado Spinoza? Escribió en cierta ocasión acerca de un desfile de músicos, como esas orquestas del Sur, que iba a un funeral. Y la música de la orquesta... -Divagó interminablemente. Roger se tomó el café sin prestar atención a la cháchara-. En cuanto a mi tienda -oyó que decía Neame mientras bebía un vaso de crema de leche-, tiene mucho espacio en la parte posterior, donde guardamos la mercancía. Es como un mundo. Nadie suele entrar, salvo mi mujer y yo, y por lo general estamos demasiado ocupados para hacerlo con frecuencia. Recuerdo que una vez entré y encontré un gato dormido sobre uno de los sacos de semillas. Ignoro cómo se coló en la tienda. Nunca advertimos quién entra y quién sale. Si quieren entrar, que entren. -Se acercó más a Roger y bajó el tono de voz-. Por qué no me acompaña a la tienda? Tengo que volver. -Se secó los labios, apartó el plato vacío y bajó del taburete-. Sólo un momento. Quiero enseñarle algo. Le dije a su operario que quería hablar con usted; le vi desde fuera cuando pasé por delante, pero estaba muy ocupado hablando con una

pareja, de modo que no entré. No quiero ausentarme mucho rato de la tienda. No sé cuánto estará esa mujer; parecía muy desolada, pero mi esposa la tranquilizó, y supongo que se sentirá mucho mejor. No quiso entrar en su tienda para evitarle complicaciones, así que entró en la nuestra y nos explicó la situación; no por completo, pero sí que deseaba verle un momento y que no podía entrar en su tienda, o así le parecía. Le dije que esperara, que yo me encargaría de llevarle allí. -Asió a Roger por el hombro y lo empujó suavemente hacia la puerta; notaba en la nuca el aroma a crema de leche y en su hombro el peso de la mano del viejo, una garra pesada y carente de huesos-. ¿Cómo se llama? No se lo preguntamos. No me lo diga si no quiere. No, tal vez será mejor que no lo haga.

Roger se detuvo ante su tienda y le indicó a Pete por señas que iba a la de Neame. Pete le guiñó un ojo e hizo el ademán de arrojarle algún objeto contundente.

-Es una mujer muy bonita -comentó Neame.

-Sí.

-Tiene un rostro muy dulce. Entre.

El anciano abrió la puerta de la tienda y Roger entró. Al otro lado del tabique que dividía el local, en la trastienda, Liz estaba sentada en uno de los columpios de Neame, con las manos en el regazo y el bolso a su lado. Nada más verle se levantó de un salto y se precipitó hacia él, jadeante, con las manos extendidas. Le abrazó sin decir una palabra.

-Por favor, Roger...

-¿Qué has hecho, venir aquí directamente?

-No podía volver a casa. -Su rostro estaba tenso, descompuesto, como si sus facciones se hubieran desplazado a los lados. La deformación le sorprendió-. Ya sé que es un error, pero no me importa. Que se vaya al infierno tu mujer. Que se vayan al infierno Chic, los niños y todo el mundo. Tú sientes lo mismo, ¿verdad?

«¡Maldita sea mil veces!», pensó Roger.

-¿He hecho mal? Te quiero. Me parecen todos tan lejanos... Sabía que volvería. Están ahí afuera, como toda esa gente. -Se refería a los peatones, los coches y los autobuses. A las oficinas. A los comercios-. Incluso mis hijos. Ni siquiera me preocupan Jerry y Walter. ¿Te importa tu tienda? No significa nada. Nunca sentí algo semejante. Es extraño -le sacudió el brazo, esperando, examinándolo, abrazándolo.

-¿Estarás en casa? -preguntó, Roger.

-Sí, todo el día.

-¿Quieres que vaya después del mediodía?

-Sería maravilloso. -Se apartó de él-. Te veré luego. Dentro de dos horas.

La contempló mientras salía a toda prisa de la tienda de Jules Neame; la contempló hasta que se perdió de vista.

«A la mierda todos -pensó-. A la mierda mi esposa Virginia y su madre, la señora Watson. A la mierda tu marido Chic y tus dos hijos, Jerry y Walter. Estoy de acuerdo contigo. A la mierda todos, hasta mi hijo Gregg. Familia, amigos, cosas, tiendas, nuestras vidas, los planes que hicimos, todo lo que teníamos o esperábamos alcanzar, excepto esto. Pero nos cazarán. Eres demasiado estúpida, demasiado corta para darte cuenta. Yo sí me doy cuenta. Todo volverá a ser igual que antes.»

20

Cuando llegó a casa, Virginia se preparó un plato de requesón y peras en almíbar; se sentó un rato a la mesa de la cocina y luego apiló los platos del desayuno en el fregadero. Telefoneó a una amiga, una mujer llamada Rae Phelps, una de las madres de la antigua guardería de Gregg. El nombre de la señora Phelps figuraba en una tarjeta escrita a mano pegada en la portada del listín telefónico.

-Necesitaría que me prestaras el coche hoy, si no te va mal.

-¿Y cómo me las arreglaré yo? -La voz de la señora Phelps retumbó en su oído-. No quisiera parecer poco sociable, pero he de llevar a los malditos niños a la escuela, recogerlos luego e ir de compras. Me encantaría dejártelo, pero...

-Te lo cambio por mi Olds.

-No entiendo.

-Es una cosa que estoy haciendo. No quiero usar el Olds.

Su relación con Rae Phelps era tan lejana que ni siquiera recordaba el color o la marca de su coche, aunque sabía que era grande y bastante nuevo.

-Me parece una locura -replicó la señora Phelps con su contundencia habitual-, pero si quieres intercambiar coches me da igual. ¿Pasarás por aquí, entonces?

Le dio las gracias y colgó.

Luego se puso un vestido que Roger no había visto nunca, un vestido azul oscuro de cuello blanco. Completó su atavío con guantes, un sombrerito, medias y unos zapatos de tacón, y trasladó las cosas que guardaba en su bolso de siempre a un bolso más pequeño de piel negra brillante que Marion le había regalado y jamás estrenó.

«Llamará para cerciorarse de que estoy en casa.»

El teléfono sonó pasadas las once.

-¿Diga?

-Hola -contestó Roger sombríamente.

-Me has pillado por casualidad. Iba a salir para recoger a Marion.

-Quería saber si me he dejado ahí un bloc de albaranes. Echo en falta uno.

Buscó por la casa, aun a sabiendas de que era una argucia.

-No, no lo veo.

-De acuerdo. Estará por aquí entonces. Gracias.

En cuanto hubo colgado el teléfono cerró la puerta de la casa, subió al Oldsmobile y fue a casa de Rae Phelps, a unos dos kilómetros de distancia. Entregó a la señora Phelps el Oldsmobile y recibió a cambio un Imperial verde oscuro muy limpio.

-Iré con cuidado -dijo, nerviosa.

-No te preocupes, está asegurado. -La señora Phelps era una mujer alta, simpática y vivaz a la que no parecía inquietar que otra persona utilizara su automóvil-. Espero que te vaya bien. ¿Vas a una fiesta sorpresa o algo por el estilo?

-Sí, eso es -asintió Virginia.

Librodot

Fue por la autopista en el Imperial -maravillosamente fácil de conducir- a la zona industrial de la ciudad, a la panificadora Bonny Bonner Bread. Nunca la había visto, y le impresionó; era inmensa.

-Quisiera ver al señor Chic Bonner -solicitó a la recepcionista. Le dijo su nombre a la muchacha.

-Sí, señora Lindahl. El señor Bonner dice que pase. Detrás de esa puerta de la derecha.

Entró en el despacho de Chic.

-Hola -saludó.

-Qué sorpresa.

Chic la esperaba de pie tras su escritorio de metal, en el que había informes mimeografiados y una máquina de escribir.

-Es sólo un momento. ¿Tienes aquí tus bocetos? -preguntó mientras se decía: «Por Dios, ojalá que no».

-No, están en casa.

-Quiero enseñárselos a nuestro abogado. Me gustaría que los viera.

-Una idea estupenda, Virginia -había en su rostro una expresión satisfecha-. ¿Los quieres ahora?

-¿Dónde hay un teléfono? Llamaré, y si está Liz, iré y los recogeré. El señor Charpentier me espera, y son casi las doce.

-Sí -asintió Chic acercándole el teléfono-. Debería estar en casa, aunque es posible que haya ido de compras.

Virginia marcó su propio número y, por supuesto, no obtuvo respuesta. Dejó que sonara y que él lo oyera.

-Caramba, ¿sabías que Liz iba a salir? Tal vez esté de cháchara con alguna vecina. Bueno -agregó mientras descolgaba el auricular otra vez-, quizá pueda concertar otra cita con Charpentier para un día de esta semana.

-¿Y si te doy la llave? Vas a casa y los recoges; están en la sala, en la mesita del café.

-De acuerdo, Chic.

Miró el reloj. Según sus cálculos, le quedaba muy poco tiempo. Aceptó las llaves, salió de la empresa Bonny Bonner Bread, subió en el Imperial y atravesó las calles de la zona comercial hasta encontrar una cerrajería. Hizo un duplicado de la llave que le había dado Chic, por el que pagó treinta y cinco centavos.

Regresó a la panificadora y le devolvió las llaves a Chic.

-No he podido entrevistarme con el señor Charpentier -explicó-. Se había ido a comer.

-Oh, qué pena.

-Concertaré otra cita.

-Eres una persona muy seria, ¿no? Lo digo por la manera en que te fuiste de la tienda anoche. Tenías miedo de decir algo..., algo comprometedor. ¿Tengo razón?

-Sí.

Se despidió y abandonó el edificio. Recogió a Marion a las doce.

-¿Qué pasa? -preguntó su madre mientras examinaba el coche-. ¿Te has desprendido del Oldsmobile?

-He pedido prestado éste. Escúchame; no vamos a la ciudad. He cambiado de opinión.

Librodot

-¿Por qué vas tan bien vestida? Pareces una modelo. Nunca te he visto tan elegante. ¿Por qué no vistes siempre así? Siento complejo de inferioridad. -Se fijó en el bolso-. Ése es el bolso que te regalé y nunca has usado. Me preguntaba cuándo te decidirías a llevarlo. Queda muy bien con el color azul. ¿Te había visto ese vestido?

-Vamos a acercarnos a la tienda. No quiero que hagas nada. Sólo quiero que me acompañes.

-¿Qué dices? Mírame, Ginny. ¿Qué pasa?

-No te puedo mirar; estoy conduciendo.

-¿Tienes problemas con esa mujer, esa Liz Bonner?

-Sólo quiero que me acompañes.

-Tengo derecho a saber lo que ocurre.

-Y una mierda. Limítate a seguir sentada y a mirar. Eso es todo. Haz lo que te digo, ¿me oyes?

-Por Dios, Virginia.

Aparcó en un espacio libre ante la tienda y rectificó la posición del espejo retrovisor para poder observar la entrada. El camión estaba aparcado en la zona de carga y descarga.

-Utilizará ese trasto -dijo.

«Gracias a Dios, aún no se ha ido.» Como siempre, había mucho trabajo.

-¿Va a encontrarse con ella? -preguntó la señora Watson.

Virginia no respondió.

Roger apareció en el umbral de la tienda a las doce y media, cargado con el bastidor de un televisor. Lo depositó en el camión, volvió a la tienda y salió con otro bastidor.

-Se va a marchar -dijo Virginia.

-¿Qué son esos aparatos? -preguntó la señora Watson.

-Son para entregar. `Sabes una cosa? Para conseguir la llave de una casa, basta con pedirla.

Sacó la llave de los Bonner del bolso y la dejó junto a su pie derecho, al alcance de la mano.

-Me sorprendes -dijo su madre con tono dolorido y preocupado.

Virginia encendió un cigarrillo y continuó vigilando. La tensión había disminuido; en cuanto vio el camión sintió cierto alivio. Roger hablaba con Pete; examinó la lista de llamadas y luego telefoneó desde el mostrador.

-Ya falta poco -comentó Virginia.

«No permitiré que me suceda a mí. No voy a ir con rodeos como Teddy.»

Teddy les había visitado en Washington; oyeron voces en el rellano y Roger abrió la puerta del apartamento. Virginia no comprendió al principio quién era Teddy; creyó que era una amiga de Roger y jugó con la niña. Roger se hundió en tal estado de postración que, cuando se arrodilló junto a la niña, comprendió de repente que era su hija y Teddy su ex esposa, de la que se había divorciado.

-Tenía ganas de conocerte -había dicho Teddy.

Tenía las piernas muy delgadas, poco atractivas, y caminaba con los pies hacia fuera, como un pato. Su voz era aguda, y cuando habló con su hija empleó un sonsonete acusatorio que incomodó a la niña y a Virginia. «Así que ésta fue su mujer», pensó.

-¿Cómo pudiste interesarte en ella? -le preguntó después a Roger.

-No lo sé -respondió evasivamente.

Librodot

«Qué mujer más repulsiva.: ¿Verá en mí algo parecido? ¿Es eso lo que quiere?»

-Le gusta ese tipo -le dijo a su madre-. Es la otra cara de la moneda. Liz es del estilo de aquellas con las que salía cuando trabajaba en el astillero, en la WPA y, mucho antes, en Arkansas.

«Y lo dejaría todo por una tía así. Me dejaría.»

-¿La abandonaste? -le había preguntado.

-No. No nos entendíamos. Ella estuvo de acuerdo.

-Pero quiere que vuelvas.

-No.

-Claro que sí. Por eso ha venido. Quería saber si podía hacerte cambiar de opinión. Se arrepiente de haberte concedido el divorcio; casi lo expresó en voz alta, delante de mí.

-Ella estuvo de acuerdo -repitió Roger.

-Y tu hija... Tú..., tú las abandonaste. Me pregunto si algún día harás lo mismo conmigo.

Aspiró el frío aroma de la nieve, del hielo, del Dique de la Marea, de las colinas y los bosques cercanos al Potomac. Vio a su alrededor los árboles y las mansiones de la avenida Pennsylvania. Vio a las jovencitas de color que iban a su trabajo en autobús por las mañanas, con sus pañuelos de algodón rojo, vio a la orquesta municipal de Maryland por la noche, desfilando por la calle y dejando a los músicos en sus hogares. Las cercas de estacas blancas, el bochorno del estío...

-La abandonó -dijo a su madre-. Siempre lo hacen. Está en su idiosincrasia.

-Te lo advertí.

-¿Cómo ha podido hacerme esto? -«Por una como ésa», se dijo-. Sabía que lo haría, tarde o temprano, cuando no aguantara más.

Roger salió de la tienda, se detuvo y parpadeó, cegado por la luz diurna. Se limpió las gafas de sol con el pañuelo, escudriñó la calle y subió al camión.

-Allá vamos -dijo Virginia. Puso en marcha el motor del Imperial, que rugió y se paró-. ¡Maldición! No domino este coche, es de Rae Phelps. Espero que no me vaya a fallar ahora.

-Ve con cuidado. Tal vez deberías reconsiderar lo que estás haciendo, Ginny. Creo que estás actuando con precipitación. ¿Qué importancia tiene que salga con esa Liz Bonner? Vas a un abogado y te divorcias en un periquete, ya lo sabes. ¿Por qué quieres meterte en tantos líos?

Arrancó el motor, dio marcha atrás y siguió al camión. -¿No nos verá? -preguntó la señora Watson.

-No conoce este coche -dijo.

Por otra parte, sabía que el retrovisor del camión no estaba en óptimas condiciones.

El camión recorrió la ciudad durante casi una hora. Paraba en algunas casas, entregaba bastidores y recogía otros. Empezó a preguntarse si no estaría cometiendo un error.

-Está trabajando -dijo la señora Watson-. Hace lo que debe hacer. Y tú, ¿qué haces?

«Estoy esperando», se dijo.

-¿Cómo conseguiste esa llave? ¿De verdad es la de su casa?

Librodot

«Eso espero. Sería ridículo que fuese la llave del garaje.» Pero el cerrajero le había asegurado que la llave de la puerta era la única Yale del manojo.

-Creo que estás loca de atar. No me sorprendería averiguar que llevas una pistola en el bolso. Los periódicos hablan a diario de casos así; no me extrañaría que te comportaras de ese modo.

-Tengo que sorprenderle in fragantti. De lo contrario, siempre lo negará. Nunca lo admitirá.

-¿Por qué te obsesionas?

Virginia no contestó.

A las dos el camión torció en dirección a San Fernando. A punto de llegar, se detuvo en una estación de servicio. Roger bajó, estiró las piernas y fue al lavabo. Cuando salió entró en la oficina y llamó por teléfono.

-Está llamando -dijo Virginia.

-Llama a la tienda para saber si ha de modificar su ruta. No quiere hacer el camino en balde.

«Exactamente», se dijo Virginia.

Roger volvió al camión y se adentró en el tránsito. Virginia le siguió a una distancia prudencial. Lo perdió en un cruce; tuvo que frenar ante un semáforo en rojo, y el camión desapareció con lentitud detrás de una curva.

-¿Lo ves? -la reconvino la señora Watson-. ¡Tanto correr y lo has perdido! ¡Deberías fijarte más en lo que haces!

Guando el disco se puso verde, giró a la derecha y fue directamente a casa de los Bonner. Aparcó en la calle transversal, entre dos coches.

-No tardará.

El camión pasó de largo a los cinco minutos y aparcó no muy lejos. Virginia y su madre, sentadas en el Imperial, vieron como Roger caminaba por la acera, miraba en todas direcciones y se encaminaba a casa de los Bonner. Subió al porche, la puerta se abrió al momento y entró. La puerta se cerró a sus espaldas. «Así que era verdad.»

-Vámonos -murmuró mientras ponía en marcha el coche.

-¿Nos vamos?

-Sí.

-¿Y tu llave? ¿Para qué te has hecho un duplicado si no vas a utilizarlo?

-No quiero -dijo alejándose de la casa.

-Tienes una llave; sabes que están dentro; has dicho que querías cazarlo con las manos en la masa.

-¡De acuerdo! -Viró en redondo en un cruce. Un perro que dormitaba en la calle se revolvió, confuso. Volvió al lugar de donde venían-. ¿Entrarás conmigo? No quiero ir sola.

-Entraré. No me gusta, pero lo haré.

Aparcó a unas casas de distancia. Se quedó inmóvil por un momento.

-Démonos prisa -dijo su madre-. Podría irse.

Virginia abrió la portezuela de su lado. Su madre hizo lo mismo.

-Cierra sin ruido -aconsejó la señora Watson-. Así no sabrán que hemos llegado.

Dejó la portezuela abierta y caminó por el sendero que llevaba a casa de los Bonner.

-¿Tienes la llave?

-No.

Volvió al coche y la recuperó.

-No tengas miedo.

No tenía miedo. Flotaba, como cuando subía los peldaños del salón de actos de la escuela.

-Me siento como si fuera a pronunciar un discurso, un discurso patriótico o algo por el estilo -rió Virginia.

-No te preocupes. Limítate a entrar.

No dejaba de parecerle divertido. Se detuvo.

-Soy incapaz de hacerlo -seguía riendo-. Lo siento, es demasiado absurdo. Entra tú, si quieres.

-Yo entraré -dijo la señora Watson arrebatándole la llave de las manos-. No vacilaré en hacerlo.

-Espera, no quiero que te entrometas en esto.

Se apoderó de la llave de nuevo, subió al porche y abrió la puerta. Entró en la casa seguida de su madre. La sala de estar estaba oscura y silenciosa, con las cortinas corridas. Tuvo la impresión de que se hallaba desordenada, y olía a madera. ¿Por qué madera?, y en seguida recordó el hogar. Había troncos de roble apilados, de los que se desprendía el olor. En el hogar vio un montón de periódicos y revistas para quemar. Liz apareció procedente del vestíbulo, boquiabierta, con el pánico reflejado en el rostro.

-Estaba en el jardín -dijo-. ¿Qué quieres?

Llevaba la parte inferior de un bañador de lana y una camisa por encima. Iba descalza. Los faldones de la camisa le llegaban casi hasta las rodillas, y Virginia entrevió entre los botones su piel bronceada y generosa. No llevaba nada debajo de la camisa; ni siquiera se la había terminado de abrochar. Sus piernas brillaban a causa del sudor.

-No quiero entrar -dijo Virginia-. No, no lo haré.

-¿D... dónde? -articuló Liz con voz desfalleciente. Movió la cabeza y unas partículas de lana cayeron sobre la camisa.

-En tu dormitorio.

-¿Cómo has entrado? ¿No estaba cerrada la puerta? -Terminó de abrocharse la camisa e introdujo los faldones dentro del bañador-. Estaba en el jardín -repitió-. ¿Qué quieres? ¿Qué significa esta intrusión en mi casa?

Pasó frente a Liz, atravesó el vestíbulo, abrió la puerta de la alcoba y miró en el interior.

Las ropas de Roger estaban apiladas ordenadamente en la silla: la chaqueta, los pantalones, los calzoncillos, la corbata, la camisa y los calcetines. Los zapatos se hallaban al pie de la cama. Vio la colcha, doblada, en la cómoda. Roger yacía en la cama bajo las sábanas. Sólo sobresalían la frente y los ojos. La miraba. Como no llevaba puestas las gafas -las había dejado en la cómoda-, no la distinguía con claridad. Al acercarse, advirtió que estaba mirando su vestido. Ni siquiera la reconocía.

Se sentó en el borde de la cama. Él continuaba sujetando con firmeza las sábanas, como si temiese que ella las apartara y le viera.

-¿Tienes miedo de que te mire? No lo haré si no quieres.

-¿Quién ha venido contigo?

-Mi madre. -Desde el vestíbulo llegaban las voces de Liz y de la señora Watson. Virginia se dirigió a la puerta-. ¿Quieres que salga mientras te vistes?

-No.

-¿Cierro la puerta?

-Sí, ciérrala -aceptó por fin.

Lo hizo. Pero él siguió en la cama, cubierto con las sábanas.

Sujetó la sábana con ambas manos y vigiló que ella no se acercara. Le había descubierto y esperaba oír sus quejas. «Algo horroroso», pensó, temblando en la cama y sintiendo la proximidad del fracaso, la inminencia del fin. Había sucedido. Tantos años esperando ser descubierto, la puerta que se abre, la preparación, la escucha. La puerta se abrió, ella irrumpió; se quedó de pie junto a la cama, dominándolo desde esa posición. Sus sospechas (había sospechado previamente) la habían traído hasta aquí, y él reflejaba en su rostro la culpabilidad, incapaz de ocultarla; estaba solo, en este lugar solitario, y había sucedido, tal como siempre supo que sucedería.

«Qué cosa tan horrible», pensó. ¿Cómo podía seguir mirándole? Seguro que habría querido cerrar la puerta al momento y volver a salir. Pero la mujer se quedó. «Bien -pareció decir-, lo esperaba. Ahora he de decidir lo que hago; he de aceptarlo y aceptarte.»

«Sí -pensó-, lo he hecho; lo hago, me has sorprendido haciéndolo. Todo el mundo lo hace, claro, pero eso no importa; tienes razón. Ten piedad de mí. Lo siento. Estoy avergonzado. Ojalá no hubiera nacido. ¿Cómo he podido hacer algo semejante? Te vuelve loco, y así ha sido; me ha sacado de quicio y espoleado la imaginación, pero tú me has despertado para arrancarme de este sueño. ¿No ves que estoy aquí derrotado, indefenso? Trátame bien. No empeores la sentencia con la que estoy de acuerdo. Sí, la acepto. Debo ser castigado por este pecado. Pero no demasiado. Dadme una esperanza.»

-Me volveré mientras te vistes -dijo Virginia.

Recogió sus ropas de la silla y las dejó en la cama, al alcance de su mano.

-Gracias.

-Será mejor que te levantes.

-Stephen también lo hace -alegó a modo de defensa.

Ella le dirigió una mirada impaciente. «He metido la pata», pensó encogiéndose de hombros.

-¿Eres tú la del Imperial verde?

-Sí. No me he dado cuenta de que me habías visto.

-Cristo, no has parado de seguirme. Sólo pensé que iba a dejar que me alcanzaras. Un coche de lujo con dos mujeres muy bien vestidas que hablaban... Dejé volar la imaginación.

De pie junto a la cama, ella recorrió la habitación con la mirada; tomó nota de cada elemento, de cada detalle. «Así que éste es tu escondrijo -decía su expresión-. Aquí es donde vienes, a esta pequeña habitación en la que puedes encerrarte bajo llave y ocultar lo que haces. Pero te interrumpí, y has de cortar esta relación.»

-No lo volveré a hacer.

Virginia pareció no oírle; se había cruzado de brazos y se dirigía hacia las ventanas que daban al patio.

A través de las ventanas Virginia vio el jardín. Una puerta cristalera comunicaba el dormitorio con el jardín. Detrás de éste había otro patio, a continuación una casa y los postes del teléfono. «Podría haber huido por ahí -pensó-. ¿Por qué no lo ha hecho? Quizá estaba demasiado asustado...

»Qué horror, verse sorprendido de esta manera. Gente que irrumpe de improviso... Estaba en la cama, desnudo e indefenso; ni siquiera llevaba las gafas. Pero tuve que hacerlo. Era lo mejor para los dos.»

-Escúchame -dijo Virginia. Él la miró desde la cama, pequeño, casi enfermo, incapaz de distinguirla con nitidez-. Supongo que debo decirte lo que hay que hacer, ¿verdad? No sabes siquiera cuidar de ti mismo.

-¿Por qué has traído a tu madre?

Sus labios se retorcieron en una mueca que descubrió los dientes inferiores.

-Quería que fuera testigo.

-¿Vas a divorciarte de mí?

-No. Pensé que tal vez a Chic le gustaría tener testigos.

Sus ojos se empequeñecieron, dejó caer la mandíbula y movió los labios con torpeza.

-¿Lo sabe? -preguntó por fin.

-No -repuso Virginia.

Roger reflexionó, archivó la información en su cerebro. Frunció las cejas y se estremeció.

-No quiero hacerle daño -añadió ella-. No tengo la menor intención de romper su matrimonio. Si supiera lo vuestro se divorciaría de Liz y no querría saber nada más de ti. No aceptaría hacer negocios contigo.

-No.

-No se lo diré. -Roger levantó la cabeza y la miró con temor, pero también con hondo resentimiento-. No quiero echar a rodar los planes de la futura sociedad.

«Con Chic Bonner como socio aún podrás conseguir algo. Llegarás a ser importante. Y también la tienda.

»De todas formas, no eres más que un hombrecillo nervioso y enclenque, desnudo bajo una sábana y sin gafas, y con eso no me basta. Aspiro a más. Te he entregado mi vida, mi trabajo, y tengo que conseguir a cambio algo de lo que me sienta orgullosa.

»Voy a sacar algo de esto.»

-Escúchame: quiero que pongas la tienda a mi nombre.

-Su marido la miró y esbozó una sonrisa temerosa-. Y cuando firme los documentos con Chic, quiero que su parte vaya exclusivamente a su nombre, no al de él y Liz. No quiero ver el nombre de Liz escrito en ninguna parte. -«Quiero conseguir lo que merezco»-. ¿Qué te parece?

La sonrisa se borró de sus labios; movió la cabeza a un lado y a otro.

-De acuerdo -dijo ella. «Tuviste lo que querías, y ahora tienes lo que te mereces. Lo hiciste tú solito. Es culpa tuya»-. Vístete. Sal de esa cama y vístete.

Roger paseó el pulgar por sus ropas y tiró de la camisa. Se concentró en las prendas Y jugueteó con ellas; se incorporó y se inclinó hacia delante, agrupándolas sobre su regazo.

-Y por lo que a mí respecta -añadid, dándole la espalda para no verle-, tú y ella podéis hacer lo que os dé la gana, siempre que os comportéis con discreción.

Empezó a vestirse sin responder. Virginia oyó el roce de la tela.

«Limítate a evitarme molestias. No interfieras en mi vida. Tengo a mi hijo, y está en la escuela recibiendo el tipo de educación que necesita, y dentro de poco tendré un trabajo. Y no deseo ser molestada; no tengo tiempo.»

Paseó por la habitación mientras Roger se vestía. El cajón superior del tocador estaba abierto parcialmente; lo abrió del todo para examinar su contenido. Un montón de pañuelos de colores ocultaba unas cajitas que contenían pendientes; junto a las cajitas había una baratija de cerámica vidriada, un rostro de nariz roja con sombrero de copa y corbata de lazo para adosar en la pared. Alguien se lo habría regalado. Abrió el segundo cajón; estaba lleno de ropa interior. Una caja atrajo su atención, una caja plana; al abrirla descubrió un diafragma y un tubo de espermicida.

-Mira... -dijo con tono de reproche-, no lo lleva puesto.

-Se volvió para enseñárselo-. Aún estaba en el cajón.

-Tiene otros dos -contestó Roger.

Estaba de pie junto a la cama abrochándose los puños de la camisa.

-Ah. -«Uno para engañar a Chic; otro en el cajón. Y otro más para utilizarlo todo el día. De día y de noche, en cualquier lugar. Sólo como precaución.» Metió la caja en el cajón y lo cerró-. Qué manera más horrible de vivir.

Él fingió concentrarse en la camisa.

-¿No te molesta a ti?

No hubo respuesta.

-No, tú no eres aprensivo.

Tampoco hubo respuesta.

-A mí sí me molestaría.

21

El 1 de mayo de 1953 se inauguró la nueva tienda. La celebración duró desde las seis de la tarde a las diez de la noche. Regalaron gardenias a las damas, fotografías de los niños a sus padres, y hubo café y pastas. Cada persona que entraba en L y B Appliance Mart recibía un boleto para un sorteo en el que los agraciados podían obtener televisores, licuadoras, planchas eléctricas y máquinas de afeitar Sunbeam. Durante una semana, reflectores emplazados en el bordillo iluminaron el cielo con torrentes de luz, y el sábado por la noche varios integrantes del equipo de béisbol de Los Ángeles, los Angels, efectuaron una exhibición en el espacio de arena iluminado, amenizada por una orquesta de diez miembros contratada para la ocasión.

El nuevo nombre, L y B Appliance Mart, se eligió a fin de competir con el comercio del viejo John «Mac» Beth, que se dedicaba al mismo ramo.

L y B Appliance Mart tenía una larga fachada acristalada. El local había sido una tienda de ultramarinos; Chic Bonner averiguó que estaba disponible gracias a sus contactos con gente del sector. El equipo de Earl Gillick se encargó de remodelar completamente el edificio. La cristalera estaba algo inclinada para evitar que los peatones y posibles clientes quedaran deslumbrados. El letrero no se colocó sobre el edificio, como en los viejos tiempos, sino que las letras se grabaron directamente en la pared, separadas unas de otras. Un letrero de neón coronaba la amplia entrada lateral, de acuerdo con los bocetos que Chic Bonner había diseñado, a los que Virginia Lindahl dio su aprobación. Las puertas eran de sólido cristal doble, exceptuando los tiradores, de plástico y cobre, y la ranura para la correspondencia, en el centro de la puerta derecha. La entrada estaba

Librodot

ligeramente inclinada. El color exterior era verde pálido, en tanto que tonos pastel predominaban en el interior. La iluminación era proporcionada por fluorescentes, elegidos por Roger Lindahl. El local disponía de refrigeración y calefacción, esta última a base de tuberías que corrían bajo la cobertura de nailon del suelo y por las cuales corría agua caliente sin cesar. En la parte trasera del edificio, oculto a la vista de los clientes, se había construido un almacén de carga y descarga con capacidad para albergar los varios furgones recién adquiridos.

Hacia el verano de 1954, las ganancias habían empezado a amortizar los costes de las obras. Los auditores auguraban una rápida superación del déficit inicial.

En octubre de 1954, un miércoles por la mañana, Herb Tomford, el gerente de L y B Appliance Mart, abrió la puerta de cristal con su llave y entró en la tienda. El limpiaventanas, en el exterior, trabajaba esforzadamente. Tomford le saludó con la mano. El hombre le devolvió el saludo.

«Buenos días», se dijo Tomford.

Conectó el aire acondicionado y encendió las luces del techo. «Hoy soy el primero, enhorabuena», pensó. Subió al despacho y colgó el abrigo en el ropero. Acercó una silla a uno de los escritorios y empezó a repasar las cuentas del día anterior. Aún no había llegado ninguno de los propietarios, por lo que la caja de caudales estaba llena; le incomodaba estar en la tienda antes de que hubieran retirado el dinero; ¿qué pasaría si un cliente entraba a comprar algo? «Puedo darle centavos, miles de centavos», se dijo Tomford. Volvió a la planta baja, abrió la primera caja registradora y enrolló la cinta. Mientras lo hacía, el coche de la señora L aparcó en el lugar que tenía reservado.

«Número uno. La señora en persona», se dijo Tomford. Cerró la caja y cruzó la tienda hacia el mostrador de los electrodomésticos pequeños. Entre máquinas de afeitar, tostadoras y planchas, abrió y puso a punto la caja.

La señora que era su patrón había bajado del coche y avanzaba hacia la puerta principal de la tienda. Su chaqueta se agitaba a causa del movimiento enérgico de las piernas. «Cómo corre. Va como una flecha; no pierde el tiempo», pensó Tomford.

-Buenos días, señora L -saludó cuando la puerta se abrió.

-Buenos días, Herb -respondió mientras se detenía ante el mostrador para depositar parte de su cargamento de periódicos.

-¿Vendrá hoy el señor B?

-¿Y por qué no? Ah, su alergia -se dibujó en su rostro una sonrisa ausente y forzada. Levantó el teléfono y marcó un número-. Lo averiguaré.

-Hace un bonito día -comentó Herb Tomford.

-Hola, Chic: -saludó la señora L-. Oye, ¿vas a venir a la tienda? -Escuchó en silencio-. Arráncalas, si crees que es eso. Yo lo haría. De todas formas, las detesto; sólo son arbustos, a fin de cuentas. -Hubo un silencio-. De acuerdo. Adiós. -Colgó y dijo-: Llegará a eso del mediodía. Opina que son las retamas que crecen al final de su terreno.

-Ya lo dijo cuando florecieron.

La señora L colgó su chaqueta en el ropero y luego abrió la caja fuerte.

Librodot

-Aquí tienes el dinero. Estaré arriba, por si me necesitas.

Los vendedores empezaron a llegar a la tienda. Trabajaban a comisión, y en cuanto entraban en el local echaban rápidos vistazos por si había alguien esperando. Uno de ellos encendió un cigarrillo y se colocó detrás del mostrador delantero; otro se sentó ante su mesa y empezó a escribir en el libro de registro nombres de posibles clientes. Un tercero, majestuoso y digno con su traje a rayas hecho a medida, cruzó las manos a la espalda y se situó cerca de la entrada, junto a los televisores. Sólo cambiaron entre ellos breves saludos protocolarios; cada uno actuaba y se preparaba según su carácter. El último en llegar se abalanzó sobre el teléfono, sacó una lista escrita a lápiz y empezó a hacer llamadas.

Después de los vendedores llegaron los dos reparadores. Habían desayunado juntos al otro lado de la calle. Se dirigieron a la sección de reparaciones sin hablar con los vendedores. A las nueve en punto entró a toda prisa el chico que conducía el camión de entregas, y a continuación llegó el operario que se encargaba de las reparaciones a domicilio. Había aparcado el camión en el almacén trasero. El último en aparecer fue el tenedor de libros, que subió al despacho y deseó los buenos días a la señora Lindahl. Sacó la funda de la calculadora y se puso a trabajar.

«Creo que ahora ya puedo ir al lavabo. La fortaleza está bien guardada», se dijo Herb Tomford.

-Voy al lavabo -dijo a uno de los vendedores.

-Muy bien.

Cogió el periódico, fue al lavabo y corrió el pestillo de la puerta para que nadie le molestara. Una vez acomodado, abrió el periódico, leyó las páginas deportivas y después las cartas al director. Mientras leía, alguien se acercó al lavabo y forcejeó con la manija.

-¿Herb? -llamó la señora L-. ¿Estás ahí, Herb?

-Sí.

-No me parece bien que te pases ahí tanto tiempo. Te necesito fuera.

-Sí, señora L, pero yo necesito estar aquí dentro para hacer lo que estoy haciendo. -Dobló el periódico y lo escondió en una esquina-. En seguida salgo. ¿Para qué me necesita?

-Tenernos diez minutos para entregar un televisor Magnavox. Fred lo está ajustando.

-¿Quién lo ha vendido?

-Fred. A un conocido.

Tendrá comisión?

Había discusiones respecto a si los reparadores debían percibir comisión sobre los aparatos que vendían.

-Sí.

-Me parece muy bien -dijo. Él tenía una comisión del uno por ciento en todos los electrodomésticos grandes que se vendían, fuera quien fuese el vendedor. Se lavó las manos-. Puede que eso anime a los menos afortunados.

No hubo respuesta. «Se ha ido», pensó. Se secó las manos, recogió el periódico y abrió la puerta.

A mediodía, mientras decidía dónde iba a comer, levantó la vista y vio que Chic Bonner aparcaba su camioneta Ford roja. «Aquí tenemos al mismísimo gran jefe», se dijo para sus adentros Herb Tomford.

La cara de Chic, hinchada y rojiza a causa de la alergia, no reflejaba ninguna emoción en particular cuando entró en la tienda.

-Buenos días, Herb. ¿Algún problema?

-Un par de cosillas sin importancia -contestó Tomford, y le presentó las cuentas.

-Sí, bueno. Oye, Herb, quiero ver al encerador esta, noche, antes de cerrar. ¿Puedes localizarle?

-Creo que sí. Tengo su número de teléfono en algún sitio.

Chic se arrodilló y, pasó la palma de la mano por la parte del suelo que lindaba con la alfombra.

-¿Ves estas marcas? ¿Sabes lo que son? Zapatos claveteados de estudiantes universitarios. Voy a poner un letrero prohibiendo la entrada a quien calce esos zapatos. Además, ¿qué vienen a buscar?

-Lo que todo el mundo -respondió Tomford, pensando para sí que un piso debía conservarse en perfecto estado tanto si entraban muchachos como si no-. El otro día le vendí a uno un transistor Zenith, si se refiere a eso.

-¿Hizo ese ruido chirriante mientras andaba?

-¿Ruido? ¿Con la boca?

-No, con los zapatos.

-Lo siento, señor B. Estaba tan embebido en la venta que no me di cuenta.

-Me parece que ese Philco está ahí desde septiembre -observó Chic tras pasear la mirada por la tienda.

-Lo bajaré.

-¿Quién lo puso en el escaparate? ¿Fuiste tú?

-Yo les di permiso -asintió Tomford, sabedor de que a Chic no le gustaba que los mayoristas metieran las manos en los escaparates-. Es su trabajo. Hacen la faena más desagradable. No voy a romperme los pantalones arrastrándome por los escaparates. No me pagan para eso. Si quiere que montemos los escaparates, contrate a una chica o a uno de esos maricas de los grandes almacenes. La última vez que salí a un escaparate, un puñado de chiquillos se pasó todo el rato haciéndome muecas como si fuera un payaso.

-Entiendo tu punto de vista. Bueno, ya veremos -concluyó, y empezó a examinar la actividad general de la tienda.

Después, cuando Herb Tomford subió al piso superior, la señora L le llamó al despacho.

-Éste es tu bloc de albaranes, ¿verdad?

-Sí. ¿Hay algo que no entienda?

-Ni el tenedor de libros ni yo somos capaces de descifrar los nombres de las calles. -Le tendió el bloc y Herb se sentó para estudiarlo-. ¿Por qué no usas bolígrafo como todo el mundo? Las plumas no sirven, no dejan tinta copia clara.

El bloc contenía cuatro papeles de calco; la tienda utilizaba un sistema muy complejo con el fin de evitar que los empleados robaran.

-Yo tampoco consigo leerlo. Lo comprobaré en el listín -decidió.

Devolvió el bloc y cogió el listín del otro escritorio.

-¿De qué hablabas con Chic en el mostrador delantero?

-De los escaparates.

-No consideras pinte de tu trabajo responsabilizarte de los escaparates Controlas toda la mercancía que se te entrega.

-Cuando me incorporé, el señor L, se encargaba de los escaparates. No sabía que me traspasaría a mí el trabajo.

-Ya sabes que Roger sólo viene por las noches para usar el banco de reparaciones.

-¿En qué trabaja?

-Pregúntaselo.¿No le ves antes de marcharte?

-Ya sabe que salgo de aquí disparado a las seis -contestó, molesto.

-Sí; exactamente, eso es lo que haces.

Más tarde, cuando Chic Bonner subió al despacho, Virginia le dijo:

-¿Crees que deberíamos despedir a Herb?

-Me resulta difícil tomar una decisión. Tal vez se ha buscado la vida por otra parte. No se le ve interés.

-No me sorprendería. Un día nos dirá que le han hecho una oferta mejor. Tengo el presentimiento de que no le atraen las empresas menores. Alguien me dijo que tiene contactos con Emerson. Necesitan una persona que se encargue de su delegación en el norte de California.

Chic se mostraba malhumorado. Virginia intuyó que iba a pedirle algo.

-¿Por qué no le dices a Roger que vuelva a encargarse de los escaparates? No se herniaría. Tiene cantidad de tiempo libre.

-Debería hacerlo de día -repuso; tanto ella como Chic conocían la renuencia de Roger a entrar en la tienda en horas de trabajo.

-¿Y por qué no por la noche?

-Sólo distingue los colores de día, a la luz del sol. Es algo fundamental para los que arreglan escaparates.

-¿Y los fines de semana?

-No.

«Y punto -se dijo. Era un pacto establecido entre ella y Roger. El fin de semana le pertenecía, pero Chic lo ignoraba. Para éste, el mundo que empezaba al salir de la tienda carecía de sustancia-. Y para mí también; sólo que yo lo sé, lo asumo. Lo cual es más de lo que puede decirse de ti, señor B.»

-Tú decides -convino Chic. Había distribuido hojas de pedido encima de su escritorio; Hacía señales provisionales con lápiz-. Creo que lo dejaré en tus manos.

-No hay prisa.

-¿Te parece bien que extienda el cheque mensual de Liz a la cuenta de la tienda? Esas inyecciones contra la alergia... me han dejado sin blanca. Haré como otras veces: le diré al tenedor de libros que lo asiente como un adelanto sobre mi salario.

-No me importa.

El aludido asintió con la cabeza desde su escritorio.

-¿Cuánto es? Trescientos, ¿no? -preguntó Virginia.

-Sí.

-Quizá se case otra vez.

-No serviría de nada; es para la manutención de los niños. -Dejó de trabajar y se rascó la nariz con el lápiz-. Ese hombre estaría obligado a adoptarlos legalmente.

-Lo desgravas de la declaración de impuestos, ¿no?

-Por supuesto.

-¿Le echas de menos?

-Echo de menos a los chicos; no he tenido tiempo de añorarla. Por la tienda, quiero decir.

-Creo que hiciste lo correcto -aprobó Virginia.

«Pero no es eso lo que pienso realmente. Lo sé. Aquí no habría armonía con ella revolviéndolo todo. Estoy contenta de que se rindiera a la evidencia.»

-Ahora vive en Santa Clara.

-Lo sé.

No le gustaba discutir del tema, así que se volcó en su propio trabajo.

-Siempre supiste sus intenciones, ¿eh? Por eso confié en ti.

-Déjalo, Chic -pidió, sabiendo que él proseguiría interminablemente.

-¿Qué pensaba Roger de ella? -preguntó girando la silla para verla de frente-. Hay algo que me tiene francamente desconcertado. Considero que es un hombre con una habilidad innata para manejar a la gente y abrirse camino en el mundo de los negocios, pero estoy convencido de que se equivoca totalmente cuando las juzga en el aspecto personal, más o menos como yo, exceptuándote a ti, claro. Sin embargo..., de veras creo que Roger idealizaba a Liz, lo mismo que yo. Dios mío, tardé diez u once años en empezar a darme cuenta de lo muy... lo muy fundamentalmente unidimensional que era su punto de vista.

Sonó el teléfono en la planta baja. En seguida lo hizo el de la mesa del tenedor de libros.

-Es para usted, señora L.

-Hola.

Era la RCA, que llamaba respecto del mes anterior.

-¿Aún les interesan? -preguntó la secretaria de la oficina de distribución.

Virginia- dijo que no y colgó después de Chic había continuado sentado durante la conversación, meditando con las manos entrelazadas.

-Antes de que Liz tomara la decisión ¿consultó tu opinión?

-Sí -dijo Virginia; lo que no dejaba de ser verdad en cierto modo.

-¿Qué le dijiste?

-Que si no sentía ningún interés por tus asuntos, me parecía ridículo que aparentase lo contrario.

-A veces la echo de menos.

-Pero no mucho.

-No, creo que no.

-Siguió meditando, y luego empuñó el lápiz y volvió a las hojas de pedido-. Se me ocurrió que podría visitarla un día de estos, para ver a los chicos.

-Los puede enviar en autobús. ¿Cuántos años tienen? ¿Catorce? Ya tienen edad de venir solos.

-Cierto, aunque los habrá mimado tanto que tendrán miedo de hacerlo. Eso me molesta, Virginia. Con su manera de ser, los malcriará, les meterá en la cabeza falsas ideas.

-Sólo están con ella los fines de semana. Mientras estudien en la escuela, crecerán en un ambiente equilibrado.

-Sólo lo que queda de trimestre. Ahí termina la escuela para ellos.

-Para entonces, sus mentes ya estarán formadas. -Se levantó y se acercó al archivo para estudiar una deuda incobrable de un grupo, y que pensaba traspasar a una agencia especializada en morosos-. ¿Quieres cancelar lo de Watt? ¿Renunciar y confiar en obtener el cincuenta por ciento mediante la agencia?

-De acuerdo -dijo con tono indiferente. Se frotó la frente y respiró ruidosamente-. Maldita alergia. Cada año igual.

-Es normal en esta época del año. Los análisis de Gregg demostraron que es alérgico a las judías verdes, las patatas, el pelo de los gatos, la lana, el miraguano, el polvo de casa y seis o siete plantas portadoras de polen. De modo que considérate afortunado.

-¿Qué le dan de comer, entonces?

-Lo mismo que a los demás, pero se deja las judías verdes y las patatas. Nunca ha comido lana o pelo de gato.

-Pero usará mantas especiales.

-Sí, durante un año o así. El culpable de su asma era el polvo de casa, no la contaminación, aunque en los días de mucha niebla cerrábamos todas las ventanas; entonces salía a jugar por las cercanías de la casa. Así la pilló. El polen de allá arriba no le afecta ni la mitad que el polvo de casa.

-Qué mala pata -se quejó Chic sonándose.

Herb Tomford cerró la puerta principal a las seis en punto, se despidió y se marchó, embutido en su abrigo gris y con el periódico doblado bajo el brazo. Los vendedores y los reparadores le imitaron.

-Buenas noches, señora L -dijo el tenedor de libros mientras sacaba la chaqueta del ropero-. Hasta mañana. Buenas noches, señor B.

-Buenas noches -respondió Virginia.

-¿Ya son las seis? -preguntó Chic. Había estado comparando los nuevos precios de la Zenith con los antiguos y cambiando las etiquetas de los aparatos. Una pila de nuevos y flamantes albaranes, que representaba una hora escasa de trabajo, se alzaba en su escritorio-. Continuaré mañana, Virginia.

«Toda la tarde haciendo albaranes», pensó Virginia. Fue al mostrador delantero, abrió la caja, contó el dinero y lo fue depositando en dos bolsas de tela. Hizo una señal en la cinta registradora, pegó una etiqueta en cada bolsa y las cerró. Chic hizo lo mismo en la otra caja.

-Un día bastarte bueno -comentó.

-Sí.

-Mañana necesitaremos moneda fraccionaria.

-De acuerdo.

Se abrió la puerta y Roger, llave en mano, entró en la tienda.

-Hola -dijo a su esposa.

-Hola. ¿Cómo estás?

Cuando salió de casa por la mañana aún dormía.

-Bien. ¿Lista?

Había entrado con un cigarrillo en la mano, pero cuando ella le miró lo apagó en un cenicero. Parpadeó y se apartó. Al caer el sol, después de la jornada de trabajo, se asemejaba a una araña gris; el cansancio encorvaba su espalda más de lo normal, le hacía parecer más bajo y más deshidratado. Sus ojos, detrás de las gafas, aparecían enrojecidos. Se enderezó y se apartó el pelo de la cara.

Librodot

-Pareces cansado -dijo Virginia.

-Sí -asintió distraídamente. Aún llevaba las ropas de trabajo, los pantalones manchados, la camisa, la chaqueta y los zapatos con alzas. Se frotó el labio-. ¿Tienes ganas de cenar? Yo no, pero te acompañaré.

-Estoy hambrienta -dijo ella.

Roger avanzó con paso lento hasta la trastienda.

-Me cambiaré -anunció mientras trasponía la puerta de la sección de reparaciones.

-Bueno, Virginia -dijo Chic con el sombrero y la chaqueta puestos-, hasta mañana. Tómatelo con calma.

-Buenas noches.

De pie en el centro de la tienda, escuchó; inclinó la cabeza para percibir mejor los diferentes sonidos. «¿Falta algo? -se preguntó-. No», decidió.

-Recuérdame que termine lo de los albaranes mañana en cuanto llegue -dijo Chic desde la puerta-. Así no perderemos dinero.

Atravesó el aparcamiento hasta su camioneta. Cuando dio marcha atrás la saludó con la mano. Virginia respondió con un gesto desmayado. Era suficiente para él.

Cuando reapareció, Roger llevaba una corbata estrecha y unos pantalones anchos.

-¿Me hará falta la chaqueta? Creo que no.

-¿Cómo van las pruebas?

Su trabajo en la empresa Dunn consistía en comprobar conmutadores en una línea de montaje; los conmutadores se convertían en elementos de circuitos de computadores, algunos de los cuales se incorporaban finalmente a misiles.

-Como siempre.

-Espera un momento. -Conectó las luces del escaparate-. Echa una ojeada, ¿quieres?

-¿Por qué?

-Porque tienes buen ojo para arreglar escaparates.

-Ya están bien -afirmó sin moverse.

-Me gustaría que volvieras a encargarte de eso.

-No tengo tiempo.

-Sólo trabajas cinco horas al día; podrías ocuparte de ellos por las mañanas.

-Ya están bien. ¿Por qué sigues metiéndote con Herb? Es un buen tipo.

-Sí, pero ¿trabaja bien?

-No veo la diferencia.

-No, claro que no.

«Por eso soy la dueña de la mitad de la tienda y tú no. Por eso la L es mía. Podría haber sido tuya, querido, pero te conformabas con una tienda llena de buenos chicos.

»Y también querías otro buen tipo, un buen compañero, de pelo castaño y brillante, y ojos alegres, y sonrisa vacía, que te echara una mano. Ella era un buen tipo, ¿eh? Quería y todavía quiere a sus dos hijos; probablemente te quiso y aún te quiere. Y te fue fiel, sólo que era demasiado estúpida para ejercer su fidelidad. Y, por tu parte, fuiste también muy estúpido. No le hiciste mucho bien, también tú eres un buen tipo.

»¿Y dónde está ahora? En otra ciudad, viviendo del dinero que Chic le pasa por los niños y de su trabajo como secretaria de una central lechera. ¿Es feliz? Quién sabe. A quién le importa. Y, en su caso, ¿quién podría decirlo?

»Pero al menos tiene a sus hijos. Si Chic hubiera averiguado lo vuestro, él habría solicitado el divorcio y se habría quedado con los niños. Eso no habría sido justo. No, porque te habría complacido, Roger. De saberlo Chic, hubiera causado problemas a todo el mundo. No existiría la tienda. Nadie habría salido beneficiado. Al menos, Liz fue lo bastante inteligente como para comprenderlo.

»En un aspecto eres afortunada, Liz Bonner, porque con esa conciencia tan diminuta, esa visión del mundo propia de una salamandra, sabías disfrutar. Una corta y alegre chispa de vida, con un elemento de pureza: no estaba contaminada por ninguna visión de futuro, o de las consecuencias de actos o hechos concretos, como tu marido y los hijos y el que Roger tuviera una esposa y un hijo y la responsabilidad de una tienda. Lo borraste todo de un plumazo; te lanzaste a la aventura, la disfrutaste, y de repente ahí estabas, consternada y atónita. Pero al menos nadie podrá decir que no lo hiciste.

»Nadie podrá decir que no lo conseguiste por un tiempo. Y tal vez, para tu mentalidad, fue mucho tiempo. Tal vez para tu chispa de vida fue un larguísimo tiempo, tanto como puedas recordar, hasta el límite de tu perspectiva.

»Tal vez conseguiste lo que perseguías porque era lo único que perseguías. Tal vez te era imposible concebir algo mejor.

»Me gustaría poder hacer algo así. Ojalá pudiéramos todos.»

-En cualquier caso -le dijo en voz alta a Roger-, me gustaría que cambiaras los escaparates. Le harías un favor a Herb. Este asunto se convertirá en motivo de enfrentamiento, tanto si acepta y se humilla ante todos, como si lo haces tú o lo mejoran los mayoristas.

-Odio a esos jodidos mayoristas. Entran en la tienda mientras estás trabajando y empiezan a llenarte de anuncios las paredes. Miras a tu alrededor y lo único que ves son letreros de la RCA. Solía arrancarlos mientras el tipo aún estaba en plena faena; quería que me viera hacerlo -masculló mientras encendía otro cigarrillo. Sus manos temblaban.

-Estoy lista.

Roger le abrió la puerta, y ella salió a la calle.

-Ya cierro yo -dijo él introduciendo la llave en la cerradura-. ¿Lo has apagado todo?

-Sí. Escuché. Siempre oigo si algún aparato funciona.

Virginia se marchó a casa en el coche después de cenar. Roger volvió a la tienda para ocuparse de algunas reparaciones. Encendió el fluorescente que colgaba sobre el banco, arrastró el alto taburete sobre la esterilla y luego dispuso los aparatos. El soldador tenía interruptor y enchufe propios. Siempre se desconectaba aparte. Lo enchufó y alzó; colocó el gatillo en posición *on*.

Su modernísima antena había sido montada sobre el techo de la sección de reparaciones. Dos cables bajaban por la pared hasta el banco y se conectaban a un televisor. La antena formaba un círculo de delgados tubos

de aluminio, en cuyo interior había una red de tubos aún más finos que iban en varias direcciones, como los radios de una rueda. De los tubos partía una complicada red de cables conectados a otro único que iba conectado a una caja de control con terminales y orejetas, y de ahí a los dos cables de la pared.

«Es jodidamente complicado», pensó Roger.

Su pretensión era conseguir una antena infinitamente variable controlada por el selector de canales. Al girar el selector, algunas secciones de la antena se desconectaban y otras se conectaban. La idea consistía en eliminar la niebla, reforzar las señales débiles, reducir la estática... En la práctica, sin embargo, los ajustes no mejoraban la calidad de imagen.

Con ayuda del soldador, cambió algunos cables, modificó ciertos canales, y luego arrojó la toalla.

«A la mierda», decidió. Desconectó el aparato. Lo único que influiría en la calidad de la imagen sería elevar la antena, y para ello sería necesaria una fuente de potencia, como un motor eléctrico de un cuarto de caballo, lo cual dispararía el precio en el mercado.

«Eso es todo», se dijo. Pasó las piernas por debajo del banco e inclinó hacia atrás el taburete tanto como le fue posible sin llegar a perder el equilibrio. A su espalda estaba el piso de hormigón. «Dejémonos caer, a ver qué pasa», pensó.

Pero enderezó el taburete.

«No es mi estilo», se dijo. Estiró las piernas y bajó del taburete. La sala de reparaciones estaba fría y los fluorescentes le daban dolor de cabeza. Cerró el banco y se dirigió a la parte principal de la tienda.

La gran sala llena de televisores, hornos, neveras y lavadoras estaba a oscuras. Las luces del escaparate se proyectaban a la calle e iluminaban la acera ante la fachada de la tienda. Se acercó a la sección dedicada a la Philco. Le había costado dos semanas preparar la distribución de aparatos, y no había sido fácil empezar.

«Cosa repugnante», pensó. ¿Por qué estaba allí? ¿Quién lo puso?

Mientras contemplaba el escaparate, una sombra apareció en la acera y enfocó una luz hacia él. Levantó las manos, deslumbrado. La sombra se movió hacia la puerta y, mientras intentaba recuperar la visión, comprendió que se trataba del policía que los comerciantes habían contratado para patrullar por la noche y comprobar que todas las puertas de las tiendas estaban bien cerradas. El policía, sin apartar la linterna de los ojos de Roger, desenfundó la pistola y le apuntó sin dejar de avanzar hacia él.

-Fantástico -murmuró Roger, alzando las manos con expresión burlona.

Se apartó del mostrador y se aproximó a la puerta. Abrió con su llave.

-¿Quién es usted? -preguntó el policía-. Déjeme ver su documentación.

La luz enfocó sus manos cuando sacó el billetero.

-Estaba trabajando en la parte de atrás. Salí hace un par de segundos.

-¿Es usted pariente de la señora L?

-Sí.

-¿Es su marido?

Asintió con la cabeza.

-Lamento haberle molestado. -El hombre desvió la linterna y enfundó el arma-. Pensé que estaba esperando a que me fuera... -le palmeó el hombro-. ¿Así que iba a arreglar el escaparate?

-No, me tomaba un descanso.

-Oiga, ¿sabe algo de televisores? Quiero decir, ¿entiende cómo funcionan?

-Eso creo.

-Tengo un Packard-Bell; a veces, cuando tengo tiempo de ver la tele, el show de Ed Sullivan o lo que dan los domingos por la noche, la imagen se hace granulada. ¿Cuál es la causa?

-¿Se refiere a una línea que aparece en la parte superior de la imagen?

-No, granulada. Ya sabe.

-Alguna interferencia.

-¿Quiere decir que alguien interfiere en la imagen?

-Estática, sólo que la ve en lugar de oírla -aclaró mientras empezaba a cerrar la puerta; el policía se dio cuenta y se dispuso a marchar.

-Muchas gracias, señor Lindahl. Oiga, si me sigue pasando ¿puedo traer el televisor para que le den un vistazo?

-Claro; cuando quiera.

-¿Y cuánto tiempo tardan en arreglarlo?

-Un par de días.

Cerró la puerta con llave. El policía le saludó con un gesto tras el cristal, dijo algo que no entendió y prosiguió la ronda con su linterna.

«Cristo, será mejor que me vaya. No estoy haciendo nada útil», se dijo.

Se aseguró de que el soldador y el resto del equipo de la sección de reparaciones estaban guardados y- salió de la tienda.

«¿Y ahora, qué? A casa. Adonde he vuelto durante diez años, excepto aquel breve período hace dos...»

Pensó en la Escuela de los Padres. Era miércoles, de modo que dentro de dos días, pasado mañana, haría su viaje semanal para recoger a Gregg.

«Me pregunto si podré esperar tanto tiempo», pensó.

22

Permaneció en la cama hasta que Virginia se marchó. La camioneta roja arrancó y giró en dirección opuesta. Escuchó hasta que el sonido se perdió en la distancia. «Me alegro de que se haya acordado de dejarme el Olds. No iría muy lejos sin él», pensó.

Salió de la cama, caminó descalzo hasta el teléfono y llamó a la Dunn para comunicar que no acudiría al trabajo. Se quitó el pijama y se duchó. A las nueve y media estaba ya afeitado y vestido con un traje bastante aceptable. Recogió el periódico del porche y lo dejó en la mesa de la cocina. Después, mientras desayunaba, leyó las noticias, las tiras de comics y las columnas de opinión.

«Tengo mucho tiempo», pensó.

A las diez y media llamó a la señora Alt.

-Creo que hoy iré más pronto -dijo.

-Estupendo. ¿Comerá aquí? A la una.

-Gracias.

Librodot

-¿Sabe lo que puede traer? Pare en un estanco y compre algunos sobres de sellos para Gregg. Quiere terminar su colección de Austria. Ayer me dijo que se lo pediría. Dígale al dependiente que quiere dos dólares de sellos de Austria; ya sabrá a qué se refiere.

-¿Y si los tiene repetidos?

-Los cambiará con otros chicos.

-¿Ha sabido algo de ella esta semana?

Sentía una gran tensión en todo el cuerpo; siempre ocurría lo mismo en momentos similares.

-Sí, me llamó el martes.

-¿Subirá?

-Creo que sí. Ya sabe cómo se expresa.

-Bien. Nos veremos a la una.

Colgó y escribió una nota para acordarse de comprar los sellos de Gregg.

Poco antes de las once salió de casa, subió al Oldsmobile y recorrió un trecho hasta encontrar un estanco. Compró los sellos y prosiguió su camino hasta la autopista 99. La conocía tan al dedillo que apenas se fijaba en las salidas alternativas. Su intención era llegar cuanto antes, y daba por sentado que lo haría con tiempo de sobra.

El paisaje no le interesaba. «Cada vez me alejo más de Los Ángeles, y eso es lo que cuenta», se dijo. Sólo estaba atento a los obstáculos.

Cinco minutos antes de la una salió de Ojai en dirección a los terrenos de la escuela. La puntualidad le alegró. «Lo he hecho al segundo.» Paró el motor, salió del coche y cerró la portezuela. Nadie le vio llegar.

Aspiró el olor del motor; el capó del coche desprendía calor y el aire tremolaba. Los árboles se movían a causa del viento, el viento de otoño que había oído silbar mientras conducía. Sonaba como si algo cayera desde una altura enorme. Levantó la vista y observó que las copas de los abetos se agitaban. Le dio una impresión de violencia. Un grupo de pájaros alzó el vuelo; aletearon y trataron de volver a su refugio. «Han enloquecido», pensó. Piaban con fuerza, en la creencia de que alguien los había desalojado a propósito.

«Cuanto más pequeños, más iracundos.»

Echó a andar por el sendero que conducía al edificio principal. Cuando llegó a la terraza tuvo que detenerse para no tropezar con un grupo de chicos que corría hacia el comedor. Gritaban y se empujaban, sin reparar en su presencia. El tañido de la campana de la escuela indicó que era hora de comer. Sopa de guisantes, filete, leche y melocotones. Café para los adultos. Siguió a los niños después de que se precipitaran entre las puertas de cristal hacia el comedor.

Edna Alt le hizo señas desde una mesa que quedaba algo apartada. Roger avanzó hacia ella.

-Hola.

-No se habrá olvidado de los sellos, ¿verdad?

Los otros ocupantes de la mesa eran el señor Van Ecke y la señora McGovern. Ambos le saludaron.

-Me los he dejado en el coche, en la guantera. -Cogió una silla, se sentó y desdobló una servilleta de papel-. He olido la sopa, así que ya sé lo que hay.

-Tenemos una cuadrilla de trabajo -dijo la señora McGovern-. Damos quehacer a los chicos malos..., pelar guisantes media hora al día.

Roger extrajo del bolsillo el informe semanal que la escuela acerca del comportamiento de su hijo.

-Media hora en la cuadrilla de trabajo... ¿Qué hizo?

-Hacer rodar un balón de rugby por la barra de una cortina.

-El muy pillastre -añadió el señor Van Ecke, y todos se rieron.

-Los mayores tienen costumbres más peligrosas -dijo la señora McGovern con su tono práctico habitual-. Han hecho pistolas de cerillas con alfileres de ropa. El invento envía la cerilla a unos tres metros de distancia y. la enciende al mismo tiempo. Los chicos, los mayores, se reúnen en grupos de diez o quince y se disparan unos a otros.

-Pero lo más inexplicable -explicó la señora Alt- es que ninguno se quema, se hiere o pierde un ojo. Significa la expulsión automática por un mes, pero lo siguen haciendo. Se meten en los lavabos, montan sus artilugios y se los esconden en los bolsillos, a veces toda la tarde. Y entonces, cuando ninguno de nosotros está a la vista... -hizo el gesto de disparar-, ¡bang! En plena cara de Jimmy Morse.

-Y Jimmy Morse dispara, a su vez, a la cara de Raleigh Hinkle. Y después Philip Adams se los carga a los dos con sus pistolas de cerillas -concluyó el señor Van Ecke.

La cocinera entró empujando un carrito de metal con la sopa de guisantes. Las dos muchachas mexicanas empezaron a servir las mesas; los niños hablaban en voz alta. Un profesor se encargaba de poner orden en cada mesa y de servir a los ocho niños sentados a ella. Los cuencos pasaban de mano en mano. La cocinera acercó el carrito a la mesa de los profesores. La señora Alt aceptó la sopera y distribuyó su contenido en los cuencos con un cazo. El señor Van Ecke se encargó de la de Roger.

-Usted ha perdido la gracia -dijo la señora McGovern a Roger-, así que no puede comer nada.

-¿Qué dice? -se asombró el señor Van Ecke con la cuchara alto.

-No se refiere a la gracia -puntualizó la señora Alt-. Es por los pequeños prisioneros, como dice Liz.

-¿Ha llegado ya? -preguntó Roger.

-Hace un rato, pero se ha ido con sus hijos a Ojai. Quiere comprar una lámpara de carburo. Dudo que la encuentre. Tendrá que ir hasta Santa Bárbara.

-Vamos a hacer una excursión nocturna esta noche -explicó la señora McGovern-. Por eso necesitamos la lámpara.

-Debería venir -dijo la señora Alt mientras comían-. Ya ha ido de excursión con nosotros otras veces, ¿no? No iremos muy lejos. El bosque se cierra en verano, pero ahora ya está lo bastante húmedo para que la gente pueda entrar. Hay un sitio donde tenemos permiso para encender fuego. Lo limpiamos nosotros.

-Tal vez.

Después de comer, la señora Alt y Roger le entregaron el sobre de sellos.

-¡Caray! ¡Mira éste! ¿Puedo enseñarlos a los demás? En seguida vuelvo; no nos vamos a marchar ahora mismo, ¿eh? -Corrió en círculo sujetando los sellos-. ¿Puedo llevármelos a la clase de matemáticas?

Roger y la señora Alt accedieron. La campana sonó a la una y cuarenta; los chicos se fueron dispersando poco a poco hacia sus clases.

El vestíbulo estaba vacío, con la única excepción del chico que manejaba el cuadro de mandos.

-¿Cómo está Virginia? -preguntó la señora Alt.

-Bien.

-¿Cómo va la alergia de Chic?

-Como siempre.

-Vino hace un mes. Para ver a sus hijos.

-Ella me lo dijo. Me refiero a Liz. Los niños se lo dijeron.

-¿Sabe una censa? Me gustaría que ustedes dos se casaran.

-A mí también.

-¿Existe alguna posibilidad de que Virginia cambie de parecer? Quizá cuando Gregg sea mayor y se sienta menos unida a él...

-Es posible -dijo, aunque no lo creía así-. Mientras vele por mis intereses, dudo que me conceda un divorcio incondicional.

-Virginia tiene un rígido sentido de la moralidad. Qué mala suerte. Para ella, para usted, para Liz. Imagino que si cree tener la razón puede hacer casi cualquier cosa.

-Aunque me divorciara y pudiera casarme con Liz, perdería a Gregg y tendría que asumir la responsabilidad de los dos hijos de Chic Bonner.

Nunca le habían gustado aquellos dos niños. Le recordaban demasiado a Chic, tan grandes, robustos, macizos, pelirrojos y pecosos. Ambos poseían la misma potencia instintiva y arrolladora. Le parecía imposible formar una familia con ellos, por más que Liz y él tuvieran otros hijos.

«Me lo sigo repitiendo, pero el hecho es que Gregg es mi hijo. Y, en el fondo, Virginia es mi mujer. Incluso yo (Virginia no) reconozco esta realidad.»

-Liz sería una esposa maravillosa para usted -observó la señora Alt.

Le dedicó una breve y sincera sonrisa de simpatía.

-No hay, por qué apenarse -concluyó, aunque tanto él como su interlocutora sabían que había motivos para condolerse. Era horrible, pero por el momento no se podía hacer otra cosa-. ¿Alguna vez le ha hablado o le ha escrito Virginia sobre el particular?

-No. Sólo se comunica conmigo para asuntos relacionados con Gregg.

Entraron en la biblioteca. A través de la ventana distinguió los abetos, el sendero, el aparcamiento y su coche.

-Volverá pronto, ¿verdad? -preguntó a la señora Alt.

-A menos que tenga dificultades en la carretera. Si usted se quedara para la excursión nocturna, es probable que ella también lo hiciera. ¿Por qué no lo intenta?

-Quizá.

Pero antes de aceptar quería asegurarse de que Liz también lo haría. Era lo único que le interesaba, y no trataba siquiera de fingir. La señora Alt les había cedido un alojamiento en la escuela; una habitación en el edificio principal, cerca de la sala de profesores, en la que se sentían a salvo. Allí nadie podía espiarles. La habitación de la señora Alt se encontraba entre la suya y la escalera que conducía a la planta baja, y estaba acostumbrada, en razón de su trabajo, a despertarse al menor ruido.

-Ha hecho usted mucho por mí y por Liz.

-Siempre me gustó Liz.. Siempre la consideré una amiga, y lo mismo digo de usted.

-Gracias.

Liz y sus hijos entraron en el edificio a las tres. Roger, que estaba solo en la biblioteca, oyó las voces. Escuchó el correteo de los niños y el sonido que hizo Liz en el despacho de la señora Alt cuando depositó sobre la mesa todo lo que había comprado en la ciudad.

-...sabía que no lo encontrarías allí -decía la señora Alt.

-Bueno, pero nos divertimos. ¿Sabes lo que vi? Fuimos al parque y representaban una obra teatral. No sé cuál era. Uno de los personajes es una mariposa. ¿Cuál debe ser?

-No tengo ni idea.

Las voces disminuyeron de intensidad. Roger siguió sentado con la revista en el regazo. Los nervios le torturaban, como siempre. Sentía los brazos débiles y la piel cubierta de sudor frío. «Nunca terminaré de creerme que esto me sucede a mí; nunca lo aceptaré: siempre esperando oír las pisadas en el porche y la puerta que se abre de repente. Sigo esperando mi destrucción.

»Pero no sé por qué espero. Ocurrió hace dos años. Virginia me atrapó. Todo lo demás no significa nada.»

-Hola -dijo Liz desde la puerta.

-Hola.

Se levantó y apartó la revista. Ella se acercó y le besó.

-¿Sabes algo acerca de lámparas de carburo?

-Que funcionan con carburo.

-Huelo a ajo. Comimos unas pizzas en el Sam's Oriental Pizza Palace, o algo por el estilo.

Llevaba el bolso lleno de cosas que había comprado; lo sujetó con una mano y le abrazó, echándole el aliento a la cara. Olía a ajo y a champú.

-Hueles muy bien. ¿Qué llevas en el bolso?

-Malvaviscos y bollos para la excursión. -Su rostro se iluminó de placer-. Esta vez no llevaremos tiendas; dormiremos en el suelo, en sacos de dormir. Cavaremos un agujero y encenderemos fuego, pondremos una parrilla y asaremos carne. ¿Qué te parece? Si no quieres ir, yo tampoco lo haré.

-Me gusta la idea -dijo compartiendo su excitación.

Utilizó el teléfono de la señora Alt para llamar a Virginia a la tienda. Respondió uno de los vendedores.

-L y B Appliance Mart.

-Póngame con la señora L.

La señora Alt sonreía levemente, sentada en su escritorio.

-Hola -contestó Virginia en seguida.

-Llamo desde la escuela. Me quedaré a dormir. Volveremos mañana por la tarde. Si decidimos quedarnos también el sábado por la noche, te llamaré.

-Espero que os divirtáis.

-Haremos una excursión nocturna al bosque.

-¿Está Liz?

-¿Y a ti qué te importa?

-De acuerdo, pero si vas de excursión, ten cuidado con tu espalda.

-Tiene algo para cambiarse, ¿no? -le preguntó la señora Alt después de que colgara el teléfono.

-Sí, arriba.

Subió a su habitación. En el ropero guardaba unos pantalones de trabajo, una camisa y unos zapatos gruesos. Mientras se abrochaba los zapatos, Liz entró en la habitación. Dejó de abrocharse los zapatos.

A las cuatro y media, el grupo se puso en camino hacia el bosque con las mochilas a la espalda. El señor Van Ecke abría la marcha. Siete u ocho niños, todos mayores y de sexo masculino, le seguían confiados y de buen humor. A continuación iban la señora Alt, la señora McGovern, Liz y Roger. Hablaban poco y se lo tomaban con tranquilidad.

-La única regla consiste en no hacer esfuerzos excesivos. Si nos cansamos, paramos un rato.

Se suscitó la cuestión de si estaba permitido fumar.

-De ninguna manera -sentenció la señora McGovern.

-Pero la tierra está húmeda -señaló Liz.

-Eso no tiene nada que ver. Ni siquiera debería llevar encima cigarrillos o cerillas.

-Tenemos cerillas para encender el fuego.

-Pues ya está quebrantando la ley. Acampamos gracias a un permiso especial.

-Pues yo fumaré -le dijo Liz a Roger.

Entraron en el bosque siguiendo la orilla de un riachuelo seco. El lecho estaba sembrado de troncos, rocas y ramas quebradas. Luego pasaron junto a los restos de un dique, y después encontraron una torre de vigilancia contra incendios muy deteriorada. El camino se hizo más abrupto y a continuación descendió hasta una superficie llana. El suelo estaba seco e iluminado por el sol. No crecía más que una variedad de planta. Era un área estéril y barrida por el viento. Roger se detuvo a contemplar el valle a sus espaldas, los campos y los cultivos en forma de cuadrado, las carreteras, la escuela, edificarla en la falda de una elevación. Desde aquel punto, la elevación se veía como una serie de montículos carentes de vegetación. Una especie de meseta, muy al fondo, se había quemado años atrás; una superficie negra erizada de troncos muertos.

El sendero cruzaba a la otra punta del riachuelo seco, circundaba un grueso tocón y ascendía en espiral hacia el primer pico, que quedaba oculto por la neblina.

-¿Vamos a subir ahí? -preguntó Roger.

-No, nos desviaremos antes -contestó la señora Alt.

Prosiguieron la caminata. El nuevo sendero, más estrecho, bajaba hacia un amplio barranco arbolado. Cruzaron una diminuta catarata y siguieron la corriente en dirección este durante media hora. El ascenso era suave. Nadie se cansaba. Luego, el sendero se apartó del agua y remontó una cresta. La pendiente ocultaba el resto del paisaje. Eran las cinco y media. Roger, que ayudaba a Liz, sólo veía el sol del atardecer y la niebla, y la alargada, expuesta y pelada cresta.

El señor Van Ecke y los chicos les esperaron en la cumbre. El campamento se instalaría en la parte opuesta de la cresta. El terreno era irregular. No se veía el valle. Estaban rodeados de colinas. El aire, seco y frío, llevaba hasta allí un olor amargo. Los sonidos eran audibles a kilómetros de distancia. Desde una altura pronunciada se desplomó algo, probablemente un conglomerado de tierra y raíces. Los pájaros volaban entre los árboles y las plantas con veloces movimientos. Fragmentos de

Librodot

periódicos abandonados por anteriores campistas fueron arrastrados por el viento hacia una garganta. Los puntos menos elevados, gargantas y barrancos, ya se habían oscurecido. La luz iluminaba todavía la pendiente de las colinas y las cumbres, pero los colores perdían viveza por momentos. Sólo se apreciaban los pardos y verdes del follaje. El cielo había pasado del azul al gris.

Bajaron la pendiente y pasaron junto a hileras de macizos árboles que impedían el paso del sol y del viento. El sendero era casi indistinguible; se abrieron paso entre amontonamientos de piedras desprendidas y rocas. Una serpiente salió de su escondrijo. El señor Van Ecke y los niños saltaron por encima de ella, pero la señora McGovern y Liz se detuvieron hasta que pasó.

-¿Qué serpiente era? -preguntó la señora McGovern.

-Una culebra -dijo la señora Alt sin aminorar el paso. Roger guió a Liz, que no cesaba de mirar el suelo. El sendero pasó por entre dos riscos y desembocó en una hendidura. Tuvieron que escalar rocas agarrándose a las raíces. Al cabo de unos minutos, el señor Van Ecke anunció que habían llegado a su destino. Al alcanzar la cumbre se encontraron en una cuenca hundida entre dos cuestas, al abrigo del viento. El lugar parecía tranquilo y resguardado.

La señora McGovern encendió la lámpara de gasolina y la alzó por encima de su cabeza para que todo el mundo se orientase. Roger cogió la pala y empezó a cavar el agujero para el fuego.

Cuando hubo acabado, los demás trajeron ramas -su idea de lo permitido por la ley variaba en función de la necesidad- y amontonaron periódicos. A las siete la cena se estaba preparando en la parrilla, y los sacos de dormir estaban ya esparcidos aquí y allá. El cielo se había oscurecido por completo. La única luz provenía de la siseante lámpara de gasolina.

-¿Hay alguna posibilidad de que estalle? -preguntó Liz.

-No -contestó el señor Van Ecke-, pero alguien debería vigilar que no pierda presión.

Uno de los hijos de Liz aceptó la misión.

La cena consistía en costillas de cordero, patatas al horno, judías verdes, pastel, leche y café para los adultos. Las latas de picadillo se reservaron para el desayuno de la mañana.

Surgieron las estrellas en número infinito. Durante una hora, algunos miembros de la expedición se dedicaron a señalar constelaciones. De repente, un meteoro cayó como una piedra del cielo y se perdió de vista entre las montañas del norte. Nadie supo de dónde provenía. Todos estuvieron de acuerdo en que parecía haber desafiado la ley de la gravedad.

Seres nocturnos se agitaban y ululaban más allá de la lámpara encendida. Un sonido se repetía con insistencia, zumbante, gutural y excitado.

-Una ardilla -precisó la señora Alt.

-¿Estás segura de que no es un gato montés? -preguntó Liz.

-Estamos rodeados de ardillas -la tranquilizó el señor Van Ecke.

Más tarde, una frenética riña se escuchó en la oscuridad. Los chillidos y los golpes entre los matorrales despertaron a los niños.

-Algo ha cazado algo -comentó alegremente el señor Van Ecke.

-Será un búho -dijo la señora Alt-. Probablemente ha capturado una rata o una ardilla.

La señora Alt, la señora McGovern, el señor Van Ecke, Liz y Roger estaban sentados alrededor del fuego, que alimentaban con las varillas que -habían utilizado para las salchichas y los malvaviscos. Eran las once y media.

-Hace frío -dijo la señora McGovern.

Liz estaba sentada con las rodillas levantadas y los brazos enlazados alrededor de ellas. Llevaba unos tejanos arremangados, y a la luz del fuego sus pantorrillas aparecían rojizas, suaves y desnudas. «Tan suaves como el hueso», pensó` Roger. Alargó la mano y le acarició un tobillo; le estiró el calcetín y ella buscó su mano para estrecharla entre sus dedos. Su piel estaba caliente por la proximidad del fuego. Apenas había brasas, que desprendían un ligero calor. Liz había retrocedido para apoyar la cabeza en su hombro. Vio que su cuello estaba húmedo, y recordó el día, dos años atrás, en que Virginia entró en la casa y Liz había salido del dormitorio para ir a su encuentro. Siempre parecía cubrirse de humedad en momentos de pánico, de excitación, de agotamiento e incluso de felicidad. Aquel día se había levantado de un salto, como si emergiera a la superficie.

Pero la textura y la sustancia en las que vivía se habían cerrado sobre ella. En medio de tanta tranquilidad se había retirado a ese núcleo perfecto de inmutabilidad en que se encontraba tan a gusto. Quizá se rebelaba tímidamente, pero no observaba cambios en ella, como si nada le ocurriera jamás. Eso es lo que él había percibido al principio. Lo descubrió en sus ojos, dentro de sus ojos. Todo el mundo habría podido hacerlo. Los ojos no son opacos. Al mirarla directamente a ellos había captado la totalidad de su persona. Nada podía alterarla o influirla; Virginia había irrumpido en su casa, y Liz salió de la habitación corriendo, no tanto para defender su casa y su honor como para protegerle..., pero incluso esto resbaló sobre ella y lo había olvidado. Y continuaba siendo exactamente igual que antes.

«Aquí está, sentada, con la cabeza sobre las rodillas y los dedos enlazados con los míos -se dijo-. Tiene las piernas suaves, oscuras, brillantes y cálidas. Su pelo huele bien, como siempre; siempre conservará esa dulce sonrisa y, más que nada, aceptará mi mirada en la suya, cada vez más honda, para que pueda entender, como jamás lo había hecho antes, la realidad de mis palabras. Y nunca será evasiva. Nunca mentirá. Mientras pueda capturar su atención, veré la verdad. Es el último ejemplar de su especie. Dentro de los límites de su existencia, es absoluta, porque no tiene afinidad con nada. Puedo verla, pero no alcanzar a dominarla. Ni poseerla como un objeto.

»Su felicidad proviene de esto, de estar sentada a mi lado, sin hacer nada, sin necesitar nada, sin moverse, como si jamás hubiera estado en ningún otro lugar. Carente de memoria, incapaz de anticipar, ignorante de la muerte, como si llevara siglos aquí, ante el fuego, con los dedos cerrados sobre los míos.

»Pero por más que haga, estoy acabado. Aquello acabó conmigo. Tal vez no la afectó a ella, pero a mí sí. ¿Lo sabe? Hizo lo que pudo, salir de la habitación, enfrentarse a Virginia, de modo que debió de suponer lo que

Librodot

iba a significar para mí. Pero Virginia pasó de largo sin detenerse y entró en el dormitorio. La maldita Virginia...»

Pero Virginia acabaría por enfermar y morir. Su vida se apagaría y terminaría arrastrándose por un submundo, guiada únicamente por el tacto.

«Pero aún falta mucho tiempo para eso, así que no importa demasiado. Yo seré el primero en irme. En cierto modo, ya estoy ausente.»

-¿Qué harías si un gato montés saltara delante de ti? ¿Golpearle con una cacerola? -preguntó Liz.

-Sí; o rogar a Dios.

-No crees en Dios; me lo has dicho -repuso ella.

Luego, movió la cabeza y clavó en sus ojos aquella mirada seria y confiada.

-Es cierto.

-Pero ¿lo harías?

-Quizá.

Se inclinó hacia ella y la besó en la boca.

El sábado por la tarde, Gregg y él regresaron a Los Ángeles.

-¿Los romanos tenían sellos? -preguntó el niño.

-Yo diría que no.

-Me parece que tengo un sello de Roma.

-Es posible.

El resplandor le molestaba y sacó las gafas de sol de la guantera.

-No me gustó ir de excursión -dijo Gregg-. No me gustan las excursiones.

-¿Por qué no?

-Bueno, una vez Billy Hagg y yo nos perdimos. Íbamos solos. No se lo dijimos a nadie. Estuvimos perdidos dos horas.

-Hay que tener cuidado.

-Usábamos la brújula de Billy.

Algo más adelante, a un lado de la carretera, un grupo de trabajadores mexicanos hacía auto stop. Le hicieron gestos con las manos y aminoró la velocidad.

«Ella se pararía», pensó.

Aceleró. Los mexicanos se perdieron rápidamente de vista.

-Tenía que haber parado -le dijo a Gregg.

-Mira, ahí hay más.

Otro grupo de mexicanos, algunos en plena calzada, esperaba moviendo el pulgar. Esta vez aminoró la velocidad hasta detenerse, y los mexicanos empezaron a correr hacia el coche. Comprendió que se había comprometido, le gustara o no.

-Abre la puerta -le dijo al niño.

Gregg obedeció, y los mexicanos invadieron el vehículo, uno tras otro. Antes de que pudiera reaccionar, los componentes del primer grupo habían llegado a su altura e imitaban a sus predecesores. Cuando todos estuvieron dentro, no quedaba sitio para Gregg. Uno de los mexicanos sentó a Gregg sobre, sus rodillas.

-¿Adónde van? -preguntó Roger.

Conferenciaron en español.

-Santa Paula -dijo uno de ellos.

Librodot

-De acuerdo. Paso por allí.

Más tarde, después de las curvas cerradas que llevaban a lo alto, y de bajada hacia la parte sur de la cordillera, uno de los mexicanos preguntó:

-¿Es hijo suyo?

-Sí.

El hombre palmeó la cabeza de Gregg.

-Va a la escuela, la de Ojai.

Todos los mexicanos sonrieron y varios de ellos palmearon, a su vez, al niño en la cabeza.

-¿Adónde van ustedes? -preguntó otro de los trabajadores.

Era un joven de tez oscura, cejas pronunciadas y nariz grande, labios anchos, pero no carnosos y enormes dientes.

-A Los Ángeles.

-¿Viven allí?

-Sí.

-Nosotros vamos a Imperial. Vamos en invierno para trabajar. -Todos asintieron-. Cultivos de invierno. Lechuga. -Hizo el gesto de caminar encorvado bajo un peso, y sus compañeros gimieron-. Ya deberíamos estar allá. Vamos con retraso.

-Nunca he estado en Valle Imperial -dijo Roger.

Durante el resto del viaje hasta Santa Paula, los mexicanos le dieron toda clase de datos sobre Valle Imperial.

-Seguro que entraron todos cuando paraste -le dijo Gregg cuando bajaron.

-Querían atravesar las montañas.

Al llegar a Los Ángeles, fue a su domicilio y aparcó. La puerta principal estaba abierta, lo cual daba a entender que Virginia o la criada negra estaban en casa. La criada, probablemente. Se quedó contemplando el edificio; a poco, Kathy, la criada, salió al porche y sacudió el trapo del polvo. Les vio y agitó la mano.

-Entremos -dijo Gregg removiéndose en el asiento-. Vamos, papá.

-Ve tú delante -dijo Roger. Su reloj señalaba las cinco y media. Virginia no tardaría en llegar-. Entra tú. Yo iré a la tienda.

-De acuerdo.

-Adiós -dijo Roger cuando su hijo empezó a subir el sendero.

-Adiós.

Condujo en dirección a la tienda. Aparcó a una manzana de distancia y se fumó un cigarrillo. El sol declinaba. Las luces de las farolas se encendían. Las tiendas cerraban. A las seis en punto bajó del coche, lo cerró con llave y caminó hasta una estación de servicio. En el despacho, uno de los empleados preparaba una factura de engrase. No prestó atención a Roger cuando éste abrió la puerta y entró.

-¿Tiene mapas? -preguntó Roger.

-¿De qué tipo? ¿Mapas del tesoro? -ironizó el empleado.

Roger cogió un mapa de California del estante. Los otros eran de Los Ángeles.

-Gracias.

Se fue de la estación y volvió al coche. Ya en el vehículo, abrió el mapa. La Ruta 66. Hasta Barstow, luego atravesar el desierto de Mojave hasta Needles, después una larga curva hasta la frontera de Arizona y Kingman. Y luego, recto hacia el este, a través de Nuevo México, el Panhandle

Librodot

texano, el oeste de Oklahoma hasta Oklahoma City, y al norte. Hasta Chicago.

Le pertenecía la mitad del automóvil. La ley reconocía su derecho a sacarlo del Estado. Virginia nunca haría algo semejante; era práctica.

Sin embargo, necesitaba dinero. Ya en Chicago podía buscar trabajo de reparador, de electricista o en una fábrica, el mismo trabajo que hacía ahora, pero necesitaba como mínimo trescientos dólares para llegar. Contó el dinero que tenía en el billetero. Veinte dólares. Ni siquiera para cruzar la frontera.

«Ningún motivo impide que los coja. De hecho, realmente son míos. Nadie me detendrá, porque tengo derecho a estar allí. Lo dijo el policía», reflexionó.

Puso en marcha el coche y avanzó. Las luces del escaparate estaban encendidas, y el interior, a oscuras. Los vendedores, los reparadores, Virginia, Chic y Herb ya se habían marchado.

Giró a la izquierda y aparcó frente al almacén de carga y descarga sin que nadie le viera. Bajó del coche.

Volvió a la parte delantera y abrió la puerta principal.

La tienda estaba vacía. Todo el mundo se había ido a casa. Cerró la puerta, pasó junto al mostrador, traspuso la puerta de la trastienda y entró en la sala donde se almacenaban los televisores, los hornos, las neveras y las lavadoras. Los televisores de consola serían más fáciles de vender, sobre todo en las ciudades por las que iba a pasar. Abrió la puerta que daba al almacén, eligió los aparatos que quería -los que estaban en las últimas filas, fuera de la vista-, y los fue transportando uno por uno al coche. Llenó el maletero y el asiento trasero. Los aparatos pesaban bastante, y cuando hubo terminado, la herida de la espalda le dolía lo suyo.

«Jodida espalda», pensó, resoplando y temblando. Pero, a fin de cuentas, los aparatos estaban en el automóvil. Por lo menos setecientos dólares, a precio de coste. Aunque obtuviera menos de cien dólares por cada uno, sacaría unos quinientos.

Subió al despacho y buscó las fichas de los aparatos que había escogido. Se las metió en el bolsillo y bajó a la planta. Comprobó que había apagado las luces, cerró la tienda y subió al Oldsmobile.

Al salir del aparcamiento, el coche pareció resentirse del peso que transportaba. «Cuando llegue allí, irá más ligero», pensó.

FIN